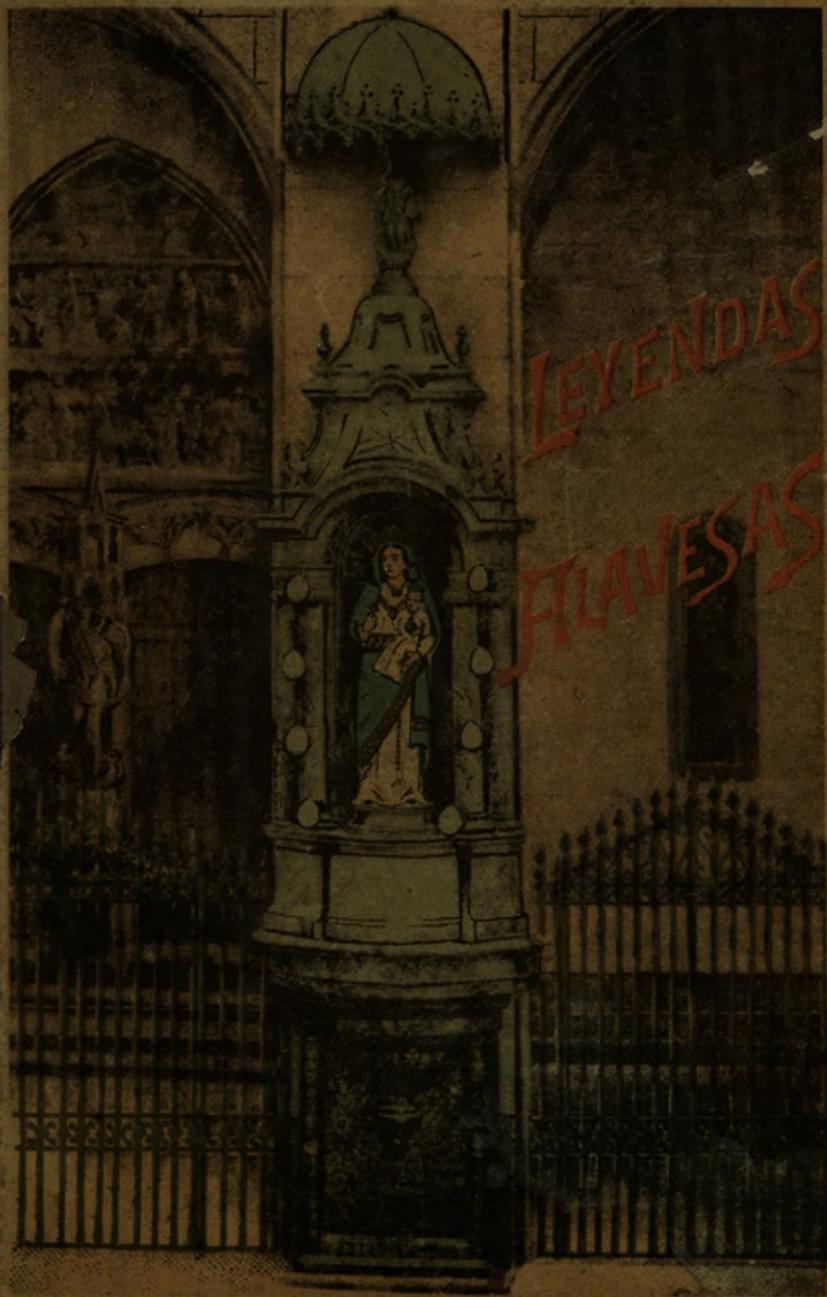


M. Diaz de Arcaya



Legendas alavesas

NA. 560927

B.A. 9462/DC

LEYENDAS

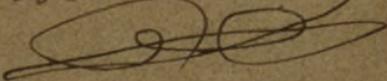
CDC
860
DIA

ALAVESAS

POR

MANUEL DÍAZ DE ARCAÑA

2. SERIE

Es de José María Barandiarán


ZARAGOZA

LIBRERÍA DE CECILIO GASCA

2 — Plaza de La Seo — 2

1898



CEU
Biblioteca

B. Díez del Corral

Es propiedad.

Zaragoza: Imprenta de Ramón Miedes, Plazuela de Santa Marta

Los desagravios en Estibaliz

(SIGLO XIII)

LOS DESAGRAVIOS EN ESTÍBALIZ

(SIGLO XIII)

LO HISTÓRICO

SON demasiado célebres en España los nombres de *Alarcos* y *Las Navas de Tolosa*, para que nadie desconozca las causas de su celebridad.

Todos saben cómo, allá por el comienzo del año 1195, el magnánimo rey Alfonso VIII de Castilla, convencido de la necesidad de dar un golpe de muerte á la ensoberbecida pujanza de la morisma, envió al poderoso Aben-Yussuf, rey de los almohades, un famoso *cartel de desafío*; lo cual hizo que el africano desembarcara en las costas españolas con muchos miles de combatientes, los que agregados á los musulmanes de la península, formaron un ejército numerosísimo, que marchando por Sierra Morena llegó hasta Alarcos, (1) en cuyo punto le salió al encuentro el castella-

(1) Villa á una legua al Oeste de la entonces aldea de *Pozuelo seco de D. Gil*, cuya aldea transformó Alfonso el Sabio de Castilla en 1262 en la villa de *Villa-Real*, y más tarde D. Juan II en 1420 en la ciudad de *Ciudad-Real*.

no con sus huestes. Todos saben cómo Alfonso de Castilla había llamado en su ayuda á los reyes de Navarra y de León; y que fuese cualquiera la causa, es lo cierto que ni el navarro ni el leonés se hallaban á su lado, cuando el de Castilla se encontró frente á frente á la morisma. Y todos saben que, á pesar de este contratiempo, el rey castellano aceptó la batalla en los campos de Alarcos, batalla en que no obstante el heroico valor del ejército cristiano, éste fué arrollado por la superioridad numérica del enemigo el día 18 de Julio de 1195, fecha de triste recuerdo para las armas españolas.

Por otra parte, nadie ignora que, lejos de amenegar la grandeza de alma del derrotado por el aciago contratiempo sufrido, concibió un proyecto colosal para llegar al fin que perseguía. Alfonso VIII se puso en relación con todos los príncipes cristianos, y haciéndoles ver el peligro que corrían en España los fueros de la cruz ante el engrandecimiento de la media luna, les hizo un llamamiento para que le ayudasen en la empresa de humillar el satánico orgullo de aquellas desbordadas muchedumbres, aliándose por otro lado con los reyes de Navarra y Aragón al propio fin.

Las naciones católicas respondieron al llamamiento del monarca castellano, y enviaron al reino de éste doce mil caballos y cincuenta mil infantes para la empresa; con cuyos auxilios y las tropas aragonesas al mando de su rey Pedro II, las castellananas al suyo, los euskaros al de su conde D. Diego López de Haró, y los navarros (que

se incorporaron en el camino) al de su monarca Sancho el Fuerte, Alfonso VIII, que había salido de Toledo el 21 de Junio de 1212, llegó á las estribaciones de Sierra Morena; mas con el grave contratiempo de que, sin duda á causa del excesivo calor á que no estaban acostumbrados los extranjeros, hubo gran mortalidad en ellos, y tuvieron que retirarse á su país, quedando solos los españoles para la lucha.

Los cristianos empero no desmayaron por tal accidente, y decididos á reñir un combate de vida ó muerte con los enemigos de la cruz, se apoderaron de los riscos de la montaña, colocándose sobre la campiña de la aldea *Las Navas de Tolosa*, cuyo término acotan los ríos Rumblar y Guarrizas, y después cayeron en este punto sobre la morisma, trabándose el combate más colosal y sangriento de la reconquista, combate cuya victoria, indecisa hasta la caída de la tarde, se decidió al fin por los cristianos, que hicieron en los sectarios del Korán la más horrible matanza que hasta entonces se había conocido, apoderándose de todo el campamento enemigo, incluso la lujosísima tienda de campaña en que se albergaba el jefe de los almohades, quién para salvar su vida tuvo que huir en aquella misma noche á uña de caballo á Baeza y de allí á Jaén.

Es también evidente que en esta memorable batalla, que fué, digámoslo así, la que socavó para siempre el poderío de los árabes en España, haciendo inmortal el nombre de *Las Navas de Tolosa*, tomaron una parte principalísima las legiones euskaras al mando del nobilísimo D. Die-

go López de Haro, á quien cupo la honra de combatir en la vanguardia, y cuyas huestes tan alto dejaron el nombre de Vasconia en los campos de Jaén.

Es escuetamente histórico que en aquella jornada fué á las órdenes del de Haro, á la cabeza de los alaveses, el prócer D. Iñigo López de Mendoza, señor de la Casa-Solariega del pueblo de Mendoza; y que en aquel combate cupo el alto honor de llevar el estandarte de la vetusta Cofradía del Campo de Arriaga al noble alavés Rodrigo de Mendarozqueta, natural del pueblo de su apellido.

Y es también histórico que en tal época existían ya entre otros varios en el territorio alavés, los famosos castillos de Zaytegui y Zaldiaran, cuya alcaidía ó gobierno estuvo constantemente confiada á caballeros de reconocida nobleza y acendrado pundonor.

En pago no es tan claramente histórico lo relativo á los *Juicios de Dios*, ó *Desafíos y desagravamientos de Estibaliz*. El curioso, sesudo y erudito escritor alavés D. Juan de Lazárraga, en su obra manuscrita del *Gobierno antiguo de Álava*, escrita en 1593, cita en su capítulo III un privilegio del rey de Navarra D. Sancho el Mayor, fechado en la era de 1000 relativo al asunto, y que textualmente dice así: *Et más, en quanto á los desafíos et desagrabamientos que han costumbrado como fasta aquí, los fagan et puedan facer de aquí adelante como el otero de Estibaliz; es á saber, en los días primerodel mes de Mayo, después de sol salido fasta el sol entrado, et non dende mas adelante*

nin primero hasta otro día primero de Mayo del otro año, et se puedan hedir todos los homes unos á otros en razón de sus fechos et agrabiamientos cualesquiera día que dicho es desuso fasta sol entrado, de cuerpo á cuerpo, et ninguno les pueda contrallar, fuera aide que non puedan fogar, nin facer tales peleas con ballestenes, nin saetas, nin con otras armas de lanzas, dardos et espadas, et pabeses, etc., etc.

El ilustre escritor alavés Sr. Landázuri, niega la autenticidad de este privilegio, apoyándose: 1.º en que el privilegio está en castellano y en la época de su fecha se daban en latín; 2.º en que en la era española de 1000, correspondiente al año de 962, no reinaba en Navarra D. Sancho el Mayor; 3.º en que la inicial V con que se cita el nombre de la reina en el privilegio no corresponde á la del nombre de la mujer de D. Sancho el Mayor, llamada D.^a Mayor; 4.º en que los obispos que confirman el documento no lo eran en 962, y 5.º en que el año 1000 de la era cristiana no debía de tener aún D. Sancho sus tres hijos Garcianes, Fernando y Ramiro, citados en el privilegio.

Sin que sea mi ánimo pretender demostrar lo contrario, y con todos los respetos, y son muchos, á que es acreedor el insigne y erudito escritor, séame permitido indicar que no me parecen sólidas las razones que álega para combatir el documento.

En primer lugar, el que Lazárraga, escribiendo en 1593, citase el privilegio en castellano, quizás para que todos pudiesen entenderlo, no obsta para que el original estuviera en latín.

Por otra parte, ¿no es posible que los copistas de aquel documento real sufriesen una equivocación de fecha? Aun cuando no la sufriesen, ¿no es posible que dichos copistas ó quizás el mismo Lazárraga, al citar la era 1000, hablasen, no de la era española, sino de la era cristiana; tanto más cuanto que se referían á un período histórico del cual se sabe muy poco en concreto? Con esto, y con tener en cuenta que el tiempo llega á borrar á veces en los escritos de mucha antigüedad los rasgos débiles de las letras, la cuestión de la legitimidad ó no del privilegio cambia por completo. Entonces, refiriéndose la fecha 1000 á la era cristiana, concuerda con el reinado de don Sancho el Mayor, y los obispos D. Benito, don Munio y D. Sisebuto son exactamente de aquel tiempo. Si además la acción de los siglos borró los rasgos laterales de la M, inicial del nombre de D.^a Mayor, mujer del rey, puede esta inicial muy bien aparecer como V en el citado escrito. Más difícil parece que en aquel año tuviese el rey los tres hijos que figuran en el documento; pero aun esto no puede asegurarse de modo cierto que así no fuese, pues se ignora el año en que D. Sancho el Mayor se casó.

No autoriza tampoco á tachar el privilegio de apócrifo el que Lazárraga no diga de dónde lo tomó, máxime tratándose de un escritor como Lazárraga, á quien el mismo Landázuri, de acuerdo con el Licenciado D. Bernardo de Ibáñez, reconoce como *hombre erudito y extremadamente curioso en las noticias, y muy puntual en los instrumentos que á la letra pone, por lo que los que*

hemos podido comprobar se hallan muy conformes á sus originales. Esto hace violento admitir en Lazárraga inexactitud de tal bulto.

Aparte de esto, y sea de ello lo que quiera, es tradición constante en el pueblo alavés lo que acabo de indicar relativo á los desafíos de Estibaliz, y esto basta á mi objeto.

Y nada encierran tales lides en mengua de la Cofradía de Arriaga ni del pueblo alavés. Antes al contrario, si tales disposiciones existieron, ellas prueban el criterio civilizador y cristiano de la vetusta Cofradía.

En los individuos de aquellas generaciones, cuya cuna meció el fragor de los combates, cuya adolescencia presenciaba, una tras otra, una serie de interminables peleas, y cuya virilidad tenía como obligado desahogo la lucha: ¿qué de particular tiene que, para lavar sus agravios, se acordaran de la pelea, medio que constituía casi su única ocupación; y que por tanto la idea del duelo encarnara en su organismo y se infiltrara en su sangre? Y una vez admitido este concepto, ¿cuál debía de ser la conducta de la Cofradía ante tan grave mal? ¿Oponerse de frente á la idea del honor tan mal entendido? Imposible; la corriente hubiese arrollado sus buenos deseos. Era preciso cortar el mal de una manera prudente y progresiva. ¿Y cómo? Restringiendo y dificultando el duelo, para que la costumbre de no presentar tales actos borrara en las generaciones sucesivas el bárbaro instinto de la venganza.

He aquí por qué en el real ó supuesto privilegio de D. Sancho de Navarra, que Lazárraga ci-

ta, se nota marcadamente esa tendencia civilizadora. En él se prohíbe el desafío, permitiéndolo *únicamente un día al año*, para que en todos los restantes del mismo, el clero, la familia y los amigos se encargaran de hacer llegar á los desavenidos á un acuerdo; en él se prohíben al efecto las armas de más conocido uso, á fin de que los contendientes, desconociendo el manejo de las permitidas, se causaran el menor daño posible; y en él se obligaba á los rivales á acudir para sus duelos á la cima del otero de Estibaliz, con objeto de que la santa voz del plébano tratara de aplacar las iras de los enemigos ante la Madre de la paz y la concordia. Lo legislado, pues, sobre los desafíos de Estibaliz, lejos de acusar barbarie, acusa una tendencia prudentemente civilizadora.

Por lo demás, el santuario de Estibaliz es, históricamente hablando, la más preciada joya de la comarca alavesa.

Su fábrica, precioso resto románico del arte del siglo XII, como acusan su portada, ábsides é historiados capiteles, nada deja que desear; y su existencia (siquiera fuese en su primaria, sencilla y raquíta edificación) aún puede remontarse á un siglo antes, durante el cual debió edificarse el monasterio que le era anejo.

En efecto, se hace ya mención de este santuario en una escritura fechada en 1074, en la que consta que D. Álvaro González de Guinea donó al monasterio de San Millán el altar de la derecha de *Santa María de Estibaliz*. En 1106 figura el conde D. Lope González *dominando en Esti-*

baliz. En 1138 D.^a María López, hija de Lope González y *poseedora de Estibaliz*, donó este santuario al monasterio de Santa María la Real de Nájera. En 1421, el real monasterio de Santa María de Nájera lo vendió á D. Fernán Pérez de Ayala. Por fin, el descendiente de éste, D. Atanasio de Ayala, un siglo después, en 1542, donó el monasterio de Estibaliz al hospital civil de Santiago de Vitoria, su actual poseedor.

En Estibaliz se ha venerado siempre la vetusta imagen de Nuestra Señora del mismo nombre, probablemente la misma que presidía las Juntas de la Cofradía, y que presenció la *voluntaria entrega* de la provincia alavesa al rey Alfonso XI de Castilla.

En la actualidad, el monasterio-castillo de Estibaliz ha desaparecido por completo, quedando tan sólo la iglesia que le era aneja; pero ésta se halla en tan buen estado, que su reparación total exigiría poquísimos dispendios.

Los fueros del arte, la historia del pueblo alavés y el sentimiento religioso de Euskaria, claman á voz en grito para que la Excma. Diputación alavesa y el Excmo. Ayuntamiento de Vitoria cumplan el acuerdo estampado en sus actas de reedificar la basílica de Estibaliz, á fin de que su histórica Virgen, hoy guardada en la iglesia de Villafranca, vuelva á su primitivo templo, y los alaveses ostenten en la cumbre del tradicional otero, el testimonio más gráfico de su fe y sus grandezas pasadas.

LA DESPEDIDA

Á poco más de legua y media al Norte de Victoria, casi al pie de la vertiente septentrional del alto de Araca, lindante al despoblado de Guernica (1), y al este del boquete de Zaitegui, que corta la célebre sierra de Arrato para dar paso al camino del valle de Zuya, se encuentra el antiguo pueblo de Mendarózqueta. Situado en una pequeña altura, cobijadas sus casas al amparo de la sencilla torre de su iglesia, protegido por N. y E. por dos montecitos próximos cuajados de robles, encinas y brezos, y serpeada su campiña por los ondulantes giros de un arroyuelo que naciendo en dos cristalinos manantiales del pueblo, corre por su término á pagar tributo al Zadorra cerca de Yurre. Mendarózqueta ofrece un panorama alegre y cautivoso.

Algunos siglos atrás, aun hacían más risueña su posición los espesos robledales y hayedos que circuían la altura en que está enclavado. Entonces destacaba mucho entre sus rústicas viviendas una más amplia que ellas, cerrada por pardos muros de tosca piedra, y cuya suntuosa fábrica acusaba desde luego la superior gerarquía de sus dueños. Era la casa solariega de los Mendarózqueta.

(1) Con el nombre de *despoblado de Guernica* se conoce hoy un término situado al pie de la vertiente norte del alto de Araca, entre este cerro y el pueblo de Mendarózqueta. En este término existió antiguamente un lugar llamado *Guernica*, que desapareció siglos ha. Para perpetuar la memoria de este pueblo se ha levantado una cruz de piedra en el punto en que se halló enclavado, cuyo punto se conoce hoy con el citado nombre.

En una serena noche del mes de Mayo del año 1212, dos mujeres conversaban sentadas al lado de la ventana de uno de los departamentos del piso principal de la casa, regodeándose al cariñoso halago de la perfumada brisa que levemente resbalaba por sus rostros.

Aquellas mujeres eran María é Inés. María, que frisaba por entonces en los cincuenta años, de rostro dulce y apacible y distinguidas maneras, presentaba en su faz las prematuras huellas que el dolor había impreso en su rostro. Viuda desde hacía ya veinte años, de uno de los más apuestos caballeros alaveses, no encontraba otro alivio á sus penas que el cariño de sus dos hijos Inés y Rodrigo, á quienes consagraba todas sus aspiraciones, y en cuya compañía dejaba pasar tranquila los días de su existencia.

Inés era un dechado de bondad y de hermosura. Los veinte años que á la sazón contaba; la dulcísima mirada de sus ojos azules como un cielo de verano; la ternura de su inocente sonrisa; su ovalado rostro, al que empañaba ligera palidez, y sus ondulantes cabellos, dorados como el maíz de los valles, hacían de la hermana de Rodrigo el acabado tipo de la virgen cristiana.

La noche en que Inés conversaba con su madre al lado de la ventana, la luna lucía su esplendoroso disco en un cielo sembrado de estrellas, y las ramas de los árboles que la brisa agitaba levemente, acompañaban con monótono murmullo el canto del ruiseñor que gorjeaba á orillas del arroyo. Inés, que aprisionaba entre sus manos las de María, contempló á ésta durante un

corto rato, al cabo del cual le dijo con meloso acento:

—«Tranquilizaos, madre mía. La ausencia de Rodrigo será breve, muy breve; no lo dudéis.»

—«¡Ah, hija mía!»—contestó la madre.—«No me doliera en verdad de ella, si fuese cierto lo que piensas; mas temo que la lucha haya de ser muy duradera.»

—«¿Por qué lo creéis así?»

—«Porque la empresa de Alfonso VIII de Castilla es muy vasta. Sobre las ruinas de la derrota que las fuerzas cristianas sufrieron en Alarcos pocos años ha, el rey quiere conquistar mucha gloria para la patria y la cruz, á cuyo fin ha llamado en su ayuda á los reyes de Aragón y Navarra y otros extraños, para caer sobre los moros y destruirlos; mas el rey de éstos, sabedor del caso, tiene ya en los campos de Andalucía quinientos mil combatientes en contra de los nuestros. Además, con tu hermano marcha ese funesto capitán Egidio, el que, sin saber por qué, me causa miedo.»

—«¡Ah, madre mía! No pronunciéis el nombre de ese capitán»—repuso Inés.—«También yo, cuando una y otra vez me declara la pasión que por mí siente, y que tantas veces he rechazado; al verme cerca de él, tiemblo sin poderlo remediar, á pesar de sus halagos. Mas estad tranquila. ¿Qué razón hay para que él odie á mi hermano? Además, ¿no va también Hortuño con ellos? Y éste quiere mucho á Rodrigo y conoce bien á Egidio?»

—«Es verdad»—añadió María—«pero.....»

—«Nada temáis»—contestó Inés.—«Ya sabéis cómo la última vez en que Egidio vino á importunarme le hice saber que no podía admitir sus obsequios, porque tenía entregado mi corazón al capitán Hortuño, noble é hidalgo cual otro; y esto de seguro hará desistir á Egidio de sus propósitos.»

—«Dios lo haga»—contestó María.—«Mas los misteriosos procederes de ese hombre me atormentan demasiado.»

En este instante se abrió la puerta de la estancia y penetraron en ella Rodrigo y Hortuño. Ambos acababan de venir de Mendoza de verse con D. Íñigo López, que era el jefe que debía de conducir á la victoria las huestes de la Cofradía de Arriaga, y tomaron asiento, Rodrigo junto á María, y Hortuño junto á Inés.

En aquel momento, el crepúsculo moría en la cima de la sierra de Arrato, y tan sólo las sentidas melodías del ruiseñor, á las que hacían coro los monótonos cantos de las ranas y el susurro del arroyo, perturbaban la sosegada placidez del ambiente. Rodrigo, con el entusiasmo que dan la conciencia honrada y los pocos años, explicó á su madre y hermana la segurísima victoria que aguardaba á las armas cristianas en los campos de Andalucía, rebatiendo con calor cuantas razones ocurrieron á María para dudar del éxito; comunicándoles además que la partida de las huestes alavesas al mando de Íñigo López debía de verificarse dentro de muy pocos días, para lo cual debían de reunirse todos durante este tiem-

po en el lugar de Mendoza, en que habitaba su jefe.

María entonces, estrechando á su hijo con apasionada efusión entre sus brazos, comenzó á darle una serie de interminables consejos, y á hacerle cuantas advertencias le sugería su maternal cariño, ínterin Inés y Hortuño se hacían mil juramentos de amor y de constancia, juramentos que Hortuño sellaba jurando á su adorada evocar su nombre siempre que se lanzase á la pelea, al par que ella prometía á su amado contar sus cuitas y pedir por su Hortuño todos los días á la hermosa imagen de la Virgen de Nazareth expuesta al culto en una ermita situada en la cúspide de un cerro vestido de encinas, que se alzaba no lejos de Mendarózqueta.

Aquella noche creyó la joven de su deber, y así lo hizo, el contar á Hortuño la exaltada pasión que Egidio le había manifestado sentir por ella, y cómo ella había desechado las atrevidas aspiraciones de Egidio, haciendo á éste sabedor de que había consagrado á Hortuño todos los sentimientos de su cariño; á lo cual Hortuño, ebrio de gozo á tan espontánea manifestación de aquella á quien tanto amaba, reiteró mil y mil veces sus protestas de constancia, prometiéndola por ello alcanzar lauros y honores para rendirlos á sus pies.

Así pasaron entre la zozobra y la ventura para aquellos cuatro seres dichosos las primeras horas de la noche, hasta que Hortuño, incorporándose, se despedía de las damas para marchar al próximo castillo de Zaitegui en que vivía con sus pa-

dres, cuando los melodiosos ecos de un laud que sonaba en las afueras de la casa, hicieron que los cuatro quedasen inmóviles y mudos, mirándose unos á otros. Á poco la sentida voz de un trovador entonó esta canción:

«Adios, Inés querida,»
«prenda del alma;»
«marcho á conquistar lauros»
«para mi amada.»
«No me aborrezcas,»
«que yo traeré á tus plantas»
«dicha y riquezas.»

Hortuño, que reconoció al momento la voz del trovador, salió precipitadamente de la estancia, bajó á escape la escalera, y saliendo de la casa se dirigió á una arboleda contigua en donde el laud sonaba. El trovador, advertido de la venida de Hortuño, se adelantó hacia él, á punto que éste, al verlo, le dijo con altivez:

—«¡Vive Dios! que si no reportais vuestra osadía, he de hacer trizas vuestro laud.»

—«Me complace vuestra llegada»—contestó el trovador.—«Eso buscaba yo; traeros aquí, para que mi acero se encargue de lo demás.»

—«¡Miserable!»—gritó Hortuño desnudando el suyo, á la vez que el trovador hacía lo propio; y mediando el camino habían ya cruzado sus espadas, cuando Rodrigo, que había salido tras de Hortuño, llegó al lugar, y cruzándose entre ambos, gritó con entera voz:

—«¡Abajo esos aceros! Yo, en nombre de la Cofradía, os lo mando. Los caballeros alaveses han siempre un día primero de Mayo para ven-

gar de sol á sol sus agraviamientos sobre el otero de Estibaliz. En tanto, ocasión habréis de emplear vuestro coraje en las huestes de Yussuf.»

Á las enérgicas palabras de Rodrigo, Hortuño y el trovador, que no era otro que Egidio, humillaron sus aceros, volviéndolos á la vaina. Ambos habían comprendido la razón que asistía al hermano de Inés.

En efecto, la Cofradía de Arriaga, entre sus sabias disposiciones, contaba una prohibiendo entre los alaveses el desafío, que sólo podía tener lugar en primero de Mayo, ante el Justicia, al pie del Santuario de Estibaliz, é imponía severas penas á los contraventores de este mandato; y si todos tenían obligación de respetar los acuerdos de la Cofradía, nadie tanto como ellos, por ser ambos hidalgos nobles.

Por eso las palabras de Rodrigo atenazaron los brazos de los dos rivales, que, cruzando uno con otro una nueva mirada de reto, y diciendo Hortuño á su enemigo:

—«¡El primero de Mayo, en Estibaliz.»

Á lo que éste repitió con saña:

—«¡El primero de Mayo, en Estibaliz!»
se separaron de aquel lugar.

Á muy poco Rodrigo había penetrado en la casa-torre á enterar á su madre y hermana, que habían quedado intranquilas, de lo ocurrido; á la vez que Hortuño cabalgaba en dirección al castillo de Zaytegui, en donde su padre ejercía el cargo de alcaide de la fortaleza, y Egidio, dando acicate y rienda á su caballo, galopaba con rumbo á la otra fortaleza de Zaldiaran, en que tam-

bién desempeñaba su padre el oficio de gobernador.

EN LAS NAVAS DE TOLOSA

Habían transcurrido cerca de dos meses. El sol brillaba espléndido en el purísimo cielo de Andalucía, inundando con raudales de luz los valles y collados, sobre los que se agitaba con leve soplo un ambiente de diáfana limpidez.

El aspecto que ofrecían las cercanías de Sierra Morena, en la parte que esta cordillera divide á Castilla de la actual provincia de Jaén, era deslumbrante. Al pie de su vertiente septentrional, un numerosísimo ejército, cuyos guerreros, que pululaban por todas partes en apretados haces, se perdían de vista allá á lo lejos por el llano y los collados. Llenaban el centro las nutridas huestes de Castilla, en que destacaban muchos batallones de ballesteros con los más vistosos trajes; compactos grupos de peones con rodela y espada, luciendo puntiagudo capacete y adornadas sobrevestas; otros peones de colchado gambax, empuñando punzantes azconas; incalculable número de jinetes que, en encubertados caballos, desvistaban con el brillo de sus lanzas y corazas, y las pintadas plumas de sus cascos; entre todos, la arrogante figura de Alfonso VIII de Castilla, en cuyo traje cuajado de preseas, encendían deslumbrantes chispas los rayos del sol; y á derecha é izquierda del de Castilla, los reyes de Navarra y Aragón, con igual riqueza de soldados y armas. Á la vanguardia de tan brillante cohorte des-

tacaba la altiva silueta de D. Diego López de Haro, señor de Vizcaya y Alava, á la cabeza de las valientes mesnadas euskaras, repletas de acorazados jinetes, escuadras de ballestas y arqueros, grupos de espadachines, y hasta una sección de gigantes montañeses con pesadas mazas. En esta vanguardia llevaba el mando de los combatientes alaveses D. Iñigo López, señor de Mendoza; marchaban al frente de dos mesnadas Hortuño y Egidio; é izaba el pendón de la Cofradía de Arriaga el ínclito Rodrigo de Mendarózqueta.

La vertiente opuesta de la sierra competía con los cristianos en grandeza y majestad. En el llano, los valles y las crestas hormigueaban los hijos de Alá, cuyos blancos albornoces, enjaezados corceles y cinceladas cimitarras y gumias, tendían nevado manto sembrado de estrellas en torno de la riquísima tienda de campaña de seda carmesí circuida de cadenas, que formaba el real albergue del poderoso Aben-Yussuf.

Sólo las empinadas crestas de la sierra se alzaban cual titánica muralla entre los dos formidables ejércitos, que mirando al más abrupto picacho de la montaña discurrían el medio de izar en su cumbre el santo signo de la cruz y el oleve corte de la media luna. Todo era zozobra é inquietud en uno y otro bando; mas el guante que el gran Alfonso de Castilla había tirado á los hijos del Korán, recogido por éstos, exigía en unos y otros un esfuerzo heroico que decidiera de su suerte.

Por fin un pastor apareció en el ejército cris-

tiano, ofreciendo á éste dirigirle por ignoradas veredas hasta las cúspides de las montañas, y el heroico D. Diego López, leyendo en el rostro de aquel campesino la verdad de sus palabras, y diciéndole: *«guía y avanza,»* enderezó tras él sus huestes, y los soldados de la cruz, desparramados por recónditos caminos, escalaron los riscos y los valles, y al alzarse el nuevo sol sobre las lejanas olas del Mediterráneo, el misterioso pastor había desaparecido, y los reyes cristianos coronaban las cimas de la sierra, viendo á sus pies las innumerables muchedumbres sectarias del gran Mehedí, que en gigantesca irrupción africana, habían invadido las costas de Andalucía para arrasar en su devastadora marcha por la Iberia los templos de la cruz y la libertad de sus hijos.

Desde allí contempló á sus pies el gran Alfonso de Castilla en el inmenso llano, limitado á derecha é izquierda por los ríos Rumblar y Guarrizas, y en cuyo centro se erguía enhiesta la rústica torre de la aldea de Las Navas de Tolosa, la inmensa sábana de tiendas de campaña de los hijos del desierto, bajo cuyas techumbres se albergaban quinientos mil guerreros almohades, dispuestos á disputar palmo á palmo el paso de la cruz por las fértiles riberas del Guadalquivir. Y desde allí pudo contemplar destacarse en aquel estenso manto la lujosa tienda de roja seda, custodiada por un cerco de los más apuestos adalides africanos que, vistiendo blanquísimos jaiques de fino cachemir, daban al albergue de su rey el aspecto de un encendido rubí de Ceilán engarzado en un marco de nítida plata.

D. Alfonso, al mirar tantos y tantos millares de infieles, que hasta se perdían de vista en las lejanas crestas, comprendió con meridiana claridad la titánica empresa en que se había comprometido; más lejos de amilanarse ante tan gigantesca obra, dejó entrever en su rostro una sonrisa de júbilo.

Sí, el momento había llegado. Aquellas hirvientes masas que pululaban ante sus ojos eran el apogeo del pueblo que cinco siglos antes derrocara la monarquía visigoda á orillas del Guadalete, y que fascinado con su triunfo y creciendo en su coraje cual crece la blanca espuma á las iras del revuelto mar, avanzaba en su ciclópica pujanza por las fértiles campiñas de la Iberia, para arrancar el signo de la cruz de las agujas de sus templos y enarbolar en ellos la bandera de la procaz media luna. Sí, el momento había llegado. El magnánimo monarca vió que era forzoso jugar el todo por el todo; que su causa era la causa de la cristiandad y de la independenciam; que Europa le contemplaba con anhelosa inquietud; y tornando los ojos al cielo y luego á su espada, y señalando con el dedo índice de su mano derecha á la morisma, dijo á los que estaban en torno suyo:

—«Mañana acamparemos allí.»

Inmediatamente el cástellano empezó á mover sus haces, y los moros que atisbaban sus movimientos comenzaron á mover los suyos; y en muy corto espacio de tiempo Alfonso VIII había ordenado su línea, colocando en el centro un nutrido escuadrón al mando de D. Gonzalo Núñez,

á la derecha los combatientes navarros á las órdenes de su rey, y á la izquierda los aragoneses dirigidos por el suyo; ocupando él con muchas tropas de refuerzo la retaguardia, y poniendo en la cabeza, á vanguardia, al ínclito D. Diego López de Haro, al frente de las milicias euskaras.

Por su parte los árabes dispusieron sus gentes en cuatro formidables escuadrones, que quedaron inmóviles, dispuestos á resistir el ataque, por formidable que fuese.

El ejército cristiano comenzó á descender la pendiente con imperturbable serenidad hacia el campamento enemigo, mientras que éste con estoica calma permanecía impávido en su puesto; deteniéndose Alfonso como á un tiro de ballesta de sus rivales. El momento era supremo. Aquellas dos irreconciliables potestades se miraron de cerca, frente á frente, con orgullosa altivez, y un instante de imponente mutismo reveló, cual efímera calma, todo lo horrible de la tormenta que iba á estallar.

De pronto vibró un clarín: la vanguardia de López de Haro avanzó resuelta y tomando á poco carrera se avalanzó al centro enemigo; y tras ella castellanos, navarros y aragoneses, cual devastador alud cayeron con estridente fragor contra los hijos del desierto. Poco después la lucha era encarnizada: el coraje crecía, las distancias se acortaban, y ya más tarde todo era confusión y espanto. Allí grupos de jinetes que lanza en ristre se derribaban unos á otros; acá masas de peones que acero en mano segaban á vida por tajo: acullá nubes de mortíferos dardos que hendían los aires; y

en todas partes gritos, lamentos, imprecaciones, quejidos, fragor de armas, relinchos y clarines, que en horrisona armonía, entonaban fúnebre cántico á los muertos, que hacinados en informes pilas cubrían el terroso suelo del valle y elcollado.

De pronto Hortuño, que á la cabeza de un grupo de jinetes alaveses, embestía en la vanguardia á un escuadrón de la morisma, reparó no lejos de él, en un denodado caballero que, rodeado por cuatro árabes, se hallaba comprometido, á pesar de su bizarra ligereza. Hortuño clavó sus ojos en el jinete, y al reconocerlo, metiendo acicate en los ijares de su corcel, salió disparado en su ayuda, y llegado al grupo, derribó en su acometida á un musulmán, arremetiendo con otro, ínterin el guerrero, abalanzándose á los otros dos dió cuenta de ellos, después de lo cual, volviéndose á su libertador, le dijo:

—«Os soy deudor, Capitán.»

Á lo cual Hortuño, que llevaba cubierto el rostro con la visera de su casco, contestó:

—«De nada.»

Egidio (que no era otro el caballero) al reconocer á Hortuño en la voz, replicó con desabrido tono:

—«Si os habéis propuesto...»

—«¡No!»—contestó con entereza Hortuño.—«Ví que esos belitres querían privarme del placer de batirme con vos en Estíbaliz, y ¡vive Dios! que yo no tolero osadía tal á esos bellacos.»

—«Á Estíbaliz os emplazo»—interrumpió Egidio.

—«Seré el primero á la cita»—contestó Hor-

tuño, que volviendo grupas corrió á escape á la cabeza de los suyos.

Y las horas transcurrían; y el ardoroso sol, que caldeaba la atmósfera del valle y de las vertientes de la montaña, parecía encender más y más el furor de los combatientes, que sin darse tregua se arremetían de nuevo una y cien veces, saltando por cima de los inertes restos de sus desdichados compañeros, sin que ni moros cejaran, ni cristianos avanzasen, hasta que el sol, hartado de presenciar tanta matanza, iba á trasponer el horizonte. Entonces el ejército de la cruz en un último esfuerzo grande, heroico y supremo, cargó sobre los pertinaces sectarios del Korán; éstos vacilaron ante tal denuedo; los hijos de Iberia, ciegos de ira, rebasaron la línea enemiga; y los árabes aterrados se declararon en vergonzosa fuga, despeñándose unos, rindiéndose muchos, y confiando los más su salvación á los remos de sus corceles; abandonando en su huída tiendas, armas, tesoros, preseas y blasones; en tanto que su vencido rey ganaba en desesperada marcha sobre un mulo los muros de Baeza; ínterin que los vascos, aragoneses y navarros se apoderaban del albergue real de Aben-Yussuf, Castilla enarbolaba el sacrosanto signo del Calvario sobre todas las cumbres de la campiña. Rodrigo de Mendorózqueta izaba el estandarte de la Cofradía de Arriága á orillas del manso Guadalquivir, y el ejército cristiano escribía con letras de oro en el libro de su historia la célebre fecha del *16 de Julio de 1212*.

Y el gran Alfonso de Castilla saludó con su

espada á los valerosos euskaros de su vanguardia; y la fama pregonó por todo el orbe la más grandiosa victoria de los hijos de la cruz sobre las hordas de la media luna; y la hasta entonces olvidada y escondida aldea de *Las Navas de Tolosa* sonó mil veces desde aquella fecha en la lira del poeta y en el laúd del trovador.

Y cuando en la plácida noche de aquel venturoso día la luna alzó su disco de plata en el purísimo cielo de Jaén, sus rayos alumbraron medrosos las lívidas caras de cien mil muertos árabes que, prestando al valle horrible alfombra de carne humana, yacían entre despojos de tiendas, arneses y caballos en el más espantoso desorden.

El inmenso botín que en aquella gloriosa jornada cogieron los tres reyes cristianos hizo que los vencedores se detuviesen sobre el campo, y el monarca de Castilla, después de conceder á los jefes euskaros la cruz de gavilanes para sus escudos, confió al de Haro la honrosa misión de distribuir las más valiosas preseas; y el aguerrido jefe de Euskaria no olvidó en la distribución á su valiente capitán Hortuño, al que entregó en premio de su heroísmo una preciosa gumía con puño cincelado y una riquísima tira de seda oriental recamada en colores.

Pocos días después las mesnadas de Vasconia caminaban en dirección á sus montañas, y entre ellas, á la cabeza de la suya, marchaba el joven Hortuño.

No acontecía lo propio á su rival Egidio. Éste, terminado el suceso de Las Navas, había solici-

tado permiso del de Haro para regresar á Zaldiaran, donde graves asuntos de familia exigían su presencia, y obtenida la venia para ello, hacía ya muchos días que, abandonando las mesnadas, había tomado el camino de la región alavesa.

DURANTE LA AUSENCIA

Monótona por demás se había deslizado la vida para las dueñas de la casa-torre de Mendarózqueta, después que las mesnadas alavesas partieron para Andalucía á combatir á la morisma.

Desde la mañana, en que, asomadas á uno de los ajimeces de su palacio, vieron desaparecer á Rodrigo y Hortuño, Inés y su madre, acosadas por la ansiedad é incertidumbre de la suerte de los dos, les consagraban todos sus pensamientos, sin que ni una sonrisa asomara á sus labios, ni una sola noche hubieran podido conciliar el sueño, hasta que el cansancio rendía su atribulado cerebro. En pago poquísimas tardes dejaron de ir á la ermita del encinar, donde postradas á los pies de la purísima Virgen de Judea, le lloraron muchas penas, le consagraron muchos suspiros y le suplicaron muchas mercedes. Y ¡qué cortas se deslizaban para ellas las horas bajo la rústica techumbre de aquel sencillo santuario, en que á la difusa luz del crepúsculo, que borraba los contornos de su altar, gemían sus ayes á aquella imagen pura como las perlas que el Cedrón cuaja en el cespéd de la orilla, pudorosa como las escondidas violetas de la ribera del Jordán, y bella como la perfumada rosa de las lomas del Carmelo! El pobre recinto de aquel olvidado

templo apagó mil veces sus suspiros, su terroso suelo absorbió sus lágrimas y su callado ambiente llevó tranquilidad consoladora á sus atribulados corazones. Y así pasaron días y días, sin que aquellas mártires de la virtud y del amor tuviesen la más mínima noticia de Rodrigo ni Hortuño.

Por lo demás en todo aquel tiempo nada tuvieron que temer, gracias á la exquisita vigilancia que sobre el palacio y sus personas ejercía su fiel servidor Jaime, que criado en la casa solariega desde muy niño, profesaba un cariño entrañable á sus dueños; y aunque él mostró vivos deseos de acompañar á su amo Rodrigo en la expedición á Andalucía, éste determinó que Jaime quedara con seis hombres de armas al cuidado de María é Inés en el palacio durante su ausencia; y aunque esto contrarió los deseos de Jaime, el fiel servidor obedeció de muy buen grado la orden de su señor, cumpliendo las instrucciones que le diera con exquisita solicitud.

Siguiendo pues su costumbre, á la caída de la tarde de uno de los últimos días de Julio de aquel estío, María é Inés salieron del palacio, y pasando por delante de Jaime, que se hallaba á la puerta, y dirigiéndose hacia el nordeste, tomaron una senda que conducía al monte del encinar, en que la ermita se hallaba, y á muy poco desaparecieron entre el follaje de la montaña.

Entonces Jaime, que no las había perdido de vista hasta que se internaron en el bosque, entró en el palacio, y penetrando en la sala de armas, en que al rededor de una mesa se hallaban merendando cuatro ballesteros, les dijo:

—«¡Ea!—despachaos, armaos y venid dos conmigo; que vamos á salir. Los otros os quedaréis en casa al cuidado.»

Pocos momentos después Jaime y dos de los suyos, abandonaban el palacio, y tomaban la vereda del encinar. Cuando hubieron llegado al bosque, Jaime se paró en una plazoleta limpia de follaje, miró en torno, para cerciorarse de que ningún extraño podía escucharle, y dirigiéndose á los ballesteros que iban con él, les dijo:

—«Oíd. Hace tres días que sin que yo me explique para qué, rondan estos alrededores dos hombres desconocidos, que según he podido observar desaparecen al anochecer por el puerto de Arlaban. Esta mañana estaban como de acecho á la orilla del río próximo al bosque; y por eso he mandado salir á vuestros compañeros Andrés y Jorge, que, bien armados, los habrán seguido con cautela para averiguar su guarida; después de lo cual vendrán aquí á reunirse con nosotros; y ¡vive Dios! que esta noche nos echaremos sobre ellos. Es preciso saber qué intriga llevan entre manos esos desconocidos.»

—«Os juro, Jaime»—repuso uno de los ballesteros—«que nada sabía; pero no me huelen bien esos belitres.»

—«Tal vez»—continuó su compañero,—«quieran penetrar en el palacio ó robar á nuestras señoras; pero esto lo hubiesen hecho cuando ellas van á la ermita.»

—«No seas babieca»—interrumpió Jaime,—«No osarán entrar en el palacio estando nosotros: y por lo que hace á robar á las señoras no han

podido hacerlo aún; pues los tres días que ellos han andado por aquí, son los únicos en que las señoras no han subido á la ermita.»

—«¿Y hoy?»—preguntó el que primero había hablado.

—«Hoy»—contestó Jaime,—«están en la ermita como de costumbre, y por eso hemos salido nosotros á vigilar.»

—«Pues ¡vive Dios!»—volvió á decir el ballestero—«que si se ponen á tiro.....»

En esto el ruido del ramaje de los arbustos les indicó que alguno se acercaba y quedaron al acecho. Un momento después penetraban en la escondida plazuela Andrés y Jorge. El primero, después de saludar á Jaime, le dijo:

—«Por Cristo, mi jefe, que tenéis muy buen olfato. Los bellacos, á que nos mandasteis seguir de cerca, llevan, como creíais, entre manos algún asunto rastrero, pero éste es peor de lo que podíais figuraros.»

—«Habla, habla»—interrumpió Jaime—á lo cual Andrés continuó:

—«Después de mucho atisbar, como nos habíais encargado esta mañana, pudimos dar con ellos, que, cerca de Ullivarri, ocultos en la espesura del bosque que cierra el pie de la montaña de Arlabán, comían á orilla del arroyo; y con mucho cuidado pudimos aproximarnos á ellos. No eran dos, sino tres, y hablaban de esta manera:

—«¿Y en qué precio has ajustado el lance con el de Zaldiaran?»—dijo uno de ellos.

—«Eres menguado de raza»—contestó otro—

D. Egidio paga siempre demás los servicios que se le hacen; y á fe que este, que le interesa cual otro alguno, ha de producirnos mucho oro.»

—«Pues te juro por Barrabás»—añadió el tercero— «que debías haber ajustado el negocio. Los señores nos buscan cuando nos han menester, y luego.....»

—«¡Mala centella te parta!»—volvió á decir el que parecía jefe de los otros dos.—«Nunca que os busqué para dar un golpe dejé de pagaros con largueza; y vosotros nada tenéis que ver con el de Zaldiaran, sino conmigo.»

—«Tiene razón»—interrumpió el que primero había hablado.—«Nosotros nada tenemos que ver con D. Egidio sino con éste.»

—«Pues bien»—prosiguió el aludido — «la faena es breve, y el precio será sobrado. Si esta tarde bajan las de Mendarózqueta á la ermita, esta tarde concluimos. Echarnos sobre ellas, apoderarnos de la joven, bajarla hasta aquí, entregársela á D. Egidio que con dos caballos esperará en este mismo sitio, y lo demás..... lo demás allá se las hayan.»

—«¿Estás seguro de lo que has dicho?»—interrumpió colérico Jaime.

—«Segurísimo»—contestó Andrés con entereza.—«Yo, yo lo he oído, y puedo jurarlo. Y á fe que, si no por faltar á la orden que nos habíais dado, en aquel momento Jorge y yo nos hubiéramos echado sobre ellos; pero.....»

—«Bien está»—répuso Jaime, y dirigiéndose á todos continuó:—«Ya lo sabéis, doña Inés está en la ermita y corre peligro. No hay que perder

tiempo. ¡A escape! Dos por la derecha, y otros dos conmigo por la izquierda. Nos reuniremos en la ermita. Si alguno topa con esos bellacos, seguirles de cerca, y no acometerles hasta que nos hayamos vuelto á reunir.»

Y en el acto se separaron, tomando Andrés y Jorge por un lado y Jaime con los otros dos por el opuesto la subida del monte en dirección á la ermita.

Bien lejos de pensar en esto se hallaban María é Inés. Éstas, cuando tomaron la vereda del encinar, paseando al dulce halago de la brisa de la tarde, y discurriendo acerca del asunto que tanto preocupaba sus almas, esto es, respecto de Rodrigo y Hortuño, se encontraron sin darse cuenta en las afueras de la ermita.

Inés, que desde tres meses atrás era la encargada del camarín de la imagen, sacó de su bolsillo una llave y abrió la puerta, y penetrando las dos en el sagrado recinto y aproximándose todo lo posible á la sagrada efigie se prosternaron á sus pies.

El espectáculo que ofrecían aquellas dos distinguidas damas ante la sencilla imagen era tierno y conmovedor por demás. Ambas clavaron sus ojos en la efigie; María con la faz apenada por el temor é Inés con el rostro sonriente por la esperanza. El silencio del santuario; el ambiente que las flores de la pradera habían embalsamado con sus perfumes, saturando de incienso aquel recinto; los rayos del sol, que penetrando por la raquítica ventana daban en el rostro de aquella imagen, inocente como las palomas del bosque y

risueña como el matiz de la alborada; la actitud de las damas postradas ante su altar; los cantos de las aves en las arboledas del contorno, y los lejanos y sentidos ecos que la flauta del pastor modulaba en el otero del bosque vecino; todo, todo engendraba un conjunto tierno y sublime, de esos que se sienten mejor que se expresan, que se gozan mejor que se olvidan.

Las damas permanecieron largo rato en una especie de éxtasis; sin que nada turbase el mutismo de aquella estancia, como no fuera el sollozo de la una y el suspiro de la otra, que de cuando en cuando imprimían con leve gemido nuevo encanto y poesía á aquel idilio de la fe y de los amores.

Cuando los rayos del sol abandonaron aquel lugar, Inés y su madre, saludando cariñosamente á la Virgen de Nazareth, abandonaron también la ermita: la joven llena de dulces esperanzas en la oración que murmurara, y María medrosa, por haber presentido que algo aciago debían de temer. Una vez en la campiña, Inés quiso que se sentaran sobre el césped á disfrutar de la puesta del sol, que no había de tardar en trasponer las crestas lejanas; mas su madre, inquieta por los lúgubres pensamientos que amordazaban su cerebro, su opuso á ello, prefiriendo volver al palacio; por lo que inmediatamente tomaron la bajada del monte por la vereda de costumbre, desapareciendo á poco bajo las frondosas copas de los árboles del encinar.

Al propio tiempo tres hombres, que desde otro espeso cerro que se alzaba frente al de la

ermita atisbaban al del santuario, diciendo:
—«¡Son ellas! ¡Toman la bajada! ¡A la vereda!»

se precipitaron cuesta abajo, hundiéndose entre el follaje.

Poco después aparecieron simultáneamente en la esplanada del rústico templo Andrés y Jorge por un lado y Jaime con dos ballesteros por otro. Jaime se fué á la puerta del templo, y al encontrarla cerrada, llamó fuertemente en ella; mas como nadie contestara, diciendo:

—«¡Se han marchado ya! ¡Estarán en la vereda! ¡El tiempo urge! ¡Ea!»

tomó precipitadamente con los suyos la senda por donde bajaban las damas, y desapareció también.

Las nobles damas de Mendarózqueta descendían conversando por la ondulante senda de la montaña, sin que el más leve accidente interrumpiera el interesante diálogo que sostenían; y cuando el sol tocaba las crestas de Badaya, se hallaban ya al pie del cerro y muy próximas á salir del bosque; cuando en una revuelta que daba el sendero, tres hombres, que saltaron á la vez de la maleza, se echaron sobre ellas; y sujetando uno entre sus fornidos brazos á María, que dió un penetrante chillido, gritó á los otros dos que se habían avalanzado á Inés:

—«Cargad con ella, y á escape»

en el mismo momento que un estentóreo «*¡Cannalla!*» sonó en los aires; el que sujetaba á María cayó rodando por el suelo como herido por un rayo, y cuatro hombres arremetieron con los que

intentaban llevarse á Inés. Eran Jaime y los suyos. Jaime corrió en auxilio de doña María, á la que recogió en sus brazos, separándola del saltador que espiraba á sus pies atravesado el corazón por una flecha: entre tanto que los de Jaime habían salvado á Inés, derribando á otro de los bandidos, y corriendo unos en persecución del tercero, que logró ganar la maleza, quedaron los otros al cuidado de la hermana de Rodrigo.

D.^a María, repuesta en el primer momento, corrió al lado de su hija, estrechándola entre sus brazos, cuando ésta, que volvía en sí del síncope que había sufrido, al verse en los de su madre y de sus servidores, estampando un beso en la mejilla de María, le dijo:

—«Madre mía, la Virgen nos ha salvado.»

—«Sí, hija mía, sí»—repuso la madre.—«Sólo la Virgen, sólo la Virgen. El presentimiento que me agobiaba se ha cumplido.»

Y volviéndose á Jaime y los suyos, continuó:

—«Gracias, gracias, mis leales servidores. Jamás olvidaré el servicio que vuestro celo me ha prestado, y que no he de dejar sin recompensa.»

Á lo que Jaime, con risueña y satisfecha cara, contestó:

—«No os cuidéis, noble señora, de eso. Habíamos deber de hacerlo así. Mas permitidme, señora, os diga que entiendo que habéis menester ahora de reposo, y convendría volvernós al palacio.»

—«Sí, sí; volvamos, volvamos»—repuso doña María; y dando el brazo á su hija, y acompañadas por Jaime y los otros dos, tomaron la vereda

de Mendarózqueta, y un rato después se hallaban en su palacio, haciendo cábalas respecto á lo ocurrido.

No hizo lo mismo Jaime. Éste, como vió cumplirse á la letra lo que Andrés le había predicho, por habérselo oído contar á los malhechores en el bosque de Arlabán, no dudando de que Egidio esperaría aún á los raptores en este sitio, (como habían convenido), en el momento en que dejó instaladas á las señoras en su palacio, salió precipitadamente con sus dos ballesteros hacia el bosque de Arlabán. Jaime quería adquirir la evidencia de que el autor de aquella perfidia era el hijo del alcaide del castillo de Zaldiaran, cuyo dato interesaba grandemente á sus señores para el porvenir. Así que forzando la marcha no tardaron los tres en cruzar por Ullívarri; mas á la salida de este pueblo, reflexionando un momento comprendió que sus esfuerzos eran impotentes á cumplir su deseo. La noche había cerrado por completo. ¿Cómo, pues, poder dar con Egidio sin que éste se apercibiese de su llegada en medio del silencio del bosque? Esto no obstante, Jaime decidió probar fortuna y siguió adelante. Pocos momentos después, el fiel servidor quedó como clavado al terreno. Llegaron á sus oídos los ecos del galopar de caballos. Jaime dudó del punto de donde el ruido llegaba, y vacilando, meditaba lo que debía hacer, cuando de pronto, dos corceles que á todo galope faldeaban las estribaciones de Arlabán, cruzaron á pocos pasos de donde él se hallaba. Jaime quiso lanzarse á ellos, mas ¡todo en vano! Los corceles desapare-

cieron entre las sombras de la noche. Jaime quedó como petrificado escuchando el eco de las pisadas de los caballos, que no tardó en perderse en el espacio. Entonces el fiel guardador del palacio, malhumorado porque las tinieblas no le habían permitido reconocer á los jinetes, á los que por otro lado no pudo seguir, dando una patada en el suelo y diciendo: «*Yo sabré si era él,*» tomó el camino de vuelta á Mendarózqueta, en el mismo instante en que llegaron al sitio en que él se hallaba Andrés y Jorge.

Por éstos supo que el malhechor, tras el cual salieron de la vereda, merced á la espesura del bosque, había logrado burlar la persecución, desapareciendo á su vista; por lo cual Jaime creyó del caso el retirarse á la casa, como así lo hicieron; y ya en ella, después de dar las órdenes oportunas para que al rayar el nuevo día entrasen á los bandidos que yacían en el sendero, subió á la habitación de la señora, que le aguardaba impaciente para conversar con él.

AL REGRESO DE LA GUERRA

Así como los lúgubres presentimientos que torturaban á María la última tarde que habían visitado á la Virgen de la ermita no tardaron en cumplirse en el sendero del encinar, así las risueñas esperanzas que abrigaba el corazón de Inés la propia tarde, no tardaron tampoco en realizarse.

Apenas habían transcurrido doce días desde el frustrado golpe de los bandidos en el encinar de la ermita, cuando en la casa-torre de Mendaróz-

queta todo era gozo y albricias. Su distinguida dueña, mujer de sólidas virtudes y alma varonil, completamente repuesta del disgusto que el aciago lance le causara, había manejado el corazón de su hija con tal habilidad, para borrar de él la huella que el malhadado suceso imprimiera, que Inés comenzaba ya á dar al olvido sus temores, cuando con el sol del día ocho de Agosto llegó al palacio una nueva que, embargando el alma de aquellas dos mujeres, trocó los pasados sinsabores en venturoso contento.

Al rayar el día había llegado al palacio un emisario de Rodrigo, encargado de hacer saber á su madre y hermana que en aquel mismo día, al mediar el sol, llegarían las mesnadas alavesas al campo de Arriaga, á depositar en la casa del *Justicia Mayor* el estandarte de la Cofradía, que cubierto de gloria había ondeado en los campos de Las Navas de Tolosa pocos días ha; suplicándoles que acudieran al célebre campo á presenciar tan hermoso espectáculo.

Con tal motivo, desde las primeras horas de la mañana todo era animación y algazara, no ya sólo en el palacio, sino que también en todo el pueblo de Mendarózqueta. En la casa-torre, sus dueñas se adornaban con sus más ricas galas, ínterin los pocos ballesteros que habían quedado, después de limpiar sus armas, se ceñían los mejores arneses, y los criados enjaezaban los corceles para sus señoras, mientras las familias de los expedicionarios á la guerra, engalanadas con sus mejores vestimentas, acudían á la puerta del palacio, para formar en la expedición. Y tal prisa se

dieron todos en su faena, que antes de media mañana salía de Mendarózqueta una lujosa comitiva.

Formábanla en primer término dos jinetes con vistosos trajes; tras ellos las nobles damas María é Inés, cabalgando en corceles ricamente paramentados; á sus espaldas, Jaime con sus ballesteros de toda gala, y tras ellos el abigarrado conjunto de hombres, mujeres y muchachos del pueblo, luciendo los más extraños colores en sus vestidos.

La comitiva, en medio de la confusa algarabía de los gritos de los muchachos, las canciones de las jóvenes aldeanas y los ¡vivas! de todos, atravesó por entre los lugares de Echavarri y Guernica; cruzó, lamiendo las estribaciones del alto de Araca, por cerca de Mendíguren, y dejando á la derecha el pueblo de Aranguiz, se dirigió por el de Abechuco á pasar el Zadorra por el tosco puente de piedra próximo á este pueblo, y cambiando un poco á su derecha no tardó en hallarse á la entrada del histórico campo de Arriaga.

En éste la multitud era inmensa. Una heterogénea muchedumbre, en la que no escaseaban pitos, chirimías, panderetas, bocinas y banderas, bullía por todos lados á la apacible sombra que prestaban los espesos y gigantescos robles de la pradera.

Los de Mendarózqueta atravesaron por entre el gentío que se agolpaba para aclamarlos, y se dirigieron á la vetusta casa del Justicia Mayor, que se alzaba en el extremo norte del campo. En cuanto el Justicia se apercibió de la venida de las

damas, salió de su morada para recibirlas, llegando á ellas en el momento en que éstas se habían apeado de sus corceles, é invitándolas, después del saludo reglamentario, á ocupar un distinguido puesto, desde el cual pudiesen presenciar la llegada de los combatientes. María é Inés, agradeciendo la deferencia, aceptaron el obsequio y ocuparon una amplia ventana del edificio, abierta en el muro que daba al célebre campo, desde donde dominaban todo á su sabor.

Jaime, que entre tanto se había escabullido, buscaba en vano al caballero Egidio, al que creía seguramente encontrar allí, por haber sido uno de los combatientes de Las Navas; mas con sorpresa del buen servidor, ni él ni sus gentes aparecían en la pradera; lo cual hizo que Jaime se malhumorara, pues había proyectado inquirir de unos y otros en aquel día la parte que el de Zaldivar pudiera tener en el frustrado crimen del encinar.

De pronto sonaron á lo lejos las vibrantes notas de unos clarines, y un ¡viva.....!! nutrido, espontáneo, grandioso, arrancó de la multitud, que cual gigantesca oleada se dirigió hacia la parte del campo que mira al pueblecillo de Alí, de cuyo término lo separa una pequeña cresta del terreno. Los ecos de los clarines se percibían cada vez con más claridad; los expedicionarios se acercaban y la ansiedad del pueblo crecía por instantes.

Por fin apareció en la altura rodeado de jinetes y montando un brioso alazán, la noble figura de D. Diego López de Haro, y tras él los ceñi-

dos grupos de peones y caballos. Entonces, una aclamación inmensa sonó en el ambiente; miles de banderas se agitaron en los aires, y las panderas y chirimías, entre alborotados vítores, saludaron á los recién venidos. El pueblo acababa de saber la titánica victoria de Las Navas de Tolosa, en que aquellos bravos habían formado á vanguardia; y en su ardiente frenesí todo le parecía poco para los vencedores.

Éstos por fin pusieron su planta en el sagrado campo de sus leyes, y entre la algarabía de la muchedumbre que se apiñaba en torno, se dirigieron á la casa del Justicia Mayor. Allí marchaba al frente de sus fieles alaveses el noble don Ínigo López de Mendoza; allí tremolaba el pendón de la vieja Cofradía Rodrigo de Mendarózqueta; y allí el joven Hortuño, radiante de alegría, ceñía á su costado el acero que arrancara al almohade en los campos de Jaén. Al aproximarse la legión al edificio, Inés, á quien el corazón daba mil vuelcos y cuyas mejillas se encendían á su pesar, fué la primera que distinguió á Rodrigo y Hortuño, y diciéndoselo á su madre, en el mismo momento que éstos divisaban á las damas, se cruzaron entre todos los más cariñosísimos saludos.

Á la puerta de la casa esperaban á los expedicionarios el Justicia Mayor acompañado de seis cofrades y de D. Juan González Agoncillo, obispo á la sazón de Calahorra, quienes, después de saludar al estandarte de la Cofradía, se dirigieron con los recién llegados, entre la inmensa muchedumbre del pueblo á la ermita juradera de *San*

Juan el Chico, en la que, abiertas sus puertas, colocado el estandarte á la cabeza, y tendidas tras él todas las fuerzas en la campiña, el obispo celebró, en acción de gracias, el incruento sacrificio de la misa, durante el cual el pueblo vertió muchas lágrimas de gratitud y María é Inés dejaron escapar muchos suspiros.

Terminada la misa, la comitiva regresó á la casa del campo de Arriaga, donde Mendarózqueta entregó al Justicia el glorioso estandarte de la Cofradía, que éste enarboló y sostuvo con majestad en su mano, ínterin el prelado saludó á nombre del pueblo á los combatientes, dándoles luego su bendición; después de lo cual el Justicia depositó con toda pompa el estandarte dentro de un rico armario de roble destinado á tal uso en una de las estancias de la casa, dando por terminada la ceremonia.

Entonces el pueblo en masa se lanzó á sus deudos para estrecharlos entre sus brazos, y María é Inés recibieron en los suyos á Rodrigo, y consagraron sus cariños á Hortuño, que ebrio de contento no se saciaba de contemplar á su adorada.

Á continuación la Cofradía obsequió á los recién llegados con una comida en el mismo campo, y en la tarde de aquel día López de Haro con las mesnadas de Vizcaya tomaba el camino de los montes de Albertia; los combatientes alaveses volvían á sus hogares; y María con sus hijos, Hortuño y sus servidores caminaban hacia Mendarózqueta.

Ocho días después del regreso de las mesnadas alavesas al campo de la Cofradía, se desarrolla-

ba una tiernísima escena en la ermita del encinar.

Una hora hacía que el sol, nacido tras las crestas de Alzania se alzaba sobre el límpido horizonte, cuando María é Inés, Hortuño y Rodrigo, con la servidumbre de éste, penetraban en el santuario. Una vez que éstos se hallaban prosternados ante la imagen, un canoso plébano con ricas vestimentas, se acercó al altar, y ofreció sobre su ara bendita el sacrificio recordativo del Calvario, que todos presenciaron con edificante devoción; después de lo cual el venerable sacerdote bendijo un precioso manto recamado en vivas sedas orientales. Era la rica presea que Hortuño conquistara en Las Navas de Tolosa, y que Inés había convertido en lujosa vestidura para su Virgen querida. Hortuño cogió el manto, y postrándose ante la imagen murmuró una plegaria, después de lo cual, depositó la presea á los pies de la Virgen y entonces el Plébano, cogiendo la oferta, cubrió con ella el sacrosanto cuerpo de María de Nazareth, entre las lágrimas de emoción de María é Inés, las sonrisas de gratitud de Rodrigo y Hortuño, y el enternecimiento de los servidores que presenciaban tan solemne ceremonia.

Momentos después todos ellos, rodeando al venerable anciano, se dirigían al palacio de Mendaróqueta, donde habían dispuesto celebrar con alegre festín la oferta del manto árabe á la Virgen del Encinar.

EL DESAGRAVIO

Transcurrieron ocho meses. Durante ellos, ni Jaime había podido averiguar nada de modo

palmario respecto á la parte que á Egidio cupiera en el frustrado crimen del encinar, ni la madre y hermana de Rodrigo, habían podido saber nada concreto respecto del asunto; por lo cual Rodrigo, enterado ya de todo, les ordenó guardar silencio, hasta que el tiempo pudiese demostrarles de evidente manera la participación en el suceso del noble de Zaldiaran; lo cual no impidió el que Rodrigo revelara sus sospechas á su buen amigo Hortuño.

Por otro lado Hortuño siguió frecuentando la casa de Inés, sin que la más leve nubecilla empañara la dicha de la hija de María y su prometido.

Lució por fin el día primero de Mayo del año 1213.

El cielo apareció limpio y sereno, y el sol inundaba con raudales de luz los bosques y los prados de la llanada de Vitoria, en la que cien pueblecillos esparcidos por acá y acullá erguían á competencia las esbeltas agujas de las torres de sus sencillos templos, cuyas alegres campanas llamaban á los buenos á oración y al trabajo, mientras algunos reducidos y silenciosos grupos caminaban cabizbajos por uno y otro sendero en dirección á Estíbaliz, cuyo santuario monasterio era para los alaveses el refugio de sus penas y el contento en sus bonanzas.

Situado sobre la verde colina de su nombre, que aprisionan los pueblecitos de Matauco, Oreitia, Gáceta, Villafranca, Argandoña y Cerio; rodeado de espesos bosques, albergue de mil pájaros cantores, y arrullado por el murmullo de los arroyos que besan el pie de su colina, Estíbaliz, de ordinario bullicioso y risueño, presentaba aquel día tétrico aspecto; y ni las campanas de su espadaña alegraban el ambiente, ni los acentos del pastor cantaban en la selva vecina las glorias de la Virgen, ni aun las tiernasavecillas de las alamedas del Alegría desplega-

ban sus arpadadas lenguas para saludar á las brisas de la mañana.

¡Aitor! ¡Aitor! gran patriarca, que envuelto entre los nebulosos pliegues del tiempo gozas del sueño del olvido: ¿qué pena puede afligir á tus hijos de Euskaria para que el venerable santuario de Estíbaliz, égida de sus leyes, talismán de sus cariños y ventura de sus hogares, permanezca taciturno y silencioso, cuando el sol de Mayo se alza sobre las crestas de Alzania? ¿Es acaso que el *Basajaun* (1) de sus bosques, envidioso de la dicha de tus hijos, ha desencadenado sus pléyades de fantásticas *sorginas*, (2) para que el maléfico contacto de sus descarnados dedos empañe la hermosura de sus doncellas y marchite las corolas de las flores de sus campos? ¿Por qué esa histórica colina, que tan alegre saluda la alborada de San Juan, tan muda permanece en la primera alborada de Mayo?

Apenas los primeros rayos del sol habían besado los muros de Santa María de Estíbaliz, cuando se abrió la puerta del monasterio y un grupo de personas salió á la esplanada, marchando á colocarse en un tosco banco de madera, colocado en la parte de la esplanada sita al mediodía, frente á frente á la puerta principal del templo.

El más anciano de ellos, de apacible rostro y blanca y luenga barba, vestía ceñida gonela, encima de la cual lucía holgado sobregonel con anchas sobaqueras perfiladas de pieles, y cubría su cabeza un aparatoso birrete. Era el *Justicia Mayor de la Cofradía*, que ocupó el centro del banco. A su derecha se sentó otro anciano que vestía también ancha túnica negra y birrete. Era el *Abad de Estíbaliz*, cuyas virtudes austeras le da-

(1) Señor mitológico.

(2) Brujas.

ban irresistible ascendiente sobre todos los fieles de la comarca. El resto del banco fué ocupado por seis caballeros nobles, que debían de ser por ley *Cofrades* de la Junta de Arriaga.

Cuando el Justicia hubo ocupado su puesto, esperábanle ya tres pequeños grupos, situados delante del banco en la esplanada de aquella parte, que en ligerísima pendiente baja hasta las casas de Argandoña y Villafranca.

El más absoluto íntimo presidió á aquel imponente acto, hasta que el Justicia, incorporándose, dijo con robusta voz á los presentes:

—«Pueden llegarse á mí los agraviados.»

Entonces un apuesto joven, que se hallaba en primer término, avanzó con aire resuelto, y saludando reverendo al Tribunal, dijo:

—«Me llamo Hortuño de Zaytegui. Es mi enemigo Egidio el de Zaldiaran, y he menester vengar muy grandes agravios inferidos por él á mi dama doña Inés de Mendarózqueta, á quien ha osado galantear en contra mía, é intentado arrebatar en los encinares de su tierra.»

y entregando al Justicia la cincelada gumía que conquistara en los campos de Jaén, se retiró á su puesto.

El Justicia dió al tribunal el arma presentada por Hortuño para que la examinase, después de lo cual incorporándose dijo:

«El arma es de ley»

y volvió á sentarse; cuando otro joven de altiva arrogancia se acercó á él, exclamando en desabrido tono:

—«Me llamo Egidio, y guardo con mi padre la fortaleza de Zaldiaran. Tengo por enemigo á Hortuño, que villanamente trata de hacerme odioso á D.^a Inés de Mendarózqueta, y que acaba de calumniarme ante Vos. Una gumía conquistó él en Jaén para matarme, y otra gumía conquisté yo en el propio punto para matarlo. Hela ahí, señor.»

Y entregando su arma al Justicia se retiró también.

De igual modo expusieron al Tribunal sus quejas los de los dos grupos restantes, entregando sus armas; después de lo cual, incorporándose todos los del Tribunal, el anciano abad exclamó con voz solemne:

—«En nombre de nuestra santa religión, yo os invito á que paséis al templo.»

Y á continuación, el Justicia, el abad y los cofrades, seguidos por cuantos allí se hallaban, penetraron en el templo por la anchurosa puerta que en él se abría á espaldas del Tribunal.

Una vez todos dentro, el abad se puso las sagradas vestimentas y se acercó al altar. El Tribunal y el público se prosternaron ante la imagen de la Virgen de Estíbaliz, y el sacerdote celebró el incruento sacrificio de la misa.

Durante la augusta ceremonia, ¿qué de pensamientos cruzaron por la mente de Hortuño, y qué de ideas en torbellino se agolparon á su cerebro! Por un lado, era imprescindible, necesario, urgente, reparar las ofensas que su rival había inferido á la mujer que para Hortuño constituía todas sus venturas y ambiciones. Por otro, si su suerte en el lance le era aciaga, ¿qué de penas y amarguras no iba á llevar al santo albergue de su madre, á quien amaba con delirio, y á la feliz morada de Inés? Y esto tanto más cuanto que ni una ni otra sabían nada del reto, que con especial cuidado había logrado ocultarles Hortuño; quien aquella noche abandonó furtivamente el castillo de Zaytegui con frívola disculpa, del mismo modo que Rodrigo y Jaime, que estaban á su lado, pues no quisieron abandonarle, habían dejado el palacio de Mendarózqueta. Hortuño ya nada temía por él; pero le aterraba la idea de amargar la existencia de aquellas dos mujeres, por quienes estaba dispuesto á dar mil veces su vida.

El valeroso joven, pues, abrumado por la tormenta que rugía dentro de su alma, clavó sus ojos en la hermosa imagen de María que, sentada en su silla de oro y con dulcísimo rostro, parecía contemplarle; y como sus ojos creyeran percibir una sonrisa en los labios de la efigie, se sintió más consolado y encomendó su suerte á la Virgen de Estíbaliz.

Al fin el sacerdote, terminada la misa, se volvió á la concurrencia, y con acento dulce y persuasivo, recordando á los presentes la humildad sin límites de Jesús, á quien todos estaban obligados á imitar, les invitó á deponer sus odios al pie de aquel sacrosanto altar, haciéndoles entender que mostraba más valor quien se vencía á sí mismo que quien vencía á su contrario, y concluyó con estas palabras:

—«¡Yo, en nombre de Cristo crucificado, os invito á la paz! ¿La aceptáis?»

Entonces, dos hombres de uno de los tres grupos que había en el templo, se incorporaron, se miraron frente á frente, y abriendo sus brazos se confundieron los dos en uno entre tiernos suspiros, marchando en seguida unidos á depositar sus armas al pie de la Virgen. El abad, al ver tal, sonriente, bendijo á los reconciliados, los estrechó entre sus brazos, y volviendo á entregarles sus armas, les dijo:

—«Ceñid otra vez estas armas que, templadas por el santo fuego de la caridad, han de servir para destruir á los enemigos de Dios y de la patria.»

Á la sazón Hortuño, que fascinado por aquel acto y sosteniendo una lucha entre su corazón y su cerebro apenas podía dominarse, saliendo del grupo avanzó hasta mitad del templo con el arma en la mano, y clavando sus ojos en Egidio, que se hallaba frente á él, le instó con su mirada á imitar aquel hermoso ejemplo; mas Egidio, cu-

ya siniestra faz sólo respiraba venganza, permanecía inmóvil; por lo cual el sacerdote, queriendo aprovechar aquel momento, dirigiéndose á él, exclamó:

—“Tu rival generoso te brinda con la paz.”

Á lo que Egidio, interrumpiéndole, repuso:

—“Os engañáis; me brinda con la cobardía.”

La frase de Egidio hizo brillar una chispa de ira en los ojos de Hortuño, que, dirigiendo una mirada de compasión á su contrario, volvió á ocupar su puesto en el grupo.

El sacerdote requirió una vez más á los presentes, y como todos permaneciesen mudos, mandó abrir las puertas del templo, ordenando salir á todos, excepción hecha de los reconciliados, quienes, después que se volvieron á cerrar herméticamente las puertas del santuario, quedaron con el abad en el templo en oración, por los que, sordos á la voz del Calvario, iban á manchar sus manos en la sangre de sus semejantes.

Entre tanto el Justicia Mayor y los seis cofrades del campo de Arriaga volvieron á ocupar su puesto en el banco de madera colocado en la cima de la limpia esplanada, que en levísima pendiente corre á perderse en las florestas de Argandoña y Villafranca. Los combatientes quedaron á los lados del Tribunal; dos jefes de pelea se colocaron delante de éste, y el numeroso y heterogéneo público cerró con espesa muralla de carne humana la pendiente por aquel lado, convirtiendo á ésta en anchurosa plaza, á la que el absoluto silencio de la muchedumbre prestaba el más imponente terror.

Un instante después el Justicia, irguiéndose sobre su asiento, anunció á la multitud los nombres de Hortuño y Egidio, con el motivo que había producido aquel desagravio, y mostrando á la vez las armas de que iban á usar, para que viese el público que eran de las permitidas, se las

entregó á los rivales. Éstos salieron al centro del palenque; los jefes de pelea midieron el terreno y asignaron su puesto á los combatientes, que quedaron inmóviles hasta que la voz del cofrade más anciano exclamó:

—«Podéis comenzar.»

Á tal frase Egidio, dando un rugido, se lanzó sobre su enemigo gumía en mano, y un grito de terror arrancó de la multitud. Hortuño, sonriente, rechazó la embestida de su contrario, cortando con impasible valor los golpes que el coraje del de Zaldiaran descargaba sobre él; hasta que el pueblo, admirado del valor y destreza del de Zaytegui, rompió en frenéticas aclamaciones, que exasperaron á Egidio al extremo de que, ciego de rabia, se metiera en el terreno de su contrario: cuando éste, que había evitado cuidadosamente arremeterle, gritó:

—«Puedo matarte pero no quiero.»

Y embistiendo con inusitado brío al de Zaldiaran, atravesó al primer golpe el brazo derecho de su rival, haciéndole rodar por tierra, é inutilizándole para el combate.

Una explosión de espontáneo aplauso acogió el acto del generoso Hortuño; el Justicia dió por terminado aquel desagravio, y los servidores recogieron á Egidio, trasladándolo al monasterio, á fin de prodigarle toda suerte de cuidados.

Hortuño saludó reverentemente al Tribunal, é inmediatamente, acompañado de Rodrigo y Jaime, se trasladó al monasterio, en el que, haciéndose conducir hasta el lecho en que yacía prostrado su mortal enemigo, le prodigó cuantos consuelos le sugería su buen deseo, interesándose por su vida, que afortunadamente no peligraba en lo más mínimo; después de lo cual pidió permiso al abad para penetrar en el templo.

Una vez en el santuario, rendido á los pies de la veneranda imagen, y acompañado por el abad,

murmuró una corta y ferviente oración; terminada la cual se despidió del sacerdote para dirigirse á la puerta, en que Rodrigo y Jaime le esperaban.

Al asomar á la esplanada todo había cambiado de aspecto. Las rencorosas contiendas habían terminado; y mientras el Tribunal se dirigía al monasterio, donde según ley debía de esperar la puesta del sol, la muchedumbre, en pequeños y silenciosos grupos que descendían por todas las pendientes de la montaña, abandonaba la fatídica esplanada, á la vez que por ella cuatro hombres conducían el lívido cadáver de un caballero á la fosa del olvido.

Hortuño y sus amigos tomaron la pendiente por la parte de Cerio, y poco después los tres cabalgaban en dirección á Zaytegui.

UN AÑO MÁS TARDE

Cuando un año más tarde el nuevo sol de Mayo iluminó el palacio de Mendarózqueta, la joven Inés, que muchos meses ha era la esposa del noble caballero Hortuño, tenía la dicha de ser madre, y las vocingleras campanas de la espadaña del templo pregonaban su ventura, ínterin bajo la sagrada techumbre del mismo la noble doña María sostenía sobre la pila bautismal á un hermoso y robusto niño, ilustre vástago de aquella aristocrática familia; mientras que Jaime, para celebrar el suceso, se ocupaba en descubrir sobre la entrada principal del palacio el nuevo escudo de la casa con la honrosísima cruz de gavilanes, que Rodrigo conquistara en Las Navas de Tolosa.

En pago el nombre de Egidio casi se había olvidado entre las gentes de Estíbaliz. El noble de Zaldiaran, una vez restablecido de la herida que Hortuño le infiriera en la esplanada del cerro de Estíbaliz, había marchado á poco á Andalucía, donde los rebeldes moros trataban en vano de reponerse de su derrota, y ya nunca más volvió á saberse de él.



El pacto de Arriaga

(SIGLO XIV)

EL PACTO DE ARRIAGA

(SIGLO XIV)

PRECEDENTE HISTÓRICO

LAS consecuencias de la aciaga minoría de Alfonso XI, hijo de Fernando IV el Emplazado, se dejaban sentir en todo el reino. Durante ella habían manejado las riendas del gobierno los infantes D. Felipe, D. Juan Manuel y D. Juan (el Tuerto), de los cuales los dos últimos, mal avenidos con perder el prestigio grandísimo de que gozaban hasta empuñar el cetro Alfonso XI, hicieron entre ambos una alianza ofensiva y defensiva para saciar las ambiciosas pretensiones que acariciaban. En virtud de ésta habían convenido en que D. Juan el Tuerto casase con D.^a Constanza, hija de D. Juan Manuel.

Á la vez habíanse apoderado del corazón del rey dos hidalgos: Garcilaso de la Vega y Alvar

Núñez Osorio, los que aliados con el israelita Jucef, almorarife del reino, dirigían los primeros pasos del joven y magnánimo monarca.

Los privados Garcilaso y Osorio vieron sagazmente el medio de destruir el concierto entre los dos infantes, aconsejando al monarca su matrimonio con Constanza, la prometida del Tuerto.

Así se intentó, y convenidas las partes, y á causa de la poca edad de Constanza, quedó ésta en poder de Alfonso hasta que el matrimonio pudiera realizarse, con lo cual D. Juan Manuel, faltando al convenido pacto, pasóse al partido del rey, al paso que D. Juan el Tuerto encendió más y más sus iras contra el monarca, hasta el punto de pensar en casarse con D.^a Blanca, hija del infante D. Pedro (muerto hacía poco por los moros en Granada), señora de Almazán y Alcocer, cuyas inmensas riquezas y poderío podrían servir al desairado D. Juan para hacer la guerra al monarca.

Por segunda vez la astucia de los privados ideó el medio de destruir los protervos fines del Tuerto, quien, so pretexto de la guerra que Alfonso pensaba reanudar con los moros, fué llamado por el monarca á una entrevista en Toro, después de alejar capciosamente de la corte á Osorio su enemigo. El Tuerto acudió á la cita, y al asistir á un banquete en palacio, fué asesinado en uno de los patios del alcázar.

Más tarde Alfonso, repudiando á su prometida Constanza, casó con D.^a María de Portugal, lo cual volvió á ocasionar de nuevo la enemistad de D. Juan Manuel con el rey.

Tales hechos tenían soliviantado al país.

Los partidarios de D. Juan el Tuerto por un lado; el desairado D. Juan Manuel, que para saciar su venganza se había aliado al rey de Aragón, por otro; y el descontento con que los nobles miraban la privanza de Garcilaso y Osorio, infiltraron de tal modo el virus de la intriga en torno del rey, que éste llegó á temer más á los aduladores cortesanos que le rodeaban que á sus declarados enemigos, viéndose constantemente precisado á castigar hoy con mano fuerte al que ayer distinguía con predilección. Además, los nobles, dueños de pueblos y castillos, tiranizaban al estado llano á guisa de reyezuelos.

Este estado de cosas engendró en el ánimo de Alfonso la idea de rodearse de un nuevo linaje de servidores fieles al trono, leales consejeros del bien público y protectores de las clases menos acomodadas; idea que en breve se tradujo en hechos con la creación de la orden de los Caballeros de la Banda, de cuya honrosa distinción quedaron excluidos los primogénitos.

Por otra parte la Cofradía del Campo de Arriaga, con el correcto criterio y sabia prudencia que siempre la distinguió, había buscado el medio de poner á salvo sus patriarcales leyes y la integridad de su comarca, constantemente amenazada y atropellada por la ambición de poderosos que cebaban en ella los odios, que con más ó menos razón tenían á los condes ó señores de la Cofradía. En efecto, antes buscaban con frecuencia el favor regio, ya de los soberanos de Castilla, ya de los de Navarra, según mejor les con-

viniese; resultando en el primer caso su enemistad con los monarcas de Navarra y en el segundo con los de Castilla; pero dando siempre por resultado final que el monarca agraviado invadiese la comarca desmembrando y apoderándose de cuanto podía de ella. La Cofradía, pues, creyó que el medio de poner á salvo su integridad era buscar de una vez para siempre un señor poderoso, bajo cuya tutela pudiese vivir, conservando todos sus fueros, buenos usos y costumbres; y en 2 de Abril de 1332 entregó á perpetuidad el señorío de la comarca alavesa al soberano de Castilla, haciendo con él voluntaria y libremente un pacto, en que el monarca juró respetar la legislación especial por la que ella se gobernaba, y cuantas libertades gozaban los alaveses.

Era, pues, azarosa y difícil la situación de España cuando regía sus destinos el magnánimo rey Alfonso XI, cuyo valeroso corazón, luchando sin tregua con propios y extraños, hundió pocos años después la altiva media luna en las aguas del Salado.

DE BARRÍA Á VITORIA

En la parte Nordeste de la ciudad de Vitoria, cerca del pueblo de Narvaja, y al mismo pie de las estribaciones de la vertiente meridional de la sierra de Aránzazu, existía ya en el siglo XIV el monasterio de religiosas cistercienses de Barría, que la piadosa dama alavesa D.^a Inés de Mendoza había fundado á los comienzos del siglo anterior. La situación del convento no puede ser más

risueña y agradable. Apartado, aunque no lejano, de los pueblecitos de Larrea y Narvaja, se alza sobre tendida pradera cuajada de corpulentas hayas y vetustos robles, y defendido por gigantesco y frondoso monte de las iras del aquilón.

Allá por los siglos de referencia tenía el monasterio aneja una casa, propiedad de los descendientes de la familia de la fundadora, casa que sus dueños solían habitar con alguna frecuencia.

El hálito bienhechor de la primavera tapizaba las vertientes y los valles y engalanaba las copas de los árboles, cuando se deslizaba el año 1332. El sol declinaba al ocaso cuando en la puerta de la casa aneja al monasterio de Barría dos escuderos sujetaban las bridas de dos corceles, en cuyos fogosos movimientos bien se veía la impaciencia que los brutos tenían de caminar. Á muy poco apareció en la puerta un numeroso grupo, en el que descollaban dos aristocráticas damas y dos apuestos donceles armados caballeros.

La elegancia de sus formas y la distinción de sus maneras revelaban desde luego la encopetada alcurnia de ellas, que no eran otras que doña Ana de Mendoza y su madre D.^a María, pertenecientes á una muy distinguida familia alavesa.

La hermosura de D.^a Ana, que frisaba en los 20 años, era notoria no sólo en el país sino en la Corte, razón por la cual más de un aristócrata había aspirado á su cariño, que ella supo siempre guardar con delicadísimo recato y los buenos consejos de su madre, que hábil conocedora de la sociedad, sabía desviar á tiempo á su hija de

cuanto más tarde podía amargar su dichosa existencia. De los caballeros, que ambos era jóvenes, el uno de apuesto continente, tez morena y negros y penetrantes ojos, lucía sobre su rica cota de malla de seda, bruñida coraza y en la cimera de su casco colgantes plumas blancas y encarnadas; el otro de fornidos miembros, ojos azules y rubia barba, vestía cota milanesa, coraza con adornos de oro y plumas blancas y azules en el remate de su yelmo. Los caballeros se despidieron afectuosamente de todos, haciéndolo de modo especial el de las plumas rojas de D.^a Ana, cuya mirada se cruzó con la del galán de modo tal, que tiñó de carmín las mejillas de la dama, á la vez que el caballero, dejando dibujar en su rostro una placentera sonrisa, montó en su corcel á la vez que su compañero, y un instante después, ambos, seguidos de sus escuderos, tomaban al galope la senda del valle en dirección á Larrea.

Al dar la primera revuelta á la vereda refrenaron un poco los corceles, y el caballero de las plumas azules, dirigiéndose á su compañero, le dijo:

—«¡Vive Dios, D. Lope, que podéis estar orgulloso de vuestra dama. Su hermosura es merecedora de un Vendaña tan esforzado como vos.»

—«Gracias, D. Ladrón»—replicó el otro—
«vuestra noble franqueza es bien digna de un Guevara; mas sabed que su hermosura no ha dejado de proporcionar disgustos á D.^a Ana.»

—«Nada debe inquietaros...»

—«Nada, mas os juro que la osadía del favorito D. Alvar Núñez de Osorio.....»

—«¿Qué decís?»

—«Que cuando D.^a Ana y su madre estuvieron ha poco en la corte de Valladolid, el favorito del rey se permitió á mis espaldas galantear á doña Ana, y juro ¡por mis espuelas! que en el momento oportuno he de hacer morder el polvo al altivo conde de Trastamara.»

—«¿Y él sabía que vos.....?»

—«Lo sabía.»

—«Pues nada os inquiete. El rey se hallará mañana entre nosotros, y la solemne entrega de la Cofradía á su corona, no dejará de daros una justa ó un torneo, en que poder humillar á ese funesto consejero.»

—«Bien decís, funesto. Su ambición y la de Garcilaso de la Vega han provocado el desagrado de los nobles; lo cual, unido á las intrigas de D. Juan Manuel, quizás á las de Alburquerque, á las pretensiones del primogénito de D. Alonso de la Cerda y á los designios del monarca aragonés, deben de tener en cuidado al justiciero rey D. Alfonso.»

—«Nada se escapa á la penetración del monarca»—contestó D. Ladrón—«y buena prueba de ello es la cita que el rey ha dado á los nobles é hidalgos en Vitoria, para crear en ella la Orden de la Banda, de la que, excluidos los primogénitos mal contentos, hará una guardia defensora del rey, protectora de lo bueno y amparo de las clases pobres.»

Á tal punto de su conversación llegaban los nobles caballeros, cuando sus corceles cruzaban el pie del escarpado cerro, en cuya cima se alzaba

enhiesto el castillo de Guevara, que no tardaron en dejar á sus espaldas, internándose en el espeso y llano bosque que por Matauco é Ilárraza corría hasta el cerro de Gazteiz.

El sol había traspuesto ya la sierra de Badaya; moría el crepúsculo de la tarde, y la luz de una luna limpida y clara, filtrándose por el ramaje de los árboles, plateaba á intervalos la alfombra del bosque.

En la parte del bosque que miraba á Vitoria, frente á la aldea de Elorriaga, y en una oculta plazoleta del mismo, conversaban sigilosamente un caballero y cuatro hombres del pueblo armados de ballestas.

—«¿Estás seguro, Pedro, de lo que dices?»—dijo el caballero á uno de ellos.—«Habrás de tener cuidado con tus informes.»

—«Estad tranquilo, señor. Yo mismo vi esta mañana al rayar el día, salir de Vitoria á D. Lope Vendaña, que acompañado de un escudero tomó la dirección del castillo de Guevara. Para cerciorarme más, monté precipitadamente uno de los caballos que pastaban á la entrada del bosque y corrí tras él; pero el fogoso alazán de D. Lope, mal avenido sin duda con el acicate, voló por la vereda de tal modo, que no tardó en perderse de vista: pero no hay duda; la dirección era ésa. Además, señor, el escudero que le acompañaba acaba de pasar por el sendero hacia Vitoria. Es evidente, pues: D. Lope vuelve y vuelve solo.»

—«Sí, sí: él no puede faltar mañana de Vitoria á la entrada del rey»—respondió el caballero

prosiguiendo:—«Hay que apoderarse de él á todo trance.»

—«Descuidad, señor conde»—repuso el otro— «tengo apostados cuatro jinetes armados en el sendero, y yo con estos ballesteros ayudaré á la faena; pero el tiempo urge. Ganaremos el sendero»—y los cuatro hombres con el conde, que no era otro que Alvar Núñez, se internaron en el bosque.

Pedro, que así se llamaba el interlocutor del conde, no se había equivocado. D. Lope VENDAÑA, al rayar el día, se había dirigido hacia Guevara, y su escudero acababa de pasar hacia Vitoria; pero lo que Pedro ignoraba era que, al pasar el de Vendaña por el castillo se le había incorporado D. Ladrón, y que éste y su escudero acompañaban en aquel momento á D. Lope.

No bien Pedro y los suyos llegaron al sendero, se ocultaron frente á donde estaban los jinetes armados al otro lado del mismo, y el conde, que había montado á caballo, quedó tras ellos. Á muy poco percibieron el ruido del trote de corceles. Pedro escuchó con atención y turbóse algún tanto, creyendo percibir algo que no le agradaba: pero nada dijo.

La luna en aquel momento se ocultaba tras una densa nube; el ruido crecía por momentos, y al fin un jinete apareció en la senda. Pedro dió un silbido, los jinetes armados, de un bote se cruzaron en la senda, y al grito de ¡alto! arremetieron con D. Lope. Este dió un bote atrás para armarse, y acto seguido tizona en mano, arremetió con los jinetes con tal brío, que derribando al primero se

lanzó sobre otro. Entonces Pedro y los suyos saltaron á la vereda para herirle por detrás; pero en aquel momento llegaba D. Ladrón, que espada en mano, se echó sobre ellos, y tras él su escudero. Éstos aterrados se cobijaron en el bosque. D. Ladrón intentó lanzarse tras ellos, cuando el conde en un brioso arranque se abalanzó á él con tan mala suerte, que á un mandoble de la tizona del de Guevara quedó el conde desmontado y tendido en la maleza. Entre tanto D. Lope, que había derribado á dos jinetes, luchaba con otros dos; D. Ladrón fué en su auxilio, y al verlo huyeron los villanos á brida suelta en términos que los caballeros sin poderles dar alcance les perdieron de vista.

Cuando á poco D. Lope y el de Guevara volvieron al sitio del suceso, todo había desaparecido: ni jinetes heridos, ni ballesteros, ni rastro alguno había quedado en el lugar, lo cual contrarió y no poco á D. Ladrón, que quiso saber quién era el jinete herido por él, pues por su porte le había juzgado distinguido caballero. Tomó, pues, con D. Lope el camino de Vitoria y media hora más tarde entraban los dos en el Palacio de Vendaña.

EL PACTO

Pocos días habían pasado desde el suceso que acabamos de referir, cuando brilló en el horizonte el espléndido sol del 2 de Abril de aquel año. La villa de Vitoria y sus alrededores ofrecían una animación como jamás habían presentado.

En todas las calles y plazas, grupos de corceles paramentados con vistosos atavíos; distinguidos cortesanos luciendo ricos brochados en lujosas vestimentas; fornidos guerreros con deslumbrantes coracinas y labrados yelmos de colgantes plumas; elegantes damas que aprisionaban su esbelto talle con ceñidas túnicas de seda sembradas de perlas; grupos de campesinos y aldeanas, á cuyos gráficos trajes daba el sabor del país la sencilla abarca; en fin, una abigarrada muchedumbre se movía incesante en derredor de un vetusto y amplio edificio de piedra, situado hacia mitad de la calle central de la vieja Gazteiz frente á la puerta de la Soledad.

Al respetable caserón, cuyas fachadas se hallaban engalanadas con profusión de follaje y colgaduras, cabíale la honra de albergar en su seno á los poderosos y magnánimos reyes de Castilla, D. Alfonso XI y su esposa D.^a María. En aquel momento los reyes recibían á la comisión de la Cofradía del Campo de Arriaga, que, presidida por D. Juan de Rojas, obispo de Calahorra, vino á notificarles que la célebre Cofradía, reunida en el campo de Lacua, les aguardaba impaciente, para hacerles solemne entrega del señorío de la libre y noble tierra alavesa.

Como una media hora había pasado, cuando á un prolongado murmullo que se esparció por la muchedumbre, las gentes de todos los lados corrían á porfía hacia las puertas del alcázar. Era que los reyes, acompañados de la comisión de la Cofradía, iban á salir para el campo de Lacua. Asomó por fin bajo el arqueado dintel de la puer-

ta principal un lucido cortejo de jinetes, y tras ellos la arrogante figura de D. Alfonso, que vestía precioso traje de terciopelo recamado de oro y pedrería, y llevaba á su derecha al obispo Rojas, montando ambos esbeltos alazanes. Al lado cabalgaba la reina D.^a María, entre distinguida cohorte de damas alavesas y castellanas, completando tan brillante grupo toda la flor de los caballeros nobles de Castilla y Álava, luciendo cada cual á competencia las glorias de su estirpe en sus labradas adargas. Una explosión de aclamaciones entusiastas llenó los aires á la aparición de los reyes, sobre los cuales se lanzó la muchedumbre, disputándose todos la honra de asir las bridas de sus caballos, é impelida por aquella oleada de vasallos avanzó la comitiva, saliendo por la puerta de Santa María, por debajo de caprichosos arcos de follaje y vistosas sedas con que el entusiasmo popular había engalanado el camino hasta la ermita de San Juan de Arriaga.

Durante esta travesía dijo D. Ladrón á D. Lope que cabalgaba á su lado.

—«¡Vive Dios! que la desaparición de D. Alvar Núñez es un misterio.»

—«Un misterio—contestó Vendaña—para todos. Nadie sabe su paradero; pero á todos choca sobremanera su ausencia.»

—«¿Y nadie sospecha.....?»

—«Nadie. Lo único que he podido averiguar, por haberlo oído ayer de labios del Arzobispo y Canciller mayor, es que, estando ha días la corte en Burgos, pidió permiso al rey para ausen-

tarse, prometiéndole hallarse en Vitoria para la entrada del monarca.»

—«¿De modo que ni el mismo rey...?»

—«Quizás no; y á fe que si cayera en su desagrado.....»

—«Mal había de venirle para sus ambiciosos planes.»

—«Y yo me holgara—repuso D. Lope—de tener ocasión de combatirlo y humillarlo.»

—«D. Alvar es valiente.»

—«Mengua fuera no serlo perteneciendo á la nobleza castellana.»

Á tal llegaba la conversación de D. Ladrón y Vendaña cuando la comitiva llegaba á la ermita de San Juan. Á su puerta esperaban á los reyes los ancianos miembros de la antigua Cofradía, á cuya cabeza estaba el clero alavés con ricas vestiduras. Al apearse los monarcas un confuso clamoreo de vítores llenó el espacio, hasta que los reyes penetraron en el santuario; en cuyo momento, y como sujeta por misteriosa y oculta mano, la muchedumbre hincó su rodilla en tierra, inclinó su cabeza, y en medio de un sepulcral silencio sus labios murmuraron una plegaria al agitado ritmo de miles de corazones que latían con demasiada violencia en aquel augusto momento. Poco después D. Alfonso y su esposa, entre el entusiasta bullicio del pueblo, penetraban en el bosque de Lacua.

Allí, en medio de su dilatada extensión vestida de gigantescos robles y copudas encinas, se alzaba un añejo y sencillo alcázar de tosca piedra, respetable cuna de las leyes de aquel pueblo libre cual

otro alguno, aun á través de devastadoras invasiones é insidiosos poderíos. Ante el vetusto alcázar se erguía un espléndido trono, amparado por elegantes doseles, y á cuyos pies se tendían anchurosos escalones. Los reyes ocuparon sus siales, rodeando el de D. Alfonso todo lo esclarecido de los nobles, entre los cuales destacaba la apuesta figura de Vendaña, y cercando el de la reina mil hermosuras de encopetado linaje, entre las cuales irradiaba la belleza de D.^a Ana de Mendoza.

De pronto los clarines y atambores sonaron al viento, las vocingleras campanas de todas las torres y espadañas del llano pregonaban el suceso, y el unánime grito de la muchedumbre, que ocupaba todo el contorno, saludó con imponente algazara á los descendientes de cien reyes, á quienes iba á entregar en solemne y jurado pacto el dominio de aquellas montañas, infranqueable barrera, en que se habían estrellado la grandeza del imperio de los Césares y la audaz osadía de los hijos del desierto.

Acto continuo un venerable anciano de apacible rostro, cuya nevada cabellera de colgantes rizos destacaba en manojos de plata sobre el negro traje de terciopelo recamado en oro que vestía, subió pausadamente las gradas del trono. Era D. Lope Ñiguez de Mendoza, el más antiguo de los cofrades del Campo de Arriaga y que en su liaajuda stirpe llevaba el señorío de la villa de su nombre. El anciano llegó hasta las plantas del rey, á quien, después de saludar respetuosamente, dijo: —«Señor: la Cofradía del Campo

de Arriaga, libre y solemnemente congregada en este lugar, en que desde los más remotos tiempos acordó todas las leyes y resolvió todas las cuestiones de la tierra alavesa, os ofrece su señorío, que quiere poner al amparo de vuestra poderosa corona, si Vos prometéis y juráis guardar las condiciones escritas en este pergamino, á fin de que sus hijos gocen en adelante de todas sus leyes, fueros y libertades.»— Inmediatamente el anciano entregó el pergamino al cofrade D. Beltrán Yáñez de Guevara que estaba á su lado, y éste leyó en alta voz las cláusulas del pacto que la Cofradía había acordado, é inmediatamente irguiéndose la arrogante figura del rey, dijo con tono solemne:—«Acepto de muy buen grado el señorío de Álava que libremente me ofrecéis, y prometo y juro guardar fielmente y por siempre jamás las cláusulas de este pacto.»

Un atronador ¡Viva el rey Alfonso! lanzado por miles de voces llenó los espacios, y los clarines y campanas hacían coro á la multitud, que entusiasmada vitoreaba á los monarcas, ínterin los cofrades desfilaban uno á uno ante el rey, arrodillándose á sus pies y besándole la mano; á la vez que las damas alavesas rendían igual homenaje á la reina, obsequiándola además con ramos de flores que tendían á sus pies. Concluída la ceremonia, la real comitiva, entre la algazara y bullicio consiguientes, envuelta por la multitud que se arremolinaba en su derredor, abandonó el histórico bosque en que habían encarnado las patriarcales leyes, que labraran por muchos siglos la felicidad de aquella comarca, y tomó el

camino de Vitoria, llegando poco después al palacio del Campillo.

En el grandioso salón, que ocupaba toda la parte oriental de éste, se había dispuesto por orden del monarca un suntuosísimo festín, con que Don Alfonso quería obsequiar á la Cofradía y á los nobles. Los monarcas penetraron en el recinto y tras ellos todos los invitados, que fueron ocupando los puestos que tenían señalados; cabiendo á Vendaña la agradable sorpresa, que en vano trató de disimular, de verse sentado á la derecha de D.^a Ana, mientras ella recibió con una sonrisa, tan dulce como mal reprimida, al ídolo de sus aspiraciones.

Felicísimos se deslizaron los primeros momentos para aquellos dos seres, que arrullados por el mismo sueño de ventura, se hicieron mil protestas de inquebrantable cariño, hasta que don Lope, quizá inadvertidamente, dejó escapar de sus labios el nombre de D. Alvar Núñez Osorio, nombre que hizo que D.^a Ana interrumpiéndole exclamase:

—¡Ah! D. Lope; yo os ruego que no acibaréis la dicha que me embarga, recordándome el nombre de ese funesto ambicioso que ha intentado llegar hasta....»

D.^a Ana vaciló para concluir la frase, temerosa de la revelación que iba á hacer, á la vez que D. Lope, invadido de súbito por una idea más temeraria que verosímil, añadió:

—«Concluíd: concluíd. ¡La misteriosa ausencia de D. Alvar! ¡Su loco empeño por galantearos! ¡Vos en Barría....!»

—«Basta—interrumpió D.^a Ana, revistiéndose de arrogante entereza.—No aventuréis juicios locos, que sólo vuestra pasión puede disculpar, pero que no por eso dejan de ofender al acrisolado honor de una dama. Habéis interpretado mal mi vacilación. No quería revelaros un secreto que ha de encender en vuestro pecho nuevos odios; pero ya que vuestra desconfianza así lo exige, vais á saberlo.»

—«Perdonad, D.^a Ana, que nada más lejos en mí que sospechar.....»

«Oíd—continuó D.^a Ana.—El día que estuvisteis la última vez en Barría acompañado de don Ladrón, y dos horas después de vuestra salida con dirección á Vitoria, supe con espanto que corriais inminente riesgo. Antonio, uno de mis más fieles servidores, que se encontraba aquel día en Vitoria, entró á un miserable figón del barrio de los Judíos á tomar algún alimento. Á la escasa luz del desaliñado y oscuro recinto en que se hallaba, pudo distinguir allá en un rincón del mismo, sentados al rededor de una mesa de tosca madera, cuatro hombres que hablaban sigilosamente.

El exceso de vino que sus fauces apuraban, hizo sin duda que uno de ellos, olvidando el recelo de que había menester, pronunciara vuestro nombre. Antonio, apercibido de que se trataba de vos, procuró sagaz enterarse de lo que aquellos hombres trataban. Tras vuestro nombre sonó el del conde de Trastamara. En frases sueltas se habló del bosque de Elorriaga, de la noche, de asalto, en fin, de cuanto Antonio ne-

cesitaba para saber la trama que se urdía. Por otra parte, Antonio no ignoraba que á la sazón debíais de hallaros en Barría. Salió, pues, del figón, montó á caballo é inmediatamente partió en vuestra busca, más la fatalidad hizo que al faldear el cerro de Guevara, él tomase, por más corta, la vereda de un lado, cuando precisamente vos corríais la del opuesto al regresar á Vitoria, y una hora después se hallaba en Barría. Al ver que habíais salido de allí, contó inmediatamente lo que ocurría, y á los pocos momentos seis ballesteros de mi servicio, galopaban en vuestra ayuda, mas era ya tarde. Cuando llegaron al bosque de Elorriaga, varios campesinos del pueblo, que habían acudido á las voces de la refriega, recorrían el bosque en vano: el silencio era absoluto y la soledad completa. Por el relato de éstos y lo que ellos sabían, pudieron deducir lo que allí debió acontecer; y enterados después en Vitoria de que habíais llegado sin novedad con D. Ladrón á vuestro palacio regresaron á Barría.

—«¿Y vos...?»

—«Permitidme concluir. Hace dos días, D. Alvar se atrevió á mandarme un escudero suyo pidiéndome una entrevista en mi casa de Barría...»

—«¡Ira de Dios!»

—«Ved ahora la razón que tenía para ocultaros los planes de D. Alvar, que rechacé con toda entereza, y no quería revelaros, á fin de no excitar más vuestros odios hacia el conde y exponeros á nuevos riesgos.»

—«¡Doña Ana, sois un ángel! Perdonad si el

ciego amor que os profeso provocó indiscreto vuestro enojo. Sí: ahora lo comprendo todo. Entre los miserables que arremetieron con nosotros en el bosque de Elorriaga, apareció á la postre un pujante caballero de celado rostro, al que D. Ladrón en una tremenda acometida derribó del corcel, ínterin yo pude herir á dos jinetes que me acosaban, y á quienes, al darse á la fuga, perseguimos ambos, y cuando á poco volvimos al lugar del suceso, el caballero que indudablemente estaba herido, había desaparecido. No hay duda, era él: era el conde. He aquí por qué su misteriosa ausencia de la Corte.

El resto de la comida pasó para Vendaña y su amada, entre nuevas protestas y risueños augurios, hasta que levantándose el rey se dió por terminado el festín, y los concurrentes siguiendo á los monarcas, se dirigieron á la Cámara real, situada en el piso superior. Caballeros y damas iban penetrando en la estancia. D. Lope y doña Ana habían quedado los últimos, y cuando terminada la escalera, tocaban ya casi el dintel del estrado, D. Alvar Núñez con altivo continente se cruzó en su camino. D. Lope se desprendió instintivamente de D.^a Ana: los rivales se miraron un instante, y como acosados del mismo pensamiento se dirigieron á la escalera, cuando doña Ana, cruzándose con arrogancia entre ambos y señalando la puerta del estrado, dijo á D. Lope: «¡Al rey, Vendaña!» al mismo tiempo que apuntando con la otra mano á la escalera y mirando con orgullosa altivez á D. Alvar, hizo que éste

bajara por ella á la vez que D. Lope penetraba en la Cámara real.

LA ORDEN DE LA BANDA

Transcurrieron algunos días desde que la célebre Cofradía de Arriaga había reconocido como señor de Álava al rey de Castilla, y durante este tiempo, Vitoria se había esforzado en hacer agradable á los monarcas su estancia en su nuevo señorío, con cánticos, danzas, hogueras, luminarias, corridas de cintas, de cañas y demás festejos propios de la época.

Era la mañana del 20 de Abril, y el pueblo en compactas masas se movía incesante en torno de la iglesia de Santa María, que estaba cuajada de gente. En ella se hallában los reyes rodeados de lujosísima cohorte de la nobleza de Castilla, cuya esplendorosa magnificencia delataba desde luego que un acontecimiento importante tenía lugar.

En efecto, el rey Alfonso quiso unir á la fecha del célebre pacto de Arriaga la creación en Vitoria de la importantísima Orden de caballería de la Banda, y á tal objeto, había citado á la vieja Gazteiz á los nobles *no primogénitos* y de su mayor confianza en sus estados, con propósito de conferir á los que acreditasen intachable fidelidad y heroicos hechos, el honrosísimo distintivo de la nueva Orden, y de todo el reino había acudido la flor de los caballeros castellanos, aspirando á honra tan distinguida.

Creada días antes la Orden y examinadas las

condiciones de los aspirantes con arreglo á los estatutos, en que el mismo monarca la había basado, en aquel momento el rey Alfonso iba á armar caballeros á los elegidos.

El templo estaba atestado de gente. Á la derecha del altar, adosado á la pared que daba frente á la puerta de entrada, se habían colocado bajo rico dosel de rojo damasco los sitiales que ocupaban los reyes, á cuyos lados se extendían en brillante guardia de honor bizarros caballeros y elegantes damas. Frente á los sitiales, en una mesa lujosamente vestida, sobre una grande bandeja de plata, lucían su vivo carmesí muchas bandadas de delicado tejido, y junto á ellas destellaban con brillantes reflejos los puños de plata y oro de una porción de espadas. El clero ocupaba los sillones situados detrás de la mesa. El rey lucía los paños blancos y banda carmesí de la nueva Orden, brillantes espuelas de oro y espada con puño de pedrería.

El rey entregó á uno de sus servidores un papel en que constaban los nombres de los elegidos, y el mandatario, dirigiéndose al grupo de nobles, dijo en voz alta:

—«¡D. Gonzalo de Mendoza!»

Un murmullo de entusiasmo y envidiada dicha se percibió en el ambiente, al pronunciar el nombre del caballero. Éste salió del grupo, se prosternó ante el ara sacrosanta, oró un momento y volviendo hacia el rey, hincó su rodilla y besó la mano del monarca. El rey, haciendo colocar al afortunado caballero la mano sobre la cruz de una preciosa espada de puño de oro, le exigió

el correspondiente juramento, y acto continuo le hizo vestir los paños blancos, ciñó su hombro con una rica banda carmesí, pendiendo de su cinto la espada, después de lo cual el agraciado se retiró á su puesto.

El mandatario siguió leyendo:

—«¡D. Alfonso de Alburquerque!»

Con análoga exclamación é idéntico ceremonial, fué investido el noble prócer de Castilla, después de lo cual prosiguió el mandatario:

—«¡D. Lope de Ventaña!»

Una sonrisa de inefable gozo se dibujó en el rostro de D.^a Ana, que descollaba entre las damas, al oír el nombre del caballero, mientras éste, con viva mirada de contento, avanzó hasta el altar, y el monarca ciñó á sus hombros el envidiado distintivo.

De tal modo recibieron igual merced Haro, Cisneros, Ponce, Manrique, Castro y otros de la nobleza de Castilla; y Hurtado, Guevara, Ayala y Gama de la de Álava.

Terminada la ceremonia, los reyes y tras ellos toda la comitiva, salieron del templo, y montando en los paramentados corceles preparados al efecto, se dirigieron al bosque de Lacua para complacer á D. Alfonso, que quiso que el primer servicio que á su persona prestasen los nuevos caballeros lo hiciesen en el histórico bosque en que se había consumado el célebre pacto de Arriaga. Allí, en la esplanada que se extendía ante el viejo solar de la Cofradía, colocados los monarcas en sus tribunas y rodeados de la grandeza, salieron los agraciados al extenso redondel

y con verdaderos rasgos de arrogancia en el manejo de los corceles saltaron zanjas y empalizadas, y corrieron cañas y cintas, proporcionando un rato de solaz á la concurrencia y sentando afamado preliminar para el célebre torneo que en breve debía verificarse, y en el cual los nuevos caballeros habían de demostrar que eran dignos de mantener las preeminencias de la Orden de la Banda.

EL TORNEO

El carácter caballeresco del vencedor del Salado quiso sellar su estancia en la villa de Vitoria con un brillante torneo, en que á competencia lucieran su valor, su lanza y su corcel los primeros caballeros de Castilla y Álava.

Para la organización de esta fiesta, D. Alfonso, como gran Maestre de la nueva Orden de la Banda, había congregado á todos los miembros de la misma, á fin de tratar en solemne asamblea de la parte que los caballeros de la Banda debían de tomar en la fiesta. Éstos se creyeron obligados á suplicar á su Maestre, que, como orden acabada de crear, estaba la caballería de la Banda en obligación de probar que era digna de la confianza y preeminencias con que el monarca la había distinguido; y por lo tanto, los caballeros de la Orden debían de ser los mantenedores en el torneo. Así se acordó con gran júbilo de todos sus miembros que aspiraban á tal honra, cuando D. Lope de Vandaña se levantó para suplicar á sus compañeros que, una vez que el tor-

neo se verificaba en Vitoria, creía de obligación de los caballeros alaveses mantener en él el prestigio de la Orden. Después de larga discusión se acordó que fueran los mantenedores mitad alaveses y mitad castellanos, designando entre los primeros á D. Gonzalo de Mendoza y D. Lope de Vendaña por haber sido los primeros hijos del país á quienes se había conferido tan distinguida honra.

Amaneció el día 30 de Abril con cielo limpio y sereno, sobre cuyo azul brillaba un esplendente sol. La inmensa plaza situada al Sur de la villa, al pie del cerro de Gazteiz, bajo la muralla tendida desde la Herrería al fuerte de San Vicente se había transformado por completo. En el centro de la misma se veía un espacioso circo limitado por una valla de madera, formando la liza para el torneo, solamente abierta en dos puntos: el uno para la entrada de los combatientes, y el opuesto para la de los mantenedores. Rodeaba al palenque un estrecho callejón, y á éste un tablado en anfiteatro, sobre el cual se elevaba, cercando su exterior, una amplia galería cubierta, que formaba gracioso anillo con que quedaba cerrado el circo.

Descollaban en esta galería con lujosa arrogancia dos tribunas: una tapizada de terciopelo carmesí, sobre el cual brillaban en oro las armas reales, que indicaban su destino; y otra vestida de blanco y rosa sobre cuyo fondo destacaban bordados corazones, flechas, palomas, flores y otros emblemas del amor. Ésta estaba destinada á la reina de la hermosura.

Contiguas á una de las entradas de la liza, se alzaban cuatro elegantes tiendas de campaña destinadas á los mantenedores. Las cuatro lujosamente engalanadas en su exterior por vistosas banderas que el viento azotaba, lucían sobre sus puertas el escudo de su dueño; destacando más que las otras el escudo de la tienda más próxima al circo, formado por dos espadas cruzadas con este mote: «*Siempre reto al más fuerte.*» Á la puerta de cada tienda había un escudero en traje de gala acompañado de dos pífanos y dos atambores.

Llegó la hora señalada y todo se hallaba perfectamente preparado. D. Ladrón de Guevara y Garcilaso de la Vega, que deslumbrantes de oro y plata ejercían el cargo de mariscales, autoridad suprema de la fiesta, se hallaban en sus puestos, y el público comenzó á llenar las galerías y tablados, cuidando los reyes de armas con las gentes á sus órdenes de la mejor distribución de la multitud.

Á muy poco, el circo presentaba animadísimo aspecto, rodeando al apiñado público del tablado elegantísimas damas, que ocupando las galerías, y radiantes de hermosura, formaban sus vistosos trajes en torno de él preciosa guirnalda. Frente á las tiendas de campaña que cobijaban á los mantenedores, en el extremo opuesto, brillaban los deslumbrantes trajes y vivos penachos de los adalides aventureros, que montados en sus corceles, se agitaban impacientes, esperando el momento de cebar en los man-

tenedores su bravura, para ofrecer á la dama de su pensamiento el codiciado trono.

De pronto todos los clarines, pífanos y atambores sonaron á la vez con alegre algazara, y todos los ojos se clavaron en la tribuna de las armas reales. En aquel momento el caballeroso rey Alfonso y su esposa penetraron en ella acompañados de numerosa comitiva. La muchedumbre toda, como impelida por el mismo resorte se puso en pie y descubrió su cabeza, y el viejo cofrade D. Lope Íñiguez de Mendoza, que acompañaba al rey, avanzando á la barandilla de la tribuna gritó: —«¡Viva el rey!»— Un «¡¡¡viva!!!» inmenso que llenó los espacios y mil penachos, pañuelos y cintas que se agitaban por todos lados, saludaron la entrada de los monarcas. Éstos se colocaron en sus sitiales, ocupando la derecha del rey Íñiguez de Mendoza en representación de la extinguida Cofradía, y el resto de la tribuna toda la cohorte de la real casa.

El eco vibrante del clarín impuso silencio á la multitud, y un heraldo ricamente ataviado salió á la liza y leyó en alta voz las condiciones del torneo, siendo entre ellas la principal, la de que *el caballero que rompa la primera lanza, haciendo medir la tierra á su contrario, elegirá la reina de la hermosura y de los amores.* Á las últimas palabras del heraldo, que apenas podían percibirse desde las galerías, cien hermosuras dirigieron su anhelante mirada al grupo de caballeros combatientes. Sólo Ana, que ocupaba la galería próxima á la tribuna real, dirigió ruborosa sus ojos al cielo, y lanzando un hondo suspiro,

reclinó su cabeza sobre su torneado brazo que apoyaba en la barandilla.

El heraldo gritando con robusta voz «¡Honor! ¡Amor!» se retiró del palenque; los mariscales se acercaron á los paladines aventureros para reconocerlos, colocándose después á la entrada del circo; el clarín, volvió á sonar en los aires; las puertas de la liza se abrieron, y el rey hizo la señal para el comienzo de la fiesta.

Salió á la liza el primero D. Alvar Núñez de Osorio, que montando un pujante potro cordobés, deslumbraba por la riqueza de su traje. Lucía sobre espléndida cota de brillantes escamas, rica coracina cincelada de oro y plata, rojas plumas en el casco, y sobre el labrado escudo este mote: «*Nadie jamás me venció.*» D. Alvar quedó como clavado en la arena. Garcilaso se acercó á él para preguntarle el contrario que elegía, á lo que el conde contestó en alta voz y con orgullosa arrogancia:

—«D. Lope de Vendaña.»

No bien la voz del conde llegó al oído de don Lope, cuando éste apareció en la puerta de su tienda, á punto que D. Ladrón se dirigía á ella. Á poco el escudero ofreció á D. Lope su corcel, que montó de un salto, embrazó su adarga, empuñó la lanza y salió á la liza. Los rivales colocados frente á frente, se midieron uno á otro de alto á bajo con altiva mirada, y el conde, acercándose á Vendaña al volver su corcel, le dijo al pasar:

—«Llegó la hora.»

Á lo que Vendaña repuso interrumpiéndole:

—«De hacer morder el polvo á los asesinos del bosque de Elorriaga.»

Y volviendo sus caballos, fueron á colocarse á las puertas opuestas del redondel.

Las palabras de Vendaña, delatando al autor de la inicua sorpresa del bosque, produjeron una explosión de ira en el pecho de D. Alvar, que mal reprimido se agitaba inquieto sobre el caballo, esperando el momento de su venganza.

D.^a Ana, cuyo corazón latía con atropelladora violencia desde el momento en que oyera pronunciar al conde el nombre de D. Lope, había seguido atentamente con la vista hasta el último gesto de los rivales; había adivinado las frases que entre ellos se cruzaran y temblaba, á su pesar, por la suerte de D. Lope.

Los mariscales Garcilaso y Guevara volvieron á ocupar la entrada, y gritando el primero:

—«¡Honor, amor, valientes adalides!»

levantaron ambos las lanzas, y dijo en alta voz Guevara:

—«¡Podéis partirl!»

Y cual arrastrados por vertiginoso huracán, arrancaron los jinetes, que en voraz embestida chocaron con estridente ruido, al que encabritando sus corceles, los mezcló en agitado montón, en que por todos lados brillaban los hierros de las lanzas, hasta que un formidable golpe de D. Lope, que partió en mil pedazos la suya, hizo dar en tierra con ruda violencia á D. Alvar, mientras su corcel, envuelto en blanco espumarajo, salía disparado por la liza; y D. Lope, con la coraza magullada y abollado el casco, con-

templaba inmóvil el tendido cuerpo de su rival. Una atronadora salva de aplausos y vítores, y mil pañuelos que se agitaban por todas partes, saludó al vencedor, mientras que D.^a Ana, que en vano intentaba sujetar el corazón, que saltaba de su pecho, enviaba en tiernísima mirada las primicias de su amor al hombre á quien en aquellos momentos buscaban con dulces sonrisas cien vanidosas hermosuras, que en vano clavaban el fuego de su mirada en la tribuna de la reina de la hermosura y los amores.

Garcilaso con fruncido ceño, que demostraba su desagrado, levantó su lanza; los escuderos de D. Alvar corrieron á la arena á levantar el inerte cuerpo de su dueño, que yacía sin sentido, llevándolo á la cómoda sala, dispuesta al efecto, para prestarle los auxilios de la ciencia, y D. Ladrón voló al lado de D. Lope, al que, abrazando con efusión, le rogó eligiera la reina de la fiesta.

En aquel momento un heraldo declaró solemnemente héroe del torneo á D. Lope Vendaña, anunciando que éste podía elegir la reina de la belleza.

D. Lope, acompañado por los mariscales y seguido de los heraldos, subió hasta la tribuna real, donde rindió sus homenajes al rey: éste entregó al vencedor una preciosa lanza de adorno, con asta de plata y corte de oro, en que se leía: «Al rey del torneo» y Vendaña, besando con efusión la mano del monarca, miró en torno suyo. Las damas, queriendo apoderarse de aquel decisivo momento, agitaban sus pañuelos, intentando cada cual fijar la atención del vencedor, cuando

éste con paso resuelto se dirigió á la galería que ocupaba D.^a Ana.

Ésta, al verle venir, intentó desviar su mirada; mas la turbación encendió sus mejillas y embarazó su disimulo, haciendo asomar á su rostro una dulcísima sonrisa, á la sazón que Vendaña tendía á los pies de su adorada la preciosa lanza que acababa de recibir de manos del rey.

Una explosión inaudita de júbilo resonó por todas partes; ocho lujosísimos pajes aparecieron en torno de D.^a Ana, y ésta, entre brillante comitiva, salió de la galería, y á poco penetraba en el trono de la belleza y del amor.

Al verla asomar, el pueblo alborozado se alzó unavez más para saludar á la nueva reina; y el vencedor, entre las aclamaciones de la multitud, bajó á la liza, y desde allí proclamó en alta voz á doña Ana de Mendoza como la más bella de todas las damas, retando en buena lid á todo el que se atreviese á decir lo contrario.

Inmediatamente D. Lope se retiró á su tienda, para que la fiesta continuara, y aparecieron en la liza D. Fernando de Aguilar, señor de Montilla y Aguilar, que vestía cota carmesí con ribetes de oro y plumas blancas en la cimera; D. Juan Núñez de Lara, cota azul con pedrería y cimera roja; D. Martín Portocarrero, cota blanca con estrellas y plumas azules y el capitán de los vizcaínos Lope de Lezcano; eligiendo por contrarios el de Aguilar á Vendaña, Lara á D. Gonzalo de Mendoza y Portocarrero y Lezcano á los dos mantenedores castellanos.

Los mantenedores salieron de sus tiendas, y

montando sus corceles y empuñando la lanza, se colocaron á un extremo de la liza; los aventureros, cabalgando en los suyos, ocuparon el opuesto; Garcilaso y D. Ladrón se corrieron á un lado, y sonó en los aires el eco del clarín. Entonces los dos grupos de jinetes, veloces cual el rayo, corrieron á encontrarse en el centro de la liza, y cruzando el primer golpe de lanza con primorosa agilidad, se revolvieron sobre sí mismos, empeñando rudo combate cada uno con su contrario. Los hierros de las lanzas brillaban en el aire cual destellos de fuego con que en vano los ágiles aventureros trataban de inutilizar á los diestros mantenedores. La indecisión y la lucha encendieron el coraje de los combatientes, que, poco después, en revuelto montón, hacían prodigios de bravura y habilidad rechazando las suertes mejor dirigidas, hasta que una pujante embestida de D. Lope dió en tierra con D. Fernando de Aguilar, cuyo cuerpo rodó por el suelo entre los pies de los caballos, en cuyos momentos los mariscales, levantando sus lanzas, pusieron término á la lucha.

Otra explosión de vítores, que brotó de todas partes del circo, saludó por segunda vez al vencedor del torneo, al que todos seguían aclamando, mientras los escuderos retiraban de la liza al señor de Montilla, y los mariscales acordaban conceder también el segundo premio á D. Lope, como vencedor de Aguilar, y distribuir los restantes premios indistintamente entre los otros seis combatientes, por no haber ninguno de ellos



inutilizado á su contrario, habiendo todos demostrado igual valor y destreza.

Así se hizo, recibiendo combatientes y mantenedores el galardón de manos de la dichosa y envidiada doña Ana de Mendoza, después de lo cual todos los caballeros se retiraron de la liza, quedando solo en ella el de Vendaña, en señal de ser el único adalid que había quedado dueño de aquel campo de batalla.

El espectáculo se dió por terminado. Los monarcas acompañados de su brillante séquito salieron del circo para dirigirse al palacio del Campillo. La reina del torneo formó parte de la regia comitiva, siendo conducida en lujosa litera, y escoltada por los ocho pajes, hasta el regio alcázar, donde en el festín preparado en obsequio á los héroes del torneo, debía de ocupar la derecha de la reina D.^a María, á la vez que Vendaña ocuparía la derecha del rey.

El circo, pues, á poco quedó desierto! Sólo D. Lope esperó á que nadie quedase en él, y entonces, olvidándose de haber sido el campeón caballeresco y recordando que era el caballero cristiano, corrió á la estancia en que los médicos curaban á D. Alvar y al señor de Montilla.

Afortunadamente, la vida de ninguno de ellos peligraba, lo cual complugo mucho al de Vendaña, que acercándose al conde le dijo:

—«Puedo aseguraros, D. Alvar, que jamás resistí un golpe de lanza tan bién dirigido como el vuestro.»

—«Si vuestras palabras— repuso el conde— quieren herir más aún mi dignidad ultrajada, os

juro que habéis de recogerlas en no lejano día.»

—«Desechad—añadió D. Lope—tan loca idea. Los valientes jamás me causan miedo, pero siempre respeto; y he aquí el porqué he venido á enterarme de vuestra salud. Me complace saber que vuestra vida no peligrá. Por lo demás, contad conmigo para todo, ínterin no podáis empuñar la lanza, y después..... obrad como os plazca.»

El vencedor del torneo se acercó luego al lecho del de Montilla, á quien prodigó palabras de admiración y cariño, y cuidando mucho de encargar á los médicos especial esmero y solicitud para con sus vencidos, salió de la estancia en dirección al palacio del monarca. Así terminó aquel festival en que los caballeros de la Banda, que acababa de crearse, adquirieron envidiable nombradía, y sentaron glorioso precedente para el célebre torneo que, poco después, había de verificarse en Valladolid, y en el cual coronaron, también como mantenedores, la fama que adquirieran en el celebrado en la plaza de Vitoria.

GOZO Y LLANTO

Habían pasado algunos años, durante los cuales las intrigas de los nobles provocaron en los pueblos y castillos sediciones y alborotos, que el enérgico carácter del rey dominó sin dificultad; pero que entorpecieron, ó al menos retrasaron más de una vez los levantados planes del vencedor del Salado para aniquilar á la morisma.

El odio que las preeminencias y abusos de los

favoritos del rey despertaron en la nobleza, había dado sus resultados.

Garcilaso, hallándose en Soria, donde se susurró que llevaba la misión de apresar á algunos nobles por orden del rey, fué asesinado en un templo, que el puñal de la perfidia no tuvo miramiento en profanar.

El pérfido D. Alvar Núñez Osorio, á quien el rey se vió precisado á alejar de su palacio, por haberse negado Valladolid á prestar sumisión al monarca si no separaba de su servicio al conde, se pasó á las filas de D. Juan Manuel, sublevado á la sazón contra el rey; pero disfrutó muy poco de su traición, pues á muy poco tiempo fué también víctima del aleve puñal de un asesino.

En pago habían corrido los días más prósperos para los Mendozas, Vendañas y Guevaras.

D. Ladrón y D. Lope, al servicio del rey, secundaban sin descanso los proyectos del monarca para pacificar á la revuelta nobleza, preliminar indispensable á la magnífica fecha, que más tarde había de escribir en la historia patria á orillas del Salado el magnánimo Alfonso XI; mas esto no obstaba para que con cuanta frecuencia le era dado visitase D. Lope su palacio de la Cuchillería.

En éste, las cosas habían cambiado por completo. D.^a Ana de Mendoza, feliz esposa ya del de Vendaña, regía los destinos de aquella casa querida por todos y adorada por los menesterosos, que jamás habían llamado á su puerta sin encontrar en ella un consuelo para sus dolores y un pedazo de pan para su indigencia.

En una mañana de primavera notábase gran algazara en los alrededores del palacio.

Las gentes, reunidas en corrillos conversaban alegremente, entrando y saliendo al anchuroso patio del mismo, mientras las vocingleras campanas de Santa María esparcían por los aires la animación y el contento. Un murmullo de sorpresa y ansiedad que corrió por la muchedumbre, hizo que ésta se agolpara al pie de la escalera en dos filas, á fin de dar paso á la lucida comitiva que por ella bajaba. Allí, en torno de un niño lujosamente ataviado, á quien estrechaba contra su pecho una elegante dama, iban otros varios y distinguidos caballeros, entre los que descollaba por su apostura y contento D. Lope de Vendaña. El niño era el primogénito de la casa, nacido dos días antes, y á quien su padre, ebrio de alegría, conducía al vetusto templo, para que recibiera el agua santa del bautismo. La comitiva llegó al templo entre los plácemes y vítores de la multitud, y allí, un venerable sacerdote de apacible fisonomía y blanca vestimenta, vertió el agua pura del Jordán sobre la cabeza de aquel tierno niño, que más tarde había de ser tan valeroso adalid en la guerra para la cruz y la patria, como venerable patriarca en la paz para los labriegos de sus dominios.

Concluída la ceremonia con toda la pompa que á la distinguida familia del primogénito correspondía, la comitiva volvió al palacio de Vendaña entre el mismo júbilo popular, y durante todo aquel día y la noche el pueblo conmemoró el fausto suceso con cantatas, danzas y luminarias, sin que los

egregios dueños del palacio dejaran de hacer partícipes de su alegría á todos los pobres del contorno á quienes la liberalidad de Vendaña no olvidó proporcionar suculenta comida y cuantos socorros habían menester.

En pago en el otoño del mismo año ¡qué distinto aspecto presentaba el palacio! También entonces se agolpaba la gente á su puerta, y también las campanas de Santa María vibraban en los aires; pero los compungidos rostros de las gentes del pueblo y el acompasado y lúgubre doblar de las campanas bien dejaban adivinar el triste suceso. La distinguida dama D.^a María, madre de D.^a Ana de Mendoza, había dejado de existir.

La multitud se condolía tristemente del caso, encomiando las virtudes de la fallecida, cuando el venerable párroco, con muchos sacerdotes y cruz alzada, llegaba á la puerta del palacio, y entonando graves preces sobre el cadáver de la linajuda dama, la comitiva se puso en marcha.

El inerte cuerpo de D.^a María era conducido en hombros por cuatro enlutados escuderos; tras él marchaban los nobles deudos de las encopetadas familias de Mendoza y Vendaña, y cerrando la comitiva el pueblo de Vitoria en masa, que rendía cariñoso tributo de respeto á la egregia dama.

La fúnebre multitud se dirigió silenciosa por la calle de la Cuchillería, y tomando después la cuesta penetró en el templo de Santa María. Allí el cuerpo de D.^a María fué colocado en elegante tú-

mulo, y mientras los sacerdotes entonaron los majestuosos salmos de rito, no hubo ni uno solo de las gentes que llenaban el templo, cuyos labios no murmuraran una plegaria, y cuyos ojos no vertieran una lágrima ante los restos de la protectora del convento de Barría. Terminada la fúnebre ceremonia, el cuerpo de D.^a María fué conducido al cementerio, anejo al mismo templo, en el cual y sitio de preferencia recibió cristiana sepultura.

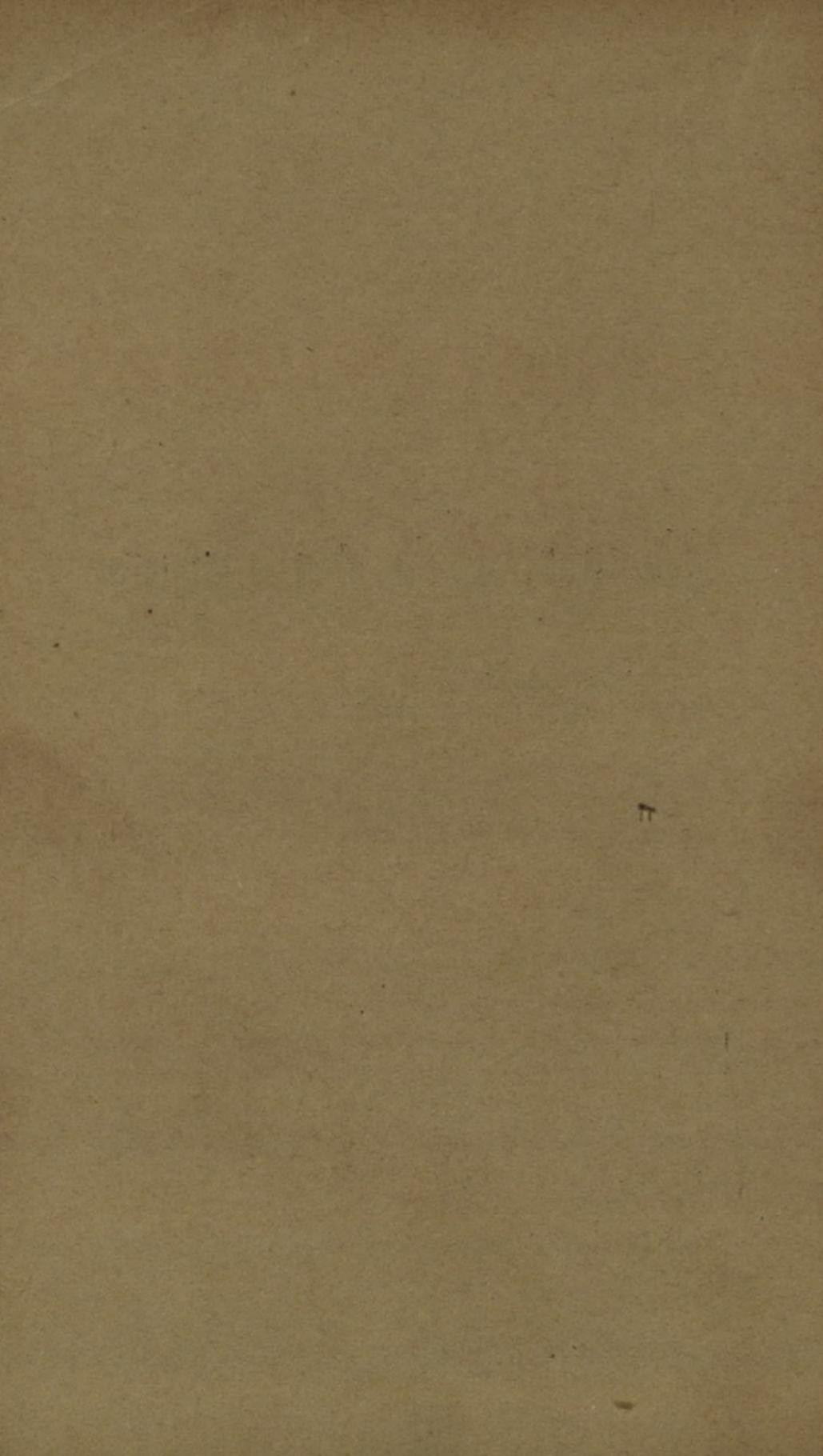
D. Lope de Vendaña siguió prestando siempre notorios servicios á Vitoria y á la causa del rey, y cuando ya la traidora acción de los años entorpeció el vigor de su brazo, se retiró á su palacio de la Cuchillería, donde al dulce calor de la familia y al cariño de su querida mujer doña Ana, dejó deslizarse los días de su existencia entre el aprecio de todos y las bendiciones de los necesitados, dejando á su muerte gratos recuerdos de la célebre Orden de caballería de la Banda, que tan buenos servicios prestó al rey Alfonso XI en las difíciles circunstancias por que tuvo que atravesar.



La torre de la Encontrada

(SIGLO XV)

*Premiada en los Juegos Florales celebrados en Vitoria
el día 6 de Agosto de 1895*



LA TORRE DE LA ENCONTRADA ⁽¹⁾

(SIGLO XV)

UNA PINCELADA HISTÓRICA

CORRÍAN para España aciagos y tumultuosos los días á mediados del siglo XV. Cual si el desorden hubiese germinado á la par en todas partes, se agitaban inquietas las banderías y parcialidades en Aragón, Castilla y Navarra.

La región castellana, que ha poco había visto rodar la cabeza del Condestable D. Álvaro de Luna en una de las plazas de Valladolid, bullía sorda en el reinado de Enrique IV *el Impotente* fijando su recelosa mirada en el privado D. Beltrán de la Cueva y la reina D.^a Juana, y apellidando la *Beltraneja* á la presunta heredera del trono de Castilla, fruto á su entender de los desvaríos de la reina con el privado de Enrique IV, cuya debilidad é irreflexión provocaron quizás

(1) Premiada en los Juegos Florales celebrados en Vitoria el día 6 de Agosto de 1895,

la sangrienta y ridícula parodia de la *destitución del rey*, representada en Ávila á las puertas de San Pedro por la nobleza, confabulada en contra de un monarca más débil que intencionado, más inconstante que criminal.

En Aragón y Cataluña, desde la muerte en Italia del magnánimo rey Alfonso V, la efervescencia levantaba doquiera encrespadas olas en derredor del trono de su hermano D. Juan, á causa de la cruel y desnaturalizada conducta de éste con su infortunado hijo el príncipe de Viana, al extremo de que se sublevase el principado catalán, uniéndose á él en su manifestación de desagrado no pocos aragoneses y valencianos, á la par que el rey de Castilla invadía la frontera de Aragón.

En Navarra la destructora guerra civil talaba los campos, segaba las vidas y perturbaba las conciencias. Muerta la reina de Navarra Doña Blanca, casada con D. Juan, rey de Aragón, éste arrebató la corona á su primogénito, lo cual provocó la indignación del pueblo, que se dividió en dos bandos: agramonteses ó partidarios del rey, y beamonteses ó secuaces del príncipe; bandos que con cruel saña se atacaban y destruían un día y otro, sembrando en el reino el espanto y la desolación.

Consecuencia de tanto desorden fué el que se plagaran los territorios de Castilla, Álava y Navarra de cuadrillas de malhechores, que mero-deaban en los campos y montañas, encontrando en la nómada vida del bosque medio seguro para vivir holgadamente del pillaje y la rapiña.

Tal era la situación de España en la época á que nos referimos: situación anómala, á la vez que precioso preliminar para que momentos después destacara la gran figura de Isabel la Católica, se uniesen los poderosos reinos de Castilla y Aragón y se desarrollara en los muros de Granada la grandiosa epopeya de la independencia española, que el inimitable pincel de Pradilla ha trasladado al lienzo para gloria suya y orgullo de la patria.

LA CASA-TORRE

En la pintoresca y risueña llanada de la provincia de Álava, á orillas del río Zadorra, y sobre la meseta de Gazteiz se eleva cual gallarda palmera sobre florido prado la capital del territorio alavés, irguiendo por cima de las rojas techumbres de sus casas las esbeltas agujas de sus torres, que parecen escapar por el diáfano firmamento á clavar en el purísimo azul del cielo el signo sacrosanto del calvario.

Allí Vitoria, la fronteriza ciudad, codiciada por los reyes de Castilla y de Navarra, parece dormir el sueño de la felicidad al dulce arrullo de los juguetones arroyos que corren por su llanura, aprisionada al N. por los picos de Elguea, Amboto y Gorbea, al E. por las gigantes barreras de Urbasa y San Adrián, al S. por los montes de su nombre, y al O. por la sierra de Badaya.

Caminando hacia el ocaso, y ganando la cima de esta última, se descubre al pie de la montaña

el bellissimo valle de Cuartango. Es una frondosa esplanada, de forma casi circular, cerrada al Oeste por las crestas del Arambalz y Guibijo, al Sur por la sierra Arcamo, al Este por la de Badaya, y abierta al N., por donde confina con el valle de Zuya. El cristalino cauce del Bayas, recorre en caprichosos y revueltos giros el valle de N. á Sur ocultándose con frecuencia entre sus espesos bosquecillos, para aparecer de nuevo más allá, al huir por el portillo de Techa á pagar tributo al Ebro. Innumerables grupos de blanquísimas casas, ya cobijadas cual palomas entre tupidas arboledas, ya ocultándose cual tímidas vírgenes tras pequeños cerros, completan el risueño panorama del valle.

En la parte abierta por donde éste confina con el de Zuya, se tiende, aprisionado por ambos, otro pequeño vallecito, que pudiéramos llamar de Guereña, al que prestan amparo y poesía los cerros de Badaya y Arambalz. En el frondoso bosque que le cubre hay esparcidas muy rústicas viviendas al abrigo de un humilde templo, cuya sencilla torre se alza entre espeso ramaje frente á una vetusta casa señorial levantada á orillas del Bayas, que retrata en sus límpidas aguas los monótonos perfiles de aquélla. Los gruesos muros de sus paredes, los patios que en su interior se destacan, las almenas que coronan sus alturas y el soberbio puente de piedra tendido sobre el Bayas desde el pie mismo del edificio, bien delatan la alcurnia de su dueño: es la Torre de Guereña, mansión suntuosa del prócer que desde lejanos tiempos ha gobernado el valle con juris-

dicción propia civil y criminal, imponiendo en su pequeño territorio la omnímota voluntad del señor de horca y cuchillo. Á la sazón, aunque conserva en mucho su autoridad, ejerce sobre el país un señorío patriarcal.

Á los lados de la espaciosa entrada del edificio hay dos bancos de piedra, en uno de los cuales se ven sentados dos robustos labriegos.

Es la caída de una plácida tarde del mes de Abril. El sol, que descende pausado, besa ya las cumbres del Arambalz; la fresca brisa del Gorbea agita bulliciosa las hojas de los árboles del bosque, buscando mullido lecho en las corolas de las flores para esperar al nuevo día; y los pájaros apiñados en la espesura, saludan en alborotado concierto al crepúsculo vespertino. Uno de los labriegos que están á la puerta, se incorpora, mira al horizonte y dirigiéndose al otro exclama:

—«¿Sabes que aquella nube no me gusta? Me parece que tendremos....»

—«¡Bah! No hay cuidado»—repuso el otro.

—«Me alegraré, pero este calor no es natural y harto será que la tormenta....»

—«Sea lo que quiera poco daño nos puede hacer.»

—«Sí: pero puede hacerlo á los señores que han de venir de Vitoria mañana por la mañana.»

—«Tienen buenos caballos y nada tienen que temer. Pero dime: ¿no te choca el que los señores falten tanto tiempo del valle?»

—«No; los reyes han estado en Vitoria, ellos han ido allí con tal motivo y como, según dicen,

no se marchaba el rey hasta ayer, por eso no han venido, pero vendrán mañana. Y á propósito, ya puedes disponer lo necesario, y al rayar el alba sales con cuatro ballesteros á recorrer el camino. Sabes que de poco tiempo á esta parte se han llenado estos bosques de ladrones.»

—«Creo que no es menester, llevando ellos gente armada.»

—«Pero otros muchos no la llevan; y sobre todo, eso no es cuenta tuya.»

—«Mas....»

—«Repito, Nuño, que prepares los hombres y...

—«Bueno, bueno: al rayar el alba saldremos.»

—«Y recorrerás todo el sendero de la sierra hasta la llanada.»

—«¡Vive Dios! si algún villano mirara mal á mis señores D. Gonzalo ó D.^a Marina, le atravesaría el corazón con la mejor flecha de mi ballesta.»

—«Dices bien, Nuño. Los señores son buenos por demás, y gracias á ellos nadie tiene hambre ni le falta abrigo en el valle durante el invierno, y por esto mismo hay que guardarlos de los malhechores.»

—«Tienes razón; pero pierde cuidado, que mientras Nuño pueda....»

—«Ya lo sé, y por eso cuento siempre contigo.»

—«Vaya, pues: voy á escoger unas flechas y después á cenar, que parece que mi estómago se queja»—dijo Nuño, é incorporándose añadió:

—«Hasta mañana, Iván.»

—«Hasta mañana, Nuño.»

Y ambos desaparecieron penetrando Iván en la Torre por la puerta principal, y Nuño por una más pequeña, que se abría en la trasera del edificio. Había anochecido:

EN EL CAMINO DEL VALLE

Á la madrugada del siguiente día el aspecto del cielo había cambiado por completo. Iván no se había equivocado en sus cálculos. La nubecilla que la tarde anterior despertó sus recelos se convirtió en torvo manto que entoldaba el cielo por completo; á la vez que la cerrazón atajaba el horizonte por todos lados. En la estribación de la sierra de Badaya hacia el Oriente, conocida con el nombre de Pico de los Huetos, y junto á la boca de una cueva natural que se abre en la parte alta de la montaña, hay tres hombres que sentados sobre la roca, comen vorazmente un trozo de carne, que han asado en una pequeña hoguera que arde á su lado. Visten los tres grosero traje ceñido por un cinturón de cuero, y cubre la cabeza de uno sombrero de anchas alas, y las de los dos restantes un raído casquete de piel. Llevan los tres un puñal al cinto, al que acompaña en el del sombrero una larga espada de enmohecida vaina.

—«¡Ira de Dios!—exclamó uno de ellos cogiendo la última porción de carne.—La tempestad quiere echarnos á perder la faena.»

—«Para el bandido—repuso el del sombrero—no hay tempestades. Choroco no las ha temido nunca.»

—«Ni Pérez tampoco»—añadió el tercero.

—«Ni Pachi—repuso el que primero había hablado—pero la tormenta nos quitará caminantes, y hoy deben de ser muchos y de buena bolsa los que vuelvan de Vitoria á sus pueblos de ver al imbécil rey Enrique, que ayer marchó.»

—«No lo creas, Pachi—añadió Choroco.—Hoy hay botín para todos; y si así no sucede, iremos por la noche al asalto convenido. Conozco bien la casa y el golpe es seguro.

—«Ya lo creo—repuso Pérez al par que afilaba su arma en una piedra.—Nunca se ha equivocado mi puñal.»

En este momento un relámpago iluminó las torvas caras de los malhechores y un fuerte trueno reventó sobre sus cabezas.

—«¡Voto al diablo!—dijo Choroco incorporándose—que no hay tiempo que perder. Vamos á colocarnos bajo aquella encina, que desde allí se atisba mejor.»

Pérez y Pachi se incorporaron, y los tres se dirigían al punto designado, cuando Pérez, dando una estridente carcajada, exclamó:

—«¡Ah! ¡Buena caza! Deteneos: mirad, mirad. Por la senda que baja desde la Virgen de Oro al bosque del valle caminan á caballo un hombre y una mujer; y á la luz del relámpago he visto brillar mucho el traje del caballero. No hay duda, es gente rica.»

—«Los veo—añadió Choroco.—No hay que perder un instante. Bajaremos por la maleza á coger la revuelta del camino del bosque, que por

allí tienen que pasar, y es un gran sitio para dar el golpe. Por aquí, por aquí.»

Y los bandidos se internaron en la espesura que cubría la vertiente de la montaña.

Efectivamente, por la senda que desde el santuario corre al bosque del valle marchaban cabalgando en ligeros alazanes dos personas: una joven dama de distinguido porte y enlutado traje, cuya faz apenas dejaba entrever el tupido velo que flotaba ante su rostro, y á su lado un caballero de noble aspecto vestido á guisa de escudero de elevado rango. La tempestad avanzaba por momentos. Algunas gotas de agua, que resonaron al caer en las hojas de los árboles, se convirtieron á poco en espeso torrente, que invadía furioso la campiña entre el ronco estruendo del trueno, que allá en el aire hacía coro al huracanado bramar del viento que azotaba la espesura al siniestro fulgor de los relámpagos.

Los viajeros dando rienda y castigo á los corceles ganaron veloces el bosque, tomando el único camino que lo cruzaba, cuando una exhalación, deslumbrando al caballo de la dama, hizo que éste en gigantesco salto se lanzara á la espesura, de donde aguijoneado por la maleza, intentaba frenético huir; á lo que el escudero, viendo en riesgo á su señora, en otro salto llegó hasta ella, logrando con valeroso brío sujetar al inquieto corcel sólo el tiempo preciso para que la enlutada pudiera apearse, en cuyo momento el bruto, en un arranque supremo, dió un nuevo salto, desapareciendo por la selva.

—«¡Señora, señora! ¿Quizás os habéis...?»—dijo el escudero.

—«Nada temas, Hernando, no ha sido nada.»

—«Pues vive Dios que el peligro....!»

—«Ya pasó. La Virgen de Oro nos ha salvado.»

—«Apoyaos, señora, en mí para ganar el camino, que ahí el zarzal os hiera—repuso el escudero, mientras la dama, ayudada por él, logró salir al camino que llevaban.—Ahora—prosiguió—montad en mi corcel, que la lluvia cae á torrentes y es fuerza buscar abrigo.»

—No, Hernando, la tempestad no cesa, y al primer relámpago quizás vuestro corcel nos haría correr de nuevo el peligro que hemos salvado. Marcharemos á pie, que es casi seguro que á la salida del bosque no ha de faltar la casa de algún labriego, donde podamos guarecernos, mientras cesa la tormenta y llega el criado con los equipos.»

—«Como mandéis.»

Y metiendo el escudero las riendas del corcel en uno de los brazos ofreció el otro á la dama, continuando ambos el camino arrimados á la espesura, á fin de guarecerse en lo posible de la lluvia que seguía cayendo.

En pocos minutos llegaron á una plazuela rodeada de encinas, en que la senda cambiaba de dirección para salir del bosque. Al atravesarla un «¡jalto!» y tres hombres que puñal en mano se lanzaron á ellos hicieron que la dama, sobrecogida de terror, dando un penètrante grito cayera desmayada al pie de un árbol, y Hernando instintivamente, soltando las riendas del corcel,

se encontrara delante de ella, guardando con su cuerpo, y espada en mano, el de aquella mujer.

Los bandidos, que no eran otros que Choroco y los suyos, vacilaron un momento; pero repuesto éste, tirando su puñal, sacó la espada, y arremetió contra Hernando, á la vez que gritaba á los otros:

—«¡Á ella!»—¡por los costados!»

El peligro era inminente. Hernando en un avance podía herir á Choroco; pero los puñales de Pérez y Pachi, que amenazaban por los lados, hacían que, clavado en tierra, multiplicase su acero, cuidando más de la vida de la dama que de la suya propia.

—«Rinde esa espada, que eres perdido—gritaba Choroco estrechando el cerco que los bandidos habían formado en torno del escudero.

—«¡Nunca!»—repuso éste.

—«¡Lo veremos!»

—«¡Lo veremos!»

—«¡Miserables!»—gritó una voz á la vez que Choroco caía exánime en tierra, echando sangre por el pecho que un dardo le había atravesado, y Nuño con cuatro ballesteros salidos de la espesura, acotaban la plazuela, y lanzándose sobre Pérez y Pachi los habían derribado.

—«Gracias, valientes»—dijo Hernando, dirigiéndose á los recién llegados.

—«Atadlos»—repuso Nuño sin darse por aludido, y volviéndose á Hernando añadió:—«Llegamos á tiempo.»

—«¡Ah! sí, sí, gracias: pero esta dama.....»—

contestó Hernando señalando á la mujer que seguía desmayada.

—«Perded cuidado. Quien quiera que seáis, nada os faltará»—replicó Nuño, mientras Hernando procuraba con gran esmero levantar del suelo á la enlutada, á la vez que Nuño adosaba al tronco del árbol unas piedras para poderla sentar, y los ballesteros sujetaban con cuerdas á los bandidos.

De pronto, el galopar de unos caballos que se acercaban por instantes, hizo volver la cabeza á Nuño, que cuadrándose gritó á los suyos:

—«¡Los señores!»

Un momento después, llegaban al lugar del suceso el señor del valle y su esposa, escoltados por cuatro ballestas. La tempestad había cesado; D.^a Marina giró una mirada en torno suyo, bajó de su corcel, imitando los demás su ejemplo, é iba á interrogar á Nuño, cuando éste, anticipándose á su deseo, contó á sus señores en brevísimas palabras todo lo ocurrido; lo cual oído por D. Gonzalo, dijo éste á sus servidores: —«La litera»—y señalando á los bandidos, continuó:—«Y á esos canallas entregadlos á los cuadrilleros, llevándoos al herido en un caballo.»

Los criados recogieron á Choroco, que exánime y brotando sangre no se daba cuenta de nada, le colocaron en un corcel y partieron con dirección á Murguía, á la vez que otro criado salió á caballo en sentido opuesto, dirigiéndose á la Torre de D. Gonzalo, cuando éste, acercándose á Hernando y estrechándole entre sus brazos, le

dijo:—«Sois noble y valiente. Contadme de hoy más como vuestro mejor amigo.»

—«Gracias, noble señor; mengua fuera no haber cumplido con mi deber.»—Y todos se apresuraron á rodear á la dama, que, reclinando ya su cabeza en el hombro de D.^a Marina, empezaba á volver en sí. La distinguida señora del valle prodigaba cariñosos halagos á la enlutada, que á medida que recobraba su razón miraba más absorta en torno suyo, sin atreverse á articular ni una sola palabra. ¿Era un sueño lo que pasaba? ¿Cómo verse tan cariñosamente atendida en brazos de una dama la que momentos antes, aterra-da al brillo fatal del puñal de un asesino, cayera desplomada perdiendo la razón? Estos pensamientos cruzaban sin duda rápidos por el cerebro de aquella mujer, que pálida y temblorosa pedía en vano llanto á sus ojos, para aliviar el enorme peso que ahogaba su atribulado corazón.

Pasaron algunos momentos. La litera no se hizo esperar. Cuatro robustos campesinos aparecieron conduciéndola, y poco después estaba ya en la plazuela del bosque. Con gran cuidado colocaron en ella á la joven; sentóse á su lado doña Marina para no abandonarla un solo instante, y, escoltada por toda la comitiva, partió en dirección á la Torre. Una hora más tarde penetraban todos por la anchurosa puerta de la Torre de Guereña.

UNA REVELACIÓN

Habían transcurrido quince días desde el aciago suceso del bosque. Durante este tiempo los

dueños de la Torre no se habían dado momento de reposo para atender con toda solicitud á la dama que hallaran desmayada en el encinar, y que había permanecido postrada en el lecho diez días, habiendo podido abandonarlo en éste más temprano que en todos los anteriores, por sentirse notablemente mejorada. Durante todo este tiempo ni la misteriosa mujer reveló nada á sus bienhechores, ni ellos se propusieron á indagar lo más mínimo respecto de ella; tanto más cuanto que en las continuas conversaciones que tenían con Hernando, comprendieron muy pronto que el leal escudero eludía prudente y temeroso toda frase que pudiera revelar algo de cuanto á la incógnita joven pudiera referirse.

Era una hermosa mañana del mes de las flores. Un sol radiante iluminaba con blanquísima luz el valle y la montaña, y el soplo sutil de la brisa resbalaba suavemente por entre las hojas de los árboles, en cuyas copas vertían á competencia los pájaros raudales de armonía.

En el costado N. de la Torre y á la altura del piso principal, se abría amplia ventana de graciosa ojiva, que daba á una espaciosa estancia. Era ésta un ancho rectángulo amueblado con cómodos sillones de cuero y nogal tallado, y vestidas sus paredes de trecho en trecho por ondulosas y artísticas colgaduras de rica seda. Al lado de la ventana se sentaban dos personas: D.^a Marina y su huésped, cuyos tipos formaban entre sí tan vario como armónico contraste. Joven aún doña Marina, sus negros y rasgados ojos que, apriisionados por las graciosas curvas de sus cejas,

se destacaban sobre una tez ligeramente morena, moviéndose con rapidez y fijándose con insistencia; su cabello ensortijado en rizos de ébano; los delicados contornos de su ovalado rostro, y la dulce sonrisa de sus encendidos labios, hacían de ella el tipo de la mujer inteligente y heroica. En pago su protegida más joven aún, de tez blanca como la nieve, ojos azules y lánguidos, cabello rubio y sedoso como el maíz de los valles, faz tan dulce y risueña como la alborada, y mirar tan inocente como la gacela; en la pudorosa timidez y delicada tristeza de su rostro, delataba sin querer á la Virgen apenada.

Ésta sabía ya por boca de Hernando al detalle todo lo ocurrido, el infausto día del bosque, y el proceder de sus bienhechores había despertado en su alma un cariño entrañable hacia ellos. Á la sazón, apoyando uno de sus codos en el marco de la ventana, y reclinada su cabeza sobre la mano, contemplaba estática el bello paisaje tendido ante sus ojos. De frente la enorme peña de Gorgea, destacando en el purísimo azul del cielo su gigante silueta; á la izquierda el erguido cerro de Arambalz vestido hasta su cúspide de espeso follaje; á la derecha el risueño promontorio, en cuya cima se eleva la mística casa de la Virgen de Oro, y en el centro, y limitada por estas montañas, la pequeña llanura del valle sembrada de bosques y alamedas, que riegan las curvas del Bayas, cuyas aguas, limpias cual otra alguna, corriendo por debajo de la ventana, le permitían ver cómo las pintadas truchas y plateados pece-

cillos retozaban alegres sobre el fondo de arenillas de oro de su cauce.

Absorbida su atención ante tan hermoso panorama, casi se había olvidado la joven de que tenía á su lado á D.^a Marina, cuando dejando dibujar en su rostro por vez primera una dulce sonrisa dijo, volviéndose á su bienhechora:—«Me siento muy bien. El aire embalsamado de estas montañas y vuestra cariñosa solicitud, ha rejuvenecido mi atribulado espíritu.»

—«¡Ah! ¡Cuánto me complace el oiros! Desde el primer instante en que os vi en el bosque, sentí no sé qué fuerza secreta que me impelía; más aún, que me unía, que me identificaba con vos.»

—«Lo sé, lo sé: bien me lo habéis demostrado, y ello me obliga más y más á cumplir la deuda que tengo con vos de deciros quién soy y cómo me encontrasteis en el bosque.»

—«Agradezco con todo mi corazón la confianza que intentáis hacerme, mas sabed que, á pesar de ser mujer, la curiosidad no mortifica mi alma. Sois joven, hermosa y desgraciada, títulos sobrados para que yo os consagre todo mi afecto.»

—«¡Ah! Callad, callad. Sentiría el horrible aguijón de la ingratitud, si no os confiara todas mis desventuras, que son muchas.»—Y estampando un ardiente beso en la frente de D.^a Marina, prosiguió:

—«Sabéis que hace pocos años ceñía la corona de Navarra la reina D.^a Blanca, casada con don Juan (hermano de Alfonso V de Aragón) de cuyo matrimonio tuvo tres hijos: Carlos, Leonor y Blanca. El amante corazón de la reina dió qui-

zás demasiada intervención á su marido en los negocios del reino, lo cual produjo que se despertara en el corazón de éste el germen de la ambición. Al morir D.^a Blanca dejó heredero de la corona á su hijo Carlos; mas el rey, con furtivas razones, eludió el cumplimiento de la voluntad de su esposa y arrebató el trono para sí. Á poco contrajo segundas nupcias con D.^a Juana Enríquez de Castilla, mujer que astuta y codiciosa, no solo alentó á su esposo para persistir tenazmente en el injusto raptó, sino que artera y pérfida logró extinguir en el corazón del rey hasta el último sentimiento paternal. Apercebido el pueblo de esto, estalló su indignación, causa que produjo la guerra intestina entre los beamonteses ó partidarios del príncipe, y agramonteses ó secuaces del rey. Blanca, decidida partidaria de su hermano, le ayudó con todas sus fuerzas, y compañera inseparable de él, fué su consuelo en la adversidad; por lo que el rey D. Juan desheredó á ambos. En pago Leonor, casada ya con el conde D. Gastón de Foix, se puso de parte de su padre; quien la declaró heredera de su trono.

El encono de los bandos sembró de luto las montañas y los valles de Navarra, y el príncipe al frente de los suyos, vencido en Aibar y derrotado en Estella, tuvo necesidad de huir, buscando en el cariño de su hermana Blanca un lenitivo á sus penas, y haciendo con ella una vida errante y escondida, para sustraerse á las iras de su desnaturalizado padre, que ya no sólo perseguía al rival de su cetro, sino que también á la herma-

na que amparaba y protegía á Carlos. Con astuta maña el rey, indagando el paradero del príncipe, le llamó amistosamente á las Cortes de Lérida. Éste, noble y confiado, acudió al llamamiento á pesar de los consejos de su hermaña, encontrando allí en vez de los brazos abiertos de un padre las frías paredes de un calabozo en Aitona, donde se deslizan los risueños días de su juventud sin ver los puros rayos del sol ni respirar el aire de la hermosa libertad. Blanca le siguió siempre de cerca, mas descubierta en Aitona por los secuaces del rey, pudo escapar casi milagrosamente, con el doble propósito de recurrir á Enrique IV de Castilla en demanda de protección para su hermano, y evitar el mal trato que daban al prisionero, tanto más cruel cuanto más cerca sabían estaba su hermana del príncipe; y atravesando valles y montañas, y ocultándose á las miradas de las gentes cual despreciable criminal, llegó á las cercanías de Vitoria (donde á la sazón creía encontrar á Enrique IV) con tan mala fortuna que éste había salido la víspera á Alfaro á avistarse con el rey de Navarra, y temerosa de ser descubierta, atravesó con un fiel escudero por tierra extraña, lloró sus penas en el santuario de la Virgen de Oro, y después....»

—«¡Ah! No prosigáis»—interrumpió D.^a Marina.—«¿De modo que el príncipe.....?»

—«Es mi hermano.»

—«¿Y vos?»

—«Blanca.»

—«¡Señora!»—añadió D.^a Marina inclinando su cabeza.—«Permitidme que.....»

—«¡Ah! nunca, nunca. No arranquéis de mi alma el inefable consuelo de ver en vos á mi mejor hermana.»

—«No lo dudéis.»

—«¿Cómo dudarlo?»—Y abrazándose estrechamente aquellas dos mujeres, vertían entre sollozos un mar de lágrimas, cuando abriéndose la puerta de la estancia, apareció en ella D. Gonzalo, que, vacilante al pronto, quedó luego inmóvil y mudo ante tan inesperada escena. Momentos después, sentado el noble señor entre ambas damas, escuchaba de boca de su esposa el relato que Blanca había hecho á D.^a Marina, relato que llegó á interesarle tanto, que prometió á Blanca tenerla al corriente de cuanto al príncipe pudiera referirse, y trabajar hasta donde sus fuerzas alcanzaran en obsequio de su causa.

La confianza que Blanca depositó en los dueños de la Torre estrechó entre todos el cariño de tal modo, que ni Blanca podía separarse de ellos, ni éstos cuidaban de otra cosa que de hacer más llevadera á la desgraciada joven la horrible situación por que atravesaba. D. Gonzalo hacía constantes viajes, y á merced de sus muchas relaciones, que utilizaba con toda discreción, estaba al tanto de la triste suerte del príncipe, que no había variado en otra cosa que en haber sido trasladado con todo género de precauciones, y para mayor seguridad, al castillo de la Aljafería de Zaragoza.

Blanca al saberlo intentó marcharse á la capital de Aragón, donde, permaneciendo oculta, pretendía poder buscar un medio de avistarse

con su hermano; pero las atinadas reflexiones de sus buenos amigos la hicieron desistir de empresa tan temeraria, en la que no sólo comprometía su propia existencia al ser descubierta, sino que también acaso la del mismo príncipe á quien tanto amaba. Nada ofrecía para ella más seguridad que el valle en que nadie (no siendo D. Gonzalo y D.^a Marina) sabía su elevada jerarquía; una vez que Hernando, que no la abandonaba un solo instante, cuidó muy mucho y con exquisita habilidad, de alejar de aquellas sencillas gentes la más mínima sospecha que hubiesen podido concebir respecto de su señora.

Blanca, pues, continuó en la Torre durante todo el estío, recorriendo con su inseparable compañera D.^a Marina las mil veredas del valle, que los ballesteros habían limpiado de malhechores y guardaban con exquisita vigilancia. Todas las tardes llegaban al santuario de la Virgen de Oro, á la que Blanca había cobrado especialísimo afecto, á contar sus cuitas á la Reina del cielo, para contemplar después desde la altura el hermoso paisaje y recrearse más tarde á orillas del Bayas, viendo cómo la imagen de la luna titilaba entre los leves rizos de sus cristales.

UNA ALEGRÍA Y UN PESAR

Se deslizaban uno tras otro los días del verano para los moradores de la Torre de Guereña, entre los plácidos goces del campo y las inquietas incertidumbres de la esperanza. D. Gonzalo, consecuente con su promesa, atisbaba cauteloso to-

dos los sucesos que podían influir en la desdichada suerte del Príncipe de Viana; pero á pesar de que los acontecimientos todos se habían conjurado en su favor, ninguna ventaja real y positiva había obtenido el desdichado prócer.

D.^a Marina y Blanca estaban al tanto por boca de D. Gonzalo, de que el príncipe había sido trasladado desde Zaragoza al castillo de Morella; sabían que, indignados los catalanes con la prisión del príncipe, habían organizado un grueso ejército que, á las órdenes del conde de Módica y el vizconde de Rocaberti, había penetrado en Aragón pidiendo su libertad; sabían que Enrique IV había traspasado la frontera aragonesa al mismo fin; sabían que Navarra secundaba con calor el movimiento del principado catalán; pero sabían también que el rey D. Juan, si bien procuraba conjurar los conflictos que le rodeaban, en modo alguno se avenía á dar libertad al príncipe cruelmente retenido en las prisiones de Morella.

En una espléndida tarde de Agosto, Blanca y D.^a Marina, asomadas á la misma ventana de la Torre en que aquélla había revelado á su bienhechora el secreto de su vida, conversaban íntimamente acerca de los últimos sucesos de Navarra y Cataluña, al dulce halago del airecillo del Gorbea, que besando sus rostros expansiionaba sus espíritus. Nada turbaba la paz en el valle como no fuera el sordo murmullo del Bayas, cerca de cuya orilla se dejaba percibir de cuando en cuando el monótono canto del cuclillo. De pronto divisaron á lo lejos que dos ballesteros corrían precipitadamente hacia el bosque inme-

diato, á la par que por un costado se dirigía al mismo punto un compacto grupo de jinetes, que levantaba en torno suyo espesa nube de polvo, al través de la cual brillaban las chispas que el sol producía en sus cotas y corazas. Á tan inesperada aparición, Blanca inquieta y temblorosa dirigió una mirada suplicante á D.^a Marina, la que sorprendida á su vez, fijaba su insistente mirada en el grupo, sin reparar en el ruego de su amiga. ¿Qué podía ser aquello? No había duda, por recientes noticias, de que el príncipe continuaba preso: no había duda de la crítica situación del rey D. Juan ante los tumultos de Navarra y Cataluña. ¿Eran aquellos jinetes caballeros castellanos ajenos á todo? ¿Eran quizás hidalgos de Navarra que se aprestaban á la lid?

El grupo penetró en el bosque desapareciendo bajo su espeso arbolado, y dejando sólo percibir el ruido del galopar de sus caballos, que se acercaban por momentos. Las damas se miraron una á otra con ansiedad sin articular una sola palabra, volviendo otra vez instintivamente sus ojos al bosque, á la sazón que los corceles salían de él en dirección á la Torre.

Tras apuesto caballero que, montando brioso alazán, lucía sobre cota de ricas perlas labrada coracina, yelmo de oro con colgante penacho y al costado lujosa escaçela bordada en plata y oro, cabalgaban á modo de escolta diez más, deslumbrando con los vivos reflejos de sus escamosas lorigas. El guerrero, ya próximo á la Torre, refrenó su caballo, y apercebido de las damas levantó su cabeza, permitiendo á éstas distinguir

su rostro bajo la metálica visera, cuando un grito de—«¡Carlos!»—lanzado por Blanca, hizo que el doncel, volviéndose á los suyos gritase:—«*Encontrada!*»—y clavando la espuela en los ijares de su corcel se hallara de un bote en la puerta de la Torre, donde sin más tiempo que el preciso para desmontarse, se encontró abrazado á su hermana, que en unión de D.^a Marina había ganado vertiginosamente la escalera para volar á los brazos del príncipe, el cual, ebrio de alegría, estrechaba poco después la mano de D.^a Marina, D. Gonzalo y Hernando, á la sazón que los ballesteros, que no pudieron dar alcance al grupo, llegaban fatigados á la morada de sus señores.

Estos, orgullosos de albergar en su casa tan egregios huéspedes, se multiplicaron de tal modo, que una hora después estaban cómoda y lujosamente hospedados el príncipe y su servidumbre; y cerrada ya la noche se sentaban todos á la mesa, en amplio é iluminado comedor.

Allí, entre las expansiones recíprocas de cariño y gratitud, les manifestó el príncipe, cómo su padre, el rey D. Juan, impotente para dominar el movimiento de Navarra, Castilla y Cataluña, en favor de D. Carlos, había consentido, bien á su pesar, en darle libertad; cómo su primer pensamiento, al verse libre, había sido volar á los brazos de su hermana Blanca, para lo cual sin perder momento, pudo averiguar por medio de sus servidores de más confianza, que ésta, unos seis meses antes, había ganado la frontera de Navarra en compañía de Hernando, dirigiéndose al N. de la provincia

alavesa, entre cuyas montañas debía permanecer oculta; cómo en cuatro días había recorrido los valles contiguos; y cómo el pueblo catalán le esperaba con impaciencia, para proclamarle *sucesor y lugarteniente*, prohibiendo al rey pisar bajo pretexto alguno el suelo catalán: por todo lo cual era preciso, de toda urgencia, que al rayar el nuevo día tomaran, bien á pesar suyo, el camino de Barcelona.

Hondo pesar produjo en medio de tanta alegría el relato del príncipe á los dueños de la Torre, que no encontraban momento para ver alejarse de su lado á Blanca; pero obligados por la necesidad y alentados por el nuevo sol de ventura, que parecía lucir por entonces para D. Carlos y su hermana, pasaron parte de la noche disponiendo todo lo necesario, á fin de despedir dignamente á aquellos que en breve habían de abandonar el valle para no volverlo á ver quizás, invirtiendo el resto en conversar con Blanca y el príncipe de sus risueñas esperanzas, y hacerse mutuas promesas de eterno cariño: pues D. Carlos, aunque acababa de conocerlos, sabedor de su comportamiento para con su hermana, se había identificado con ellos.

Por fin apareció la alborada sembrando la alegría en los valles y las crestas. Un movimiento inusitado se notaba en el interior de la Torre. Los criados no se daban momento de reposo, enjaezando los caballos, disponiendo una elegante litera, aprestando vituallas sobre un mulo y limpiando las ballestas. Los señores del valle querían despedir á sus huéspedes con toda pom-

pa, y ofrecerles el último banquete en la verde pradera que se tiende al pie del Santuario de Oro, á cuya Virgen, como hemos dicho ya, había cobrado Blanca singular afecto. Á mitad de mañana partía de Guereña la lucida cohorte, llevando á su cabeza los ballesteros en traje de gala, detrás la litera con las dos damas, y á continuación el grupo de caballeros y Hernando que escoltaban al príncipe y D. Gonzalo. Al atravesar el puente, Blanca, fijándose en los muros de la Torre donde tanta dicha encontrara, y volviéndose á D.^a Marina, le dijo:—«Hermana mía, volveré, y volveré muy pronto, más feliz que hoy, á vuestro lado.»—Á lo cual D.^a Marina, sin poderse reprimir, contestó:—«¡Ah! temo que no. ¿Veis esas aguas cristalinas, que besando los muros del puente huyen de él al mar para no volver jamás?: pues tengo el presentimiento de que, á semejanza de ellas, no volveréis más al valle.»

—«¡Ah! no me aflijáis; no me olvidéis.....»—añadió Blanca.

—«Eso jamás»—concluyó D.^a Marina—«y en prueba de ello desde hoy esta Torre no será la Torre de Guereña; se llamará la *Torre de la Encontrada*, para recordar vuestro feliz encuentro en ella con el príncipe D. Carlos, y la primera palabra que él pronunció al veros ayer tarde.»

Blanca estrechó en sus brazos á la señora del valle, que sollozando respondió al afecto de aquélla, dando acto continuo á la conversación más risueño giro, á fin de no apenar á la joven.

Una hora después se hallaba la comitiva al pie del cerro en que se alza el Santuario, donde

apeándose se dirigieron todos al templo, y prosternados ante la sagrada imagen de María, murmuraron una plegaria, que al arrullo de los sollozos de Blanca, los suspiros de D.^a Marina y los alegres cantos de las aves de la pradera, escapó por el diáfano ambiente hasta el trono del Señor.

Para cuando la comitiva descendió del templo la mesa estaba dispuesta bajo las espesas copas de dos robustas hayas, y allí, contemplando el hermoso paisaje que se tendía á sus pies, saborearon alegremente, entre chispeante conversación de los caballeros, los ricos manjares que D. Gonzalo les ofrecía, sin que faltaran á la postre sentidas coplas, que el más hábil supo dar al viento con rara oportunidad.

Terminada la comida, todos, entre mutuas promesas de eterna amistad, montaron á caballo, menos Blanca, que abrazada á D.^a Marina no acertaba á desprenderse de ella, hasta que la afectuosa intervención de D. Gonzalo y el príncipe hizo que su hermana subiera al hermoso corcel preparado para ella, y un momento después, llevando en el centro á la ilustre dama, arrancó el grupo al galope corriendo por el pie de la sierra de Arrato en dirección al boquete de Záitegui.

Los señores del valle desde el cerro seguían atentamente con la vista á los caballos, á la vez que Blanca volvía á cada instante su cabeza hacia el cerro. El grupo se alejaba por momentos. Ya D. Gonzalo y su esposa apenas distinguían los colgantes penachos de los cascos; un instante

después tan sólo los destellos de las corazas; y más tarde una mancha que gradualmente se alejaba y oscurecía. Blanca, al doblar la montaña, dirigió una tierna mirada al valle que iba á perder de vista, y lanzando un hondo suspiro, exclamó:

—“Volveré: sí: volveré.”

Á muy poco los ginetes se encontraban en la pintoresca llanada de Álava cabalgando hacia Vitoria, á la vez que los que habían quedado en el Santuario marchaban por el valle en dirección á la Torre de la Encontrada.

UN AÑO DESPUÉS

Había transcurrido más de un año desde el día en que Blanca y su hermano abandonaron el valle. La tierna solicitud de D.^a Marina y su esposo, y el cariño que Blanca y el príncipe les profesaban, hicieron que durante todo este tiempo los señores de la Encontrada estuviesen al tanto de cuanto á los príncipes ocurriera desde su salida del territorio alavés. Supieron con júbilo inmenso su entrada triunfal en Barcelona, el entusiasmo con que el pueblo catalán los recibió, y que el Principado había jurado por sucesor de la corona al desgraciado príncipe, que al lado de su hermana comenzaba á palpár la realidad de su constante sueño: hechos todos que no podían poner en duda por habérselos comunicado Blanca, que cuidaba muy mucho de tener al corriente á sus bienhechores de cuantos sucesos tuvie-

ron lugar desde su despedida en el Santuario de la Virgen de Oro.

À los seis meses de esta fecha una infausta nueva circuló pavorosa por todo el territorio. Decíase por muy seguro que el príncipe de Viana había muerto, y lo que es peor aún, que su muerte había sido ocasionada por un veneno que hábilmente le suministraron; y que D. Carlos había dejado por heredera de la corona de Navarra á la compañera inseparable de sus desdichas, su buena hermana Blanca. Por desgracia no se hizo esperar mucho la confirmación de tan fatal nueva, pues á los pocos días un enviado de aquella trajo á la Torre de la Encontrada una carta, en que apenada y afligidísima les enteraba Blanca del cruel término de la vida del pobre D. Carlos. Hondo pesar produjo á los señores del valle la carta de Blanca, á la que contestaron cariñosamente, prodigándola todo género de consuelos. Desde esta fecha transcurrió mucho tiempo sin que supiesen nada de ella, lo cual les preocupaba en alto grado.

Un día llegó á sus oídos el sordo rumor de que la princesa había desaparecido y nadie sabía su paradero. D. Gonzalo y D.^a Marina trataron de averiguar inmediatamente por cuantos medios estaban á su alcance la verdad del caso, y muy presto pudieron convencerse de la triste realidad. El paradero de la princesa era un misterio para todos. Quién afirmaba que había huído á tierra extranjera para librarse de las asechanzas que el odio de su implacable madrastra le tendía de continuo; quién la suponía oculta en las mon-

tañas de Navarra al amparo de sus fieles partidarios; quién se atrevía á asegurar que había concluído sus días en un apartado valle; pero todos estos rumores no pasaban de ser gratuitas suposiciones, hijas quizás del temor ó acaso del deseo.

En esta incertidumbre pasaron ocho meses, y los señores de la Torre fueron en tan largo tiempo perdiendo poco á poco las esperanzas que al principio acariciaban de volver á ver á la desgraciada dama, por quien D.^a Marina vertía á ratos abundantes lágrimas.

Hallábanse cierto día D. Gonzalo y su esposa en una espaciosa estancia de su palacio, cuyas ventanas miraban al río. D. Gonzalo registraba cuidadosamente unos legajos, mientras su esposa bordaba con gran aliño sobre ricá tela una imagen de la Virgen de Oro. La tarde era desapacible por demás. El aquilón, que bramaba airado en los muros de la Torre, arrancaba con furia las secas hojas de la arboleda, agitándolas en el suelo en revuelto torbellino, y transformando la espesura del bosque en descarnada soledad, que bajo entoldado y pardo cielo sólo ofrecía á la vista los ajados nidos de las aves, risueña mansión poco ha de dulces amores y sentidas melodías. Sólo el Bayas continuaba inalterable, corriendo bajo el vetusto puente sus diáfanas aguas cuya superficie rizaba el viento en blandas y delicadas ondas.

De pronto un criado abrió la puerta de la estancia anunciando á un caballero que acababa de llegar, y de cuya venida no se habían apercebido

los señores, merced al continuo ruido que el huracanado viento producía. D. Gonzalo dió orden de que pasara en el acto, á la vez que se disponía á salir á su encuentro, cuando el recién llegado, sin hacerse esperar, apareció en la puerta de la estancia, cayendo en los brazos que D. Gonzalo le abriera al verle, sin que ni ellos articularan ni una sola palabra, ni mucho menos D.^a Marina, que absorta y temblorosa no apartaba su vista del viajero, que no era otro que Hernando.

Éste rompió el silencio, y tras un cortísimo saludo, anticipándose á D.^a Marina que impaciente iba á interrogarle, la dijo:—«No me preguntéis nada, señora. Mi silencio os ha revelado ya todo lo horrible de la catástrofe.»

Las lágrimas arrasaron los ojos, y los sollozos entrecortaron la respiración de la noble dama, mientras que su esposo caía pensativo en un sillón, invitando al recién llegado con una indicación á que tomara asiento. Éste así lo hizo, y después de unos momentos de silencio por parte de los tres, dijo D. Gonzalo:

—¡«También ella!»

—«¡También ella!»—repuso Hernando.

—«¡Ah! ¡Bien presentía mi corazón su suerte aciaga!»—añadió D.^a Marina.

—No ¡lo sabéis bien—repuso Hernando.—Lo acontecido es un sueño horrible; un crimen, cuyo negro y pavoroso recuerdo oprime el corazón y angustia el alma.»

—«¿Crimen habéis dicho?»—interrumpió don Gonzalo.

—«Crimen, continuó Hernando; escuchadme.

Tras la misteriosa muerte de D. Carlos, que había dejado por heredera del cetro de Navarra á su hermana D.^a Blanca, salimos de Barcelona con dirección á Olite, más que por la fuerza de los acontecimientos, para alejar á la princesa de un punto donde con insistente rumor murmuraba el pueblo, que D. Carlos había sucumbido á la traidora acción de un tósigo, y que su alma vagaba durante la obscuridad de la noche, por las calles de Barcelona, quejándose en lúgubres lamentos de los inicuos planes que le hicieran sucumbir. Á mitad de nuestro camino, el rey D. Juan, sabedor del testamento de su hijo Carlos, envió tras de nosotros un grupo de partidarios de toda su confianza, que no tardaron en darnos alcance, y echándose sobre nosotros, se apoderaron de la princesa, á la que, convenientemente custodiada, entregaron con todo sigilo al marido de su hermana Leonor, conde de Foix, á quien el rey había confiado la prisión de su hija. Yo en el momento de apresarla, quise vender cara mi vida en su defensa, pero ella, con enérgico tono, me prohibió desenvainar mi acero, ordenándome procurara seguirla siempre de cerca. El conde condujo inmediatamente á la prisionera á la fortaleza de Ortés, y desde el día fatal de su entrada en aquel solitario castillo, transcurrieron ocho meses, sin que á pesar de mis buenos deseos, me fuera posible llevarla un consuelo, que mitigara la amargura del mal trato, de que yo sabía era objeto.

Un día, después de muchas maquinaciones y trabajos infructuosos, y jugando el todo por el

todo, logré sobornar á un criado para penetrar en la fortaleza. ¡Era ya tarde! Sus verdugos, ó cansados de ella, ó temerosos de que pudiera escapar de sus garras, le habían administrado un veneno, y el cadáver de la princesa, yerto y lívido, yacía tendido en el tosco pavimento de su prisión.

Al llegar Hernando á este punto de su relato D.^a Marina rompió á llorar amargamente, y don Gonzalo se abrazó á él, quedando los tres en profundo silencio, cuando vino á herir sus oídos el lejano eco de una campana que anunciaba la oración de la tarde, á lo que hincando todos su rodilla en tierra, y dirigiendo sus ojos al cielo elevaron al trono del Altísimo una súplica por el alma de la desgraciada Blanca.

Dos días después el palacio señorial vestía negro crespón sobre su puerta de entrada; las campanas de todas las iglesias de la comarca doblaban pausadas en fúnebres tañidos; majestuoso é imponente coro de voces entonaba lúgubre canto en el Santuario de la Virgen de Oro, y los señores del valle servían á todos los pobres de la comarca, en sufragio por el alma de Blanca, una modesta comida en la *Torre de la Encontrada*. (1)

(1) La Casa-Torre de *La Encontrada* en que se desarrolla esta leyenda, subsiste aún en el punto de su primitivo emplazamiento, con las modificaciones que el tiempo y los acontecimientos han impreso en ella, y pertenece, como desde tiempo inmemorial ha pertenecido, á la conocida familia alavesa de los *Iturrates*, una de las más distinguidas del valle de Zuya, y á cuyos antepasados atribuyen los habitantes del país haber dado generoso albergue á la desgraciada princesa D.^a Blanca de Navarra.

El castillo de Turrión

(SIGLO XV)

EL CASTILLO DE TURRIÓN

(SIGLO XV)

ANTECEDENTES HISTÓRICOS

RISTÍSIMA era la situación de España al comienzo de la segunda mitad del siglo XV. La arrogancia de la nobleza, que llegó á destituir del trono en ridícula parodia á Enrique IV, el *impotente*, en una de las plazas de Ávila; el poco tacto del rey de Castilla, llevando á los primeros puestos del Estado á soberbios y engreídos artesanos, frente á frente de los antiguos linajes; el ningún recato de la reina D.^a Juana en sus predilecciones para con el paje D. Beltrán de la Cueva, hasta el extremo, que al dar á luz ésta, después de seis años de esterilidad, una niña, unos y otros apellidasen á la recién nacida *la Beltraneja*; el irreflexivo, debilísimo y voluble carácter del monarca, que los magnates explotaban; y por fin, las ambiciones de todos habían creado en los pueblos un desquiciamiento y un malestar acentuadísimos, en especial desde el advenimiento al trono de Enrique IV en 1455.

Tan desastrosa situación había trascendido á la tierra euskara, donde el mal presentaba aún más graves caracteres. El feudalismo que tocaba á su término, presintiendo su próximo fin, se revolvía en el lecho de la muerte con terribles sacudidas, sacando fuerzas de su agonístico estado para sobreponerse aún. Por esto luchaban en Álava, Vizcaya y Guipúzcoa con cruel ferocidad, los bandos de los Ayalas con los Callejas, y los Avendaños-Urquizos contra los Mújicas-Butrones.

Á tal grado llegó la saña de estos bandos, que el monarca, á pesar de la debilidad de su carácter, viendo que los acuerdos de las Hermandades para reprimirlos no se cumplían cual era deber, se personó en Guipúzcoa en 1457 y mandó derribar todas las casas fuertes de los *parientes mayores*, pues ellas servían de escudo á los banderizos para sus fechorías.

Aun así se burlaron en todo lo posible las órdenes del rey: por lo cual éste nombró á don Pedro Fernández de Velasco, conde de Haro, virrey de Vizcaya y Guipúzcoa, dándole la especial misión de apaciguar los bandos. Éste, una vez que se hizo cargo de su nuevo empleo, vió que los caudillos más formidables de los bandos eran D. Pedro de Avendaño, señor de Villarreal y de Urquizos, por los gamboínos, y D. Juan Alonso de Mújica, señor de Butrón, Mújica y Aramayona, por los oñacinos; y tomó como primera providencia, la de desterrar á ambos del país. Esta medida pacificó algo el territorio, pero aun continuaron entre los secuaces de ambos no pocas agresiones.

Los desterrados, no pudiendo tolerar el imperio del conde de Haro en sus dominios, aunque siempre habían sido enemigos, se confabularon en contra de él, y para mejor conseguir sus propósitos, se entendieron con D. Pedro Manrique, conde de Treviño (y después duque de Nájera) primo hermano del de Haro, pero enemigo suyo, por militar en bandos opuestos en las discordias civiles que á la sazón se agitaban en Castilla.

Á tal fin, Avendaño y Mújica celebraron con el de Treviño una conferencia en el Monasterio de San Zoil de Carrión de los Condes, conviniendo en ella en juntar los vasallos del de Treviño con los de Avendaño y Mújica, é ir en busca del de Haro.

Noticioso éste de lo que contra él se tramaba, pudo recabar el auxilio de D. Juan Pacheco, maestre de Santiago, con cuya alianza y bastantes guipuzcoanos y vizcaínos, reunió un contingente superior al de sus enemigos. El de Treviño en pago, hizo alianza con D. Pedro López de Padilla, Adelantado mayor.

Marcharon pues los de Treviño en busca de su rival, y avistándose ambos contendientes entre Munguía y Bermeo, en sábado 27 de Abril de 1471, chocaron en ruda pelea, donde fué vencido completamente el conde de Haro, á pesar de la superioridad numérica con que contaba.

Este suceso, que elevó tanto el prestigio y valimiento del conde de Treviño cuanto deprimió el de su rival el de Haro, facilitó completamente la vuelta á sus dominios de los desterrados por

éste; por lo cual, D. Juan Alonso de Mújica volvió á Vizcaya, y se instaló en el castillo, que en el alto de Barajuén del valle de Aramayona poseía; valle que por entonces estaba incorporado al señorío de Vizcaya.

El dominio que desde entonces ejerció Mújica, desde su feudal morada sobre el valle, al abrigo del desbarajuste y desconcierto que en Castilla reinaba, fué no sólo arbitrario y desleal, sino que también altamente cruel y despótico, escribiendo con sus criminales actos en la historia de aquel apartado rincón la página quizás más triste de su existencia.

Más no fué sólo el tiránico imperio de Mújica lo que labró las desdichas del valle. Á la tenebrosa sombra del castillo de Barajuén y al emponzoñado ambiente de aquella época, se plagaron las vertientes de Amboto de heréticos de mal vivir, hechiceros, brujas, íncubos, súcubos y duendes, que llevando el terror á los pacíficos habitantes del valle, cometían todo género de crímenes y desmanes, revistiendo con entera sagacidad sus actos de fantásticas y falsamente sobrenaturales formas, á fin de despertar el terror en el pueblo y cometer á mansalva los más abominables delitos.

Pero había sonado la hora fatal para las desdichadas banderías.

Ocupaba ya el trono de Castilla la excelsa figura de la más grande de las reinas de España, Isabel la Católica, elevada á los esplendores del cetro en 1474, aquella mujer que la Providencia había enviado para que volviese por los fue-

ros de la moral y el engrandecimiento de la patria: y cuando en ésta por todas partes brotaba el benéfico raudal de su regeneración, los desdichados moradores del valle de Aramayona, ahogados por el inaguantable yugo de Mújica, pedían amparo á la Hermandad de Álava contra las tiranías de su señor, á cuya sombra el puñal y la violación adquirieron carta blanca. La Hermandad se lo prestó valiosísimo, y acudiendo á la magnánima reina de Castilla, ésta mandó al valle un juez encargado de abrir una información sobre los crímenes que allí se habían cometido.

Por primera providencia Mújica, ya caído, fué desterrado de aquel territorio y derrocado su poder, y poco después, en 9 de Enero de 1489, los representantes del valle de Aramayona y en nombre de la provincia de Álava su diputado D. Diego Martínez de Álava otorgaban en el convento de San Francisco de Vitoria la escritura de incorporación del valle á la provincia, para gloria de la Hermandad alavesa y ventura del desgraciado país.

Con esto volvió la tranquilidad al valle, desaparecieron los perturbadores de su paz, y desapareció también el infausto castillo de tan lúgubres recuerdos, y desde entonces Aramayona ha continuado feliz formando parte de la provincia á quien debió su libertad.

EL CASERÍO DE IBABE

En la parte más septentrional de la provincia de Álava, por donde ésta confina con sus hermanas Vizcaya y Guipúzcoa, y oculto por altísimos montes que le cercan, se encuentra el escondido valle de Aramayona, cuyo centro ocupa el pueblo de Ibarra, capital, digámoslo así, de aquella pequeña comarca.

A muy poca distancia de Ibarra por la parte del Norte, y subiendo por la estribación de la peña de Amboto, se halla sobre una meseta, cuya cima viste muy frondosa pradera, la ermita de Andra-María, y un poco por encima de ella y medio oculto entre corpulentos robles y nogales se destaca blanco como una paloma el caserío de Ibabe, habitado hoy por su dueño el honrado labriego Atanasio y su robusta y dilatada familia, labriego á quien me han unido desde la más tierna infancia estrechísimos vínculos de amistad y cuyo bondadoso carácter se ha amoldado tan bien al mío, que solamente no estamos conformes cuando él me cuenta que ve de cuando en cuando escapar por los aires á D.^a Urraca, genio benéfico del valle, desde Amboto á Aitzgorri ó viceversa, en lo cual Atanasio cree á pies juntillas.

Pues bien: allá por el año de 1488 Ibabe no estaba con su exterior tan blanqueadito como hoy; pero era un hermoso y amplio caserío, cuya posición dominando el valle, sus cercanías vestidas de helechos y salpicadas de nocedales y castaños, y las cristalinas aguas del río, que co-

rren por el pie de la meseta donde está enclavado, hacían de él una deliciosa estancia.

Por aquel tiempo vivía en él otro honrado labriego llamado Juan en compañía de sus hijos Hortuño y Diego que contaban veintiocho y treinta años respectivamente, de su hija Berta que frisaba en los diez y ocho y de dos criados.

La casa de Juan había sido la morada de la dicha, pues apartada de los centros más poblados había logrado sustraerse á la embriaguez de bandería que pululaba por todas partes, y dedicándose Juan y sus hijos á explotar las tierras que aquel poseía, y Berta al cuidado de la casa, vivían perfectamente.

Mas he aquí que desde hacía poco Juan había quedado viudo, lo cual le produjo grandísimo pesar, que á la sazón aumentaba más y más el que su hija Berta, la más arrogante doncella del valle, estaba apasionadamente enamorada de Álvaro, gallardo joven de Arriola, el cual apasionado á su vez de Beatriz, hija del noble dueño de Uribelarra, no correspondía á los deseos de Berta, lo que había engendrado en ésta un estado de tétrica melancolía que preocupaba mucho á su buen padre.

Por otra parte, en los últimos años se habían plagado los alrededores de Amboto de gentes de misterioso aspecto, brujas, hechiceros y duendes, lo cual tenía disgustado á Juan, que hubiera dejado sin vacilar su solitaria vivienda, á no haberle contenido el temor de que al bajar á Ibarra no podría sustraerse á las malhadadas luchas de los banderizos. Aparte de esto, Juan era cristiano

viejo, de alma muy bien templada, y creía poco en hechizos y brujerías; pero esto no obstaba para que viviese prevenido y bien armado para cualquier evento.

Pegante al caserío de Ibabe por la parte del Oriente, había un frondoso castañar, al que daba la ventana del departamento en que Berta habitaba. Á ella estaba asomada la hermosa joven á la caída de una tarde de Junio, á la vez que sus hermanos, sentados sobre el helecho del castañar contemplaban la campiña, cuando Juan se acercó á ellos sentándose á su lado, y mirando por un momento con visibles muestras de pena á su hija les dijo:

—«Es preciso que vosotros hagáis algo por vuestra hermana. Esa infeliz va á concluir con su vida, y entonces.....»—á lo cual Diego, que era el mayor, contestó:

—«Ya sabéis, padre, cuánto he luchado yo con ella para arrancar de su alma esa pasión que siente por Álvaro, y nada he podido conseguir. Todo cuanto se haga será en vano. El corazón de mi hermana es inocente y generoso, y ella concluirá por morir antes que.....»

—«Eso no, eso no»—interrumpió Juan—«Ella es buena y á fuerza de ruegos y reflexiones.....»

—«No lo esperéis así»—repuso Diego.—«La conozco bien y sucederá todo al contrario. El día que Álvaro se case con la noble Beatriz de Uribe-larra y ella pierda toda esperanza de ser su esposa, os aseguro que no sé lo que sucederá. Yo sólo hallo un medio que tal vez.....»

—«¿Cuál? ¿cuál?»—preguntó Juan con impaciencia.

—«Que os marcharais con ella á Vitoria ó á Castilla; y teniéndola allí por mucho tiempo, sin que ni viese ni pudiera hablar á Álvaro, puede ser que lograrse olvidarlo»—contestó Diego.

—«No me parece bien eso»—añadió Hortuño terciando en la conversación.—«Al cariño, cuanto más se le aleja, peor. Al menos á mí así me sucede con mi novia.»

—«Además»—continuó Juan—«yo no puedo abandonar ahora el caserío. Viviendo aquí apartados hemos logrado que no os hayan metido á vosotros en esas infames luchas de Mújica contra Avendaño. Por otra parte, estas brujas y hechiceros que andan por los alrededores, podían hacer algo de lo que no se atreven estando yo aquí.»

Juan no discurría mal, pero estaba equivocado. No había sido el retiro en que él vivía, ni mucho menos, la causa de que el señor del valle no le arrancara sus hijos, ni aun sus criados, para servirle de peones en las fratricidas luchas que sostenía con Avendaño. Eran la causa de ello las bastardas aspiraciones que el dueño del castillo de Turrión abrigaba respecto á Berta, aspiraciones que la sagaz perfidia del degradado noble quería satisfacer por el halago antes de recurrir á los medios de fuerza.

—«Es preferible continuar como hasta aquí»—siguió Hortuño—«que yo creo que con el tiempo todo lo hemos de lograr. Álvaro es muy honrado y trabaja en nuestro favor cuanto puede, tratan-

do de disuadir á mi hermana de su loco empeño, pues él en modo alguno ni debe ni quiere abandonar á Beatriz. Y aun hace más. Esta temporada va con mucha más frecuencia á Uribelarra para hacer que Berta pierda toda esperanza.»

—«Dios se lo pague; pero tu hermana sufre mucho»—añadió Juan, fijándose con amargura en su hija, que continuaba aún en la ventana tan abstraída que no había reparado en ellos.

—«Sufrer mucho»—repuso Diego—«pero Álvaro en nada es culpable. Antes bien, hace demasiado, porque al trasponer tantas veces esa montaña, me temo que un día le armen una emboscada esos bribones que plagan ahora la comarca.»

—«No tendría nada de extraño»—añadió Hortuño.—«Mientras el diablo no cargue con ese infame viejo de Turrión, los crímenes que por todas partes hoy afligen al valle, aumentarán cada vez más, y las infames brujas y hechiceros llevarán el terror por todos lados.»

—«Tal vez el señor del valle no es el culpable de todo»—insinuó Juan.

—«¡Ah! ¡sí, sí, padre!»—interrumpió Diego sin poderse contener.—«Él y sólo él, por medio de sus heréticos y rufianes, es el autor de tantas maldades. En las malditas almenas de ese castillo funesto, aparecen uno y otro día colgadas las cabezas de los honrados campesinos que se oponen á sus infernales designios; y dentro de sus muros, ¡sólo Dios sabe los tormentos que pasarán las desdichadas mujeres de todas clases que tienen la desgracia de despertar las brutales pasiones de su señor!»

—«¡Y nadie se atreve á clamar contra tan cobarde tiranía!»—añadió entristecido Juan.

—«Sí, ¡vive Dios!»—dijo Diego.—«Los gritos de tantas víctimas y la vergüenza de tantas deshonras ha encendido el coraje en los pechos de todos, y mañana mismo saldrán secretamente unos vecinos de la comarca hacia Vitoria, para pedir á nombre del valle auxilio en contra de su señor á la Hermandad de Álava. La Hermandad puede mucho, y es posible que sin tardar.....»

—«Dios lo haga»—contestó Juan.—«Nosotros entre tanto, prevenidos y bien armados nada tenemos que temer.»

Y levantándose y dirigiéndose á la puerta del caserío, añadió:

—«¡Ea! ¡Ea! Levantaos y venid, que la cena nos espera.»

Juan se metió en el caserío y sus hijos siguieron su ejemplo.

Berta, ni aun entonces se apercibió de la presencia de su padre y sus hermanos, y continuaba asomada á la ventana con la frente apoyada sobre su mano derecha y mirando maquinalmente á Amboto, cuya silueta se destacaba ante su vista. Miraba y no veía.

Su espíritu, engolfado en los más quiméricos proyectos, luchaba en vano con disparatados ensueños por vencer lo insuperable; y cuando á veces un momento de calma iluminaba su razón con la luz de la realidad, lanzando un hondo suspiro caía en una especie de éxtasis, para volver á poco á desvariar con más loco empeño.

Así continuó por un corto espacio de tiempo,

al cabo del cual clavó su penetrante mirada en lo alto del celaje; encendió su pálido rostro un tinte sonrosado, realzando su hermosura, y rompió á llorar. Poco después, cual si alguien penetrara en la habitación en que se hallaba y ella quisiera ocultar la pena que atormentaba su alma, enjugó precipitadamente su llanto, volvió su rostro hacia el interior con forzada sonrisa, y retirándose cerró la ventana.

EL CASTILLO DE TURRIÓN

Aprisionan el valle de Aramayona, que serpea entre elevados riscos, por la parte oriental el alto de Barajuén, por la septentrional los de Albina y Ambato, por la occidental las estribaciones de Albina y por la meridional el pico de su nombre. En la época á que se refiere la presente narración, se alzaba sobre la escueta cima de Barajuén, un vetusto castillo feudal, que, cual titánico dueño de la comarca, frente á frente á la ondulada peña de Amboto, destacaba en el cielo su contorneada silueta. Era el Castillo de Turrión (1). De primorosa fábrica todo él, se alzaba en su centro un erguido torreón, formado por tres cuerpos cilíndricos sobrepuestos, cuyo diámetro dismi-

(1) La palabra Turrión ó es vascongada pura y compuesta de *Iurria*, fuente, y *ona* buena, refiriéndose tal vez á un manantial abundante y claro que brota en la vertiente de Barajuén; ó es quizás híbrida (como hay algunas) y compuesta de *Turris*, torre en latín, *ona* buena; lo cual expresa mejor la idea que de dicho castillo tenían los del valle.

nuía respectivamente del inferior al superior, y cuya parte alta de cada uno, coronaban fuertes cubos almenados unidos entre sí por espaciosas adarves.

Estaba enclavado el torreón en medio de una plaza cuadrada, cuyos cuatro lados cerraban fuertes murallas almenadas también, y en cuyos cuatro ángulos sobresalían otros tantos fuer-tísimos cubos de defensa, estando toda la muralla cercada de un profundo foso, sobre el cual se tendía frente á la única puerta principal un puente levadizo, sin que faltaran ni en ésta ni en las poternas, sus correspondientes rastrillos movidos por fuertes cadenas.

El interior del Castillo correspondía perfectamente á su grandeza exterior. En la parte baja amplios departamentos para el servicio de la gente de armas; debajo de ellos galerías subterráneas; y en los lienzos del amurallado patio las habitaciones del señor del valle D. Juan Alonso de Mújica, adornadas con todo el lujo de la época.

Se deslizaba tranquila una de las más plácidas noches del mes de Julio. Miles de estrellas, que brillaban en el firmamento con titilante fulgor, servían de brillante cohorte á la luna, que limpia y melancólica teñía de mortecina claridad los enhiestos picos de Amboto, y la perfumada brisa murmuraba medrosa en los bosquecillos del valle. Nada al parecer turbaba la paz de los habitantes de Turrión. Su soledad contrastaba con el lúgubre aspecto de sus muros, sobre cuyos adar-

ves se distinguían algunos ballesteros que vigilaban.

El puente levadizo estaba alzado y los rastriillos aseguraban las puertas.

El silencio era completo, y sólo de cuando en cuando interrumpido por un vago rumor que parecía brotar de los antros; sin embargo, nada más lejos de que ocurriese lo mismo en el interior del castillo. Penetremos en él.

En un espacioso departamento del piso bajo fantásticamente iluminado por humeante tea, y en derredor de una tosca méssa de madera, se sentaban como una veintena de hombres, cuyas torvas caras, luengas barbas y marcado desaseo delataban desde luego su baja ralea. Eran ballesteros del castillo que bajo la férula de su jefe inmediato Hendo, que ocupaba la cabeza de la mesa, apuraban los restos de la cena. Hendo, apurando de un solo trago el vino de un enorme vaso de madera, y dando con él un fuerte golpe en la mesa, dijo con brusco tono:

—«¡Que el diablo cargue con todos si este maldito vino no lo han fabricado las brujas!»

—«No lo pensabais así cuando yo lo dije al apurar el primer trago»—añadió el que estaba á su derecha.

—«Pues ¡voto al demonio! que ahora lo digo; porque ningún mosto hasta él ha intentado subírseme á la mollera.»

Hendo tal vez tenía razón; pues sea la gran cantidad ó fuera la mala calidad del vino que apuraban, lo cierto es que sólo el mosto podía ser la causa de la grosera locuacidad, inmundas

chanzonetas y lúbricas carcajadas con que todos ellos se agitaban á muy poco, convirtiendo la mesa en una Babel.

De pronto Hendo, dando otro terrible puñetazo, exclamó:

—«¡Silencio! Tengo que daros una noticia.

—«¡Que la dé! ¡Que no la dé! ¡Que calle! ¡Que hable! ¡Que la diga!»—gritaban todos en báquica confusión, cuando el que estaba á su derecha, imponiéndose al tumulto, gritó:

—«¿Es buena?»

Á lo cual Hendo levantándose colérico de su asiento, con los puños cerrados, contestó con estentórea voz:

—«¡Juro por Barrabás! que á mí nadie se atreve á preguntarme lo que no quiero decir. Será lo que sea.»

Y volviéndose á sentar continuó:

—«He dicho que voy á daros una noticia. Ya sabéis que ha mucho tiempo, desde que luchamos en Elorrio con Avendaño, y después en Bermeo con el de Haro, donde hicimos buenas presas, no hemos tenido ningún botín. Pues bien, sé de buena parte que ahora se avecina otra pelea, donde, si ganamos, los despojos serán mejores, mucho mejores.»

—«¡Bien! ¡Bien! ¡Bien!»—gritaron todos, y Hendo continuó:

—«Y como tiempo hace que estáis dados á la holganza, se hace menester que preparéis y ensayéis las armas para estar prevenidos.»

—«Y ¿cuándo será eso?»—preguntó uno de ellos,

—«Hoy no puedo deciros ni cuándo ni dónde; pero yo os juro que el botín será bueno, y el lance está muy cerca»—contestó Hendo.

—«¡Por los cuernos de Satán! que ya nos estaba haciendo mala sangre pasar tanto tiempo con los miserables sueldos»—replicó otro.

—«Lo sé, y por eso habremos de aprovechar la ocasión—interrumpió Hendo.—Entre tanto, hoy para nada os necesita el castillo. ¡Á la orgía!»

—«¡Á la orgía! ¡Á la orgía!»—gritaron todos, precipitándose en un departamento inmediato, donde varios servidores de la casa danzaban con repugnantes rufianas al compás de los destemplados coros que otros entonaban en el loco arrebatado de la más inmunda embriaguez, dando el todo al conjunto el repulsivo carácter de una repugnante bacanal.

Hendo, al ver que todos estaban ya dentro, sonriendo sarcásticamente dijo:

—«¡Imbéciles! ¡Les he engañado una vez más!»

Y desapareció por la puerta del otro lado, dirigiéndose á los adarves de la muralla.

Hendo decía bien. Ligado íntimamente al señor del castillo, más que por los muchos años que en su servicio llevaba, por la excesiva prodigalidad con que aquél le tenía sujeto; y hombre, por otro lado, que conocía muy bien la mala ralea de la gente que tenía á sus órdenes, adivinaba siempre el menor descontento de aquellos asalariados criminales que, avezados á la depredación y al crimen, nunca saciaban su apetito, y sabía elegir perfectamente el momento más oportuno para con una mentida promesa y unas

horas de crápula calmar su ambición; y por eso precisamente hizo lo que acababa de hacer: cosa que á él convenía sobremanera, por que le garantizaba la confianza de su señor.

Mientras esto pasaba en las habitaciones bajas, el señor del castillo no dormía. Encerrado en un lujoso departamento de sus habitaciones; sentado en un cómodo sillón de roble y cuero, y teniendo á su lado á Martín, persona de toda su confianza, á quien tenía encomendado el gobierno y administración del castillo, conversaba con él.

Era á la sazón D. Juan Alonso de Mújica hombre de edad proveya, cuyo vigoroso organismo había derruido no poco una larga vida de exaltadas pasiones; pero aun se reflejaban en su torva faz de cuando en cuando las energías del pasado, que el caduco señor trataba de sostener á todo trance, como único lenitivo que pudiera endulzar las descarnadas y amargas realidades de la vejez de quien nunca gustó los apacibles encantos de la virtud y el cariño.

Martín, hombre abyecto y sagaz, era el único que sabía mitigar las amarguras de su señor satisfaciendo con artera maña hasta sus más abominables caprichos.

Hallábanse, pues, los dos sentados frente á frente, cuando Mújica decía:

—«¿Y le has citado al castillo?»

—«Sí, señor—repuso Martín.—Al castillo, á la segunda tea. Creo que no tardará en venir.»

—«Entonces, debieras estar al acecho....»

—«Descansad, señor. He encargado á Hendo que no se mueva del muro para darle entrada,

dándole la señal para que lo reconozca. En cuanto llegue, Hendo lo conducirá á esta estancia.»

—»No olvides que entra en mis planes no usar de la fuerza sino en caso extremo. Prefiriera reducirla por el halago»—añadió Alonso Mújica.

—«Todo se cumplirá con arreglo á vuestros deseos—contestó Martín.—Mas permitidme, señor, que os recuerde que habéis de pensar en los sucesos que os acosan. Las Hermandades, pretendiendo librar al pueblo de vuestro poderío, se alzan contra vos. La reina de Castilla ordena á la villa de Bilbao que bajo ningún pretexto permita vuestra entrada en su recinto.

El grito de rebelión en contra del señor de Aramayona cunde por todas partes. Es preciso que vuestro robusto brazo ahogue los intentos que mañana pudieran derrocaros.»

—«Lo sé, lo sé—repuso Mújica—mas no emponzoñes ahora la dicha de que tanto he menester. Cuando haya cumplido mis deseos, tiempo sobrado habremos para todo.»

Una depravada sonrisa se pintó en el rostro de Martín, que contempló por un instante á su dueño con mordaz compasión, cuando llegó á los oídos de ambos el eco de un penetrante silbido.

—«Ahí está: ahí está»—murmuró Martín, á la vez que instintivamente se dirigía á la puerta de la estancia. En aquel momento se dejó sentir el ruido de las cadenas de la puente y el rastrillo, y momentos después un nuevo personaje asomaba á la puerta de la estancia. Mújica hizo una

seña indicando al desconocido que pasara: Martín aproximó una silla al lado de su señor, y el recién llegado y él tomaron asiento al lado de Mújica. Éste, después de contemplarle un momento, le dijo:

—«Bien sabes, hechicero, que siempre recompensé con largueza los servicios que tú y los tuyos hayáis podido prestarme; y que el día que provocaseis mi enojo ni uno solo saldríais vivo de vuestras madrigueras de Amboto. Pues bien: hoy he menester de ti.

—«Sabéis, señor, que vuestras órdenes se cumplieron siempre por encima de todo obstáculo»—interrumpió el hechicero.

—«Es verdad—repuso Mújica—pero el asunto que voy á encomendarte es delicado.»

—«Sea lo que quisiere, nada temáis, que vuestros deseos se verán satisfechos»—contestó el hechicero.

—«Pues bien—siguió el viejo—quiero que Berta, la hija del casero de Ibabe esté dentro de dos noches en mi castillo. ¿La conoces?

—«Perfectamente.»

—«¿Entonces.....?»

—«Estará.»

—«Es que no quiero que la traigas por la fuerza. Estoy sobrado harto de esos medios, y sólo en un caso extremo toleraría....»—replicó el viejo acompañando sus frases de un gesto de hastío.

—«Eso, señor, es asunto más difícil»—contestó el hechicero meneando la cabeza.

—«De modo que tú no te atreves.... Pues ¡voto al infierno.....!»—replicó el señor.

—«Haced calma, señor, habed calma—añadió el recién llegado.—Millán se atreve á todo cuando vos lo necesitáis; pero comprended que el negocio según vuestra voluntad no tiene fácil manejo.»

—«De modo que.....»

—«Vuestros deseos serán cumplidos—replicó Millán.—Nadie como yo dispone de las brujas de Amboto á su capricho y ellas se encargarán del cometido. Su sagacidad no se resiste á nada. Y en último caso, si la voluntad de la hija de Ibabe fuera invencible (que no lo espero) ella se encontraría en el castillo de Turrión sin saber cómo ni por dónde había venido.

—«Sea en buen hora»—contestó el viejo.

Martín, que durante todo este diálogo no había desplegado sus labios, al oír la conformidad de su dueño con las últimas palabras de Millán, añadió dirigiéndose á éste:

—«Á la tercera luna, pues, te espero en la portada de Occidente.»

—«No faltaré»—dijo Millán.

—«Pasada la media noche» siguió Martín.

—«Á esa hora—repuso Millán—entrará la hija de Ibabe en el castillo de Turrión.

Un gesto de triunfo hicieron dibujar las últimas palabras de Millán en el rostro del señor del valle, que, cambiando de tono y dirigiéndose al hechicero, dijo:

—«La recompensa no será escasa.»

Haciendo después una indicación á Martín para que se retirasen.

Él y Millán así lo hicieron, y bajando al piso

llano, y atravesando el patio de armas, tomaron la dirección de la puerta grande. Á una seña de Martín se alzó el rastrillo, franqueándose la puerta: Millán atravesó el puente levadizo que estaba ya tendido, y desapareció por la pendiente en dirección á Amboto.

Volvióse á alzar el puente: el rastrillo volvió á caer, y Martín se internó en el castillo.

Entretanto el señor del valle procuraba endulzar en su lecho las amarguras de su alma con la perspectiva de nuevos placeres. ¡Todo en vano! Si no los gritos de su conciencia embotada, al menos los ayes de las víctimas sacrificadas á sus brutales intentos torturaban sus oídos, y en su excitación cayó en un prolongado sopor.

Poco más tarde sólo los últimos ecos de la orgía se perdían en el valle, cuando la aurora matizaba de oro y zafir el celaje del nuevo día.

EL AQUELARRE

Hortuño tenía razón en el juicio que de Álvaro había emitido pocos días antes, cuando con su padre y hermano conversaba en el castañar de Ibabe, respecto á la poco halagüeña situación de su hermana Berta. Tal como él había indicado; el corazón de Álvaro era magnánimo, y en cuanto pudo apercibirse de la pasión que en mal hora brotó en el alma de Berta, y en la cual no había tenido Álvaro ni la más pequeña intervención, trató de dar á entender bien á las claras á la joven, y más aún con sus hechos que con sus palabras, lo insensato de un amor al que él

en modo alguno podía corresponder. Y tal como Hortuño había dicho, todos aquellos días se encontraba en Uribelarra.

Álvaro, hijo de un noble hacendado del barrio de Arriola en el valle, amaba con frenesí á Beatriz, hija única de la blasonada casa de Uribelarra, situada al pie de la vertiente opuesta de Amboto. Álvaro había pasado unos días en la casa de su futuro suegro, tratando de los preliminares de la boda, y á la caída de la tarde del día siguiente á la noche en que el señor del valle, Millán y Martín tuvieron la entrevista en el castillo de Turrión, salía de Uribelarra con dirección á Arriola.

Álvaro marchaba solo y sin más arma que un fuerte cayado que había menester para ganar la cuesta por el atajo á fin de pasar al otro lado de la montaña. Á medida que se afejava de Uribelarra, miraba con más frecuencia á la linajuda casa que acababa de abandonar, hasta que llegó á la cristalina fuente de Churtichaga. Allí se sentó junto al celebrado manantial, y clavando sus ojos en la morada de Beatriz, contempló con risueña sonrisa aquel paraje que tantas dichas atesoraba para su alma; y mirando con deleite el arroyo que bajando de Amboto corría á lamer los muros de la casa de Beatriz, lanzó un suspiro, cual si encomendase á la corriente que lo llevase á su amada; y rápido tomó la subida de la montaña.

Álvaro se había detenido demasiado, sin darse cuenta, en la fuente de Churtichaga. Absorbida su mente por completo en los sueños de felicidad que acariciaba dejó pasar el tiempo, y hasta que

se levantó para tomar la vereda, ni se había fijado en que el crepúsculo moría, ni aun siquiera en que una imponente tempestad se cernía sobre su cabeza. Mas he aquí que á poco de tomar el sendero, siniestros relámpagos iluminaban con pavorosa luz las cañadas y las vertientes, y á muy poco una espesísima lluvia cerró por completo el horizonte, y el ronco fragor del trueno reventó con furia en el zenit. El animoso joven, conocedor del terreno que pisaba, caminó á despecho de los horrores de la tempestad; pero la tormenta, que se encrespaba más y más, tendió tal cerrazón en el ambiente que, cuando la luz acabó de fenecer en el espacio, se encontró sumido en la más pavorosa oscuridad.

Esto no obstante, nada fué capaz de detener el valeroso paso del hijo de Arriola, que confiado en el conocimiento que de la montaña tenía, y sin que su espíritu se llegara á acobardar por el extemporáneo accidente, caminó completamente á oscuras por la cañada que divide la peña de Urquiola de la de Amboto, y aunque para ello hubo perdido la vereda, estaba ya cayendo á la parte del valle, cuando la deslumbradora luz de un rayo que hendió los aires á su lado, le hizo caer sin sentido sobre la alfombra de helechos que hollaban sus pies. Y cual si la naturaleza hubiese intentado detener el paso de aquel audaz caminante, á muy poco la tempestad se alejó; la lluvia fué cediendo por instantes, y después ni el fragor del trueno retumbaba en las crestas, ni la lluvia azotaba el ramaje de los árboles del bosque.

Una hora después, Álvaro despertaba de su letargo. Al abrir sus ojos, en vano intentó darse cuenta del punto en que se hallaba. Por una parte, había perdido el sendero, y por otra, aunque la tormenta había cesado, las densas nubes que encapotaban el celaje no permitían distinguir objeto alguno. Sólo á tientas pudo cerciorarse de que se hallaba al pie de un gigantesco y vetusto roble, cuyo carcomido tronco estaba completamente hueco.

Álvaro pensó un momento en lo que debía de hacer, decidiéndose por probar si buscaba la vereda; pero en el instante en que fué á moverse llegaron á sus oídos extraños ruidos de uno y otro lado, y optó por ocultarse en el tronco del roble, á fin de observar lo que á tales horas podía turbar el silencio de la montaña. Álvaro esperó algunos momentos, durante los cuales un difuso claror que se exparcía en el ambiente, disminuyó, aunque muy poco, la negra oscuridad, pero lo suficiente para distinguir sin contornos los objetos cercanos. Los ruidos que Álvaro percibiera menudearon cada vez más por todos lados, y por fin una sombra negra, muy negra, cruzó junto á él, dirigiéndose á una plazoleta limpia de árboles y muy próxima al roble, en cuyo tronco él estaba cobijado. No inquietó gran cosa la visión al escondido; pero á muy poco cruzó otra, y luego otra y otra, y otras más que por todas partes salían rápidas, pareciendo á la difusa luz de la montaña que caminaban por el aire sobre los débiles tallos de helecho sin hollarlos, y sin que la espesura opusiese el más leve obstá-

culo á su paso, hasta que en considerable número se reunieron en la plazoleta, en medio del más absoluto mutismo.

Álvaro dudaba de lo que sus ojos veían. Había oído hablar mucho de las brujas de Amboto, pero jamás dió crédito á relatos que á él le parecieron sobrado extravagantes. Al cruzar ante sus ojos la primera sombra, que él contempló con ánimo sereno, ni siquiera cruzó por su mente nada relacionado con fantásticas apariciones; pero cuando vió pulular por todas partes aquellos negros engendros que, á la debilitada luz con que pudo mirarlos le pareció verlos cruzar los aires y revolverse entre ellos en imponente silencio, su espíritu, sin poderse sustraer al ambiente de la época en que vivía, se fué preocupando en tales términos, que al cabo de un rato su exaltada imaginación agigantaba lo que á sus ojos se presentaba.

Al cabo de un rato, otros bultos negros con teas encendidas aparecieron por un lado de la plazuela, colocándose circularmente en el contorno de la misma, y tras ellos un enorme macho cabrío de reluciente pelaje y prolongada cornamenta, que en ridículas contorsiones fué á colocarse bajo un enorme castaño que le servía de trono. Entonces creció de punto la exaltación del joven de Arriola, que, en extremados arranques de valor que ya comenzaba á faltarle, contemplaba á la rojiza luz de las antorchas aquel repugnante cuadro, abriendo exageradamente sus ojos en el deseo de convencerse de que era una ilusión lo que pasaba ante su vista.

— ¡Mas todo en vano! Cuanto más clavaba sus

ojos en aquellos espectros, más se convencía de la realidad de aquello, que él quería desechar. La maldita casualidad había puesto á Álvaro en el duro trance de presenciar un *aquelarre*.

La noche en que se encontraba era la noche del sábado; noche elegida por aquellos seres para celebrar sus infernales conciliábulos, y el prometido de Beatriz era, bien á pesar suyo, testigo de los diabólicos festines de las brujas, que no otra cosa eran los espectros que se agitaban en la plazuela. Allí contempló Álvaro, con el terror en su alma y el paroxismo en sus labios, cómo las brujas prestaban en ridículas gesticulaciones adoración al macho cabrío; cómo éste, cuyas frases oía Álvaro absorto, les tomó cuenta de los nefandos asuntos que á cada una tenía encomendados, y cómo las brujas relataron á su señor las maquiavélicas artes que habían puesto en juego para cumplirlos, refiriendo con tal motivo historias que helaron la sangre en las venas del infortunado joven; y allí, por fin, oyó con indecible espanto pronunciar el nombre de Berta, y entonces llegaron á sus oídos las palabras *seducción*, *rapto* y otras, que Álvaro en su azoramiento no pudo percibir.

Entonces, en un inconsciente arranque de desesperación, y jugando el todo por el todo, estuvo á punto de salir, pero las fuerzas le faltaron y quedó como abismado: para presenciar después nuevos horrores.

Á poco volvió sus ojos tímidamente á la plazuela, y pudo contemplar á las brujas de las teas que en interminable círculo giraban veloces, ín-

terin las del centro en inmundo banquete comían con avidez trozos de una yienda que destilaba sangre. Allí vió, después, cómo terminado el infernal banquete, y entre horrisonos coros de estridentes carcajadas y penetrantes alaridos, se agitaban todas en confuso tropel, formando vertiginoso torbellino, que á la sulfúrea luz de las antorchas tomaba el tinte más pavoroso y fantástico que imaginarse pudiera; y allí vió cómo entre agudos chirridos é imprecaciones, un instante bastó para que, hundiéndose los espectros en la maleza, todo desapareciese á su vista, quedando el paisaje sumido en el más profundo silencio. Álvaro, sobrecogido de espanto, continuó aún en su escondrijo, sin pensar siquiera en que debiera tomar una pronta resolución. Sus ojos habían visto más, mucho más de lo que la realidad le había mostrado, y sosteniendo en su cerebro titánica lucha entre sus convicciones y el haber visto con sus propios ojos á las brujas huyendo por los aires, que esto y mucho más le había hecho ver su exaltada fantasía, dejó pasar el tiempo hasta que el crepúsculo, rompiendo las tinieblas de la noche é iluminando la campiña, le permitió conocer perfectamente el lugar en que se hallaba.

Entonces, absorto en sus meditaciones y con inquieto paso tomó la bajada de la pendiente en dirección á Ibabe. Caminó un buen rato maquinalmente, dando vueltas y revueltas en su cerebro á los acontecimientos de aquella noche, entre los cuales descollaba para él el intento que aquellos funestos seres podrían abrigar respecto

de Berta, y por fin dió vista al caserío, en cuya puerta pudo distinguir á Juan, Diego y Hortuño, que, en animada conversación, estaban ya disfrutando las plácidas horas de la mañana.

Álvaro no tardó en acercarse á ellos, cuando Diego fijándose en él, y sin darle tiempo á que hablara, le dijo:

—«¿Qué es eso? ¿Qué te ocurre?»

Álvaro hizo un gesto de angustiosa duda por única contestación; pero Diego que desde el primer instante leyó algo de extraordinario en el desencajado rostro é inquieta mirada del hijo de Arriola, continuó:

—«¡Habla! ¡habla! ¿Cómo bajas á esta hora de la montaña? ¿Qué te ha pasado?»

El novio de Beatriz lanzó una compasiva mirada á la ventana del cuarto en que dormía Berta, y cual si temiese que ésta pudiera enterarse de lo que iba á referir, hizo una seña á Juan y sus hijos para que le siguieran, y se dirigió al castañar inmediato.

Allí, los cuatro tomaron asiento, y el recién llegado, con la energía de frase de quien aun le parece estar presenciando los sucesos, relató á Juan y sus hijos cuanto en aquella noche viera, excepción hecha de lo que á Berta se refería, de lo cual nada dijo.

Con verdadera estupefacción oyeron ellos el relato; pues conocedores del temple de alma de Álvaro, no podían comprender que éste creyera en las maravillas que contaba; pero en la espontánea sinceridad con que Álvaro respondía á las objeciones que aquéllos le hicieran, llegaron á

persuadirse de que el joven de Arriola había sufrido una completa alucinación, y trataron de convencerle de ello, para llevar la tranquilidad á su exaltado espíritu; cuando Álvaro, luchando entre el temor y el deber, no pudo contenerse y les dijo:

—«Agradezco mucho vuestros buenos oficios para arrancar de mi alma estas ideas que la torturan; pero no os esforcéis, que será en vano. No: no ha sido alucinación de mi mente lo que os acabo de relatar. Yo: yo mismo lo he visto con mis propios ojos, y lo he percibido con mis propios oídos. Y ahora para que no seáis víctimas de esa cruel realidad, voy á revelaros un secreto que os interesa grandemente.

Entre las horribles historias que allí se han referido ha sonado el nombre de Berta, y se han oído las palabras de raptó, seducción y otras varias que no he podido apreciar.»

Juan, cristiano viejo, para quien hasta aquel instante el relato de su amigo era un fantástico mito, no pudo contener un gesto de terror á las últimas frases de Álvaro; pero repuesto de su turbación le contestó:

—«Cálma: calma tus inquietudes. La mejor prueba que puedo darte de que en tu exaltación tu fantasía ha oscurecido la realidad, es la fría calma con que escucho la terrible amenaza que á tu entender han lanzado esos espectros contra Berta. Tú sabes cuánto la amo, y dime si es posible que, si yo hubiese vislumbrado el más remoto peligro para ella, no me hubiese preocupado grandemente. No, Álvaro, no. Lo que tú has

visto esta noche nada tiene de extraordinario. Ha sido una reunión de esas gentes de mal vivir que pululan por Amboto: y ¡vive Dios! que contra ellos somos en mi casa cinco hombres de no menguado valor: las hachas de mi casa tienen buen filo, y te aseguro que si algún día intentasen, para su mal, algo en contra de Ibabe, habrían de pagar caro su propósito.»

Álvaro procuraba tranquilizarse con las palabras de Juan; pero impresionado con los recientes sucesos de aquella noche, volvió á insistir en sus temores. Diego y Hortuño, secundando las palabras de su padre, procuraron calmar el ánimo del joven, y éste, despues de arrancar de labios de todos que estarían al acecho del más mínimo contratiempo que ocurrir pudiera, salió de Ibabe en dirección á su casa, en la que entraba poco después.

EL BEBEDIZO

Á pesar de la despreocupación que Juan había manifestado para con Álvaro, no dejó de atormentarle lo que de boca de éste había oído. Hombre de sanas creencias y esforzado corazón, calculó ridículo mito las maravillas que Álvaro hubo de relatar; pero desde el instante que el nombre de su hija había sonado, bien á su pesar, pensaba todo aquel día en el asunto más de lo que él mismo quisiera. Pero Juan arrostraba las situaciones de frente, y por tal calculó en todo lo peor que á su juicio pudiera ocurrirle; y contando con que en su casa no faltaban armas, ni

decididos brazos que las empuñaran, ni vigilancia esquisita, no tardó en dar al olvido las dudas que podían torturarle.

En la tarde del mismo día en que Álvaro refirió á Juan y sus hijos los sucesos de Amboto, Berta se hallaba sentada en el castañar contiguo al caserío de Ibabe. Con apenado rostro y la mirada fija en el espacio, la hija de Juan acariciaba en su mente aquella idea, á la que, á pesar de ser su cruel martirio, consagraba ella todos los afectos de su alma: Berta pensaba en Álvaro. En vano intentaba hallar la causa de aquella pasión que atenazaba su pecho: la conducta del joven para con ella no pudo ser más comedida ni correcta. Jamás le había hecho concebir la más leve esperanza de su cariño; jamás le había ocultado sus relaciones y propósitos respecto á Beatriz; jamás dejó con su atinada conducta de procurar arrancar del corazón de Berta el desdichado amor que por él sentía. Pero, á pesar de todo, Berta, sin saber por qué, amaba cada día con más delirio á Álvaro, y la sombra de Beatriz era para ella un fantasma, que en vano luchaba por alejar de su lado.

Buen rato llevaba Berta en sus abstracciones, cuando por uno de los costados del castañar había penetrado en él una mujer, que poco después contemplaba con mirada sagaz muy de cerca á la joven, sin que ésta se diese cuenta de nada, hasta que la recién venida con dulcísimo tono la dijo:

—«Dios os guarde, hermosa joven.»

Berta volvió maquinalmente la cabeza, respon-

diendo al saludo, mientras la otra tomaba asiento á su lado diciendo:

—«Permitid que descanse un momento. El cansancio entorpece mis miembros, y la pena ahoga mi energía, y necesito algún reposo.»

Berta, cuyos oídos nunca fueron sordos á los ayes del dolor, fijándose en la mujer repuso:

—«¡Qué! ¿Tambien vos sufrís?»

—«¡Ah! mucho, mucho—contestó la otra—y mis penas son harto más amargas que las que á vos os torturan.»

Berta clavó entonces su mirada con más insistencia en aquella extraña mujer que parecía estar al tanto de su secreto, mientras ésta, bajando hipócritamente la vista, atisbaba el efecto que sus palabras pudieran hacer en la joven. Una y otra guardaron silencio por algunos instantes, al cabo de los cuales Berta dijo:

—«Según eso ¿vos creéis que yo sufro?»

—«¡Ah! sí: sí—respondió la otra.—No es que lo creo, es que lo sé, y lo sé con toda certeza.»

—«Eso no es posible. Os han engañado—contestó Berta.

—«No—repuso la otra.—En vano tratáis de ocultarlo. Sé vuestra ardiente pasión por un gallardo joven que se hace sordo á vuestras querelas. Sé que la hija del hidalgo de Uribelarra os arrebató con el corazón de ese joven vuestra felicidad, y sé.....»

—«¡Ah! callad, callad—repuso Berta.—Decidme por favor quién sois. Decidme cómo habéis podido enteraros de un secreto, que á nadie, absolutamente á nadie he revelado.»

Á lo cual la mujer, volviendo á mirar á la joven insidiosamente, contestó:

—«Pues queréis saber quién soy, os lo diré. Soy una desgraciada como vos; digo mal, más que vos; mucho más que vos. Yo también cuando era joven, como vos ahora, sufrí los tormentos de un amor no correspondido, como os sucede á vos con Álvaro, y sufrí mucho, mucho; más que Berta la de Ibabe.»

Berta, al cerciorarse de que aquella mujer, á quien jamás había visto, estaba enterada minuciosamente de todo, volvió á preguntarla:

—«Pero ¿quién sois? decídmelo.»

—«Os repito que una desgraciada, que, acordándose de lo mucho que ha sufrido, os compadece y quiere endulzar vuestras penas»—dijo la otra llevando su mano cautelosamente hasta la de Berta, que estrechó con cariño hallándola convulsa.

—«Gracias, gracias»—murmuró la joven maquinalmente al sentir el contacto de la mano de la desconocida, la cual prosiguió:

—«¡Ah sí! Es preciso que cesen vuestras penas; es preciso que vuelva la tranquilidad á vuestra alma y el contento á vuestro corazón.»

Y viendo que corrían dos lágrimas por las mejillas de Berta, que muda escuchaba sus palabras, clavando en ella una escudriñadora mirada añadió:

—«Es fuerza que vuestro amor no luche con los horrores del vacío. Quizá en el secreto de la vida os aguarda más venturoso cariño.»

—«¡Eso nunca: nunca!»—interrumpió vivamen-

te Berta.—Sólo el cariño de Álvaro podría hacerme dichosa.»

La mujer comprendiendo en las enérgicas manifestaciones de Berta, que sus propósitos por el camino que había tomado se estrellarían ante la inquebrantable resolución y acrisolada honradez de la doncella, con esquisito disimulo cambió de rumbo diciendo:

—«Vuestra ofuscación ha hecho que no me comprendáis. No trato de aconsejaros que renunciéis al amor de Álvaro. Sin él buscaríais la dicha en vano; pero es preciso que vos logréis despertar en el corazón de ese joven (sin que él se aperciba) una corriente de simpatía, de atracción, de amor hacia vos.»

—«Eso no es posible. Álvaro no dispone de su cariño, porque Beatriz.....»

—«Ya os he dicho que él no debe apercibirse de nada. Vuestras penas me contristan y quiero remediarlas. Sí: quiero que seáis dichosa, y yo poseo un secreto para labrar vuestra ventura.

—«¿Qué decis?!—interrumpió Berta, dudando de lo que acababa de oír.

—«Lo que habéis oído. Que poseo un secreto para hacer vuestra felicidad. Ya os he dicho que también yo, como vos, sufrí muchos lustros ha las torturas de una pasión desairada. Mas la suerte colocó en mi camino un sabio conocedor de los secretos de la naturaleza, y él me dió el talismán para atraer hacia mí el cariño del hombre á quien yo amaba; y una fuerza misteriosa hizo que nuestras almas se entendieran y por entonces fuí feliz, muy feliz.»

Y sacando de su bolsillo un pequeño pomo que mostró á Berta, prosiguió:

—«He aquí: he aquí el talismán. Unas gotas, unas gotas nada más del maravilloso bebedizo que contiene, bebidas á la luz de la luna á la media noche, labrarán vuestra ventura.»

Berta miraba con mezcla de terror y ansiedad cuanto pasaba á sus ojos, que no apartaba del misterioso pomo, ínterin la otra, redoblando sus esfuerzos para inspirarla confianza, aproximaba el frasco á la mano de Berta, á la que decía con cariñosa solicitud:

—«Sí, hija mía, sí: es forzoso que dejéis de sufrir. ¡Ah si mis penas pudieran curarse como las vuestras!

La joven, sugestionada por las frases de aquella mujer, apenas podía articular una palabra. Sus deseos, sus temores, la sombra de Beatriz, el bebedizo, la imagen de Álvaro, todo bullía en su cerebro en confuso tropel, y sólo después de algún tiempo pudo decir:

—«¡Imposible: imposible! No hay maravilla capaz de devolver la paz á mi alma.»

—«Berta, Berta, no lo dudéis—repuso la otra redoblando su fingido afecto.—Esta noche abrid la ventana, apurad el licor y mañana seréis feliz. Si dudáis de mis palabras probadlo. ¿Qué vais perdiendo en ello?»

Y aprovechando la turbación de la doncella y diciéndola: «Hasta mañana» desapareció por el castañar, no sin que antes de perder de vista á Berta, volviese la cabeza para con aire de triunfo murmurar:

—«Mañana estarás en el castillo de Turrión.»

La hija de Juan, abismada ante tan raros sucesos, quedó inmóvil. El frasco que la desconocida dejara entre sus manos le abrasaba la piel. Después que ésta hubo desaparecido pensó en cómo aquella mujer que procuraba hacerla feliz, no mitigaba sus propias penas, que según había dicho eran muy amargas. Pero por otro lado ¿cómo dudar de la cariñosa solicitud que para con ella había empleado? ¿Qué interés oculto podría tener la que nada le había indicado de otros fines? ¿Qué iba á perder con probar el remedio, aunque éste no fuera eficaz?

Entre estos encontrados pensamientos divagaba Berta, cuando vió á su hermano Diego, que entraba en el castañar.

Instintivamente escondió entonces el frasco en el bolsillo, y procurando disimular la emoción que la embargaba, se levantó para ir donde él. Ambos conversaron largo rato hasta que el sol se hubo ocultado tras las montañas, sin que Berta se atreviese á revelar á Diego nada de lo ocurrido, y á la muerte del crepúsculo los dos penetraban en el caserío.

Á poco de haber entrado en Ibabe Berta y Diego, sus puertas se hallaban herméticamente cerradas y ni el más leve ruido se percibía en torno.

La noche había cerrado por completo, y la luna limpia y hermosa se alzaba sobre el horizonte, comunicando con el claror de su nacarado disco melancólico misterio á la pradera del castañar de Ibabe.

Así transcurrieron algunas horas: era ya la media noche.

De pronto la ventana de la habitación que daba al castañar se abrió, y Berta, cuya habitación estaba á oscuras, se asomó á la ventana.

Los rayos de la luna, que brillaba frente á frente, plateaban aquella parte del caserío, transformando la ventana en fantástico cuadro, cuyo marco de plata aprisionaba el angustiado rostro de la apénada doncella. Á la mística luz del astro de la noche podía observarse que una éxcitación febril dominaba por completo á la hija de Juan. Sus ojos llorosos; su indecisa mirada; sus rápidos movimientos; todo delataba el estado de la desdichada joven, que recorría con inquieta mirada la pradera del castañar, sin atreverse á levantar sus ojos. De pronto, y como haciendo un esfuerzo sobrehumano, Berta levantó su cabeza clavando sus ojos en el astro misterioso, que miró con intranquilo afán por unos momentos, al cabo de los cuales quedó como extasiada; una sonrisa se dibujó en su rostro; levantó decidida su mano derecha que empuñaba el maravilloso pomo que la mujer le habia entregado, y sin vacilación alguna, aunque con temblorosa mano, apuró el encantado licor del que todo lo esperaba.

Á los pocos instantes una sensación inexplicable recorría todos los miembros de su organismo. En vano luchaba por procurarse quietud. Cual si una corriente invisible sacudiese todas las fibras de su cuerpo, sus piernas temblaban, su corazón se oprimía, su cabeza vacilaba; sus pulmones angustiados no encontraban aire para

respirar, y su cerebro con volcánico ardor le pintaba los más fantásticos sueños. Berta tembló y entre convulsivos esfuerzos sacaba en vano su cabeza por fuera de la ventana en busca de aire que en vano procuraba mitigase su anheloso ahogo, y aterrada se decidió á llamar á su padre y hermanos; mas al separarse de la ventana, un ruido infernal de gritos y alaridos que en fatídico concierto rechinaba en la otra parte del caserío, vino á herir sus oídos, y sobrecogida de espanto lanzó un penetrante grito y cayó desplomada.

Ínterin esto acontecía en la habitación de Berta, Juan, sus hijos y los criados se habían levantado del lecho, y apercebidos de lo que pasaba se aprestaron á la defensa.

Las brujas y duendes bullían en la parte exterior del caserío opuesta á la que Berta ocupaba, y en desentonados gritos y lúbricas danzas sembraban el terror en el contorno. Juan, sin perder su serenidad de ánimo, dejó á los criados en el piso bajo, para que hacha en mano guardasen las puertas; y él, con Diego y Hortuño, corrió á las habitaciones de arriba para custodiar las ventanas.

Al penetrar en la habitación de Berta, el terror heló sus miembros. Su hija yacía tendida en el suelo y en aquel instante un hombre se avalanzaba á ella, á la vez que otro penetraba ya en la estancia. Un rugido lanzado por Juan; saltar los desconocidos á ganar la ventana; precipitarse Juan y sus hijos sobre ellos; silbar las hachas en el aire, y caer los salteadores con monótono ruido en la alfombra del castañar, todo fué

obra de un instante. Juan sin perder momento se abrazó á su hija, que aunque desmayada no parecía presentar señal ninguna de gravedad; ínterin sus hijos que habían cerrado la ventana estaban ya al lado de Berta.

Poco después ni el más leve ruido turbaba el silencio de la noche. Las brujas habían desaparecido y á nadie se veía en los alrededores de Ibabe, y ni aun los salteadores que debieron quedar por lo menos muy mal heridos aparecían en la pradera del castañar.

Berta tardó aún buen rato en volver en sí: pero al fin recuperó el uso de sus sentidos, y al encontrarse entre su padre y hermanos, rompió á llorar. La cariñosa solicitud de todos calmó sus congojas, y quiso contar á Juan cuanto le había ocurrido; pero éste no lo consintió, queriendo que en aquellos momentos sólo se ocupase de calmar su espíritu y diciéndola que al día siguiente escucharía cuanto ella quisiese referirle.

Juan no quiso escuchar á su hija, porque quería aprovechar los momentos. En los sucesos de aquella noche comprendió que el infame plan se dirigía contra Berta, á quien tanto amaba, y era urgente ponerla á salvo. Lo que torturaba el alma de Juan era su indecisión respecto al autor del atentado. Pensó en el señor del castillo, donde tantos misteriosos crímenes se cometieran; pero habida cuenta de que éste jamás le había molestado en lo más mínimo, buscaba en vano otro en quien cebar sus sospechas, sin que al fin pudiera dar con nadie. De todos modos, penetrado hondamente de la gravedad del caso, decidió salir

aquel mismo día con Berta para Vitoria, en donde nada podía temer, y desde cuyo punto podía estar al cuidado de su casa, en que quedarían sus hijos y criados.

Esperó, pues, el nuevo día, y cuando el sol naciente disipaba con sus rayos aquella noche fatal, sembrando contento y alegría en el valle, dió á todos las órdenes que estimó convenientes, mandó preparar dos caballos, y una hora después, cabalgando él y Berta en cada uno de ellos, pasaron frente á Zalgogaray, cruzaron por Aréjola, y subiendo la pendiente tomaron los altos de Albertia en dirección á Villarreal, y desde allí se dirigieron á Vitoria.

HORRIBLE VENGANZA

Durante todo aquel día nada de extraordinario aconteció en el caserío de Ibabe. Hortuño bajó por la mañana á Ibarra, donde contó á varias personas los acontecimientos de la noche anterior, cerciorándose de que en el pueblo nadie se había enterado de lo ocurrido, pero llevando, cuando á poco volvió al caserío, la convicción de que todo obedecía á alguna infame trama del castillo de Turrión, en el que, como instintivamente, recaían las sospechas de todos. Por eso al volver á Ibabe, conversó largamente del caso con Diego, y aunque nada temían, al menos por el pronto, pasaron el día en poner el caserío en las mejores condiciones posibles de defensa, para cualquier inesperado ataque que pudiera sufrir.

No sucedía lo propio dentro de los muros de

Turrión. En la noche anterior y á la hora convenida, esperaba intranquilo paseando por una de sus habitaciones D. Juan Alonso de Mújica, que á cada instante aplicaba sus oídos al menor ruido que percibía. Entre tanto, desde antes de la media noche Martín no abandonó ni un solo instante la poterna de Occidente. Mas pasó una hora y otra hora sin que nadie se aproximase á los alrededores de Turrión, y esto comenzó á inquietar á Martín, no menos que al caduco dueño del castillo, que, acostumbrado á imponer su despótica voluntad á todos, no podía soportar una tardanza inexplicable para él. Por fin, antes de rayar el alba, un hombre llegaba precipitadamente al castillo. Al tocar sus muros dió un silbido. El puente levadizo se tendió en el acto. El hombre pasó el puente y se dirigió á la poterna convenida, que halló ya franqueada. No era Millán. Al penetrar por ella se encontró con Martín, que, sin darle tiempo á nada, preguntó:

—«¿Qué hay?»

—«¡Ah, señor! un contratiempo inesperado.»

—«¿Qué ocurre?»—volvió á decir aquél.

—«Oíd»—repuso el interrogado.—«Todo estaba perfectamente dispuesto. Por sugestión de una de nuestras hechiceras, la hija de Ibabe, debía de beber á la media noche el licor soporífero que la sumiera en profundo letargo. Así ha acontecido. La ventana del cuarto de Berta se abrió, cuando la luna escalaba lo más alto del cielo. Á sus rayos, Berta gustó el bebedizo, y después de la excitación consiguiente, cayó desplomada sobre su aposento. Entonces las gentes de Amboto,

en desconcertados gritos, llamaron la atención de los del caserío por un lado, mientras Millán, Calvo y yo, escalábamos la ventana del otro lado para apoderarnos de la doncella; pero penetraron á la sazón en la estancia Juan y sus hijos, que lanzándose sobre nosotros hacha en mano, dieron tan certero golpe, que á poco Millán y Calvo yacían exánimes sobre la hierba, saliendo yo ileso, sin saber cómo, de la inesperada acometida. Á tal percance, recogimos los inertes cuerpos de aquellos hombres, y nos retiramos de allá, para esperar vuestras órdenes».

— «¡El infierno!»—gritó Martín con estentórea voz—«se ha desencadenado contra nosotros esta noche».

Y haciendo una seña al reciénvenido para que le siguiese, cerró la poterna, y se dirigió á las habitaciones del señor del valle.

Allí dieron cuenta á su dueño de lo acontecido. Alonso de Mújica, rugiendo como un león, juró tomar horrible venganza del caso, disponiendo que inmediatamente salieran sus gentes de armas en dirección á Ibabe: pero advertido por Martín, de que el golpe no podía llevarse ya á cabo al amparo de las sombras de la noche, pues el sol había asomado en el horizonte, lo cual facilitaría la huida á los del caserío, que indudablemente estarían al acecho, optó por aplazar su venganza hasta la noche de aquel día, no dudando que de este modo había de satisfacer todos sus deseos.

Al crepúsculo, pues, de aquella tarde, Hendo, que sin poderlo sospechar había prometido á sus

ballesteros tres días antes una nueva ocasión para el pillaje y los excesos, anunciaba la partida de aquella noche, haciendo que se preparasen al efecto.

Cerrada, pues, ya la noche, salieron de Turrión Hendo y los suyos, que, bien armados de hachas, mazas y ballestas y en buen número, podían atender á toda contingencia. Con todo el silencio posible bajaron el alto de Barajuén, y desliziéndose por las afueras de Ibarra, tomaron la vereda que conduce á la fuente de Goicoerrota. Una vez en ésta, se dividieron en dos grupos, que, subiendo respectivamente por los costados de Andra-María, fueron á caer á la vez por derecha é izquierda en Ibabe.

Á pesar del gran cuidado con que los de Turrión se acercaron á la casa, los que se hallaban dentro llegaron á percibir el ruido, y acechando por una ventana vieron á los ballesteros, pero ¡era ya tarde! Los de Turrión habían cercado el caserío, y la huída era imposible. No quedaba más remedio que entregarse ó luchar, y optaron por lo último, decididos á vender caras sus vidas.

En aquel momento, Hendo, dando un terrible golpe en la puerta, gritó:

—«¡Abrid, abrid!»

Pero como los de dentro, que se habían situado hacha en mano tras ella, no hicieran caso de la orden del jefe, éste mandó franquearla á viva fuerza y á merced de las hachas y mazas, y en poco tiempo ésta quedó deshecha. Entonces los de Turrión se precipitaron al interior, cuya entrada, guardada por Diego y Hortuño y los dos

criados, era difícil de franquear. Los foragidos, rugiendo, se lanzaron á ellos; los valerosos caseros, con imperturbable valor, contestaron derribando uno de cada hachazo, y sosteniendo en desigual lucha cerrado el paso; pero al fin, el número de sus enemigos ahogó sus esfuerzos, y heridos y rendidos al cansancio Diego y Hortuño, la multitud se avalanzó á ellos sujetándolos, mientras otros corrían por los departamentos de la casa en busca de Berta y Juan, de cuya fuga no se tenía la menor noticia en el castillo de Turrión, al par que se entregaban al robo y al pillaje. Hendo practicó un escrupuloso registro de todo, y una vez enterado y convencido de que Berta estaba á salvo de su poder, y bien amarrados los dueños y criados del caserío, volvió con un grupo de los suyos llevándose á Diego, Hortuño y sus sirvientes al castillo de Turrión, ínterin el resto de su partida seguía esquilmando el caserío.

Nadie supo en el valle lo que aquella noche pasó en Turrión. Sólo sí observaron los habitantes de la comarca que la rojiza luz de las teas alumbró el interior de sus muros durante toda la noche, y que no cesaron de entrar y salir grupos al maldecido castillo.

Al despuntar el nuevo día, cuando los primeros rayos del sol iluminaban el alto de Barajuén, coronando los pardos muros del castillo de su cumbre, se veían sobre las almenas en repugnante trofeo las cabezas de Diego, Hortuño y sus criados, cuyos lívidos rostros contemplaban poco

después con horror los habitantes de Aramayona.

CASTIGO Y LIBERTAD

El crimen de Ibabe había provocado la indignación de aquella pobre comarca que, cruelmente tiranizada por las ballestas de su aborrecido señor, contaba los días de su mando por igual número de atropellos y crímenes. Ni las haciendas, ni las vidas, ni aun la honra, escapaban á la ferocidad del caduco banderizo, á quien el valle soportaba, porque el poderío de Turrión hacía inútiles todos sus esfuerzos para sacudir el ominoso yugo.

Á pesar de todo, algunos de sus más arriesgados moradores se habían atrevido á hacer alguna tentativa á fin de demandar el auxilio de la Hermandad de Álava, cuyo poder, en beneficio del pueblo y en contra del despotismo de los Señores, crecía de día en día, cuando los horrores del caserío vinieron á cambiar por completo la faz de las cosas.

Había sonado en el reloj del tiempo la hora fatal para el malhadado Castillo de Turrión. El crimen de Ibabe fué la chispa que faltaba á los materiales hacinados para el incendio; la gota de agua que debía agregarse al vaso del encono popular para que éste rebasara. Y así efectivamente sucedió. Al siguiente día de los acontecimientos de Ibabe una respetable comisión de vecinos de Aramayona, salió para Vitoria, á fin de pedir, á nombre del valle, el auxilio de la Hermandad

en contra de su Señor. La Hermandad acogió con paternal cariño los deseos de los representantes de Aramayona, y sin pérdida de tiempo, puso en conocimiento de la excelsa Isabel la Católica la gravedad del caso.

La magnánima reina de Castilla mandó inmediatamente á un delegado suyo para que con el carácter de juez y revestido de amplias facultades, se personara en el valle, y la pusiera al tanto de cuantos crímenes y tropelías se hubiesen cometido allí. Las gestiones de los habitantes del valle habían llegado á oídos del protervo feudal de Turrión, y á dar rienda suelta á sus deseos, de muy buena gana hubiera hecho pagar cara su osadía á los vecinos del valle; pero en su sagaz premeditación no creyó oportuno aquel momento para volver á manchar sus manos en sangre en el arrebató de su venganza, y determinó aplazar á mejor tiempo la realización de los proyectos que en su cerebro ardían.

Era ya el mes de Diciembre. El rigor del invierno, despojando á las lomas del valle de su verde vestimenta, y los densos nubarrones que encapotaban el celaje, aquilatando la luz del espacio, daban á los descarnados bosquecillos del valle triste y lúgubre aspecto.

Á las primeras horas de la mañana cabalgaba á rienda suelta hacia Turrión un hombre por la hondonada en que comienza el valle al pie de Gurutzeta, á la vez que en la cima de este monte aparecía una brillante cohorte de jinetes y peones. Á la cabeza de todos y escoltado por los jefes de aquella fuerza, cabalgaba el juez comi-

sionado por la reina para abrir la información de los excesos cometidos.

El hombre que corría por la hondonada, que no era otro que Hendo, venía sin darse tregua ni descanso desde el antiguo Legutiano á participar á Martín la inmediata llegada del juez y la gente de guerra, pues el mayordomo de D. Juan Alonso de Mújica le había enviado á tal pueblo, hacía ya muchos días, á fin de que estuviese al acecho de cuanto pudiera saber, y avisara inmediatamente.

En cuanto Hendo llegó al Castillo de Turrión se avistó con Martín, y después de darle cuenta de lo que ocurría, le expuso sucintamente el peligro que, á su entender, todos corrían; pues según los públicos rumores, los enviados traían la misión de hacer un castigo ejemplar con los del Castillo.

Martín se vió en el acto con su dueño, exponiéndole á su vez los fundados temores que abrigaba, y como el crimen es cobarde, dueño y confidente, de común sentir, acordaron abandonar en el acto el castillo; y dando las órdenes conducentes, cuando el juez y su comitiva aun no habían concluído de bajar la pendiente, el señor del valle y Martín, escoltados por Hendo y su gente, habían logrado, merced á sus seguros y ágiles caballos, tomar por el costado opuesto los montes de Albina en dirección á Urquiola, no sin que, cuando al comenzar la subida, y perder de vista aquella parte del paisaje, el viejo señor del valle, dirigiendo la vista á Ibabe, dijese con balbuciente voz á Martín y Hendo, que

iban á su lado:—«Ese maldito caserío va á ser la causa de nuestra ruina.»

Entre tanto, el juez, que había llegado ya á Ibarra, comenzó sin punto de reposo sus averiguaciones, empezando por ordenar el destierro preventivo del dueño de Turrión y apoderarse del castillo á fin de practicar en él un minucioso registro. Para ninguno de estos dos acuerdos encontró dificultad alguna. El dueño de Turrión había desaparecido, y la fortaleza había quedado completamente abandonada.

En la tarde de aquel mismo día se hallaba el delegado de la reina cumpliendo su cometido, cuando un campesino que acababa de llegar á Ibarra, pidió permiso para verle. El juez ordenó que pasara en el acto, y una vez el campesino en presencia del magistrado, le hizo saber á éste cómo al atravesar él con dirección al valle la vertiente de Urquiola, vió al señor de Turrión que con su comitiva se dirigía hacia Axpe. Que el grupo, sin duda por ganar tiempo, dejando la vereda de servicio común, había tomado otra mucho más corta pero también mucho más peligrosa, por estar abierta en lo alto del costado de la montaña; que á poco (sin que él supiese la causa) vió asustarse al caballo del señor del valle, y al lanzarse Martín á sujetarlo, dar un enorme salto en que, arrastrando á los dos, los había precipitado al abismo, ante lo cual las gentes que les acompañaban habían huído despavoridas. El relato del campesino no podía ser más cierto. En las averiguaciones practicadas aparecieron horriblemente mutilados los cadáveres de D. Juan

Alonso de Mújica y de Martín en las profundidades de aquella vertiente.

El juez permaneció en Ibarra algunos días, al cabo de los cuales marchó á Vitoria, y de allí á dar cuenta en forma oportuna á la reina del resultado de sus pesquisas.

Pocos días después el valle vestía de gala. Era el 9 de Enero. El sol espléndido iba á besar los altos de Echagüen, abandonando los oteros y los prados, cuando las campanas de Ibarra y Gánzaga, Echagüen y Aréjola, Uribarri y Ascoaga, Uncilla y Barajuén anunciaban con alegresacentos la libertad de Aramayona. Una abigarrada multitud de todas las clases de la comarca, enarbolando extrañas banderas y entre una explosión de vítores, seguía á un grupo de hermosas doncellas y gallardos mancebos que entonaban un coro á la Hermandad alavesa. La muchedumbre llegó al pie de la pendiente de Zalgogaray, á la vez que en éste apareció un grupo de jinetes que, descubriendo sus cabezas, saludaron á la multitud. Eran los honrados vecinos que en representación del valle habían firmado aquella misma mañana en el convento de San Francisco de Vitoria, en unión del diputado general de la provincia alavesa, D. Diego Martínez de Álava, *la escritura de incorporación* del valle de Aramayona á la provincia de Álava.

Á la llegada de la comisión el entusiasmo y la algazara llegaron al delirio. Gritos, plácemes, abrazos, cariños, cánticos, vítores, todo en confuso conjunto demostraba la alegría de aquel pueblo redimido por la Hermandad alavesa. ¡Ara-

mayoña era libre! Había caído para siempre el tiránico yugo de Turrión, y los sencillos habitantes de aquellas montañas podían ya vivir tranquilos, sin tener que estar al acecho de los asesinos de sus hijos y de los ladrones de su honra. Desde aquel momento vivieron en la sosegada paz de su comarca, al amparo del sacrosanto símbolo de la cruz, que coronaba los campanarios de sus templos exparcidos en las vertientes de su querido valle, dirigidos por sus bondadosos plébanos y alegrados por el contento de sus honradas familias.

Desde entonces el valle de Aramayona ha vivido siempre unido á su querida madre la provincia de Álava, á quien debió su libertad, contando siempre como su fecha más gloriosa la del 9 de Enero de 1489.

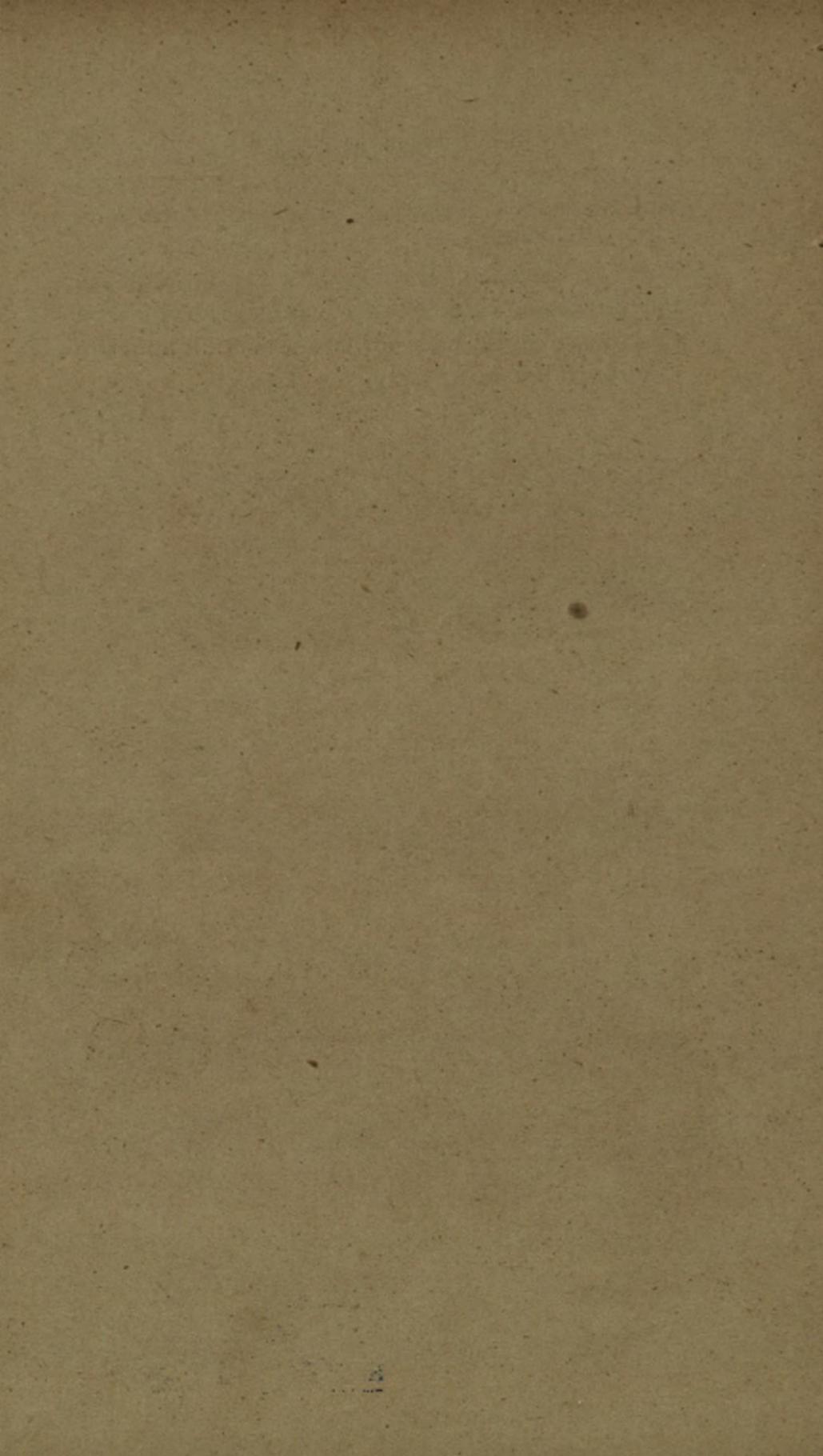
DESPUÉS

Cuatro años más tarde, el valle disfrutaba de la más deleitosa paz; las cercanías de Amboto se hallaban completamente limpias de brujas y hechiceros que la Inquisición (1) había puesto á buen recaudo; el funesto castillo de Turrión había desaparecido, y delante del sitio de su pasado emplazamiento, se alzaba frondosa encina á cuya benéfica sombra hacían sus elecciones y sancionaban sus acuerdos los hijos del valle; y en el caserío de Ibabe vivía dichoso Juan en com-

(1) El Tribunal de la Inquisición fué establecido en Castilla en 1483.

pañía de su hija Berta y de su yerno Álvaro, pues Beatriz la de Uribelarra había muerto sin llegar á unirse á Álvaro, y entonces éste, falto de su felicidad, quiso hacer la de Berta casándose con ella, para endulzar los últimos días del honrado casero de Ibabe.





Los dos Comuneros

(SIGLO XVI)

2.^a SERIE



CEU
Biblioteca

B. Díez del Corral

LOS DOS COMUNEROS

(SIGLO XVI)

ESBOZO HISTÓRICO

S conocido de todos el descontento que produjo en la comarca española la conducta de Carlos V de Alemania y I de España á su advenimiento al trono.

Nacido en Gante (Flandes) vino á la península en 1506, á la muerte de su padre Felipe el Hermoso, y vino rodeado de una cohorte de flamencos que, sin afección alguna á la nación española, hicieron de ella el objeto de su ambición y su rapiña, sacando del país exageradas sumas, en lo cual se distinguió muy mucho Chievres, favorito del emperador.

Éste quiso ser jurado por las Cortes; mas éstas, reunidas en Castilla, Aragón y Cataluña, se resistieron á ello, en razón á vivir aún su madre doña Juana la Loca; pero al fin, como el emperador jurara respetar sus libertades, le votaron por rey.

Poco después, Carlos V heredó la corona de Alemania por muerte del emperador Maximiliano. Entonces, fascinado por la ambición, decidió ir á aquel país, y al objeto pidió recursos á las cortes reunidas en Galicia; y aunque éstas al principio se opusieron á suministrárselos, la astucia de Chievres consiguió que los votasen, y el emperador salió con dirección á Alemania.

Al abandonar Carlos V la península española, dejó por regente del reino al cardenal Adriano, lo cual aumentó más y más el disgusto del pueblo, que no podía conformarse con que su rey le abandonara en los momentos en que más le había menester. Éstas fueron las causas de que los descontentos se reuniesen y organizaran en *comunidades*, es decir, agrupaciones destinadas á defender los bienes del común. He aquí por qué levantaron su voz en son de protesta las ciudades de Madrid, Valladolid, Ávila, Guadalajara, Cuenca, Burgos, Salamanca, León, Sevilla, Toledo, Segovia y otras.

Los comuneros acordaron pedir al rey que viniese á España, que alejase del gobierno á los flamencos, que las cortes se reunieran cada tres años, que el cargo de diputado fuera incompatible con cualquier merced real, y otra porción de cosas conducentes al bien común.

El rey contestó á tales pretensiones con evasivas, aunque en muy buenas formas, y entonces los comuneros decidieron acudir á las armas para defender los derechos del pueblo.

Llegado el momento del choque entre comuneros é imperiales, en Villalar fueron aquellos de-

rrotados y prisioneros sus jefes Padilla, Bravo y Maldonado, decapitados poco después.

Por lo que á la provincia de Álava toca, andaba por aquel tiempo discordado con su mujer D.^a Margarita de Saluces el conde de Salvatierra, que desde el primer momento se unió al partido de la comunidad. El emperador ordenó que la condesa y sus hijos residiesen en Vitoria y que el conde les diese lo necesario para vivir decorosamente conforme á su clase; encomendando el cumplimiento de tal orden al diputado por Álava D. Diego Martínez de Álava, enemigo del conde.

Esto agrió más y más la enemistad entre ambos, dando lugar á una serie de venganzas por parte de uno y de otro.

Á la vez que esto sucedía en Álava, trabajaba con ahinco para levantar las merindades de Castilla en contra de D. Íñigo de Velasco, conde de Haro, el intrépido capitán Gonzalo de Baraona.

Éste hizo alianza con el conde de Salvatierra, y entendidos ambos con la junta de los comuneros, sostenían la sublevación en Álava y las Merindades, donde reclutaron gente, y dirigiéndose á Arratia (Vizcaya) se apoderaron de la artillería que el condestable llevaba de Fuenterrabía para batir á los de Villalar.

Engreídos con esta victoria, pusieron cerco á la capital alavesa en la que, de acuerdo con los de la ciudad, logró entrar Baraona por la puerta de Arriaga, saliendo por la de Castilla.

Mas el condestable mandó fuerzas contra ellos, y después de mil peripecias en que los imperiales se apoderaron de la villa de Salvatierra, habien-

do quemado todas las casas del conde y talado sus haciendas, lograron por fin darles alcance en el puente de Durana (Álava), derrotándolos completamente, haciendo huir al conde, que tuvo que escapar á uña de caballo, y consiguiendo hacer prisioneros á Baraona y seiscientos de los suyos que fueron conducidos á las cárceles de Vitoria.

La inmediata consecuencia de tantas reyuelas fué que á Baraona lo decapitasen en la plaza de la Leña de la ciudad alavesa, á los dos días de haber sido hecho prisionero; que confiscasen al conde todos sus bienes, apoderándose del palacio que en Vitoria tenía, en el cual picaron el escudo de sus armas; que arrebatasen al conde el señorío de Salvatierra, que pasó al dominio de la corona real; y que decretasen perseguirle y apresarle en donde quiera que lo hubiesen.

Tres años después, el conde, que había venido á Castilla en demanda de perdón, fué hecho prisionero y encarcelado; y después de hacerle sufrir la más espantosa miseria en la soledad de su cárcel, le dieron muerte abriéndole las venas para que se desangrara, y sacando su cadáver al pueblo con los grilletes aún puestos en los pies, á fin de que sirviera de escarmiento á sus adeptos.

LA ENTREVISTA

Cuatro leguas al Este de Vitoria, casi aprisionado su término por los altos de Encia y los montes de Alzania, que prolongándose por Navarra van á encontrarse en el Pirineo, se alzaba

cual hoy ya en remotos tiempos la villa de Salvatierra, cuya posición no puede ser más agradable. Situada en elevado punto, dominando la hermosa vega del valle regada por las aguas del Zadorra, y brotando en su seno los manantiales de Santa María, Ugarte, San Juan, Apartegui y Madrid, Salvatierra en todas épocas despertó la codicia de los señores.

En 1520 la villa estaba ya murada por fuertes baluartes y un hermoso castillo y encerraba en su recinto el palacio del prócer D. Pedro López de Ayala, conde de Salvatierra, en cuyo alcázar en nada desmerecía el interior de la grandeza de su parte externa. Desahogadas galerías, espaciosos salones, dependencias para todo servicio, jardines con espeso bosque en la trasera, y todo con arreglo al mejor gusto de la época, hacían de la morada del conde una lujosa estancia.

En la mañana del 6 de Noviembre del año citado dos personas retiradas en uno de los departamentos que daban al jardín, estaban sentadas frente á frente. Era la una un hombre como de cincuenta y tantos años, de noble aspecto, severo rostro y distinguidas maneras, y la otra un apuesto joven que frisaría en los 25, de agraciado rostro, tez morena, viva mirada, y cuyos modales delataban asímismo distinguida alcurnia. Vestía el más joven ceñido jubón, ancho tabardo y ajustadas calzas, llevando al cinto espada y luciendo bordada escarcela, en tanto que el más viejo se hallaba casi envuelto en lujosa gabardina.

El asunto de que iban á ocuparse debía de ser

de gran interés y secreto, á juzgar por el sitio que para tratarlo habían elegido, pues teniendo sólo ventanas al jardín que cercaban altas tapias, les sustraía de las indiscretas miradas de todos.

No bien hubieron cruzado algunas frases de cortesía, dijo el más viejo á su interlocutor:

—«Podéis hablar, D. Gonzalo.»

Á lo cual éste, arrellanándose en la silla que ocupaba, contestó:

—«No ignoráis, señor conde, los disturbios que agitan á todos los pueblos del reino, ni la maldecida causa de tantos males y desdichas. Sabéis cómo desde que á la muerte del rey Felipe le heredó su hijo Carlos, las cortes se opusieron á reconocerlo como tal, en razón á vivir aún su madre D.^a Juana, pero que gracias á los trabajos del flamenco Guillermo de Croy, señor de Chievres y favorito del rey, el flamenco consiguió de la nobleza que aquéllas votaran al monarca, y que desde entonces, entregado el reino á la rapacidad de Chievres, los pueblos, cargados de exacciones y tributos, han pasado tres lustros de desdicha y amargura.»

—«Mas ahora que la muerte de Maximiliano ha traído á las sienes del rey la corona de Alemania, después de sacar recursos al efecto se ha marchado á aquella corte, abandonando el reino español que tanto ha menester de su monarca para poner coto á las crecientes tropelías de los nobles, dejando el gobierno á la tiranía de D. Íñigo de Velasco, conde de Haro y hoy condestable de Castilla.»

—«El resultado de tales procederes no se hará esperar»—repuso el conde.

—«Decid que ha llegado ya, señor conde»—contestó Gonzalo de Baraona, prosiguiendo:

—«Sabéis también cómo ofendidos los pueblos de Ávila, Toledo, Segovia, Salamanca, Medina y otros, han pedido al rey ausente que venga á España, que aleje del gobierno á los flamencos, que las cortes se reúnan cada tres años y otras varias cosas, á las que el monarca ha contestado con fútiles disculpas, lo cual ha motivado el que los pueblos, reunidos en *comunidad*, se dispongan á hacer frente á las tropas imperiales que quieren sujetarlos, y que á estas horas, la junta de Tordesillas, cuyo brazo de hierro es el noble Padilla, ayudado de Bravo y de Maldonado, dirige con incansable afán la causa de los comuneros. Pues bien; ese santo grito lanzado por el noble de Toledo, ha resonado en las merindades de Castilla; y yo, que á la cabeza de ellos he de seguir su suerte, vengo á demandar vuestro auxilio.»

El conde, á las últimas palabras de Baraona, alargó su mano para estrechar la del joven, y contestó:

—«¡Ah, valeroso capitán! No desmiente vuestra hidalguía la noble casa de Villanañe, que dió cuna á vuestros antepasados. De buen grado os escucho, y entended que si la causa justa del pueblo tiranizado no me moviese á ello, bastara que el conde de Haro y el diputado D. Diego Martínez de Álava se hallasen enfrente para que yo tomase parte en la lucha. Aquél me dis-

putó de encarnizada manera el señorío de Ampudia, Pedraza y Mormojón; éste, sin respetar los motivos de mi desavenencia con mi mujer doña Margarita de Saluces, es el encargado de hacerme cumplir lo que el rey ha dispuesto en el asunto. De ambos, pues, tengo agravios que vengar. Ya lo sabéis. La causa del pueblo es la causa del conde de Salvatierra. ¿Qué puede suceder? ¿Que el rey me arranque los títulos que ostento? Si á tal llegase, la punta de mi acero se encargará de reconquistarlos.»

—«Decís bien, conde»—interrumpió Baraona.
—«Y á fe que el diputado D. Diego puede correr gran riesgo en el asunto.»

—«Corre de mi cuidado»—replicó el conde.—
«Y porque veáis que soy hombre prevenido, leed.»

Y abriendo un cajón de un armario que tenía á su espalda mostró á Baraona unos papeles. Éste pasó la vista por ellos, y volviéndoselos á entregar, le dijo:

—«Por vida mía que no me explico.....»

—«Nada de singular hay en ello»—replicó el conde.—«La junta sabía cual yo que trabajabais sin descanso en la tierra de Burgos para levantar las merindades, cual yo procuraba en Álava por el propio fin. Ha entendido que estando próximos debiéramos unirnos, y por tal razón nos ha confiado tan grave misión.»

—«Mucho he de honrarme con combatir á vuestras órdenes»—contestó Baraona.—«Pero, decidme: ¿cómo han llegado tales documentos á vuestro poder?»

—«Muy sencillo»—respondió el conde.—«La junta de Tordesillas mandó á Vitoria pocos días ha, para ejercer justicia, al bravo comunero Antonio Gómez de Ayala, el que, al pedirme favor para cumplir su mandado, me entregó los documentos que acabáis de leer, nombrándoos á vos y á mí para dirigir el movimiento en esta tierra. Yo presté al enviado cincuenta hombres para entrar en Vitoria, y con ellos entró; mas el diputado D. Diego, sabedor del caso, hizo á sus deudos que lo apresaran, y cargado de grillos lo han llevado á la fortaleza de Bernedo, que custodia D. Fernando, hijo del diputado; pero al volver los carceleros á Vitoria, han encontrado á los procuradores alaveses que están en junta, protestando de la prisión del enviado de la Junta de Tordesillas, y la ciudad está muy alterada.»

—«Tanto mejor»—interrumpió Baraona.—«Eso favorece nuestros deseos.»

—«Aún hay más»—añadió el conde.—«El diputado ha puesto en la cárcel á un clérigo que yo mandé á las juntas de Álava con una misión, y D. Diego y sus deudos hacen esfuerzos para mantener á la ciudad en el bando de los imperiales.»

—«Pláceme que así sea»—repuso Baraona—«porque eso nos autoriza á obrar con ellos como mejor nos plazca. Y pues la junta de Tordesillas manda que yo sea á vuestras órdenes, disponed de mí como mejor os plazca.»

—«Es forzoso»—dijo el conde—«levantar inmediatamente pendones y hacer gente en favor de los comuneros. Vos podéis partir en seguida

para las merindades á organizar vuestras huestes, entre tanto que yo, en la tierra de Álava, organizo las mías. Yo he de cuidar de comunicaros lo que debéis hacer.»

—«Todo quedará cumplido como deseáis, y contad que desde hoy mi vida os pertenece»—contestó Baraona.

—«Gracias, valeroso capitán. No he de escasear la mía cuando la hayáis menester.»

—«Siempre la tuvo al servicio de las buenas causas el ilustre conde de Salvatierra»—concluyó Baraona.

Los dos interlocutores se estrecharon afectuosamente la mano, y Baraona iba ya á salir, mas no lo consintió el conde, suplicándole le honrara ocupando un puesto en su mesa, como así lo hizo, reinando durante la comida mucha expansión y hasta jovialidad entre ambos; cosa rara en el carácter del noble de Salvatierra, severo y agrio habitualmente.

Inmediatamente de la comida, Baraona se levantó, y dando al conde afectuosas gracias por las muchas atenciones que con él había tenido, montó en su corcel y salió con dirección á Vitoria.

EN AQUELLA NOCHE

Baraona, al salir de Salvatierra, había cabalgado al galope; pero una vez que se había apartado algún tanto de la villa, refrenó su caballo, marchando á paso corto, cual si entrara en sus cálculos dejar que llegase la noche para entrar

en la ciudad. Así cruzó el río Alegría, y no tardó en hallarse al pie del cerro de Estibaliz. Al cruzar por frente á la iglesia, alzó su vista, clavándola en la basílica, y descubriendo respetuosamente su cabeza, lanzó un suspiro y siguió adelante. ¿Qué pensamientos cruzarían por su mente? No es difícil sospecharlo. Baraona iba á emprender una lucha titánica contra el condestable, y aunque esto en nada menguaba el temple de su alma, el joven capitán tenía entregado su corazón á Blanca, hija de Álvaro Ruiz, pariente de Ruiz de Avendaño, familia toda muy afecta al condestable; y aunque Álvaro había fallecido poco ha y su mujer y su hija eran ajenas á aquellas luchas, esto le mortificaba sobremanera. He aquí por qué Baraona, al pasar por frente á Estibaliz, envió á la Virgen en un suspiro su pena y su plegaria.

Cuando la noche acababa de cerrar, el capitán se apeaba en una rústica casa de las afueras de Vitoria, y poco después penetraba en la ciudad por la puerta de Anorbin, situada frente al hoy camino de Alí. Una vez dentro, tomó la derecha, entrando en la primera casa que estaba contigua á la puerta. El caballero subió la escalera, y á poco se encontró en una habitación que, cercana á la muralla, sobresalía de ella, de modo que dominaba toda la campiña de aquel lado. Al penetrar en el recinto se levantaron presurosas para recibirlo, haciéndolo con las más señaladas pruebas de afecto.

De las dos damas, la una, que contaría como cincuenta años, vestía enlutada túnica, y llevaba marcada en su rostro la acerba huella del dolor.

La otra, que frisaba en los veinte, era extremadamente bella. Sobre su blanco y ovalado rostro, cercado por las hebras de oro de su rubia cabellera, brillaba el azul de sus lánguidos ojos, dulces é inocentes como el sueño de una virgen. Eran la distinguida señora D.^{na} Usenda y su hija Blanca.

Gonzalo consagró el primer rato de su visita á Usenda, muy afectada aún por la muerte de su esposo, á quien dedicó todo el consuelo que podía sugerirle su buen deseo; y cuando ella echó mano á un libro que tenía próximo, para ponerse á leer, dirigió sus atenciones á Blanca. Ésta recibió la primera mirada del joven dejando asomar á sus ojos una lágrima, por lo cual, Gonzalo inquieto hubo de preguntarla:

—«¿Qué os aflige, Blanca? ¿Por qué, cuando embriagado de ilusiones, vengo á vuestro lado á deciros una vez más la inmensidad del cariño con que os amo, os encuentro triste y llorosa?»

Blanca dejó escapar un suspiro, sin responder á la pregunta de Gonzalo, por lo cual éste continuó:

—«¡Ah! Decidme: decidme lo que os atormenta, que yo calmaré vuestras penas.»

Blanca fijó sus ojos en el joven, y respondió con temor:

—«No puede ser.»

—«¿Por qué? ¿Por qué?»—interrumpió Gonzalo.—«¿Quién me lo podrá impedir?»

—«Vuestro honor»—contestó Blanca.

—«¿Qué decís?»

—«Vuestro honor. Lo sé todo. No os esfor-

céis en ocultarme una verdad cuyas pruebas ha traído á mis manos la casualidad. Sé que estáis afiliado al bando de los Comuneros, y que sois su segundo jefe en estas comarcas.»

Gonzalo quedó absorto á las palabras de Blanca, vacilando lo que debía contestar. Su situación era muy crítica. La familia de Ruiz de Avendaño, decidida partidaria del Condestable, era la familia de Blanca. La lucha entre su amor y sus compromisos le ponía en grave aprieto. Blanca entonces, cogiendo un papel que tenía sobre la mesa, le dijo con muy cariñoso acento:

—«Leed.»

El joven pasó la vista rápidamente por el papel, quedando sorprendido y estático. Aquel documento, igual exactamente al que había visto en casa del conde, era de la Junta de Tordesillas, y en él se nombraba primer jefe de los Comuneros de aquellas comarcas al conde de Salvatierra, y su segundo á Gonzalo de Baraona. Éste, repuesto algún tanto de su sorpresa, dijo al fin:

—«Pero, ¿cómo es posible que este papel haya llegado á vuestras manos?»

—«No abriguéis la más mínima duda. Ese documento que un enviado de Tordesillas debía entregaros, fué arrancado al Comunero Antonio Gómez de Ayala por el Diputado D. Diego, al hacerle preso en Vitoria.»

—«Blanca»—repuso resueltamente Baraona—
«perdonadme. ¿A qué ocultarlo? Mi cariño no tiene secretos para vos. Sí. La voz del pueblo oprimido ha resonado aquí, en lo íntimo de mi

alma; y yo, obligado por mi alcurnia, no he podido desatender, á fuer de noble, los ayes de mis vasallos oprimidos por el conde de Haro. Yo bien sé que los lazos de parentesco de vuestro tío Martín Ruiz de Avendaño con el de Haro, unen á vuestra familia con el Condestable; pero yo me atrevo á asegurar, entendedlo bien, que si vuestro noble padre viviera, no haría causa común con su tirano pariente, que se empeña en derrocar con el hierro de sus lanzas las más hermosas libertades del pueblo. Perdonadme, pues, hermosa Blanca, que sólo vuestro cariño y vuestra indulgencia son capaces de darme alientos en esta lucha; que yo en pago sabré conquistar con mi acero cuanto ambicionéis, para rendirlo á vuestros pies.»

Con tal energía y convicción pronunció Barona estas frases, que Blanca, tras una sonrisa que inundó de felicidad el alma de Gonzalo, le contestó:

—«Callad, Gonzalo, callad, y no atribuyáis mi dolor á conveniencias egoístas. Sé por demás las causas que han motivado el grito de las Comunidades, y para nada el vínculo del parentesco cierra los ojos á mi razón; pero temo, y temo mucho por vos. ¿Guían acaso á vuestro jefe el conde de Salvatierra en este movimiento los mismos móviles que á Padilla y los suyos? Permitidme que lo dude. La conducta del conde para con su mujer D.^a Margarita, y su constante ambición para ensanchar sus estados, me inclinan á pensar así. Por otro lado, ¿qué pueden hacer vuestras infor-

mes masas frente á los disciplinados ejércitos del Condestable?»

Gonzalo, cuyo pecho habían ensanchado las declaraciones de Blanca, le interrumpió diciendo:

— «¡Ah, Blanca, Blanca!, siempre fuisteis mi ángel de consuelo. No en vano ha enviado mi alma esta tarde un ¡ay! á la virgen de Estibaliz. Sólo torturaba mi ser el temor de que os fuera repulsiva nuestra causa. Mas, si esto no es así, ¿qué puedo temer? Con vuestro cariño me siento capaz de todo: y yo os prometo que al primer deseo bastardo que yo pudiese traslucir en el conde, yo me apartaría de su lado. Por lo demás nada temáis. Jamás aventuraré yo una lucha en condiciones de que pudiera sernos funesta. Esta misma noche he de cabalgar para las Merindades de Castilla, donde los míos me aguardan; mas estad tranquila, que Gonzalo no ha de descuidar en día alguno el tener al tanto de cuanto pueda interesarle á la dueña de su corazón.»

Usenda, que, á pesar de su lectura, se había hecho cargo de cuantas frases se cruzaran entre su hija y Baraona, dejaba en aquel momento el libro sobre la mesa, por lo cual Gonzalo, volviéndose á ella, le dijo:

— «Ya habéis oído, señora, todo. Yo espero que vos.....»

— «Nunca me perdonara D. Gonzalo el entrometerme en vuestras decisiones, que supongo habréis pensado bien» — le dijo D.^a Usenda.— «El cielo proteja vuestros nobles propósitos. Mas no olvidéis que vuestra permanencia en Vitoria en estos momentos es peligrosa. Todos saben

que sois uno de los jefes de los Comuneros; y si D. Diego Martínez de Álava llegase á sospechar que estáis dentro de los muros de la ciudad.....»

—«Estad tranquila» — replicó el joven.—He tenido gran cuidado de esperar á que cerrara la noche para aproximarme á ella, y el embozo de mi capa, cubriéndome el rostro, al penetrar por la puerta contigua, me ha puesto á cubierto de cualquier mirada insidiosa. Además, en Villarcayo pudiera temer que cualquiera....; pero aquí, en Vitoria, donde pocos me conocen.....»

—«Á pesar de todo, no dudéis que la prudencia aconseja.....»—repuso Usenda.

—«Sí, Gonzalo, sí»—interrumpió Blanca.—«Yo siento un pesar en mi alma cuando os alejáis de mí; pero hoy tiemblo por los tres al veros á mi lado.»

Baraona trató de calmar los temores de las dos; les expuso las fundadas esperanzas que abrigaba de que la causa de los comuneros había de triunfar; les prometió tenerlas con frecuencia al tanto de lo que pudiese ocurrir, y haciendo mil protestas de respeto y cariño á la madre y de apasionado amor á la hija, se despidió de ellas, cruzando al salir una mirada con Blanca, que fué para ambos el sello de su amor y el juramento de su constancia. Al llegar á la salida de la casa se volvió á embozar en su capa, y saliendo por la propia puerta de Anorbin, se dirigió á la casa de las afueras en donde había dejado su caballo.

Un hombre, que esperaba á la entrada, le franqueó la puerta. Baraona penetró por ella, entrando á una estancia en la que le habían preparado

la mesa. Se sentó á ella, hizo una cena frugal en pocos momentos, é inmediatamente salió de allí, diciendo al hombre que le había esperado:

—«¿Qué ha ocurrido por Vitoria en estos días?»

—«¡Ay, mi señor D. Gonzalo! La ciudad está muy alterada. Dicen que el señor conde de Salvatierra va á pegar fuego á Vitoria, porque el diputado puso preso á un clérigo que el conde hubo mandado á las juntas de Álava, por lo cual los procuradores, irritándose contra el diputado, se han declarado por el conde.»

—«Bueno, bueno; adelante»—interrumpió Baraona.

—«Y dicen.....»—prosiguió el labriego sin atreverse á concluir la frase.

—«¿Qué dicen? Acaba»—increpó D. Gonzalo con dureza.

—«Pues vos me lo mandáis, lo diré»—respondió su interlocutor.—«Pues dicen que según unos documentos cogidos á un tal Gómez de Ayala, que vino de la junta de Tordesillas, el conde y vos vais á levantar la guerra en la comarca, y que lo habéis de pasar muy mal.»

—«¡Miserables! Veremos á ver quién es capaz de oponerse á la justa cólera del pueblo»—y dirigiéndose al labriego, continuó:

—«Oye, Mateo. Que nadie, absolutamente nadie, sepa que yo he estado aquí esta noche. Cuantos recados yo te mande, cuidarás de dárselos con toda presteza y precaución á D.^a Blanca Ruiz de Avendaño, átisbando mucho para que nadie te observe. Ahora prepárame el caballo, que voy á salir en seguida.»

Mateo, diciendo—«Todo se hará cual lo mandáis»—preparó el corcel á D. Gonzalo, y pocos momentos después éste cabalgaba en dirección á Badaya. Al amanecer, Gonzalo trasponía ya la sierra, y cruzando el valle de Cuartango tomó las estribaciones de los montes de Guibijo, hallándose á la tarde en el valle de Losa, desde el cual tomó el camino de Villarcayo.

UN RIVAL INSIDIOSO

Cuatro meses se habían deslizado entre inquietudes y turbulencias para la mayor parte de las comarcas de la Nación. Durante ellos, el condestable, estudiando la importancia y ramificaciones de aquella vasta conjuración, había allegado los medios necesarios para dar un golpe de muerte al poderoso alzamiento de las comunidades, no olvidando de perjudicar cuanto pudo al conde de Salvatierra, al cual arrancó la villa de Ampudia que éste poseía cerca de Palencia, villa que el obispo de Zamora reconquistó para su legítimo dueño.

El conde de Salvatierra y Gonzalo de Baraona, por su parte no se habían dado punto de reposo. El conde en la tierra alavesa y Baraona en las merindades, lograron levantar de tal modo el espíritu del pueblo, que para primeros de Marzo el conde tenía diez mil hombres de batalla, los que, unidos á tres mil que Baraona le trajo de las merindades, formaron un ejército de trece mil hombres á las órdenes de ambos.

Vitoria en todo este tiempo no había disfruta-

do un momento de verdadera tranquilidad. El diputado y sus deudos, trabajando con verdadera valentía, lograron inclinarla de parte del condestable; pero en pago el conde de Salvatierra la tenía amenazada de quemarla y arrasarla, si obedecía al condestable y no le entregaba al diputado y sus parientes.

Por lo que hacía á Usenda y Blanca, no faltaron para ellas horas de amargura y de impaciencia. Mateo, el labriego de las afueras de la ciudad, en cuya casa estuvo D. Gonzalo la noche en que las damas tuvieron la última entrevista con él, les veía con bastante frecuencia, entregándoles cuantas misivas recibía el labriego para ellas, lo cual las tranquilizaba, desmintiendo los fatídicos rumores que de continuo corrían por la ciudad referentes al conde y Baraona; pero en pago un acontecimiento inesperado martirizaba sus almas de continuo. Jaime Gutiérrez, apuesto y valiente capitán de las filas del condestable, se había prendado ciegamente de los encantos de Blanca.

Y no era lo peor esto. Era que Jaime, conocedor de los amores de Blanca con el joven comunero, se había propuesto en su insano delirio arrancar del pecho de la hija de Usenda, por cuantos medios nobles ó innobles estuviesen á su alcance, el afecto que ella profesaba á Baraona; lo cual proporcionó durante aquellos meses serios disgustos á madre é hija, las que, dentro de la exquisita prudencia que las circunstancias aconsejaban en aquellos momentos, rechazaron siem-

pre con altiva entereza las pretensiones de don Jaime.

La mañana del cinco de Marzo había aparecido apacible y espléndida. Ni una nube que empañara el purísimo azul del cielo se dejaba ver, ni una ráfaga de viento que agitase las ramas de los árboles del bosque, repletos de yemas que luchaban por brotar, se dejaba sentir.

Desde que el sol había brillado sobre la cúspide de Alzania un extraño movimiento de gentes se notaba en la ciudad. Los vecinos, formando inquietos corros en calles y plazas, comentaban á su entender gravísimos sucesos relativos á la comunidad alavesa. Decíase que el conde de Salvatierra, gracias al osado arrojo de su segundo Gonzalo de Baraona, se había apoderado en el valle de Arratia de toda la artillería que por orden del condestable y para batir á los de Villar, conducía desde Bilbao á Vitoria el famoso capitán D. Sancho de Velasco, escoltado por dos mil guerreros, á los cuales el de Salvatierra había derrotado, haciendo en ellos gran mortandad, y debiendo á la fuga su salvación los pocos que habían quedado; y que el conde, enojado con la ciudad, se dirigía á Vitoria á cumplir en ella las fatídicas amenazas con que un día le amenazara por su adhesión al condestable. Otros, admitiendo el suceso, daban por seguro que Baraona había sucumbido en la refriega, y que el conde, apenado con tan sensible pérdida, se retiraba al valle de Ayala hasta encontrar un segundo que pudiera sustituir al indomable Baraona,

La incertidumbre de la verdad tuvo en acerba amargura á D.^a Usenda y sobre todo á Blanca, durante algunas horas, en su casa de la calle de la Herrería, junto á la puerta de Anorbin.

Á la caída de la tarde, un ruido sonó en la puerta de la casa, y Blanca se precipitó á ella. Era Mateo. El labriego, sonriente (lo cual calmó algún tanto la inquietud de la dama), penetró en la estancia, y entregó á ésta un escrito en el momento en que llegaba á aquella habitación D.^a Usenda. Blanca abrió inmediatamente la misiva, y llorando de gozo se abrazó á su madre, diciéndola:

— «Leed, leed.»

Usenda pasó los ojos por el escrito, y un momento después, alborozada, hizo á Mateo sentarse para tratar de lo que habían menester.

El escrito era de puño y letra de Gonzalo, y en él, después de darles cuenta de que se habían apoderado de toda la artillería, destrozando á D. Sancho de Velasco y los suyos, les decía cómo afortunadamente había salido ileso de la sangrienta lucha que hubieron de sostener con Velasco; y al fin les suplicaba que sin demora alguna salieran en la noche de aquel día para Antezana, donde él había de esperarlas, y en cuyo pueblo, en casa de un pariente suyo, les había hecho preparar cómodo y seguro aunque modesto albergue, pues el conde se dirigía á Vitoria á castigar severamente á la ciudad, por haber faltado á sus órdenes, y Gonzalo quería apartar á Blanca y Usenda del más mínimo peligro que pudieran correr,

Las damas escucharon además con inefable alegría de boca de Mateo el relato de lo ocurrido en Arratia, pues según el campesino que trajo á Mateo la misiva de Gonzalo para ellas, cuyo campesino fué testigo presencial de la lucha, todo el buen éxito de ella era debido al esforzado arrojo de Baraona, que, á la cabeza de sus valientes, cayó como una avalancha sobre las tropas de Velasco, sin darles más tiempo que el momento preciso para arrojar los cañones de los carros en que venían y huir precipitadamente, lo cual hubo de costarles, así y todo, gran matanza á los imperiales.

Inmediatamente concertaron con Mateo su viaje á Antezana para aquella misma noche, á cuyo efecto quedaron en que éste preparara para las nueve en punto dos caballos en su casa, desde donde, tomando por el campo de Lacua y Yurre, y acompañadas por Mateo, llegarían en muy breve rato al pueblo.

No bien Mateo había salido de la casa, y Usenda y su hija empezaban á comentar lo sucedido, cuando llamaron á la puerta. La llamada hizo temblar ligeramente á Blanca, que, malhumorada por lo inoportuno de la visita, iba á dar órdenes de que no recibía á nadie, cuando apareció el criado anunciando á D. Jaime Gutiérrez.

Blanca quedó indecisa un instante para resolver, hasta que un «*Que pase*» de Usenda disipó las vacilaciones de su hija, y un momento después D. Jaime penetraba en la estancia.

Éste, al entrar, saludó con afectados cumplidos á ambas; Usenda le invitó á que tomase

asiento; Gutiérrez aceptó la oferta, y sentándose en un sillón colocado frente á las damas, las habló de esta manera:

—«Mucho siento, mis buenas amigas, ser el portador de nuevas que de seguro han de disgustaros; pero la amistad con que me honráis, y el acendrado amor que siento por vos, hermosa Blanca, me obligan á deciros la verdad escueta, amarga tal vez para vos, pero agradable para quien nada tiene que ver con.....»

Á esta indicación, el rostro de Blanca se tiñó súbitamente de rojo carmín, mientras Usenda, agitando en su sillón, irguió con majestuosa altivez su cabeza, como quien está decidido á todo; lo cual observado por D. Jaime, prosiguió:

—«Iba á decir para quien nada tiene que ver con los enemigos del emperador.»

—«D. Jaime»—interrumpió Usenda con tono vivo—«os suplico midáis bien vuestras palabras. Las casas de los Ruiz de Avendaño jamás cobijaron á enemigos del emperador.»

—«Decís bien»—repuso D. Jaime tratando de dar nuevo sesgo á sus frases.—«Me complace en reconocer que nadie más adicto á D. Carlos que los Avendaños, y nada más lejos de mi ánimo que acusar á tan ilustre rama de la nobleza española. Antes al contrario, iba á deciros que si es verdad que las tropas imperiales han sufrido en Arratia una derrota, cuyo suceso habrá llegado indudablemente á vuestros oídos, en pago los comuneros han pagado su osadía con la muerte de su atrevido jefe Gonzalo de Baraona.»

D. Jaime clavó sus ojos en Usenda y Blanca,

ávido de conocer el efecto que la muerte de don Gonzalo produciría en ellas; mas al observar que la noticia para nada había alterado sus semblantes, en alas de una ligera esperanza, prosiguió:

—«Comprendo que la pérdida de un amigo, siquiera éste milite en las filas del adversario, haya de causaros pesar; mas permitidme que os diga, que si tal vez un día, por una inocente ligereza, siempre disculpable en una hermosa, doña Blanca hizo concebir al desdichado aventurero una remota esperanza de su cariño, hoy la distinguida dama de Avendaño es completamente libre, y si aprecia en algo el afecto del capitán D. Jaime Gutiérrez.....»

—«¡Ah! Callad, callad»—interrumpió Blanca toda encendida, á la vez que Usenda, con enérgico acento dijo á D. Jaime:

—«Siento en verdad, capitán, que hayáis desatendido la súplica de una dama. Os rogué que midierais vuestras palabras, y lejos de eso habéis acusado á mi hija, á quien falsamente declaráis amor, de su indiscreto proceder para con un Baraona, de estirpe tan noble como la vuestra, y en quien, amigo ó adversario, debierais reconocer tanta hidalguía como valor. Y entendedlo bien. Si él, en aras de su palabra empeñada, ha succumbido en la lucha, no ha de faltarle en su tumba ni un suspiro de D.^a Usenda ni una lágrima de D.^a Blanca. Y por lo que á vos toca, os ruego desistáis de ese tenaz empeño de interesar el corazón de mi hija con falsías no sólo impropias de un caballero, sino que también indignas de un cristiano.»

Las palabras de Usenda, lanzadas con tal entereza al rostro del capitán, produjeron vergonzosa confusión en D. Jaime, que, mortificado por los celos, no tuvo inconveniente en fingir la muerte de Baraona, para cerciorarse de hasta dónde llegaba el amor de Blanca al comunero; mas al verse acusado con tal desprecio, entre confuso y colérico, contestó:

—«Está bien. Veo que las hablillas del pueblo acerca de los amores de vuestra hija con ese insensato en nada mienten, y que en la ilustre casa de Ruiz de Avendaño hay damas que, traidoras á su estirpe, hacen causa común con el aventurero conde de Salvatierra; y ha de complacerme altamente comunicar tan buenas nuevas al diputado D. Diego Martínez de Álava, que tanto se honra con la amistad de Avendaño.»

—«D. Jaime, D. Jaime»—respondió altiva doña Usenda—«reportad vuestra lengua. No olvidéis que estáis en mi casa, y que si continuáis en tal forma he de ordenar que os saquen de ella.»

—«Es que»—interrumpió el capitán.

—«Es que»—continuó la madre de Blanca—«el noble que se atreve á insultar á unas damas es un villano.»

—«Señora»—dijo él.

—«Desalojad mi estancia»—repuso ella con imperante voz.

El capitán hizo una pequeña reverencia, tomó la puerta del recinto, bajó la escalera, y una vez en la calle, lanzó una terrible mirada á la casa, murmurando entre dientes;

—«¡Ah! ¡Os acordaréis de Jaime Gutiérrez!»
—y desapareció á lo largo de la calle.

Cuando el capitán abandonó la casa de Usenda la noche había cerrado. Blanca y su madre quedaron inmóviles por algunos momentos ante la violentísima escena que acababa de acontecer; mas Usenda, con todas las energías propias de su estirpe, hizo comprender inmediatamente á su hija la necesidad de abandonar al momento aquella casa, máxime después del desagradable espectáculo á que había dado lugar el capitán, de cuyos sentimientos rastreros Usenda no vacilaba en esperar cualquier intriga villana.

Madre é hija, pues, tomaron en pocos momentos lo que creían más necesario, y sin decir nada á la servidumbre, y sí sólo lo que Usenda estimó del caso á un antiguo servidor, á quien dejó encomendada la custodia de la casa, salieron de ella envueltas en largos mantos, y tomando la puerta de Anorbin, se dirigieron á casa de Mateo, sin que nadie se apercibiese de su salida á merced de la oscuridad de la noche, y á los negros mantos en que iban envueltas.

Mateo, dispuesto á prevención, tenía ya preparados en la trasera de la casa tres caballos, por lo cual inmediatamente pudieron montar los tres y á muy poco cabalgaban con dirección á Antezana.

Una hora más tarde Gonzalo los recibía en el pueblo en la casa que había mandado disponer al efecto, y como en el tan agradable como corto rato de que Gonzalo pudo disponer para estar con ellas, éste conociese en el rostro de las da-

mas que algo grave las había ocurrido, aunque Usenda y Blanca trataron de ocultar lo acontecido, al fin se vieron precisadas á contar al Comu-nero la enérgica escena que hubieron de soste-ner aquella misma tarde con D. Jaime, lo cual hizo que brillaran con siniestro fuego los ojos del adalid de las Comunidades, por más que él cuidó muy mucho de que ni Blanca ni Usenda llegaran á traslucir la tormenta que el relato de las damas había levantado en su pecho.

Rapidísimo pasó un día que fué para todos de ventura, al cabo del cual Baraona, que se había adelantado á sus huestes, que caminaban ya por Villarreal hacia Vitoria, marchó á incorporarse á los suyos, dejando instaladas á madre é hija en Antezana, donde nada tenían que temer, y de cuyo punto no debían de moverse hasta que él, en vista de los acontecimientos, juzgara oportuno que así lo hiciesen.

TRIUNFO EFÍMERO

En la tarde del siguiente día 6 de Marzo, una interminable y abigarrada columna de guerreros se tendía en el camino de Villarreal á Vitoria, cual gigantesca serpiente que avanzaba cautelosa hacia la ciudad. Eran los vencedores de Arratia, los bravos alaveses y castellanos, que después de destrozar las huestes de D. Sancho de Velasco, iban á exigir á la ciudad alavesa el cumplimiento de las órdenes que habían recibido del conde de Salvatierra, al que hasta la sazón no había querido obedecer. Componíase la

columna de informes masas de campesinos de á pie y á caballo, vestidos de variadísimos trajes y armados de arcabuces, mosquetes, escopetas, lanzas, espadas y mazas; todos ellos formando confusos aunque interminables pelotones.

Á su cabeza marchaba altivo el conde de Salvatierra, valeroso jefe, que había sabido sufrir la falta de disciplina de aquel improvisado ejército, infundiéndole su valor y arrojo de tal manera que desde la victoria de dos días antes se le habían agregado muchísimas gentes. Delante de la columna y al frente de un nutrido grupo de jinetes cabalgaba Baraona, que, apuesto y sonriente, parecía infundir en sus soldados halagüeñas esperanzas.

La columna avanzó á paso lento hasta el pueblo de Arriaga, y haciendo alto, sentó sus reales en la vastísima extensión de su pradera.

Los habitantes de Vitoria, que por diversos conductos sabían que el conde venía sobre ellos, habían cerrado las puertas de la ciudad, preparándose á la defensa, y en aquel momento contemplaban desde lo alto de la torre de la iglesia de Santa María á las huestes comuneras que les amenazaban tan de cerca; no tardando en comprender que, dado lo compacto y numeroso de éstas, la ciudad corría grave riesgo de caer en sus manos, aun á trueque de la decidida defensa de sus moradores.

Esto produjo dentro de sus muros la efervescencia consiguiente, efecto de lo cual, reunidos los más adecuados al caso, y después de exponer encontradas razones, acordaron que el abad de

Santa Pía y el dominico Fray Diego de Arana, personas á quienes el conde profesaba especial afecto, fuesen á sus reales á suplicarle en nombre de la ciudad que no entrase en ella. Los comisionados salieron inmediatamente, y se avistaron con el conde, quien los recibió con todas las atenciones propias de la buena amistad que les profesaba, escuchando después de boca de ellos las pretensiones que llevaban, á lo cual les contestó:

—«Si tan buenos amigos míos no se hubieran llegado á mí en súplica de tal merced, yo hubiese castigado á la ciudad que á pesar de mis amenazas no ha cumplido las órdenes que yo le diera. Mas en prueba de que para vosotros tengo gran voluntad, yo me avengo á los tratos con la ciudad, con estas dos condiciones: Que quite su obediencia al condestable, y que me entregue al diputado D. Diego Martínez de Álava y sus deudos. Sin estas condiciones no he de quebrar mi propósito.»

Las palabras del conde ponían en gravísimo apuro á las familias de los Álavas y en no poco riesgo á la ciudad, la que, en su deseo de salvar tan difícil situación, rogó al diputado que él y sus familias abandonasen la población, á ver si de este modo lograban aplacar al conde, á la vez que rogaron á D. Álvaro, señor de la casa de Mendoza, é íntimo del de Salvatierra, suplicase á éste que no entrase en la ciudad.

Á muy corto rato salían de Vitoria precavidamente por la puerta opuesta á aquella en que amagaba el conde, el diputado y sus parientes,

que, acompañados de sus familias, tomaron sin perder momento el camino de Treviño, villa del duque de Nájera y lugar que les ofrecía seguro asilo, y á donde de un momento á otro debía de llegar D. Manrique de Lara, hijo del duque, con huestes de Navarra para combatir al conde de Salvatierra. D. Jaime Gutiérrez por su parte no desperdió esta ocasión de huir del peligro que le amenazaba, y jurando exterminar á Baraona se agregó á los fugitivos, marchando con ellos á Treviño.

Dos días después la ciudad presentaba animadísimo aspecto. Al receloso temor de algunas horas antes, había sustituido la curiosidad y la impaciencia. Las gentes abandonaban sus viviendas, y dejando desiertas las calles de la parte de Oriente, se aglomeraban por la de Poniente en la calle de Zapatería, interceptando la vía pública y ocupando ventanas y balcones, y las callejuelas que aflúan á aquel lado una bulliciosa muchedumbre. Los comentarios eran variadísimos y los pronósticos muy encontrados. ¿Qué causa podía promover tal algazara? Veamos.

El conde de Salvatierra, después de las muchas negociaciones entabladas para que no penetrase en la ciudad, se avino á no entrar él; mas como ésta no hubiese cumplido sus deseos de entregarle al diputado y los suyos, exigió que franqueasen las puertas, para que en su nombre penetrase Baraona; y en aquel momento Vitoria abrió la puerta de Arriaga á los comuneros alaveses.

El sol límpido y espléndido, clavado en el ce-

nit, inundaba el ambiente de raudales de luz; la multitud anhelosa fijaba sus ojos en el extremo de la calle y un sordo murmullo corría por las masas, cada vez que uno cualquiera asomaba por aquel lado, anunciando la llegada de los comuneros.

De pronto una explosión de sorpresa llenó el ambiente por todos lados. La puerta de Arriaga acababa de franquearse, y un grupo de escopeteros, al mando de un joven capitán penetró por ella, y tras él, á la cabeza de cuatrocientos peones y jinetes, y con bandera desplegada, cabalgando en inquieto alazán, Gonzalo de Baraona.

El pueblo, á la presencia del joven comunero, prorrumpió en vítores, mientras él, alzando la bandera que empuñaba en su diestra daba vivas al rey y á la junta de Tordesillas, aclamaciones que eran frenéticamente contestadas por gran parte de la multitud excitada por los partidarios que en Vitoria tenía el conde de Salvatierra. Entre la efervescencia y los gritos, Gonzalo de Baraona recorrió la calle de la Zapatería, clavando sus ojos con irónica sonrisa en el palacio de los Álavas al pasar por frente á él, y saliendo por el arco en que la calle limitaba, cruzó la anchurosa plaza de la ciudad, y gritando «¡Vitoria por Ayala!» salió victorioso entre aplausos al galope de su corcel por la puerta de Santa Clara, tomando inmediatamente la dirección del campo de Arriaga.

Al llegar los de Baraona al campamento del señor de Salvatierra, una estruendosa manifestación de júbilo recibió á los que llegaban, que se abrazaron á sus compañeros. El acto que acaba-

ba de realizarse tenía trascendental importancia. La ciudad alavesa, la tenaz defensora de los imperiales, la fiel mantenedora de los derechos del condestable, había abierto sus puertas á la bandera de la comunidad, cuyos adalides alaveses se habían paseado triunfantes por sus calles, proclamando los derechos del pueblo. Por eso rebo-saba el entusiasmo entre los vencedores de Arratia en aquel memorable día, que tras su sonriente cielo de ventura ocultaba el infausto sol que había de alumbrar la muerte de las comunidades.

En el momento en que Baraona dió cuenta al conde de las simpatías que Vitoria había mostrado por la causa de las Comunidades, el jefe de los Comuneros alaveses dispuso que sin tregua alguna saliera Gonzalo con todo el ejército de que disponían para las Merindades, con objeto de que batiese en ellas á los capitanes de aquel país afectos al Condestable, marchando él á su casa de Andagoya para combinar ulteriores planes.

En virtud de esta orden Baraona dispuso en el acto su marcha, y en la tarde de aquel mismo día caminaba el ejército comunero con dirección á Badaya, á las órdenes del jefe de más confianza de Baraona, á quien éste entregó sus huestes, ínterin él se dirigía á Antezana con ánimo de alcanzar en la próxima madrugada á los suyos en el camino de las Merindades.

Una hora después Gonzalo recibía los cariñosos plácemes de Usenda y Blanca, que sentadas junto á una fuentecilla del bosque, sorprendieron al jinete á su paso para Antezana; y á pesar de

esto una misteriosa intranquilidad mortificaba el alma de aquella madre, que no se atrevía á amargar la ventura de su hija en aquellos felices momentos, en que el admirado corazón de Blanca veía en los heroicos hechos de Gonzalo al más apuesto caballero de la nobleza, que, triunfante de todos sus enemigos, conquistaba para ella el primer puesto entre las damas alavesas. Y Gonzalo y su adorada, en alas de sus quiméricos sueños, forjaron para todos el más fastuoso y sonriente porvenir; sin que las frías y atinadas razones de Usenda, fuesen capaces de entibiar en lo más mínimo el entusiasmo con que aquellos jóvenes juzgaban del alcance y término de aquella lucha.

Mas como la felicidad siempre es efímera, las horas de aquella tarde y aquella noche pasaron velocísimas para Gonzalo y su amada; y mucho antes de rayar el nuevo día, Baraona, jurando constancia eterna á la dueña de su albedrío, partía de Antezana, cabalgando á rienda suelta en dirección á las Merindades.

ANTES DEL COMBATE

Los días que siguieron á los sucesos que acabamos de relatar fueron por demás azarosos y accidentados. D. Diego Martínez de Álava, que como hemos visto había tenido que refugiarse en la villa de Treviño con todos sus deudos, pidió con toda urgencia auxilio al Condestable, quien le envió inmediatamente cuatrocientos peones y cien caballos, con los que el diputado y Jaime

Gutiérrez intentaron sorprender al conde de Salvatierra en su casa de Andagoya, salvándose éste casi milagrosamente de caer en poder de aquellos, gracias á los bríos de su corcel; ínterin sus enemigos saquearon y quemaron la casa del conde, regresando en seguida á Treviño, á donde á la sazón llegaba D. Manrique de Lara, hijo mayor del duque de Nájera, con dos mil soldados y cuarenta caballos. Desde este punto, D. Manrique, con todas las fuerzas, el diputado y los suyos, se dirigió á Vitoria, apoderándose después de la villa y castillo de Salvatierra, cuya custodia confió al diputado, y marchándose él en persecución del conde por los valles de Zuya y Cuartango, en que taló é incendió las propiedades del de Salvatierra, dirigiéndose desde allí á las Merindades.

Éstas se hallaban á la sazón en completa efervescencia. De ellas, cuatro, con sus capitanes á la cabeza, seguían fieles al Condestable; y tres, á las órdenes de Baraona y su amigo el capitán Brizuela, se habían declarado en favor de los Comuneros: lo cual originaba una serie no interrumpida de ataques y atropellos por parte de unos y otros; hasta que la llegada de D. Manrique con sus tropas, puso en fuga á los sublevados.

Durante estos sucesos, el conde de Salvatierra fué al valle de Cuartango, y comenzando á hacer gente entre sus vasallos, reunió hasta cerca de cinco mil hombres, á los cuales vino á unirse días después Gonzalo de Baraona con la gente con que podía contar, disponiéndose ambos á

marchar sobre Salvatierra para recuperarla, con tanto más motivo cuanto que el conde había recibido aviso de que sus adeptos de aquella villa tenían presos al diputado Diego Martínez de Álava y sus hijos.

Por su parte Vitoria, reaccionada notablemente en pro del Condestable, se preparó á la defensa, poniendo en vías de pelea seiscientos peones, que, unidos á los quinientos soldados y las compañías de jinetes de los capitanes Valenzuela y Altamira que el Condestable les había enviado, formaron una respetable hueste á las órdenes del valiente jefe alavés Martín Ruiz de Avendaño, al lado de quien se prestó á pelear Jaime Gutiérrez, el implacable rival de Baraona.

Entretanto se deslizaban los días poco tranquilos para Usenda y Blanca en su retiro de Antezana. Desde la feliz noche, en que después de los triunfos de Gonzalo, le vieran por última vez, noche para ellas de tiernos recuerdos y halagüeños presagios, las circunstancias habían cambiado por completo. Y aunque Blanca, en aras de su deseo, apreciaba que los acontecimientos favorecían á la causa de las Comunidades y por tanto á Gonzalo; Usenda, con más fría razón y severidad de juicio, entendía que los esfuerzos del Condestable preparaban un golpe terrible á los Comuneros castellanos y alaveses.

Todas las tardes madre é hija se internaban en el bosque, dirigiéndose á la fuentecilla en que Baraona las sorprendiera en la última visita que las hizo, y á cuyo cristalino manantial Blanca había cobrado singular afición, á causa sin duda de

que el rumoroso susurro de su corriente despertaba en el alma de la joven los dulcísimos recuerdos de su coloquio con aquel que era el dueño de su albedrío. Allí había oído de boca de Gonzalo las más firmes promesas de su acendrado amor y su eterna constancia, y allí habían forjado los más placenteros sueños para lo futuro. He ahí el por qué la fuentecilla del bosque tenía para Blanca un secreto encanto que sólo ella era capaz de apreciar.

Y aun había más. Desde que Usenda, con ese instinto que sólo á las madres es dado, llegó á vislumbrar, al través de los bulliciosos triunfos de los comuneros, el desastroso fin de su causa, tembló por Baraona; y á fin de evitar al apasionado corazón de su hija un horrible desengaño en época no lejana, trató de arrancar del alma de Blanca las exageradas ilusiones que alimentaba, procurando prepararla para cuantas eventualidades pudieran surgir.

Mas la irreflexiva pasión de Blanca quería verlo todo á medida de su deseo, y la joven, sin darse cuenta del por qué, se sentaba bajo un árbol próximo á la fuentecilla, á cuyo pie sentía mitigarse sus penas y vigorizarse sus deseos. Allí, á su cariciosa sombra, su espíritu experimentaba una completa reacción. Su cerebro se enardecía con pujante vigor, presentando ante sus ojos con palmaria evidencia cuantos acontecimientos ambicionaba su deseo, y sus lánguidos miembros adquirirían poderosa energía. Por eso aquel lugar tenía tan irresistible atracción para la exaltada joven, que en todo pensaba menos

en que las fugaces energías que animaban su organismo en la fuentecilla del bosque, eran debidas al hálito emponzoñado de una planta (1) que crecía muy próxima, cuyo olor, que pareció desagradable á Blanca el primer día que se acercó á ella, concluyó por serle grato y hasta delicioso, á medida que más y más se excitaba su mente: y sin que tampoco Usenda se apercibiese de que los accesos de su hija procedían de que ésta, jugueteando, saboreaba en su boca una y otra vez el seco y ponzoñoso fruto de aquella planta. Y así pasaron días y días sin que Blanca faltase por las tardes al bosque, donde comentaba á su placer cuantas noticias llegaban á ella y su madre, relativas á la intrincada marcha de los sucesos que tanto interesaban á las dos.

He aquí por qué la misteriosa sombra del árbol de la fuentecilla ejercía sobre Blanca una influencia fascinadora, irresistible, absoluta. Al oscuro manto de su sibilina copa, los sucesos se transformaban, los sueños tomaban forma, los deseos encarnaban en el molde de lo real y lo palmario, dejando perderse á la imaginación en el océano de la felicidad y la ventura; y Blanca, sugestionada por tan inexplicable magia, se engolfaba más y más, sin darse cuenta, en el fingido piélago que, halagando sus aspiraciones, mitigaba su dolor.

(1) La *Datura stramonium*, cuyo fruto produce visiones y cuyo olor trastorna las funciones cerebrales.

LA DERROTA

Al rayar el alba del día 12 de Abril de 1521 el cielo apareció despejado, y la brisa refrescada por el rocío y embalsamada por mil flores, mecía suavemente la hierba que vestía las laderas y los prados de la llanura de Vitoria. Las codornices ocultas en los verdes trigales con sus acompasados cantos; las sentidas melodías del ruiseñor al pie del arroyo; el silbido del mirlo en la espesura, y los variados gorjeos de las alondras, que en bulliciosos bandos recorrían el ambiente, alegraban la campiña. El sol se alzaba sobre el pico de Ciordia, cuando una larga columna de heterogéneos pelotones armados, pasando por cerca del lugar de Arcaya, se dirigía al de Zurbano, ganando la orilla del Zadorra. Lo abigarrado de sus trajes y armas acusaba desde luego su reciente formación; así como el paso ligero con que caminaban delataba ó bien que perseguían alguna sorpresa sin darse reposo, ó bien que trataban de ponerse fuera del alcance de algún enemigo.

Á la cabeza de aquella muchedumbre cabalgaban dos caballeros. Eran el conde de Salvatierra y Gonzalo de Baraona. Á muy poco esfuerzo podía leerse en la fisonomía de aquél la ira que le dominaba, lo cual contrastaba no poco con la tranquila actitud de Baraona, quien, en el momento que cruzaban por frente á Zurbano, dijo al conde:

—«Refrenad, señor, vuestra justa cólera, que

no es buena consejera, y tiempo habremos de tomar la revancha.»

—«Os juro, capitán»—respondió el conde con desabrido tono—«que la mi villa de Salvatierra ha de sentir el peso de mi brazo por su ingratitude y traición. Salvatierra me llamó para devolverme mis derechos. Al llegar yo á sus muros, concertada con el diputado mi enemigo, me ha rechazado. Yo juré á Salvatierra que mi venganza ha de enseñarle lo que cuesta el burlar á su conde.»

—«Os sobra, conde, razón»—contestó Baraona—«y contad conmigo para ello; mas los momentos no son para tal. Ya sabéis que Martín Ruiz de Avendaño con fuertes tropas y los capitanes Valenzuela y Altamira intentan cortarnos el paso; y es urgentísimo cruzar el Zadorra, primero que nos den alcance, que una vez al otro lado del río podremos pelear con ellos en mejor terreno.»

—«Contad con eso, capitán»—repuso el conde.—«Durana está muy cerca, y muy pronto habremos ganado la otra orilla del río.»

Mientras Baraona y el conde hablaban de tal modo, Martín Ruiz de Avendaño había salido de Vitoria con las tropas, situándose en Betoño, y al saber el paso del conde por entre Zurbano y Arzubiaga, ordenó á sus tropas avanzar, mandando que la caballería se adelantase por Escalamenti á impedir la marcha del de Salvatierra.

El sol tocaba ya al cenit. Cuando las tropas del conde tomaron, no lejos de Durana, el sendero que conduce al puente sobre el Zadorra, vieron aparecer á sus espaldas la caballería ene-

miga, y á retaguardia de ésta á los peones de Avendaño.

Entonces Baraona, poniéndose al frente de los jinetes, se colocó al extremo del puente, favoreciendo el paso del conde con sus peones al otro lado, pasando él con sus jinetes tras la gente de á pie, en el mismo momento en que los de Avendaño llegaban á la orilla que aquéllos acababan de abandonar.

El conde hizo cara en la orilla opuesta, y un momento después una densísima nube de polvo y humo cubría el cauce del río, que separaba á los combatientes, y el fragoroso estruendo de mil escopetas anunciaba por todas partes la rudeza del combate. En los primeros momentos el arrojado de los comuneros eclipsó la ordenada rudeza de los imperiales; pero la escopetería real, con una envidiable organización y un sosegado valor, digno de mejor causa, comenzó á hacer tal estrago en los peones de la comunidad, que el conde de Salvatierra, impotente para resistir tan briosa embestida, se declaró en precipitada fuga con los suyos, tomando á todo galope la estribación de los altos de Araca.

En aquel instante, el coraje de todos tocó á su término. El indomable Baraona, al ver desmembrarse á los suyos, se lanzó en medio de ellos, sujetándoles, con una terrible imprecación de su potente voz, al terreno que abandonaban. ¡El momento era supremo! Baraona se lanzó al extremo del puente, resuelto á impedir el paso á sus enemigos, en el mismo instante en que un jinete, á rienda suelta, cruzaba el puente en direc-

ción á él. Gonzalo reconoció al atrevido. Era Jaime Gutiérrez, su implacable rival en el cariño de Blanca. El recuerdo de ésta enardecíó súbitamente á Baraona, que, lanzándose al que venía, empenó con él tan desesperada lucha, en medio de una lluvia de balas, que unos y otros quedaron absortos por un momento contemplando la titánica lucha de aquellos bravos, hasta que el jóven comunero, de un terrible golpe de lanza, arrancó á su rival de la silla de su corcel, dejándole exánime. Mas no bien Gutiérrez había caído moribundo á los pies de Baraona, cuando un nuevo jinete se lanzó á éste con desusado brío. Era el famoso Valenzuela. Baraona volvió á combatir á su nuevo competidor, que, tan hábil como esforzado, evitaba los golpes del comunero, que en vano trataba de derribarle; y así continuó la pelea un rato y otro rato, hasta que Gonzalo, falto ya de fuerzas, hubo de flojar en su embestida, logrando entonces Valenzuela, en formidable golpe, desarmarle y apoderarse de él.

Entrando los imperiales, que habían logrado pasar el puente, pusieron en completa fuga á los de Baraona, nó sin haber conseguido apoderarse de seiscientos de ellos.

Momentos después todo había terminado. Al bullicioso estrépito que agitó durante las pasadas horas el sosegado ambiente del puente de Durana, había sustituido la calma más glacial. Ruiz de Avendaño se había hecho cargo de los prisioneros, á los que, custodiados por sus fuerzas, conducía á Vitoria, en tanto que las derrotadas huestes comuneras, tomando los altos de Araca,

se dirigían por el boquete de Záitegui á ganar el valle de Cuartango, en busca de seguro asilo para rehacerse.

Cuando en la aciaga tarde de aquel día el sol besaba las crestas lejanas, Ruiz de Avendaño penetraba con los suyos en Vitoria por la puerta de Arriaga, conduciendo á los prisioneros, entre los que descollaba el desgraciado Gonzalo, que, con el sello del pesar y la altivez de la hidalguía, caminaba silencioso rodeado de sus compañeros de infortunio, entre la apiñada muchedumbre que se hacinaba en las calles á su paso.

Una vez dentro de la ciudad, las tropas de Avendaño tomaron por la calle de la Herrería. Al pasar por frente á la casa de D.^a Usenda, Baraona clavó sus ojos en una ventana, que trajo á su cerebro un millón de recuerdos á cuál más halagüeños, y bajando la cabeza, murmuró:

—«El osado que pretendió ultrajarte, quedó tendido á mis pies. Ahora, Dios vele por tu suerte y por la mía.»

Los prisioneros continuaron su camino hasta frente á la iglesia de San Pedro. En aquel calvario tan corto como cruel, ¡qué pensamientos se agolparon á la mente de Baraona! ¡Él, que un mes antes había atravesado las calles de la ciudad entre los vítores de la multitud, marchaba taciturno entre el imponente silencio de las masas, sin que ni una sola voz de simpatía se dejara oír, ni una sola mano se acercase á estrechar la suya, rendida al manejo de su esforzada lanza! Frente al templo, esperaban á las tropas el dipu-

tado y los suyos. Al llegar Baraona junto á él, el diputado se dirigió al comunero diciéndole:

—«Capitán, sois prisionero del condestable.»

Á lo cual Baraona, en un arranque de orgullosa nobleza, contestó:

—«¡Vive Dios! que, si el asta de mi lanza no me hubiese hecho traición, vos fuerais el prisionero de Ayala!»

Momentos después, los desdichados comuneros eran conducidos á la prisión de Villa-Suso, mientras á Baraona dieron por cárcel el palacio de los Álavas, quienes en modo alguno se atrevieron á confiar fuera de su casa la custodia del ilustre caudillo, acosados por el temor de que los partidarios de Baraona pudiesen concertar su fuga.

EL CADALSO

Tres días habían pasado desde la infausta derrota de los comuneros en el puente de Durana. Aun cuando durante este plazo, Vitoria había tratado de celebrar el triunfo de las tropas imperiales, el pueblo, recogido y silencioso, se había apartado de toda manifestación de júbilo, preocupándole grandemente la suerte de los vencidos. Y el pueblo tenía razón en su amargura. Los derrotados en Durana, podrían haber faltado más ó menos á las conveniencias políticas, podrían quizás haber sido víctimas de una insensata alucinación; pero todos ellos eran honrados hijos del pueblo, por cuyos derechos no habían dudado en sacrificarse.

He aquí por qué al pueblo mortificaba con instintivo terror la suerte que podría caer á los prisioneros de Durana.

Cuando el sol iluminaba las primeras horas del día 16 de Abril de aquel año, grupos de hombres y mujeres se dirigían por todas las calles de la ciudad á una plazuela (1) situada al pie del paño interior de la muralla, frente al convento de Santo Domingo, en punto muy próximo á la puerta de Arriaga.

Allí, con espanto de todos, se alzaba un rústico tablado, en cuyo centro descollaba un informe tajo de madera, y cuyo contorno cerraba una tosca barandilla, á la que daban custodia cuatro acorazados jinetes.

¿Qué significaban tan luctuosos preparativos? ¡Ah! Poco tardó la ansiedad del pueblo en saber todo lo terrible de la verdad. ¡El valeroso capitán de la comunidad alavesa Gonzalo de Baraona, iba á ser decapitado aquella misma mañana! Á los espantosos ecos de la funesta noticia, las mujeres huían con pavor de aquel lugar maldonado, y los hombres apartaban con horror la vista del terrible armamento que se alzaba ante sus ojos. Y como según los rumores que de público corrían entre la muchedumbre, la hora del ejemplar castigo se acercaba por momentos, á medida que la siniestra sombra del cadalso, que el sol proyectaba sobre el terroso suelo, alejaba á las gentes de la plaza de la Leña, la curiosidad las arrastraba á los alrededores del palacio de los

(1) Se refiere á la plaza de la Leña,

Álavas en la Zapatería, cuyo palacio servía de prisión á Baraona, desde que le hicieran prisionero.

Una hora después, el trayecto entre el palacio y la plaza de la Leña estaba completamente invadido por la multitud, costando gran trabajo á los soldados que custodiaban la carrera abrir calle en todo el tránsito.

De pronto vibraron en los aires las agudas notas de un clarín. Un murmullo creciente y espantoso, semejante al lejano rugido de un león, corrió por la multitud, y un momento después un silencio sepulcral reinaba en todo el tránsito. Á la llamada del clarín, el capitán Baraona, cabalgando en una mula, atados sus pies y manos, con una cadena al pie, en medio de dos frailes dominicos y rodeado por fuerte escolta, había aparecido en la puerta del palacio. La resignada fisonomía de Baraona delataba desde luego al caballero cristiano, al par que en la altivez de su mirada se veía al noble hidalgo esclavo de la palabra que un día empeñara. El desdichado comunero caminaba con paso firme y resuelto, atendiendo solícito á las amonestaciones de los frailes, pero sin que un solo instante vacilara su entereza.

Así atravesó la senda de su calvario entre aquella aterrada multitud que un mes antes le aclamara bulliciosa en aquel propio camino, tan halagüeño poco ha y tan amargo en aquel entonces para él.

Al llegar á las gradas del cadalso, Baraona se apeó, y con decidido paso subió por ellas sin va-

cular, llegando al tablado maldito. Allí, al ver el fatídico tajo, separó con horror la vista de él, al tiempo que un heraldo anunciaba al público que el capitán Baraona iba á ser decapitado por *traidor al rey* á lo cual el comunero, volviendo con altivez su cabeza, le interrumpió exclamando:

—*«Miente quien tal diga. Por amante del pueblo.»*

Y volviéndose reverentemente, dió un apretado beso al crucifijo que empuñaba el fraile que estaba á su lado, y dijo al verdugo:

—*«Estoy dispuesto. Te perdono. Pega recio.»*

Gonzalo acercó su cabeza al terrible madero; el pueblo apartó horrorizado su vista de aquel hombre; el filo de un hacha silbó en el aire; el seco chasquido de un golpe estremeció el tablado; un siniestro murmullo corrió por la multitud; y el verdugo mostró al pueblo, asida por sus crispados cabellos, la desangrada cabeza con el lívido rostro de Baraona, clavándola después en elevado garfio, para que sirviera en horrible espectáculo de escarmiento á los enemigos del condestable.

Un momento después los grupos, con pavoroso terror se alejaban de aquel infausto lugar, que en breve quedó desierto, y donde únicamente quedaban los jinetes guardando el malhadado patíbulo.

Á la caída de la tarde de aquel infortunado día, los PP. Dominicos recogieron el exánime cuerpo del capitán comunero; las campanas del convento plañieron fúnebres tañidos por el alma del desdichado Gonzalo; los imponentes ecos del

Miserere resonaron bajo la sagrada techumbre del templo, y al hundirse el sol tras los lejanos montes, el cuerpo de Baraona recibía cristiana sepultura en humilde fosa cavada en el cementerio anejo al templo de Santa María, donde un puñado de tierra sepultaba para largo tiempo, con los ideales de Baraona, las aspiraciones de un pueblo.

La gloriosa muerte del capitán de los comuneros alaveses, que precedió á la que días después debían de sufrir sus compañeros Padilla, Bravo y Maldonado en Villalar, corrió de boca en boca por los pueblos y campiñas con vertiginosa celeridad, arrancando mil ayes y haciendo murmurar mil oraciones, que de todas partes se elevaron al cielo por el alma del valiente adalid, que supo escribir con su sangre en la plaza de la Leña (1) de Vitoria, la primera y más gloriosa página de la historia de las comunidades españolas.

LA LOCA DE ANTEZANA

Ínterin los aciagos sucesos de Durana y el desdichado fin de Baraona en la plaza de la Leña de Vitoria, habían amanecido muy amargos días para Usenda en su retiro de Antezana.

Impulsada por su cariño de madre, hábiale cos-

(1) Sería pertinente que el Excmo. Ayuntamiento de Vitoria cambiase el nombre del lugar de este suceso por el de *Plaza de Baraona*, á fin de perpetuar la memoria en Álava de las comunidades castellanas.

tado gran trabajo, aun á trueque de su sagaz inquietud, poder ocultar á Blanca la desdicha del puente de Durana. Sobre esto hubo de bregar con horrible incertidumbre acerca de la suerte de Gonzalo en los dos días de su prisión, durante los cuales puso en juego, aun á trueque de revelar su paradero, cuantos medios estuvieron á su alcance en favor del joven prisionero; pero la inexorable saña de los imperiales dió al traste con sus buenos propósitos, y llegó el momento en que, sabiendo todo lo amargo de la realidad, comenzó á sostener consigo misma una titánica lucha sobre lo que debía de hacer.

Por un lado la decapitación de Baraona era un hecho irrecusable y que no podía permanecer oculto para su hija por largo tiempo. Por otro el apasionado delirio que Blanca sentía por Gonzalo, ponía á su hija fuera de toda reflexión y conformidad. ¿Qué hacer en tan difícil y amarga situación?

Desde el momento en que supo todo lo terrible de la realidad respecto á la suerte del capitán de las huestes alavesas de la comunidad, su situación se hizo insostenible, y el implacable acicate de la indecisión y de la duda destrozaba su alma.

Entre tanto Blanca, en medio de sus temores, buscaba su consuelo en la misteriosa sombra del árbol, no faltando ni una tarde á la fuentecilla del bosque.

Á la mañana siguiente al día en que fué ejecutado Baraona, Blanca fraguaba en su mente un plan. Durante todo el día anterior había notado la joven algo terrible y siniestro en el rostro de

su madre, advirtiéndole además que desde algunos días atrás, Usenda cuidaba muy mucho de que su hija no hablase con persona alguna, como no fuesen las de la casa en que moraban; y aunque en su sagacidad de madre nunca faltaron á Usenda racionales disculpas de su conducta, á fin de que su hija no se apercibiese de nada, ésta llegó á observarlo.

He aquí el por qué Blanca concibió la idea de saber por los demás, aquello que, á su entender, Usenda quería ocultarle.

Á tal fin, cuando en aquella mañana hubieron de levantarse de la cama, la joven, con la simulada disculpa de bajar un poco al huerto con la dueña de la casa, salió de la habitación de Usenda, sin que á ésta preocupase en lo más mínimo que su hija hiciese tal, pues tenía ordenado á los dueños de la vivienda absoluto silencio-respecto á los sucesos acaecidos en Durana y Vitoria, y que tanto preocupaban á todos.

Mas Blanca, en vez de buscar á la dueña de la casa, cuando salió de la habitación de Usenda, corrió precipitadamente á una casa situada al otro extremo del pueblo, en donde vivía la vecina más vecinglera de todo el lugar, y allí, sin gran esfuerzo, consiguió que la buena mujer le pusiera al tanto, a por a y b por b; y cuando la vecina llegó á pintarle con todos sus detalles la decapitación de Baraona el día anterior, que ella misma había presenciado, la joven, dando una estridente carcajada, salió de la casa, dirigiéndose precipitadamente al bosque.

La narradora del suceso, asustada de las con-

vulsivas carcajadas y huída de Blanca, trató de seguirla para detenerla; pero mujer ya de edad, le faltaron las fuerzas y al fin la perdió de vista; en cuyo momento, preocupada con lo que pudiera ocurrir á tan distinguida dama, de que tal vez era la culpable por su imprudencia, escapó sin perder momento á casa de Blanca, á poner en conocimiento de su madre lo ocurrido.

Al relato de la mujer, Usenda, aterrorizada y convulsiva, pues conocía hasta qué extremo podía llevar á Blanca la pasión que alimentaba, corrió precipitadamente hacia el bosque, y tras ella se lanzaron la indiscreta vecina y la dueña de la casa.

Al llegar á la entrada del bosque, Usenda se internó por los zarzales, sin cuidarse de lo escabroso del camino, á fin de ganar antes la fuentecilla, á donde calculaba que Blanca se habría dirigido, imitando su ejemplo las dos mujeres que iban en pos de la afligida madre. En medio de su creciente inquietud y de las heridas que los espesos matorrales abrían en la delicada piel de la aristocrática dama, ésta pudo por fin llegar á la raquítica plazoleta de la fuentecilla.

Usenda no se había equivocado. Allí, sentada sobre la hierba, con demudada faz y extraviados ojos, estaba Blanca, prorrumpiendo á intervalos en horribles carcajadas, á la vez que maquinalmente gustaba el ovalado y espinoso fruto de la planta maldita que crecía cerca del árbol, á cuya sombra había encontrado la joven energías para su cuerpo y dulces sueños para su alma.

Usenda, al divisar á su hija, se lanzó á ella pa-

ra estrecharla entre sus brazos; mas Blanca la recibió con estridente risa, diciendo:

—«¡Mientes, mientes; Gonzalo no ha muerto! ¿No le ves? ¿No le ves cómo viene á ofrecer á su Blanca el trono que ha conquistado con su acero?»

Usenda rompió á llorar, estrechando á su hija contra su pecho, ínterin las mujeres que habían venido tras ella exclamaban horrorizadas:

—«¡Pobre infeliz!»

—«¡Está loca!»

Así efectivamente era. Blanca estaba loca. La horrible sacudida que sufrió su espíritu al saber el desastroso fin del hombre á quien consagraba su existencia, perturbó por completo su exaltado cerebro, cuyo desequilibrio acentuó más y más el fruto de la maldita planta que crecía cerca de la fuentequilla, y del que instintivamente había gustado la desdichada joven pocos momentos ha.

La vocinglera vecina, asustada ante aquel cuadro, del que ella tal vez se consideró la causante, rompiendo á llorar, se abalanzó á Blanca y Usenda, haciendo heroicos esfuerzos para proporcionarles algún consuelo, procurando hacer lo propio la dueña de la casa. ¡Era ya tarde!

La joven, repitiendo una y mil veces que Gonzalo estaba á su lado, desvariaba más y más, desoyendo las súplicas de las que estaban con ella, hasta que en una violenta sacudida se desprendió de las tres, comenzando á girar con incansable paso en derredor de la plazoleta de la fuentequilla, en que yacía medio oculta entre la maleza la planta funesta que perturbara su mente.

Y pasó una hora y otra hora sin que aquella

madre infeliz, y las que con ella estaban, lograsen detener la vertiginosa marcha de la desventurada joven, que entre penetrantes alaridos recorría aquel círculo fatal de sus desdichas, hasta que al triste crepúsculo de aquella tarde, llamando en su auxilio á los vecinos de Antezana, consiguieron poder recluir en su morada á aquella mártir de su amor, para prodigarle cuantos medios y recursos les proporcionaron la ciencia y el cariño para apaciguar el exaltado cerebro de la joven Blanca.

Mas todo fué en vano. Pasaron días y días, y si bien la convulsiva excitación de la hija de Usenda cedió al fin con el cansancio, en pago el extravío de su razón se acentuó más y más. Y en el momento en que la permitieron abandonar su morada, escapó al bosque para volver á girar otra vez en torno de la escondida planta; y desde aquel funesto día, Blanca no abandonó jamás la fuentecilla del bosque, en derredor de la cual se deslizó su perturbada vida, cual nuevo Prometeo, amarrada á la enigmática fuente en que el virus de aquella tóxica planta devoraba sus energías, hasta que la no interrumpida tensión de su espíritu, agotando sus fuerzas, concluyó con los procelosos días de su existencia.

Y desde entonces, en el fantástico bosque de Antezana, cuando la noche tiende su negra cortina en el horizonte, aparecen de cuando en cuando luces misteriosas (1) que giran en torno de la

(1) Fenómeno meteorológico bastante frecuente en la Larra de Antezana.

funesta planta, luces que los campesinos dicen ser los errantes espíritus de Blanca y Baraona; y desde entonces, el fatídico bosque, triste teatro de las desventuras de la hija de Usenda, es conocido con el nombre de *El término de la Loca*.

EL SUPPLICIO DEL CONDE

El infortunado día de la derrota de Durana, el conde de Salvatierra había desaparecido, sin que los imperiales, á pesar de sus pesquisas, pudiesen dar con él.

El conde, derrotadas sus huestes, se había refugiado en el valle de Ayala, en que todos le eran adictos, á esperar los sucesos; mas como á los pocos días llegase á su noticia el sangriento suceso de los comuneros castellanos en Villalar y la decapitación de sus nobles compañeros Padilla, Bravo y Maldonado, juzgó de necesidad el huir á Portugal, como así lo hizo, ganando la frontera con muchos trabajos, pero sin que ningún accidente peligroso comprometiera su vida.

Allí permaneció cerca de tres años, hasta que la decantada clemencia del emperador, pregonada por todas partes, animó al prócer alavés á venir á Castilla para gestionar su perdón.

Una vez en territorio español, fué denunciado, preso y encarcelado en un lóbrego torreón del palacio que los condes de Salinas tenían en Burgos.

El cruelísimo trato que sus carceleros dieron al prócer de Salvatierra en su mísera prisión, llegó al extremo de que su hijo Anastasio, paje

del emperador Carlos V, se viese precisado á vender el caballo que montaba, para con su precio atender á las más perentorias necesidades de aquel á quien debía su existencia, cuyo acto premió el emperador mandando entregar á Anastasio cuarenta mil maravedís; pero sin relevar por esto al padre del heroico doncel de la muerte á que había sido condenado.

Á pesar de tanta desventura, el esforzado espíritu del valiente comunero alavés no había decaído en lo más mínimo. Sabía que el municipio de Vitoria, el mismo día de la derrota de Durana, se había apoderado de su palacio, contiguo á la parroquia de San Vicente de dicha ciudad, picando las armas de su escudo y destinando el edificio desde aquel día al servicio de audiencia. Sabía que le había sido arrebatado el señorío de Salvatierra, pasando su condado al dominio de la corona. Sabía que habían sido confiscados todos sus bienes en Álava y Palencia, privándole hasta del más mínimo sustento para las más perentorias necesidades de la vida; y sin embargo de esto, ni un solo momento decayó su esforzado espíritu en la soledad de su prisión.

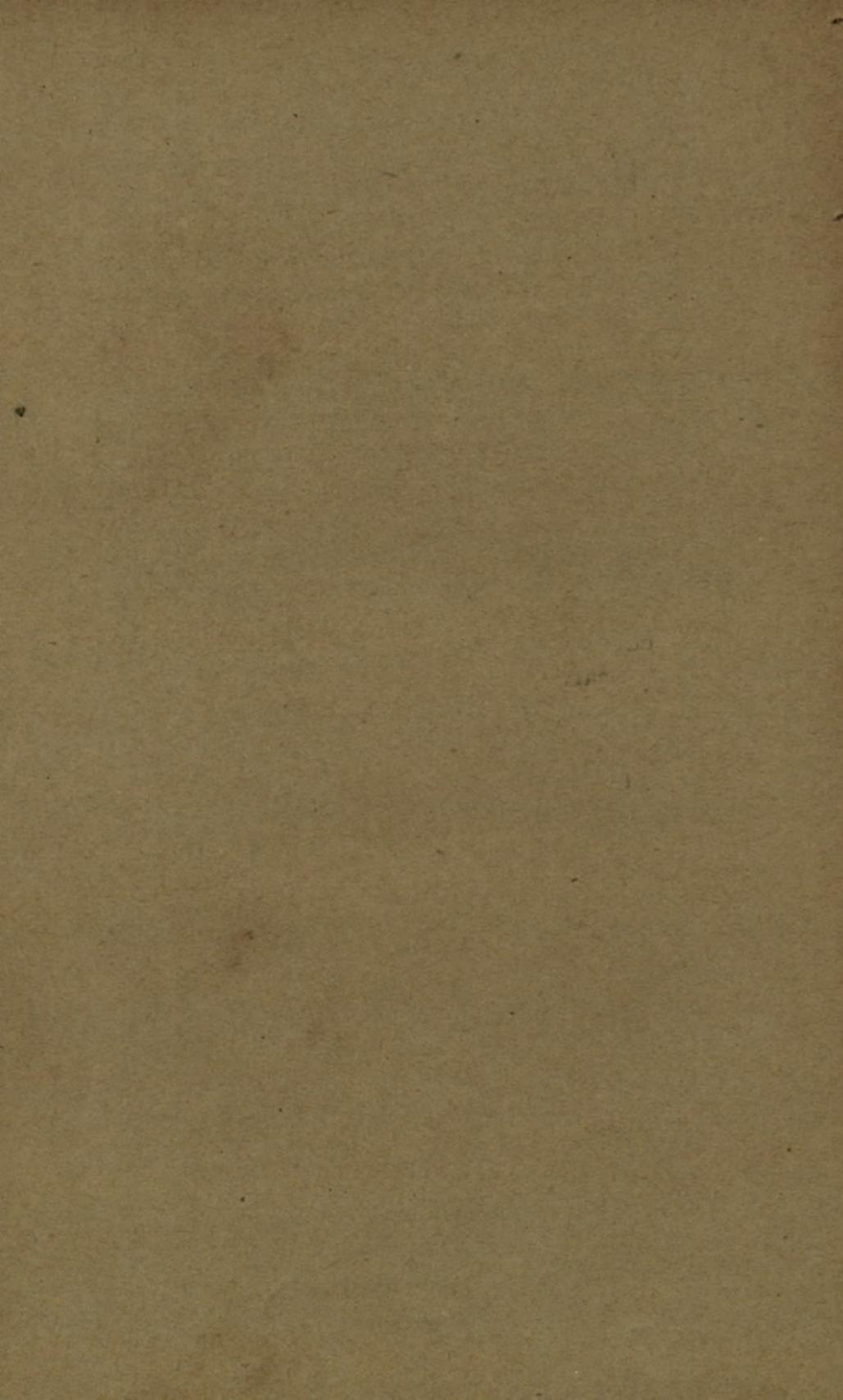
Un día..... ¡día fatal! los verdugos penetraron en el calabozo del conde, y lanzándose sobre él, le sujetaron, y desnudando su cuerpo rasgaron infames con cortante cuchillo sus venas, y brotó de su cuerpo la encendida sangre, de la cual había dicho la gran reina Isabel que: *«Nada tiene de noble en su sangre quien no la tiene de Ayala.»*

Y el espíritu de aquel valeroso jefe de la comunidad alavesa se extinguió poco á poco en la

inacción de su quebrantado organismo; y momentos después, el inerte cuerpo del prócer yacía tendido sobre el terroso suelo de su prisión.

Cuando al día siguiente los amaratados restos del conde eran conducidos á la fosa del olvido, el desdichado cuerpo del señor de Salvatierra apareció á la vista de la multitud llevando sujetos sus pies por los infamantes grillos, que habían atenazado su energía en los días de su desgracia. ¡Inaudita crueldad hasta entonces jamás presenciada por los hijos del pueblo, que miraron con horror aquel rasgo de la imperial arrogancia, que en pago sirvió para grabar con indelebles caracteres en el fondo de su alma un cariñoso recuerdo al conde de Salvatierra!





Amor y caridad

AMOR Y CARIDAD

CUATRO RENGLONES DE HISTORIA

Es sobradamente sabido que cuando la revolución francesa manchó con la sangre de Luis XVI el suelo de las Galias, su pariente Carlos IV, á la sazón rey de España, declaró la guerra á Francia, cuya guerra concluyó con la paz de Basilea, negociada por Godoy, que recibió en pago el título de Príncipe de la Paz.

Esta paz originó una alianza entre Francia y España, alianza harto aciaga para ésta, pues declarada la guerra entre Francia é Inglaterra, España, como aliada de aquélla, tuvo que sufrir la derrota de su escuadra en el cabo de San Vicente y más tarde en Trafalgar, página gloriosísima aunque triste para la nación española.

Más tarde Napoleón, de acuerdo con Godoy, decreta la desmembración de Portugal, á cuyo objeto las tropas imperiales penetraron por Cas-

tilla, ocupando todas las poblaciones fuertes, so pretexto de facilitar el paso de las huestes de Napoleón al reino lusitano. Mas el buen sentido del pueblo español no tardó en comprender que estos pasos del moderno César, encubrían el bastardo pensamiento de apoderarse de su querida patria.

Así lo manifestó el motín de Aranjuez, á consecuencia del cual, Carlos IV abdicó la corona en su hijo Fernando VII, en 1808.

No bien este monarca hubo empuñado el cetro, las maquiavélicas negociaciones de Napoleón, cuya falsía el rey de España no supo comprender, obligaron á éste á ponerse en marcha para Bayona, á fin de conferenciar con el emperador francés.

Es histórico que, al paso de Fernando VII por Vitoria, los valerosos hijos de esta ciudad, apercebidos de la traición que se tramaba, y á fin de impedir la marcha del rey á Francia, se amotinaron, intentando por dos veces detener la marcha del coche real, el 19 de Abril de 1808; y la patria recuerda con sonrojo la renuncia de su corona que pocos días después hizo el rey español en Bayona ante el usurpador de Europa, quedando prisionero, á la vez que recuerda con orgullo la gloriosa fecha del 2 de Mayo de aquel año en que el pueblo de Madrid, oponiéndose á la salida para Francia del resto de la familia real, selló con la sangre de sus hijos su amor á la independencia, haciendo inmortales los nombres de Daoiz y Velarde.

No es menos notorio á la par que, á medida que

los franceses, aprovechando los primeros momentos de sorpresa, se apoderaban del suelo español, brotaron por todas partes arrojados guerrilleros que no tardaron en hacerse valerosos caudillos, que castigaban severamente la osadía de los invasores, lo cual originó en los cinco años sucesivos una lucha titánica entre patriotas é invasores, favorable para aquéllos en Bailén, Talavera, Chiclana, Albuera, Arapiles, San Marcial y Vitoria, y para éstos en Rioseco, la Coruña, Medellín y Valencia; lucha que escribió con indelebles caracteres los nombres de Zaragoza y Gerona.

Son también hechos muy palmarios para poderlos dar al olvido los cometidos con las infinitas cuerdas de prisioneros españoles que los franceses deportaban á su nación, muchísimos de los cuales estuvieron en el depósito que á tal objeto habían establecido los invasores en Vitoria.

Lo que es menos conocido pero exactamente histórico, es que, algunos honrados vecinos de la ciudad alavesa, compadecidos de sus hermanos, concibieron y pusieron en práctica el ingeniosísimo medio que refiere esta leyenda para salvarlos, cuyo relato yo he recogido de labios de los mismos autores de tan buena obra.

Por fin, nadie desconoce la extrema importancia de la batalla de Vitoria, dada en 21 de Junio de 1813 en que, Lord Wellington, al mando de los aliados ingleses, portugueses y españoles, derrotó completamente al capitán del siglo, apoderándose de su campamento con cerca de 200 cañones, infinidad de cajas de dinero, joyas, et-

cétera, etc., causándole más de 8.000 muertos y heridos, y haciendo penetrar al ejército francés en el territorio de su nación.

Á ORILLAS DEL ISUELA

Corrían los primeros años de la actual centuria.

En el extenso llano de la Hoya se erguía cual hoy se yergue la histórica ciudad de Huesca con sus casas y sus torres, sus palacios y monasterios, en una posición topográfica verdaderamente envidiable. Situada sobre un pequeño cerro que se levanta en el centro de la llanura que limitan á lo lejos al N. la sierra de Guara y al S. la de Alcubierre; rodeada en su pie por alegres huertos á los que cerca por todos lados una ancha zona de tupido viñedo; y regada por el río Isuela que, corriendo de N. á SE., lame los muros de la ciudad, frente á la cual rinde tributo á dos sencillos puentes de piedra (1), la situación de Huesca es alegre por demás.

Á pesar de esto, la fisonomía de la ciudad oscense era por aquel entonces severa en extremo. Enclavada al pie del Pirineo cual centinela avanzado de la integridad nacional; guarida y amparo de cien héroes en la reconquista española; y vigilante custodio de la fatal campana que Ramiro el Monje hiciera sonar un día para poner freno á las intrigas de la nobleza; se notaba por entonces en

(1) En aquella época no se había construído aún el tercero.

el silencioso ambiente de Huesca algo de grave é imponente, algo de misterioso y atractivo.

Era el día 24 del mes de Abril del año 1808. La primavera había vestido de verdor las lomas y de flores las praderas. Á la caída de la tarde el cielo estaba despejado, y el *trasmontano* (1) que, en frescas brisas soplabá del Guara, agitaba las hojas de los árboles con sonoro ruido. Á la parte E. de la ciudad y orillas del Isuela se alzaba una casa-torre de denegridos muros, que el río retrataba en su corriente. Aquella casa era la morada del barón de Montmesa, ardiente patriota, enemigo implacable de los franceses y rico hacendado de la comarca que, en compañía de su hija Margarita, dejaba deslizar en el retiro los días de su existencia.

Cuando el sol ya casi tocaba las crestas de los montes lejanos, dos jóvenes conversaban al través de la reja que guardaba una ventana abierta en el paño de la casa-torre que miraba al Isuela. Aquellos jóvenes se llamaban Margarita y Enrique. Ella, que frisaría en los 20 años, de tez morena y negrísimos ojos, que revelaban todo el ardor de las pasiones de la raza árabe, ocupaba el departamento de la casa que daba á la ventana. Él, que contaría unos 25, ocupaba la parte de afuera, y bien delataba su clásica vestimenta ser uno de los estudiantes que acudían á las aulas de la vetusta cuanto célebre Universidad sertoriana, primer centro de enseñanza de la península ibérica. La apasionada fisonomía de ambos y el ca-

(1) Así llaman al viento que sopla del NE.

lor del coloquio que sostenían, no permitía dudar de la pasión que unía sus almas.

Margarita y Enrique, mirándose con extraña fijeza uno á otro, permanecieron mudos por algunos instantes, al cabo de los cuales, rompiendo Enrique el silencio, dijo á su amada:

—«Si no tuviera la evidencia de tu cariño, dudaría de ti. Tales son los obstáculos que opones á mis proyectos, que sólo las pruebas de cariño que me has dado.....»

Á lo cual Margarita, interrumpiéndole, añadió:

—«¡Enrique: Enrique! Modera tu lengua y no acibares mi dicha con infundados temores. Bien sabes que Margarita sólo vive para ti.»

—«Lo sé: lo sé—repuso Enrique; — y si tal no me constara, no puedes dudar de lo que haría; pero tus exagerados escrúpulos traen, sin querer, á mi mente el nombre de Alberto; de ese hombre funesto que se ha cruzado en mi camino; y que juro á.....»

—«Basta, Enrique, basta. Esas sospechas, bien á pesar tuyo, lastiman la honra que te he consagrado, y toda mujer tiene derecho á que nadie dude de ella.....»

—«Dices bien» — interpuso Enrique — «mas entonces ¿por qué oponerte tan tenazmente á que tu padre se entere de nuestro amor?»

Á lo cual Margarita, mirando al dueño de su corazón con mal reprimida complacencia, contestó:

—«Te he dicho ya muchas veces que tal paso sería una imprudencia. Mi padre es bueno por demás; pero educado en los severos principios

que siempre fueron la norma de la casa de los barones de Montmesa, no accedería jamás á que su hija sostuviese relaciones amorosas con un hombre que no se hallase en condiciones de llevarla al pie del altar. Así me lo tiene dicho mil veces. Ten, pues, un poco de paciencia, y en cuanto tú concluyas tus estudios.....»

—«¡Ah, pronto, pronto: este mismo año!»—interrumpió Enrique.

—«Entonces»—continuó ella—«no habrá dificultad alguna para.....»

—«Ninguna, no, ninguna»—repuso él.—«Noble es mi estirpe, y como el barón tiene sobradas rentas para que no decaiga el rango de su linaje.....»

—«Sí, sí»—añadió Margarita.—«Mas déjate ahora de esto, y dime que me quieres. ¡Me complace tanto que me lo digas!»

—«¿Y puedes dudarlo? ¿Acaso desde el venturoso día en que la suerte hizo que te conociese á tu paso por Vitoria, no te he consagrado todos mis afanès? ¿Por ventura no has sido tú y sólo tú la causa de que yo, dejando la Universidad de Valladolid, viniese á ésta?»

—«Bien sabes cuánto te lo agradezco»—repuso Margarita—«y bien sabes cuán dulces son para mi alma los recuerdos del pueblo en que naciste. El acompañar á mi padre me llevó á él por pocos días, y Dios quiso que durante mi corta estancia en Vitoria, encontrara dentro de su recinto cuanta felicidad podía anhelar. Yo quiero á Vitoria porque en ella naciste tú, en ella se han deslizado tus más inocentes días, y en ella expe-

rimenté las más dulces sensaciones de mi alma.»

—«¡Ah! Calla, calla, que tus frases me hacen demasiado feliz»—interrumpió Enrique.—«Yo en pago sabes que sólo pienso en ti, y estoy dispuesto á sacrificarlo todo, absolutamente todo por tu cariño.»

En aquel momento, un ruido extraño se dejó sentir, y una sombra cruzó por la espesura de las márgenes del río. El crepúsculo moría en el ambiente, y la difusa luz de su postrero claror tan sólo permitía ver los objetos confusamente.

Margarita, inquieta por el ruido, pues hasta aquella tarde nada había turbado en las anteriores sus amorosos coloquios con Enrique, expresó á éste sus temores, que el joven procuró hacerla desechar; y cuando la noche apagaba el ambiente, la ventana de la estancia de Margarita se cerró, á la vez que el estudiante, abandonando la casa-torre, tomaba la dirección del Isuela.

Enrique, volviendo constantemente su cabeza á la casa de Margarita, continuó su camino hacia el puente de piedra de tres arcadas tendido sobre el río frente á la casa de aquélla, y cuando hubo llegado á él, se sentó sobre el rústico banco de piedra adosado al pretil del mismo.

Entonces la noche había cerrado por completo: el trasmontano, adormecido en la espesura, apenas se dejaba percibir, y un sosegado ambiente, bajo un aterciopelado cielo de miles de estrellas, convidaba á la meditación y á la calma.

Enrique contempló con deleite la difusa silueta de aquella ciudad, un tiempo joya del poderío romano, más tarde preciada perla de los árabes,

y siempre grande por sus hechos heroicos. Al mirarla muda y solitaria en el silencio de la noche, ¡qué de pensamientos no cruzaron por su mente! ¡Qué de ideas no bulleron en su cerebro! Hacía ya próximamente 1890 años que dentro de aquellos denegridos muros había fundado el célebre capitán romano Sertorio el primer centro de enseñanza en la comarca española, en que, cuando casi todos los países del mundo yacían sumidos en la más crasa ignorancia, se enseñaban cuantos adelantos habían podido conquistar las ciencias y las letras; allí, el poderoso imperio romano había fijado uno de los centros de su ambición desmedida; allí, el aventurero pueblo árabe había levantado las gradas de un trono; allí, el indomable pueblo aragonés había colocado el objetivo de su independencia, y allí, la férrea mano de Ramiro el Monje había hecho rodar las cabezas de los más altivos nobles. Todas estas ideas brotaban en la memoria del joven alavés, que, sin darse cuenta, tornaba sus ojos á la casatorre, la cual despertaba en su espíritu aún más halagüeñas emociones. Sus vetustos muros encerraban á Margarita, foco de todos sus pensamientos, y norte hacia el cual dirigía todos sus pasos. ¡Era tan hermosa! ¡Era tan buena!

Tales ideas absorbían la atención del estudiante, cuando un bulto negro, que las sombras de la noche no le permitían distinguir, saliendo de la espesura de la orilla se dirigió hacia él. Enrique le contempló por unos momentos con extrañeza, aunque sin temor. El aparecido avanzó decididamente hasta donde se hallaba Enrique,

frente al cual, con aire altanero, se dirigió al joven diciendo:

—«No me esperabais, ¿no es verdad?»

—«¡Alberto!»—repuso Enrique absorto, incorporándose.

—«Alberto, sí, Alberto»—repuso el recién llegado.—«Alberto, que ha presenciado ha poco tu entrevista con Margarita, y viene á darte á elegir entre que renuncies á esa mujer, ó mañana cuente el pueblo la tragedia del puente del Isuela.»

—«¡Vive Dios!»—respondió Enrique—«que jamás he soportado que nadie sin derecho me imponga su voluntad. Si crees que tus amenazas me intimidan, te has equivocado. Te ruego, pues, que no provoques mis iras y ¡ay de ti! el día que te atrevas á mirar á esa mujer, entiéndelo bien, á esa mujer que te desprecia.»

Alberto, excitado como una víbora á las últimas palabras de Enrique, tendió una siniestra mirada en torno suyo, mientras éste, montando en cólera, desafiaba con resuelta actitud á su contrario, que, dando dos pasos atrás, y tirando la capa que le cubría con su mano izquierda, dejó brillar en su derecha un acero, á lo cual Enrique, sin poderse contener, gritó:

—«¡Cobarde! Eso es digno de un traidor.»

—«Ahora lo verás, villano!»—contestó Alberto lanzándose espada en mano sobre su rival, quien, al dar un salto para separarse y luego otro hacia él para evitar los golpes sucesivos, lo hizo con tanta fuerza y tal fortuna, que chocando con Alberto dió con él en tierra, y aprovechando aquel momento, logró de un fuerte porrazo arrancar el

acero de la mano de su enemigo. Entonces Enrique, separándose dos pasos mientras el otro se incorporaba, dijo á éste:

—«Huye, huye, si no quieres que mi cólera, cegando mi razón, manche mis manos con la sangre de un crimen, y te dé muerte como á un traidor.»

Alberto, que entre colérico y aterrado, contemplaba con pavor su acero en la mano de Enrique, dirigiendo aún á éste una provocativa mirada, contestó:

—«El azar te ha salvado. Nos veremos.»

Y volviendo las espaldas, desapareció rápidamente en dirección á la ciudad.

Momentos después, Enrique penetraba en Huesca por la puerta de aquel lado.

Á la mañana del siguiente día, dos jinetes, dejando á la ciudad á sus espaldas, caminaban en dirección á Navarra. Eran Enrique y otro. ¿Qué podía motivar tan inesperado viaje?

Cuando en la noche última Enrique volvió á su casa después de los sucesos del puente del Isuela, se halló con un propio que había llegado de Vitoria para comunicarle que en la ciudad alavesa habían tenido lugar gravísimos sucesos que comprometían la vida del padre del joven estudiante, por lo cual éste, sin vacilar un momento, había tomado el camino de su pueblo natal.

LA PROTESTA DEL PUEBLO

Enrique había hecho bien en tomar el camino de Vitoria. Veamos por qué.

La astucia de Napoleón I, si bien había logrado revestir los hechos de su maquiavélica conducta de amistosas formas, despertó en pago fundadas sospechas del noble pueblo español, que con menos ilustración pero más generosos propósitos, vislumbró á través de las ficciones del capitán del siglo los protervos fines que éste perseguía.

El 14 de Abril de aquel año había llegado á Vitoria, de paso para Francia, la corte de España. En ella, Fernando VII iba rodeado de su consejero áulico el dúctil canónigo Escoiquiz, los marqueses de Guadalcazar, Feria y Ayerbe, el ministro Ceballos, el conde de Vallariego y otros muchos personajes de la corte castellana, escoltada por el general francés Savary, hombre de la íntima confianza de Napoleón. El viaje del monarca español tenía por objeto asistir en Bayona á una conferencia para la que había sido citado por el emperador francés.

El buen sentido del pueblo vitoriano, vió sin embargo á través de aquella pérfida comedia las aviesas intenciones del coloso de las Galias, y decidió salvar á todo trance el honor y la independencia de España.

Guarnecía á la sazón á Vitoria la legión francesa de Verdier, compuesta de más de cuatro mil infantes y trescientos caballos,

Durante la estancia del rey en Vitoria, el pueblo, empezando por comunicarse sus mutuos recelos, se convenció de la realidad de sus sospechas, concluyendo por amotinarse en demanda de que su monarca no avanzase un paso más hacia la frontera francesa; y á tal punto llegó la excitación popular, que su alcalde el marqués de Aravaca, para calmarla, tuvo necesidad de empeñarle su palabra de que él se encargaba de salvar al rey de la prisión en que Savary lo tenía. De este modo logró el bondadoso alcalde aplacar los ánimos por aquellos momentos, salvando á Vitoria del día de luto que le hubiera proporcionado la colisión entre sus vecinos y las huestes napoleónicas que la guarnecían.

Á tal fin, el marqués de Aravaca D. Javier Urbina, de acuerdo con el patricio vizcaíno D. Mariano Luis de Urquijo, con el duque de Mahon y otros varios, dispuso diversos y seguros medios para libertar al rey de la engañosa prisión en que se hallaba; medios que el apocado espíritu del monarca no se atrevió á aceptar, inutilizando con sus cobardes temores los levantados propósitos del vecindario de Vitoria.

Amaneció por fin el día 19 del propio mes. Desde las primeras horas de la mañana se notaba en todas partes inusitado movimiento. Muchos grupos de paisanos transitaban de un lado á otro; menudeaban en las plazas y calles abigarrados corrillos, que en voz baja y con mal simulado recelo sostenían animadas conversaciones, y la más viva inquietud se pintaba en los semblantes de todos.

Á medida que el día avanzaba, la agitación crecía poco á poco, y el apagado rumor de poco antes se transformaba en imponente murmullo que corría por todas partes. Á poco, montados grupos de dragones franceses y apiñados pelotones de granaderos aparecieron recorriendo las calles de la ciudad. Verdier, apercebido de todo, tembló ante la amenazadora actitud del pueblo de Vitoria, precisamente en aquel día en que el rey Fernando debía salir de la ciudad con dirección á Bayona, y sobrado de medios, quiso ahogar el grito del pueblo antes que estallase.

De pronto, una porción de carruajes que aparecieron por uno y otro lado, se dirigieron á la casa de Ayuntamiento, instalándose en correcta formación á la puerta de la misma, cuyas avenidas estaban tomadas por fuertes masas de granaderos y dragones. El momento era decisivo. El rey de España, fascinado por el coloso francés y vigilado por Savary, iba á abandonar el suelo patrio para doblegar la cerviz ante el poder de Napoleón. No había que perder instante.

El pueblo, cual si el estrépito de los carruajes contra las piedras del pavimento hubiese sido el sonido guerrero de un clarín, se avalanzó á los alrededores de la puerta superior de la casa de Ayuntamiento, y entre imponente tumulto, con rugientes gritos protestó de la marcha del rey. Los batallones que custodiaban la casa avanzaron hacia la multitud para obligarla á retroceder; mas ésta, enfurecida con la provocación y enardecida por un «*Viva España! ¡Al coche! ¡Al co-*

che!» lanzado por un honrado menestral (1) que iba á su cabeza, se precipitó hacia la puerta de la casa, arrollando á los granaderos é invadiendo la entrada, y apoderándose del coche real, el valiente industrial y otros dos compañeros suyos cortaron los tirantes del carruaje para separar los caballos, en el propio momento en que los granaderos, rehechos, se arrojaron sobre aquellos valientes, obligándoles á retroceder; mas éstos á su vez en formidable reacción volvieron á atropellar á la guardia, y dueños del vehículo, inutilizaron por vez segunda la marcha del carruaje, cuando un escuadrón de dragones se echó sobre ellos, arrollando y destrozando entre las patas de los caballos á uno de aquellos tres heroicos hijos de Álava, mientras sus dos compañeros se salvaban milagrosamente de la embestida de aquella avalancha.

La desdichada víctima de esta lucha era Juan Velasco, padre del joven estudiante Enrique, á quien en el capítulo anterior hemos visto salir precipitadamente de Huesca en dirección á Vitoria.

La muerte de Velasco fué la gota de agua que faltaba en el vaso de la indignación popular para que la ira rebasara por sus bordes; y así el pueblo, enconado en su desesperación, se hizo algunos pasos atrás, para tomar bríos y caer sobre los imperiales. Estos se dispusieron á rechazarlos. El peligro era inminente, cuando los ronc

(1) Este honrado vitoriano era D. Martín Susaeta, á quien, como yo, han tenido la honra de conocer y tratar todos los paisanos de mi época.

sonidos de un tambor anunciaron á la muchedumbre que el pregón iba á comunicar al pueblo la decisión del rey. Aquella ronca llamada enfrenó por un momento todos los odios desbordados, la multitud guardó sepulcral silencio, y el robusto acento del voz pública hizo saber á la muchedumbre *que el rey, segurísimo de los buenos oficios del César de las Galias, ordenaba á sus súbditos depusieran su actitud, en la seguridad de que en breve, al tornar el monarca á su corte, habían de darle gracias por su acuerdo.*

Profundamente lastimado oyó la orden de su monarca aquel pueblo que, tan obediente como valeroso, abandonó la calle para deplorar en el silencio de sus hogares la obcecación de un monarca que no llegó á conocer á sus carceleros hasta las gradas de su prisión.

La multitud, pues, abandonó el recinto, y una hora más tarde la comitiva del rey dejaba la ciudad, mientras los heroicos alaveses de aquella jornada recogían el inerte cuerpo de su bizarro compañero Juan Velasco, tendido al pie de la casa consistorial, para darle cristiana sepultura.

Al anochecer de aquel memorable día la ciudad presentaba tristísimo aspecto. Sólo se percibía en las calles y plazas el acompasado ruido que producían las fuertes patrullas de soldados que recorrían la ciudad, ínterin los franceses atisbaban el paradero de los más significados en el movimiento de aquel día para reducirlos á prisión, y los cariacontecidos habitantes de Vitoria, retirados á sus hogares comentando lo ocurrido,

presagiaban los más aciagos sucesos para la madre patria.

INGENIOSA CARIDAD

Los fatales augurios de los vecinos de Vitoria se habían cumplido, demostrando cuánta razón tuvieron al cortar los tirantes del coche real á su paso por Vitoria.

Fernando VII, á su llegada á Bayona, fué recibido por el imperial guerrero con señaladas pruebas de afecto, máscara hipócrita que sirvió para que en el acto el rey de España, sugestionado por el coloso, abdicara vergonzosamente su corona en el sagaz Napoleón, quien entonces mismo á su vez abdicó en su hermano José, declarándole rey de España.

Consecuencia de esto fué que prisionero el rey Fernando en tierra extraña, intentásen saliera de Madrid el resto de la familia real para unirse con el rey. La marcha estaba dispuesta para el 2 de Mayo, y todos los españoles recuerdan con orgullo los sucesos á que dió lugar en Madrid la salida de la real familia en aquella fecha tan amarga como gloriosa que inmortalizó los nombres de Daoiz y Velarde.

Desde aquel momento la traición estaba descubierta en todas sus fases. El pueblo español, lanzando un rugido, se aprestó al combate; por todas partes brotaron nuevos Viriatos que acaudillasen al pueblo; las legiones francesas invadieron la península, y comenzó la titánica lucha que

ha escrito en el libro de España quizás la más brillante de sus páginas.

Había pasado cerca de un lustro, durante el cual los vecinos de Vitoria habían visto desfilar ante sus ojos muchas cuerdas de prisioneros que los franceses hacían en el interior, y custodiados por fuertes columnas eran conducidos á Francia, después de detenerlos algún tiempo en la ciudad para dar descanso á sus guardianes, á cuyo fin habían establecido un depósito de prisioneros en el vetusto y anchuroso palacio (1) que un día levantarán los condes de Salvatierra al Sur de la parte alta de la vieja ciudad.

La amplitud de este edificio y el murado patio que le estaba anejo le hacían muy á propósito al fin á que por entonces se le destinó.

Algún tanto separado de la ciudad, y enclavado en una umbrosa pradera vestida de gigantescos árboles, se hallaba cual hoy el convento de las Brígidas, convertido á la sazón en depósito de prisioneros. Los anchurosos departamentos del edificio y la amplia huerta tapiada del mismo, se prestaban de modo especial al uso á que estaba destinado.

En el día 20 de Febrero de 1813, la prisión ofrecía el aspecto ordinario de siempre. Un centinela, que vestía ancho pantalón, larga casaca con vistosos galones y peluda y alta granadera, guardaba la puerta paseándose con el arma al brazo de un lado al otro con sosegada marcialidad.

(1) Edificio que hoy ocupa la Alhóndiga al lado de la parroquia de San Vicente.

Cuando el reloj vecino dejó oír las doce campanadas del mediodía, los alrededores del depósito presentaban extraña animación. Por todas partes llegaban grupos de paisanos que, llevando en la mano ollas repletas de comida, acudían al depósito á aplacar el hambre de sus harapientos compatriotas, gracias á la *generosidad* de los granaderos franceses, que les permitían ejercer este acto de caridad con sus hermanos cautivos.

Los grupos atravesaban la puerta enseñando al centinela las ollas que les servían de salvo conducto, y cuando un *avant* del vigía les franqueaba la entrada, penetraban en el patio donde millares de desgraciados esperaban ansiosos el momento de satisfacer la más perentoria necesidad. El espectáculo era grandioso. Los hambrientos prisioneros se agrupaban en corrillos en torno de sus caritativos hermanos, que les llevaban, además del alimento material, ropas para cubrir su desnudez, y sobre todo el consuelo y la esperanza de mejores tiempos en sus persuasivos coloquios.

Entre los benéficos grupos que atravesaron las puertas de la prisión, entró uno compuesto de tres hombres. Eran Enrique y dos criados suyos. El antiguo estudiante vestía un raído traje para no hacerse sospechoso. El grupo penetró sin dificultad alguna por delante del centinela, ante el cual los tres dejaron caer el embozo de las capas que les servían de abrigo, penetrando después en el anchuroso patio en que los prisioneros se hallaban.

Á la aparición de Enrique y los suyos en el

depósito, cien ojos con lastimera mirada se clavaron en él en demanda de auxilio. Enrique abarcó con rápida mirada el cuadro que le rodeaba, y dirigiéndose al grupo que más compasión le inspiraba, abrazó con efusión á los que le componían; y después de aplacar su hambre con las vituallas que contenían las ollas que él y los suyos traían, sacó otras tres vacías de debajo de su capa, y después de embadurnarlas con el caldo del alimento que aquellos infelices acababan de devorar, se las entregó á otros tantos de aquéllos, diciéndoles:

—«Seguidme, y mucha serenidad en la puerta ante el centinela.»

Tomaron todos el camino de la puerta del depósito.

Al llegar á ella, Enrique y sus criados, que iban delante, mostraron al centinela las ollas sucias; éste hizo con la cabeza la señal de que podían pasar; los prisioneros, que venían detrás, imitaron su ejemplo, y á la misma señal del vigía pasaron, encontrándose á poco todos en libertad en la cuesta vecina.

Entonces Enrique, volviéndose á ellos, les repitió:

—«Seguidme, pero separados y con disimulo.»

Y tomando la bajada de la pendiente, se encaminó hacia la plaza vieja. Los prisioneros, que se habían disgregado, no perdían de vista á su bienhechor, quien al llegar á lo alto de la plaza se metió por el arco de la Correría, no sin haber tendido su vista hacia atrás, para ver si sus libertados le seguían. Éstos no abandonaron un

momento la pista de su bienhechor. Enrique marchó á todo lo largo de la calle, y ya cerca del final de la misma, tomó la cuesta de la derecha, conocida con el nombre de *Cantón de las Carnicerías*. Al llegar á la cima de éste se dirigió también á la derecha y á muy pocos pasos llamó en una raquífica puerta que se abría en una tapia de la izquierda que servía de cerramiento á una huerta. Á los pocos instantes se franqueaba la puerta, en el momento que llegaban los salvados por Enrique, y todos pudieron penetrar por ella sin contratiempo alguno, después de haber cruzado las calles de la ciudad, repletas de franceses.

Dentro ya del huerto, atravesaron éste, yendo á entrar por la trasera á una casa (1) cuya fachada daba á una calle contigua y paralela á aquella por donde habían penetrado.

Una vez en la casa, la escena cambió por completo, tomando los más animados tonos. Enrique, mudo y receloso en el depósito y en las calles, abrió sus brazos para estrechar entre ellos á aquellos infelices, imitando su ejemplo unos cuantos amigos del estudiante que en aquella mansión se hallaban, dando todos rienda suelta á su locuacidad, ínterin hacían calentarse á los infelices libertados al abrigo de una alegre llama de encina que ardía en un fogón bajo, proporcionándoles después decorosos vestidos y obligándoles por fin á sentarse á una opípara mesa en que nada escaseaba.

(1) Esta debió ser la de la familia de los Santa María, situada en el campillo en la calle del mismo nombre.

Los prisioneros enter necidos, dudando lo que veían y con los ojos arrasados en lágrimas, después de mil protestas de gratitud, rogaron á sus buenos amigos les aclararan aquel misterio que palpaban y aun no podían comprender; por lo que, para calmar su impaciencia, Enrique, en muy sentidas aunque joviales formas, les dijo cómo desde tres años atrás el pueblo de Vitoria contemplaba con horror el paso por la ciudad de una y otra y otra cuerda de prisioneros españoles que, hambrientos y haraposos eran conducidos á Francia entre los más crueles tratamientos; cómo las legiones francesas habían establecido en la ciudad depósito de deportados, no en obsequio á éstos sino para dar descanso á las fuerzas que los custodiaban; cómo los vecinos de Vitoria, compadecidos de sus hermanos, habían solicitado y obtenido permiso de las autoridades francesas para llevar á aquellos desgraciados algún alimento con que aplacar el hambre que los devoraba; cómo á él y sus amigos (1) que estaban presentes, les había ocurrido la idea de, al penetrar en el depósito, llevar, además de las ollas llenas, otras vacías, para que, entregándolas á los prisioneros, éstos pudiesen salir simulando que habían entrado á llevar comida; y cómo, por fin, habían dispuesto aquella casa en donde alimentar y vestir á los libertados, rete-

(1) Es histórico que los vecinos de Vitoria Manuel Elzalde, Lucas González de Echavarri, Santiago Ibíñez de Betolaza y algunos otros, llevaron á cabo en esa época esta feliz y benéfica idea, tal y como se narra en esta leyenda.

niéndolos hasta que se presentase ocasión oportuna para que pudieran regresar á sus hogares.

Los libertados, entre francas expansiones de alegría y ternura, mostraron á sus bienhechores su admiración más completa, elogiando el ingenio y valor de aquellos á quienes debían su vida.

Los redimidos por Enrique y los suyos permanecieron en el cariñoso albergue que tan maternalmente los recibió por algunos días, al cabo de los cuales, á medida que las circunstancias eran favorables para alguno de ellos, dando un cariñoso abrazo á sus salvadores, iban abandonando la ciudad y dirigiéndose á sus hogares, al abrigo de cuantas seguridades podían ofrecerles las difíciles circunstancias por las que el país atravesaba.

UNA OJEADA RETROSPECTIVA

Si azarosos habían sido para Enrique los últimos tiempos desde que abandonó á Huesca, no corrieron más halagüenos para Margarita.

Aquél, desde que, en la madrugada siguiente á la noche en que tuvo lugar su altercado con Alberto en el puente sobre el Isuela, dejó la ciudad del Pirineo para marchar á Vitoria, pasó muy amargas horas. Su padre había muerto, como sabemos, á los pies de los caballos de los dragones franceses en el memorable día en que los de Vitoria cortaron los tirantes del coche del rey Fernando; mas el propio que fué en su busca á la ciudad oscense, no se atrevió á comunicarle tal suceso, limitándose á decirle que en los alboro-

tos de Vitoria su padre había sido herido y corría el peligro de ser prisionero de los franceses; mas cuando á la conclusión del viaje llegó á las puertas de su casa, la realidad con su mudo lenguaje le mostró todo lo horrible del caso.

La madre, que loca de alegría acostumbraba á recibirlo en la puerta, no estaba allí. Entonces, una siniestra idea cruzó por la mente del joven, que rápido volvió sus ojos hacia el guía como para preguntarle la causa de aquello, y como vió que su compañero evitó encontrarse con su mirada, se precipitó tembloroso en la escalera, que ganó rápidamente hasta la puerta de la habitación. Al abrir ésta, se halló frente á su madre que, agitada y convulsa, con los brazos abiertos y dando un penetrante grito, cayó en los de su hijo.

Enrique nada tuvo que preguntar. Los sollozos, los besos y la efusión con que su madre lo estrechaba contra su pecho se lo habían revelado todo. Más tarde, entre un mar de lágrimas, fué el joven sabiendo poco á poco todos los detalles de la muerte de su honrado padre, y entonces, jurando guerra implacable á los franceses, juró también consagrar su vida al servicio de sus compatriotas, ofreciendo este sacrificio en pro de su padre, que fué una de las primeras víctimas de la independencia española ante las legiones de Napoleón. He aquí por qué hemos visto á Enrique arrancando víctimas á la tiranía en el depósito de prisioneros.

Ocupémonos ahora de Margarita. Aunque de

otra índole, no habían faltado tampoco para ella hondas amarguras.

El precipitado viaje de Enrique le había impedido verla, pero el estudiante cuidó muy mucho de dejar escrita, antes de salir de Huesca, una carta en que ponía á su amada al tanto del motivo de su ausencia, haciéndola muy expresivas protestas de constancia y cariño.

Algunos días después de la marcha de Enrique, pudo saber la hija del barón por una que le entregó un amigo de aquél, á quien Enrique había escrito, la horrible desgracia que pesaba sobre éste, y, como es natural, la noticia le proporcionó muchas horas de aflicción y muchas lágrimas.

Mas no fué esto lo peor para la joven aragonesa. El desgraciado fin del padre de Enrique no era un secreto, y un mes después lo conocía todo Huesca y muy en detalle Alberto, que llegó á saber que Enrique por aquel curso no podía volver allí á concluir sus estudios. Entonces fué cuando el sagaz Alberto concibió el plan de aprovecharse de la ausencia de Enrique para reducir á Margarita, utilizando al efecto la amistad que su familia cultivaba en casa de aquélla.

Un día Margarita se hallaba bordando en una estancia cuya ventana daba al puente del Isuela. La joven se hallaba en su casa sólo con la servidumbre, pues su padre había salido á visitar una posesión á seis leguas de Huesca. La joven, que con primorosa agilidad hacía destacar sobre la finísima tela del bastidor un entreabierto capullo de rosa, lanzaba de cuando en cuando un suspi-

ro. Quizás la naciente flor que adquiriría forma ante sus ojos, traía á su mente el recuerdo de aquel á quien había entregado su corazón. Tres años hacía que Enrique se había ausentado, y aunque un día y otro abrigaba fundadas esperanzas de volverle á ver en breve, las difíciles circunstancias porque el país estaba atravesando, habían defraudado una y otra vez sus buenos deseos. Esto no obstante, en nada se había entibiado el ardiente amor que ella profesara al hombre á quien un día entregara su corazón.

Era una calurosa tarde de Julio del año 1811. El cielo, entoldado por amontonadas nubes de incierto tinte, prestaba siniestra luz á la campiña, cuyos árboles azotaba el ábrego con rugiente furia. Margarita, ensimismada en sus cavilaciones, apenas se había apercebido del huracán, cuando, abriéndose la puerta de la estancia, un criado anunció la visita de D. Alberto. La joven, como movida por un resorte, se incorporó para decir al sirviente que no podía recibir; mas en aquel instante apareció ante sus ojos Alberto, que sonriente avanzó dos pasos, penetrando en la estancia, á la vez que el criado, cerrando la puerta, hubo de desaparecer.

La hija del barón no pudo disimular un gesto de disgusto, que no pasó desapercibido para el pertinaz amante, á pesar de lo cual invitó cortésmente á Alberto á que se sentara, y éste, aceptando la invitación, tomó asiento frente á ella.

Después de un instante de silencio, durante el cual Margarita procuró leer al soslayo en el rostro de aquel hombre los propósitos que abriga-

ba, y éste á su vez contempló con chispeantes ojos el rostro de aquélla, Alberto rompió su mutismo diciéndola:

—«Perdonadme, bella Margarita, si quizás he cometido una indiscreción al molestaros en este momento; pero era tal la necesidad que tenía de hablaros, que no he vacilado en aprovechar á tal fin la oportunidad que la ausencia de vuestro padre me proporciona.»

Á lo cual Margarita, sin poderse contener, interrumpió:

—«Permitidme, D. Alberto, que os diga que es muy poco caballero quien aprovecha la ausencia de un padre para visitar á una doncella.»

—«Decís bien»—contestó D. Alberto—«mas tened en cuenta que ha de disculparme á vuestros ojos el inmenso amor que os profeso.»

—«D. Alberto, D. Alberto»—volvió á interrumpir la joven—«reportad vuestras palabras, y no os obstinéis en hablarme en un terreno en el que ni puedo ni debo escucharos.»

—«Veo»—prosiguió Alberto sin alterarse—«que tenéis empeño en convencerme de que sois sobradamente tenaz, y á la verdad que tal condición no me disgusta; mas no debéis dar al olvido el que hay un hombre á quien generosamente entregásteis vuestro corazón, y él en pago os infiere el más soberano de los desprecios con una ausencia de tres años, durante la cual no ha podido disponer de un solo día para correr á los pies de la dama por cuyo cariño tanto fingía suspirar.»

Margarita, que al escuchar las últimas frases

de Alberto se había incorporado, irguiéndose con alivez, cortó á éste la palabra interrumpiéndole, al decirle:

—«Os prohibo terminantemente que prosigáis. Vuestras cobardes acusaciones contra un ausente son indignas de un caballero y vuestros insultos á una dama sólo merecen mi desprecio.»

—«¡Margarita! ¡Margarita!»—repuso Alberto en tono de amenaza.

—«Os he dicho que ni una palabra»—contestó la joven.—«Y ahora os añado que el hombre que, aprovechando la ausencia del padre, se atreve á penetrar osadamente en la estancia de la hija para insultarla, ese hombre es un villano y un cobarde.»

—«¡Margarita! esos insultos...»—repuso aquél montando en cólera y dirigiendo á la joven una terrible mirada, mientras ésta, señalando la puerta con imperioso ademán, prosiguió:

—«Ni una palabra. Desalojad la estancia, si no preferís que mis criados os saquen de ella á empujones cual á un canalla.»

—«¡Ira de Dios!»—gritó rugiente Alberto al oír tal, y dando rienda suelta á su cólera se avanzó á Margarita que dió un penetrante grito, logrando asir con su mano izquierda la de la joven, y arrastrándola hasta la ventana y señalando con la derecha el puente sobre el Isuela, continuó:

—«¿Veis ese tosco puente? Pues esa será la fosa de vuestro imbécil amante. Y por lo que hace á vos y vuestro padre, temblad, que yo os juro habéis de sucumbir á mi venganza.»

Y dando un empujón á la joven que la hizo caer en tierra, desapareció, cruzándose en la estancia contigua con dos criadas que acudían á los gritos de su señora.

Cuando éstas llegaron á donde ella, Margarita se había incorporado, y convulsa é inmóvil les indicó que le trajeran una silla. Éstas se la ofrecieron en el acto, y la joven, sentándose maquinalmente y sin haber podido articular una palabra, rompió á llorar amargamente. Sus servidoras, entre mil pruebas de cariño y ternura, trataron de aliviar la aflicción de su dueña, logrando á fuerza de su buen deseo que media hora después comenzara á tranquilizarse; y cuando pasado un gran rato se encontró ya más serena, contó á sus buenas sirvientes lo que le pareció debía decirles, cuidando de callar aquello que ella estimó conveniente, y encargándolas muy mucho que nada dijeran aquella noche al barón cuando regresara de la finca, hasta que ella le hablase del caso.

Margarita después se sentó junto á la ventana con el fin de esperar á su padre que debía de venir por aquel lado, y contemplando el paisaje que se ofrecía ante sus ojos. De frente, la llanura limitada á sus pies por el Isuela, que, cual cinta de plata, se tendía de derecha á izquierda en caprichosas ondulaciones; á su derecha, las crestas de Alcubierre y á su izquierda los elevados picachos de la sierra de Guara. La tempestad había cesado, y el trasmontano, que soplabá con alguna violencia, arrastraba por momentos las nubes hacia los montes de Alcubierre, dejando

ver un cielo limpio como la conciencia de una virgen, y azul y hermoso como el sueño de un poeta.

Margarita, que tenía su vista fija en la vereda por donde debía de aparecer su padre, bien á su pesar miraba de cuando en cuando el maldecido puente que le había señalado Alberto, cuyas palabras aun recordaba con terror; mas á poco su padre apareció en el camino, y al vislumbrarlo, la alegría volvió á inundar su alma, mitigando, si no en todo, en gran parte las penas que le habían torturado en aquella malhadada tarde.

Á poco la joven se hallaba en los brazos de su padre, á quien, entre afectuosos cariños y con todo el exquisito tacto que le sugería su claro talento, le relató su escena con Alberto, cuidando de ocultarle todo aquello que estimó que más podría provocar la cólera del barón, y rogándole se fijase mucho en la amenaza que aquél había lanzado contra ambos.

El barón, capital enemigo de los franceses que á la sazón se iban enseñoreando de España, comprendió desde luego la gravedad que encerraba para él y ella la amenaza de Alberto; pero, decidiéndose en el acto á vivir con mucha cautela, trató de tranquilizar á su hija, procurando convencerla de que las frases de Alberto no pasaban de ser vanas arrogancias que en nada podían perjudicarles.

Esto no obstante, desde aquella fecha pudo palpar cien veces el padre de Margarita que el despechado amante de ésta no perdonaba medio

alguno de comprometerle, lo cual le obligó á proceder desde entonces con toda cautela.

UN ENCUENTRO INESPERADO

Dos años más se deslizaron desde los acontecimientos que acabamos de relatar. Los franceses, que con sus inmensas masas y el fuego de sus cañones habían conseguido atropellarlo todo y extenderse por la península, no contaron con que luchaban con un pueblo indomable, de cuyo seno debían de brotar cien guerrilleros, encargados de escribir en la historia patria la más sublime de las epopeyas nacionales; mas la España del siglo XIX demostró que era la España de Viriato y los Alfonsos, y las legiones del moderno César sufrieron vergonzosos desastres en Bailén, Talavera, Zaragoza, Chiclana, Albuera, Arapiles y San Marcial; por lo que, herido en lo más hondo el prestigio de Napoleón, sus huestes se replegaron hacia el Norte, estableciendo su cuartel general en Vitoria.

Amaneció el día 20 de Junio de 1813. El ejército francés que había llegado en los dos días anteriores á la llanada alavesa, ocupaba una extensa línea de combate de tres leguas de longitud, en la orilla izquierda del Zadorra, apoyando su derecha en Durana, Escalmendi, Betoño, Gamarra y Arriaga, el centro en Zuazo, Crispijana y Jundiz, y su izquierda en la Puebla y Villodas. Á la otra orilla del río venía tras ellos Wellington con su ejército formado de portugueses, ingleses y españoles, cuyo jefe de estado mayor era

el general Álava, insigne hijo de Vitoria. Los dos poderosos ejércitos se miraron al través del cauce del río, sin que ni uno ni otro se atreviera á combatir á su contrario.

En la mañana de aquel día notábase en la casa del campillo, en que Enrique y los suyos escondían á los prisioneros, desusada animación. El temor de un próximo choque entre ambos ejércitos hacía temblar por la suerte de los aprisionados en el depósito, avivando el deseo de salvar el mayor número posible de ellos, de tal modo, que los honrados vitorianos que tan sublime acto realizaban en las grandezas del olvido, no se habían dado punto de reposo en su benéfica obra.

Al rancho del mediodía, Enrique, como de costumbre, entre un grupo de hombres y mujeres que acudían á llevar comida á los prisioneros, penetró con los suyos en el depósito.

Al penetrar en el patio tendió la vista en derredor para leer en los semblantes de aquellos hijos de la desdicha la mayor ó menor intensidad de sus penas, cuando de repente quedó inmóvil y con la vista clavada en un anciano y una joven que estaban adosados á la pared en la tapia de la derecha.

Enrique, sobresaltado, se restregó los ojos para convencerse de que no era presa de quimérica fascinación, y un momento después, atropellando por entre varios grupos que demandaban su clemencia, se dirigió hacia la tapia. Al ruido de sus pasos, la joven, que en dulcísima actitud acariciaba al anciano, volvió el rostro hacia el que llegaba, é irguiéndose súbitamente como

herida por un rayo, iba á lanzarse hacia Enrique, mas una pronunciada seña de éste la contuvo, dejándola estática y silenciosa en el lugar que ocupaba.

Enrique se llegó á ellos, y estrechando fuertísimamente aunque con exquisito disimulo la mano de la joven y el que con ella estaba, les dijo en voz baja:

—«¡Prudencia, mucha prudencia!»

Y ordenando á sus amigos que pusieran las ollas en el suelo, invitó á los prisioneros á que probasen las vituallas. Pocos minutos bastaron para que, durante aquella capciosa comida, Enrique enterara á sus apadrinados de lo que debían hacer para salvarse; después de lo cual, entregando á cada uno de ellos una olla de las que sus amigos traían á prevención, y diciéndoles:

—«¡Seguidme. Serenidad y disimulo!»

se dirigió á la puerta de la prisión, yendo tras él sus redimidos, que la atravesaron sin dificultad alguna, encontrándose á poco todos en la cuesta, y un momento después á la puerta del convento de San Francisco, libres de las insidiosas miradas de sus carceleros. ¡Ah! ¡Se habían salvado! ¡Aquellos infelices, víctimas de la aleposa traición de un miserable, respiraban, después de prolongadas horas de amargura, el santo ambiente de la libertad!

Enrique, todo trémulo y emocionado, abrió sus brazos, y diciendo:

—«¡Barón!»

cayó en los del viejo, que entre raudales de lágrimas de gratitud le estrechaba en los su-

yos, ínterin la joven, que atribulada contemplaba enternecida aquella escena, puso fin á la misma, estrechando entre sus calenturientas manos las de Enrique y enviándole en sus miradas todas las afecciones de su alma. ¡Enrique había salvado de la muerte á Margarita y á su padre!

El joven, inquieto, puso término á aquel desahogo, y, diciendo al barón y su hija que le siguiesen se dirigió á la plaza vieja, tomó la calle de la Correría, y al extremo de ésta el cantón de las Carnicerías, y poco después sanos y salvos entraban todos en la casa del Campillo.

Una vez en la casa y después de las naturales expansiones del caso, fueron recibidos y agasajados por los compañeros de Enrique, que, puestos al tanto por brevísimas frases de éste de quiénes eran los recién llegados, se desvivieron por hacerles más llevadera su amarga situación.

Allí, Margarita y su padre se enteraron con deleitosa admiración del levantado espíritu de aquella improvisada sociedad constituida por Enrique y sus amigos, que por tan ingeniosos medios ejercía la caridad cristiana salvando á los desdichados prisioneros; y allí, por otra parte, los bienhechores del barón y su hija escucharon de boca de ésta la infame delación de que habían sido víctimas. Por el relato de Margarita supo Enrique que desde que éste se había ausentado de Huesca, Alberto no había perdonado medio de asediarla por todas partes; supo que despreciado por ésta, pero tenaz en su propósito y aprovechando la ausencia del barón, se atrevió á

penetrar en casa de éste la tarde funesta en que el osado amante tuvo á solas con Margarita la violentísima escena que ésta refirió á Enrique con todos sus detalles; supo cómo desde aquel día persiguió sin tregua á la casa del barón, procurando causarles cuantos daños le sugería su depravado corazón, males que el padre de Margarita, ya precavido, evitó en cuanto pudo; y supo por fin cómo entregándose Alberto en cuerpo y alma á los franceses, delató ante éstos al barón como enemigo formidable é hipócrita del César de las Galias, lo cual motivó el que aquellos se echasen violentamente sobre la casa del de Montmesa, saqueándola y apoderándose de cuanto en ella hallaron, y cogiendo prisioneros al barón y su hija, que entre los más duros tratos fueron conducidos de cárcel en cárcel hasta llegar á Vitoria.

Enrique, que escuchaba con indignación creciente las palabras de Margarita, trató de llevar la tranquilidad y el consuelo, que bien lo necesitaban, á las almas del anciano y su hija, haciéndoles ver eran ya completamente libres, y nada tenían que temer; y diciéndoles que, como en la casa en que se hallaban, sólo había alojamiento provisional y no tan cómodo como él deseaba para ellos, una vez que cerrara la noche, para sustraerse en la oscuridad á la insidiosa mirada de cualquier enemigo, él los llevaría á su casa situada en la Herrería, no lejos de donde se hallaban, y en cuya estancia podrían permanecer, sin temor alguno, cuanto tiempo aconsejaran las circunstancias.

El baron emocionado y su hija enternecida pero feliz como nunca, mostraron á Enrique su profunda gratitud y quedaron gustosísimos á su disposición, para que el joven dispusiese de ellos como mejor le pareciera.

TRAICIÓN, APURO Y VICTORIA

Las exquisitas precauciones de Enrique no pusieron á Margarita y su padre tan á salvo de los peligros como él se había figurado. Bien cuidó el joven de que en toda aquella tarde nadie viese al barón y su hija, para lo cual los había alojado en una habitación separada de todo contacto en la casa del Campillo; bien cuidó de, en el momento que la noche había cerrado, trasladarlos á su casa de la Herrería; pero no se apercibió de que un sagaz enemigo seguía los pasos de aquellos infelices, poniendo en grave peligro sus vidas.

Desde que los franceses habían hecho prisioneros al barón y su hija, Alberto se propuso seguir á la vista de ellos, á fin de que sus proyectos de venganza no quedaran frustrados; y como su amistad con las huestes de Napoleón le ponía al abrigo de todo riesgo, Alberto acompañó siempre á la columna que custodiaba á los prisioneros, procurando ocultarse á las miradas de ellos, á fin de que ni el barón ni su hija se recatasen en los propósitos que pudieran abrigar.

Cuando llegaron á Vitoria, él, que se había desviado de la columna, entró también en la ciudad alavesa, y después de ver la segura prisión

en que habían encerrado á los deportados, y que entre ellos estaban el barón y su hija, dirigió su pensamiento á Enrique, á quien no dudaba podría encontrar en la ciudad y hacia el cual abrigaba la más proterva trama.

Salió, pues, por la ciudad, tratando de inquirir con la más hipócrita ficción el paradero de Enrique, mas hubo de verse notablemente contrariado en sus pesquisas. Persona que conocía muy bien al antiguo estudiante de Huesca le puso al tanto de que éste había salido de Vitoria por asuntos de familia, hacía pocos días, y según sus planes no debía de regresar aún á la ciudad en algún tiempo.

El primer impulso de Alberto fué enterarse del domicilio de Enrique, descargar en la familia de éste todas las iras de su venganza; mas pensó desde el primer instante que tal procedimiento pondría en guardia á Enrique y ya le sería difícil apoderarse de él, que era el fin que Alberto se proponía; por lo cual desistió de pensar para nada en su rival hasta más favorable ocasión.

El incauto vecino que enteró al enemigo de Enrique de que éste había marchado de Vitoria pocos días ha no había engañado á Alberto. Efectivamente, Enrique había estado forastero, pero regresó á la ciudad aquella misma mañana, y esto era lo que ignoraba el que dió á Alberto las noticias de su rival.

Alberto, pues, comió con toda tranquilidad, y sólo á la caída de la tarde, cuando el sol ya casi tocaba las lejanas cumbres, fué á dar una vuelta por el depósito.

Al asomarse á una ventana desde la cual se dominaba perfectamente el patio de prisioneros, una intranquilidad que se acentuaba por instantes agitó todos sus miembros. Su vista perspicaz se fijaba por acá y acullá en los desgarrados grupos de hombres y mujeres, que bullían á sus pies; pero sus ojos no hallaban por ningún lado á Margarita y el barón. Extremecido, bajó precipitadamente la escalera, penetrando en el patio de los presos, que registró cuidadosamente. ¡Todo en vano! Margarita había desaparecido. ¿Cómo explicarse aquella fuga?

Alberto, con exquisita habilidad, preguntó á los prisioneros de uno y otro lado por Margarita y su padre, llegando sólo á inquirir, después de muchos esfuerzos, que algunos les habían visto salir con uno de los vecinos de la ciudad, que venían á traer comida á los deportados.

En aquel momento sonó una campana; las puertas del patio se abrieron, y penetraron por ellas muchos hombres y mujeres con ollas en la mano. Era el rancho de la tarde; la hora en que los caritativos vecinos de Vitoria venían á traer á sus hermanos un pedazo de pan, para que pudiesen aplacar su hambre. Alberto miró á los que llegaban; una sarcástica sonrisa de triunfo se dibujó en su rostro; y metiéndose entre un grupo de prisioneros, comenzó á mirar con compungida faz á los portadores de las ollas, que se repartían por acá y acullá.

Al fin, dos hombres que pasaron por cerca de donde se hallaba, fijándose en él, llegaron á su lado, y uno de ellos le preguntó:

—«¿También vos sois prisionero?»

—«Por mi desgracia, y muy reciente, como podréis observar por mi traje»—contestó Alberto, agregando lo del traje á fin de que el suyo, tan distinto al de los demás deportados, no llamara la atención de aquellos hombres.

—«¡Bah! Tanto mejor. Nada os apene. Por de pronto, si tenéis hambre, podéis aplacarla con estas vituallas y esta carne, y luego ya veremos»—contestó el de la olla, entregándosela á Alberto con un trozo de pan y una cuchara de palo.

Alberto, que á la última frase de aquel hombre creyó ver el hilo del misterio que perseguía, gustó la vianda que le pareció muy aceptable, por lo que comió una parte de ella, después de lo cual, ofreciendo al hombre la olla, dijo:

—«Gracias, gracias. No puedo más. El cansancio cierra mi garganta.»

Entonces el hombre, tendiendo en torno una mirada recelosa, y sacando de debajo de su traje otra olla que llevaba escondida, la embadurnó con el caldo de la vianda, y dijo á Alberto:

—«Vos llevaréis esa en la mano. Mucha serenidad ante el centinela. Seguidme, y dentro de pocos momentos seréis libre.»

Una chispa de alegría brilló en los ojos del rival de Enrique. Había dado con el secreto, é iba á saberlo todo. Sin vacilar, pues, siguió á aquellos dos hombres, que sin dificultad salieron del patio, atravesaron un corredor, pasando por fin, al cruzar la puerta del depósito, por delante del centinela, sin que éste, al verles con ollas en la mano, opusiera el más mínimo reparo á su sa-

lida. Poco después, los tres, en compañía de otros dos prisioneros á quienes acababan también de salvar, se dirigían por la Correría al Campillo, mientras el que acompañaba á Alberto explicaba á éste el mecanismo de la sociedad que habían establecido para ejercer el bien en pro de sus compatriotas, no recatándose de pronunciar entre los asociados el nombre de Enrique, ni de dar las señas del barón y Margarita, redimidos en la mañana de aquel día.

Una vez en la huerta de la casa, y bien penetrado Alberto de la situación y señas de la misma, mostró deseos de enterarse de la suerte de un amigo suyo, prisionero también; y aunque sus buenos acompañantes se ofrecieron á ayudarle en tal asunto, él les rogó le dejaran ir solo para evitar toda sospecha, quedando en que en brevísimo rato volvería para cobijarse en la casa. Sus bienhechores, pues, le franquearon la entrada de la huerta volviéndola á cerrar, y Alberto se encontró en la calle.

Entonces, dirigiendo una torva mirada á la casa, y haciendo un gesto de infernal deleite, exclamó:

—«¡Ah, desdichados! ¡Antes de media noche estaréis los tres en mi poder!»

Y tomando la bajada del cantón de las Carnicerías, desapareció.

La noche cerró por completo, y sus primeras horas pasaron sin que ningún acontecimiento extraordinario turbase la paz en las calles; mas desde dos horas antes del alba, un movimiento cre-

ciente se dejaba notar por todas partes. Á pesar de esto, ni en la casa del Campillo ni en la casa de Enrique nada turbó su habitual tranquilidad.

Por fin asomó el crepúsculo en las crestas de Urbasa y los habitantes de la casa del Campillo descansaban sosegadamente, cuando una serie de violentos golpes que sonaban en la fachada y trasera de la casa los pusieron en conmoción. Á tal estrépito, todos se lanzaron de su lecho, precipitándose á las ventanas. ¡Estaban perdidos! Los granaderos franceses, á cuya cabeza iba Alberto, habían cercado la vivienda y ordenaban que se les franqueasen todas las puertas.

Afortunadamente ninguno de los redimidos había quedado aquella noche en la casa, pues hasta Margarita y el barón, que fueron los últimos en salir, se habían guarecido en casa de Enrique.

Los dueños de la casa abrieron inmediatamente las puertas y Alberto, á la cabeza de los soldados, se abalanzó al interior, registrando escrupulosamente todos los departamentos de la habitación, y como los encontrara desiertos, lanzando un rugido increpó á sus moradores para que le revelasen el paradero del barón; mas como éstos protestaran una y otra vez de que Margarita y su padre al cerrar la noche habían abandonado aquella estancia sin decir nada de sus propósitos, ordenó á unos soldados que apresaran á los de la casa y á los demás que le siguieran, y diciendo:

—«Yo los encontraré, y ¡ay de vosotros!»

se alejó de allí con otros franceses hacia el cantón de la Soledad.

El sol se levantaba ya sobre el horizonte. En una casa de la calle de la Herrería contigua al Portal oscuro (1), y asomado á una de las ventanas de la trasera de la misma había un hombre que de modo muy inquieto miraba á la campiña. La mañana, refrescada por la suave brisa del Gorbea, era deliciosa, y el espectáculo que se ofrecía ante él, hermoso por demás. Á sus pies la huerta de la casa, cuya tapia lamía el arroyo Zapardiel (2), sobre el cual se veía un sencillo puente y más allá la llanura, cuajada de bosquecillos, limitada á lo lejos por los altos de Arrato y Badaya, y en la que destacaban los pueblecitos de Alí, Otaza, Asteguieta, Estarrona y otros. El que estaba asomado á la ventana, que no era otro que Enrique, después de inspeccionar la campiña con ávida mirada, desapareció cerrando la ventana.

Á muy poco, Alberto llegó á las afueras de aquella casa con los granaderos, y rodeándola por todos lados llamó en la puerta principal de la misma, casi á la sazón que Enrique, abriendo otra ventana de la parte de la Herrería, salió á responder diciendo:

—«¿Quién llama?»

(1) Llamóse también puerta de Anorbín y del Cristo de San Martín situada donde hoy la escalera que pegante á la casa del Sr. Marqués de la Alameda conduce de la Herrería á las Cercas.

(2) Arroyo que hoy está embocinado,

Alberto, que reconoció en el acto á su rival, contestó con imperio:

—«Yo. Abrid.»

—«¡Alberto!»—repuso Enrique montando en cólera y calculando súbitamente lo que debía de hacer.

—«Sí, Alberto»—repuso el de abajo.—«Alberto que viene á pagaros la deuda del puente del Isuela.»

—«¡Miserable!»—gritó Enrique.—«Eso lo veremos.»

—«¡Imbécil!»—contestó el otro.—«Estás rodeado. Tienes cortada la salida.»

—«¡Y tú la entrada!»—repuso aquél, y dando un portazo, cerró la ventana, y lanzándose precipitadamente al interior, hizo á toda prisa armarse á sus criados encargándoles la defensa de la trasera de la casa, entró en la estancia de Margarita y el barón para suplicarles que nada temiesen y no se movieran de allí; y armándose él, volvió á la ventana de la Herrería.

En aquel momento, un lejano é imponente estruendo hacía temblar el ambiente por todos lados. Alberto, cual si aquel sonido enardeciera su sangre, se lanzó con los suyos á la puerta de la casa, que muy pesada y bien amarrada por dentro, resistía inmóvil los hachazos sin dar señal alguna de quebrarse, ínterin el fusil de Enrique había tendido un soldado junto á ella; por lo cual Alberto, ciego de ira, corrió á la trasera de la casa, logrando escalar con otros dos la tapia del huerto; mas al asomar á éste los granaderos, retrocedieron, porque el certero fusil de

los criados, escondidos tras la ventana de aquel lado, les cortaban el paso.

Alberto, impotente y colérico, miró en torno, y sus ojos dieron con un cobertizo próximo lleno de ramaje seco. Entonces, sonriendo satánicamente y señalando el cobertizo, hizo que los suyos trajeran el ramaje y lo hacinaran en las puertas de la casa de Enrique, poniendo un poco de paja por debajo para pegarle fuego, cuando los ecos de un clarín llegaron á sus oídos. Los granaderos dirigieron su vista á la campiña. Una muchedumbre de jinetes se aproximaba á todo escape á la ciudad, á la vez que desordenados grupos de franceses cruzaban corriendo las calles de ésta. Entonces los granaderos, dando un grito de terror, abandonaron aquel lugar, huyendo precipitadamente, y Alberto, que dudó por unos instantes lo que hacer, escapó á la carrera tras ellos.

Aquella muchedumbre, que á rienda suelta venía sobre Vitoria, era una columna de caballería, mandada por Álava, ilustre hijo de la ciudad, que corría á salvarla de los horrores del saqueo, mientras los franceses, aterrados, abandonaban el pueblo en vergonzoso desorden.

La patria había vencido. El ilustre caudillo Lord Wellington acababa de arrollar la línea francesa, que con más de 60.000 hombres se extendía desde la Puebla hasta Durana al abrigo de ventajosas posiciones, fuertes castillos y cientos de cañones. El pueblo español había derrocado en José Bonaparte el imperio del gran Napoleón: los soldados de la independencia,

trepando por piras de muertos en los puentes de Arriaga, Gamarra, Asteguieta, Trespuentes y Nanclares, acababan de pasar el Zadorra, atropellando cuanto hallaban á su paso, y el ejército francés, deshecho y aterrado, huía cobardemente á ganar el Pirineo, dejando en las cercanías de Vitoria muchos hombres muertos y heridos, cañones, dinero, alhajas, joyas, armas y cuanto habían usurpado en las provincias españolas. ¡Loor á España! ¡Loor á Wellington!

Enrique, que estaba al tanto de que la batalla iba á darse en aquel día, sólo se había propuesto ganar tiempo en su apurada situación, y recorría sin darse reposo la casa de un lado á otro. De pronto, al asomarse una vez más á la ventana trasera, divisó á los de Álava, que reconoció en el acto, y corriendo, loco de alegría, á la estancia de Margarita y el barón, y abriendo sus brazos, gritó:

—«¡Viva España! Hemos vencido. Venid; venid.»

Y los tres marcharon á la ventana de la trasera, cuando ya Álava y los suyos tocaban los muros de la ciudad, y agitando al aire sus pañuelos, saludaron á los valerosos combatientes, que como leones se lanzaron al interior de las calles, tendiendo en ellas á los pocos que audaces osaron resistir.

El peligro había pasado. Enrique, después del primer momento, en que dejó ya fuera de todo evento á Margarita y el barón, se lanzó á la calle.

Su primer cuidado fué correr al depósito de prisioneros, y cruzando por entre una porción

de cadáveres, llegó á la cuesta de San Vicente. Al pie de ésta, el lívido cuerpo de un hombre yacía tendido. Enrique miró á aquel desdichado y quedó inmóvil. Era Alberto. Entonces, después de contemplarlo un instante, alzó sus ojos al cielo como en demanda de clemencia, y siguió su camino.

Al llegar al depósito, sus puertas estaban franqueadas, y muchos prisioneros, abrazándose mutuamente, entraban y salían, gritando:—«¡Viva España!»—Aquellos infelices se habían salvado.

De allí marchó precipitadamente á la casa del Campillo, á la sazón que sus compañeros de caridad, apresados por Alberto, llegaban á ella por otro lado.

Al ver al joven todos se abalanzaron á abrazarle, pues habían temido por su vida, sin que hubiesen intentado ir en su ayuda por haber estado presos, lo cual ignoraba Enrique hasta aquel momento. Con tal motivo todos se felicitaron y estrecharon entre sus brazos mutuamente, tras de lo cual Enrique escapó á su casa á contar á sus huéspedes lo que había ocurrido en aquella epopeya que dió al traste con el imperio de Napoleón en los Campos de Vitoria.

EPÍLOGO

Un año después el palacio del barón de Montmesa, á orillas del Isuela, estaba engalanado. Sus balcones lucían ricas colgaduras de lustrosa seda, y vestían sus puertas verdes arcos de follaje, que anunciaban un fausto acontecimiento.

Así efectivamente era. Margarita, la hija única de la noble estirpe de aquella casa, acababa de desposarse, entregando su mano al que, joven estudiante seis años atrás, venía á regir los destinos de la morada del barón, quien había elegido á Enrique Velasco para báculo de su vejez, y amparo y ventura de su casa. Y allí el anciano barón dejó deslizarse tranquilamente los últimos días de su existencia entre los cariños de su hija y la tierna solicitud de aquel á quien debió su libertad en el depósito de prisioneros de Vitoria la víspera de la célebre jornada de Wellington en las márgenes del Zadorra. Y allí Enrique vivió feliz por largos años en el venturoso puesto que su *amor y caridad* hubieron de conquistarle.



La desaparecida del valle

(SIGLO XIX)

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY

LA DESAPARECIDA DEL VALLE

(SIGLO XIX)

LO HISTÓRICO

NADA más cierto que los crímenes son tanto más horribles, cuanto más raros son en las localidades donde se perpetran. Bien acredita esta verdad el que sirve de motivo á la presente leyenda.

Allá á mediados de la actual centuria, un crimen raro é inusitado, de esos que, por las condiciones que lo rodean, tienen el triste privilegio de ir envueltos en las tenebrosas sombras del misterio, llevó el terror y fatídico espanto al pintoresco valle de Aramayona, enclavado al pie de los riscos de Urquiola, Amboto y Udala, en el punto en que la provincia de Álava confina por su parte N. con sus hermanas Vizcaya y Guipúzcoa.

En el pueblecillo de X de dicho valle vivía un hacendado labrador, que pasaba por ser uno de los más acomodados del territorio, en compañía de su mujer é hijos, entre los cuales contaba una joven de singular hermosura y rara penetración.

En otro de los pueblecitos del propio valle habitaba otro labrador que, en contraposición á aquél y en su calidad de colono, apenas sacaba con el sudor de su frente y trabajando de sol á sol, para cubrir las necesidades, que eran bien pocas, de la dilatada familia que Dios le había concedido.

Uno de los hijos de éste, joven de generoso corazón y acrisolada honradez, veía constantemente á la hija del hacendado. De niños, juntos corrieron en la pradera en infantiles juegos, que poco á poco despertaron vivísima simpatía del uno hacia el otro; de más edad ya, cuando ambos contaban veinte años, aquella inocente simpatía, transformada en ardiente cariño, se trocó en irresistible talismán, que atraía sus almas una á otra con poderoso esfuerzo.

Apercibidos los padres de ella de la pasión que embargaba el corazón de su hija, trataron por todos los medios de cortar aquel afecto que había de conducirla á unirse en matrimonio con un hombre cuya posición no correspondía en modo alguno á las aspiraciones que ellos tenían. Valiéronse al efecto de medios dulces en ocasiones y sobrado duros en otras, vigilándola constantemente para cortar toda relación de su hija con el hombre á quien había jurado fe.

Todo fué inútil, y como no podía menos de

sucedier, llegó un día en que el padre sorprendió á su hija en amoroso coloquio con su novio, y después de violenta escena se la llevó á su casa.

Desde este momento nadie volvió á saber el paradero de la hija del hacendado. Éste, cuando le preguntaban por ella, contestaba que estaba forastera en casa de unos parientes, y como su venida se dilataba un mes y otro mes y un año y otro año, ó su recuerdo cayó poco á poco en el olvido, ó nadie ya, pasado algún tiempo, se atrevió á volver á preguntar por ella.

Una noche, un viajero que pasaba á las altas horas por las inmediaciones de la casa del hacendado, creyó percibir extraños alaridos dentro de la misma, y fijándose más y más en ellos, adquirió la convicción de que algo grave debía de ocurrir dentro de su recinto. El viajero delató en el acto el hecho á la autoridad y quizás las sospechas que respecto al mismo abrigaba, y la autoridad, personada sin pérdida de tiempo en la casa, practicó un escrupuloso registro dentro de la misma; registro que dió por resultado el hallar en una escondida y lóbrega mansión y en el más miserable y lástimoso estado á la hija del dueño.

Inmediatamente fué transportada á Vitoria, donde se le prodigaron todos cuantos cuidados se creyeron necesarios para que recobrarla la salud; pero todo en vano, pues á los nueve meses falleció.

Por esta época llevó el terror y el espanto á todos los pueblos del Norte de la provincia de Álava, y en especial á los párrocos de los mismos, un bandido verdaderamente legendario, cuya sa-

gacidad le hacía escapar de la persecución de los Miñones, Guardia civil y vecinos, todos confabulados en contra suya.

Este hombre, tristemente célebre, llamado Temiño, cometió horribles crímenes en aquella comarca, descollando entre otros el perpetrado en Guraya, en casa de otro hacendado, el Sr. Echevarría, á consecuencia del cual falleció este último después de algún tiempo. Temiño fué encontrado cadáver por un pastor en los montes de Vitoria, habiendo sido su muerte tan trágica como su vida lo había sido.

LA CITA

Uno de los sitios más agradables y pintorescos de la provincia de Álava, es el estrecho valle de Aramayona. Aprisionado por los erguidos montes de Albertia y Amboto; salpicado de colinas vestidas de helechos y castaños, y atravesado por cien arroyuelos que lucen rústicos puentecillos, se tiende en profunda y angosta hondonada, desde el pie de Albertia hasta la entrada de Guipúzcoa, siguiendo las inflexiones del río, Aramayona, y dejando ver en su centro el pueblo de Ibarra, capital del valle, y una multitud de aldeas y caseríos en las cimas de las verdes crestas que se alzan en su fondo.

Al Sur de Ibarra destaca en alfombrada loma de las estribaciones de Albertia el pueblecillo de X, rivalizando con Iribarri, que se alza tras él en otra pequeña eminencia, con Gánzaga que se yergue á su frente en la falda de Amboto, y con

Barajuen, que corona al oriente la cima de un monte separado del cerro de X por la hondonada del valle, por la cual corre el pequeño río que lo riega.

La posición de X no puede ser más risueña y agradable. Vestidas las ondulaciones del terreno que lo circunda por espesa capa de helechos, sobre los que se alzan frondosos castañares, se deslizan por Norte y Sur de la loma en que está enclavado los bulliciosos arroyuelos de Bolueta é Icabe, que unen sus cristalinas aguas al pie de la misma bajo el caprichoso puente del caserío Errotabarri.

Entre las modestas viviendas que en la época á que me refiero componían el caserío de X, llamaba desde luego la atención una situada en la parte del pueblo que miraba á Amboto, y cuyos fuertes muros de parda piedra acusaban la mejor posición de sus moradores. Era la casa de don Pedro Este, que poseía á no dudar una de las mejores fortunas del valle; vivía en compañía de su mujer Blasa y sus hijos con tan exagerada modestia, que ni en su mesa ni en su casa daba á entender en lo más mínimo los cuantiosos medios de que podía disponer. Hombre de carácter duro y con sobrado apego al oro, jamás dejó entrever en su torva faz una sonrisa que pudiera servir de premio á la laboriosidad de sus hijos, acostumbrados por él á trabajar mucho y gastar poco.

Entre éstos contaba á Paula, joven de primorosa hermosura y apasionado corazón, y que por entonces tenía 18 años. Sobre su blanco y ovala-

do rostro, ligeramente teñido de rosa, brillaban sus rasgados ojos negros cuya penetrante mirada revelaba con tanta vehemencia como candor todo el fuego de los afectos que embargaban su alma. Paula había nacido para amar, y como no encontrara en torno suyo todo el cariño que necesitaba su apasionado corazón, había en mal hora fijado sus ojos en Pachi, joven de gallarda figura y clarísima inteligencia, que, sin más enseñanza que la que había recibido en la escuela de Ibarra y la que le había proporcionado su afición á la lectura en la librería de D. Clemente, venerable párroco de Ibarra, era el joven más ilustrado del valle, pero en pago muy pobre, por ser hijo de un colono de Gánzaga, lleno de familia.

Pachi vivía con sus padres, y cuando un día y otro se hallaba en los castañares contiguos á su pueblo, miraba una y otra vez con insistencia á las casas de X que, medio ocultas entre los castaños, se alzaban frente á frente á él; y lanzando un suspiro, apartaba apenado la vista de aquel lugar. El incauto joven había cruzado sus miradas con las de Paula; había sentido irresistible atracción hacia ella; sus almas se entendieron, y con toda la ligereza de los 20 años le entregó su corazón, sin ver en su amoroso entusiasmo la infranqueable barrera que separa al colono del opulento.

Era una apacible noche del mes de Julio de 184..... La luna, que brillaba en un cielo sembrado de estrellas, rielaba sobre las leves aguas del Bolueta, que, murmurador é inquieto, escapaba, ocultándose en los helechos, hacia el puen-

te de Errotabarri. El ambiente plácido y quieto, impregnado de los suaves aromas de mil flores, apenas rozaba las hojas de los castaños del bosque, que las Driadas y Nápeas, envueltas en los levísimos pliegues de sus mantos, recorrían por todos lados, cantando sus amores al pálido claror que el astro de la noche prestaba al valle. Acababan de sonar las nueve en el reloj de Ibarra, cuando Paula, dejando á su madre y hermanos dentro de la casa, salió de ella, dirigiéndose á un castañar situado á pocos pasos, parándose á orilla del Bolueta. Á sus pies se tendía el fantástico valle, en cuyo centro brillaban las luces de Ibarra, adonde su padre había bajado á la caída de la tarde para volver en breve. Paula recorrió de una sola mirada todo el valle, clavando después su vista en las casas de Gánzaga. De pronto una dulce sonrisa se dibujó en su expresivo rostro. En la vereda que corría desde el punto en que se hallaba á Errotabarri, había distinguido un objeto que, ocultándose y apareciendo entre la espesura, se acercaba por momentos. Su corazón no se había equivocado. Un instante después, Pachi estaba junto á ella. Ambos cruzaron una sonrisa por saludo, después de la cual el joven la dijo con cariñosa timidez:

—«Dime, Paula, ¿por qué te empeñas en atormentarme con tus temores? Sabes cuánto te amo; que estoy dispuesto á salir del valle y trabajar sin descanso para poder ofrecerte una posición, y sin embargo.....»

—«Calla, Pachi; calla, por Dios, y no me hagas sufrir. Tú sabes que no te puedo arrancar de

mi alma; que no tengo más pensamiento que tú; pero ya te lo he dicho mil veces, mi padre no consentirá jamás en nuestro cariño. Su carácter adusto y su afición al dinero te han rechazado, y por nada ni por nadie cederá.»

—«¡Ah! no lo creas. Si es preciso hacerme rico, me haré. Con tu cariño no encuentro yo obstáculos para nada; y á la entrada de este mismo otoño abandonaré este valle querido y.....»

—«¡No, no!»—interrumpió Paula.—«Tengo miedo, mucho miedo de que te alejes de mí.»

—«¿Miedo? ¿De qué?»—repuso el joven.

—«No lo sé»—añadió ella.—«Conozco á mi padre; sé que es capaz de todo y á veces tengo presentimientos horribles.»

—«Nada temas»—dijo Pachi.—«¿No ves cómo después de tanto tiempo sin hablarte, la felicidad nos ha deparado esta entrevista? Y aquí, á la luz de la luna, junto al arroyo y contemplando el valle al lado tuyo, ¿qué más puedo desear?»

Paula, á las palabras de Pachi, desvió pudorosa sus ojos hacia Ibarra, mirando después intranquila á todas partes, lo cual advertido por el joven, éste prosiguió:

—«Nada temas. Tu padre no viene aún. Pensemos ahora en nosotros. Dame palabra de que pasado mañana irás á la romería de Guraya. Allí estaré yo en tu busca, y si no pudiésemos hablar me contentaré con verte cerca de mí.»

—«Pachi, yo no puedo prometerte lo que me exiges; bien lo sabes que no dispongo de mí. Pero me lleven ó no á Guraya, está seguro de que yo no pienso más que en ti.»

—«¡Ah! ¡qué buena eres!»—repuso Pachi, estrechando entre sus manos las de su amada, cuando ésta, con inquieto temor, añadió:

—«¡Mi padre, mi padre! Por allí, por allí sube ya la cuesta.»

Los jóvenes cruzaron una mirada en la cual se comunicaron una vez más lo que ambos sentían, y diciendo Pachi: «Hasta Guraya,» se internó en el castañar, á la vez que Paula había entrado en su casa.

En efecto, D. Pedro subía ya la cuesta en dirección á su casa con toda la agilidad que le permitían sus 60 años. Paula se sentó al lado de la ventana donde estaba su madre tomando el fresco, mientras sus hermanos hablaban.

D. Pedro llegó á su casa, y contra costumbre, su semblante era risueño y agradable. Su hija le miró con impaciencia, como queriendo saber la causa de aquello que muy pocas veces acontecía, pero nada se atrevió á preguntar; cuando D. Pedro, dirigiéndose á Blasa, le dijo:

—«Estamos de enhorabuena. Todas las haciendas de Villarreal son nuestras. Pasado mañana irá el abogado á la romería de Santiago en Guraya y me entregará los papeles. Hay que disponer, pues, buena merienda para todos, que iremos allá.»

Á estas palabras, el corazón de Paula dió un vuelco de alegría, y sin poderse contener añadió:

—«¿También yo?»

—«También tú»—repuso su padre.— «Pero mucho cuidado con.....»

—«Paula volvió los ojos hacia la campiña y

nada objetó, ínterin su padre contaba á su familia las peripecias del pleito, hasta que bien entrada la noche todos se retiraron á descansar.

Mientras, Pachi había bajado la pendiente del castañar, subiendo después hacia Echagüen. Entre tanto contemplaba la silueta de Amboto, que se alzaba frente á él, y no pudiéndose sustraer á las tradiciones que desde niño había oído contar en la comarca, le parecía ver al pálido tinte que la luna prestaba á la montaña, la fantástica y blanquísima sombra de D.^a Urraca, genio protector del valle, y que á la calenturienta imaginación del joven se presentaba en aquellos momentos como el ángel tutelar de sus infortunados amores. Al intentar el joven desviarse á la derecha para llegar á Gánzaga, le pareció percibir un lejano ruido en la maleza. Pachi, que á su complexión robusta unía un esforzado corazón, quedó al acecho, y convencido de que no se había equivocado, se dirigió cautelosamente hacia el sitio de donde el ruido venía, y á fuerza de precaución pudo llegar sin ser visto á una espesa oquedad, donde á la luz de la luna vió á dos hombres, que sostenían el siguiente diálogo:

—«Tenéis primero que apoderaros de ella y vendarle los ojos antes que yo entre, porque me conoce muy bien y seríamos perdidos»—dijo el uno.

—«Eso corre de mi cuenta»—replicó el otro, añadiendo:—«¿pero tú conoces bien los rincones de la casa y sabes dónde guardan el dinero?»

—«Los conozco, dijo el primero, mejor que tú la cueva en donde os guarecéis. Por algo he sido

criado de la casa cinco años; pero ¡voto al diablo! que no quiero matar á la dueña, que se portó bien conmigo. Me basta con robarla, y que no sepa que yo he dispuesto el golpe. Respecto de él, haremos lo que queráis.»

—«Así se lo diré»—contestó el otro «por más que ya sabes que Temiño no admite nunca condiciones; pero el golpe es seguro y bueno, y sin ti.....»

—«Nada haríais»—repuso su compañero.—«Conque pasado mañana á las once de la noche al pie de la cuesta.»

—«No faltaremos»—concluyó el aludido, y sin más ceremonias se deslizaron uno por cada lado, desapareciendo á poco en la espesura.

Pachi, al oír pronunciar el nombre de Temiño, había quedado absorto. Durante el breve relato de los bandidos, dudó si echarse sobre ellos á pesar de estar desarmado; pero el deseo de apoderarse del secreto le hizo callar, y ya al último, dudando lo que debiera de hacer, desperdició un momento que bastó á los otros para desaparecer.

Pachi vaciló un instante, y después tomó el camino de Gánzaga, entrando á poco en su casa. Aquella noche no pudo conciliar el sueño. Temiño, la cueva de los bandidos, la casa amenazada, la cuesta, todo bullía en su cerebro sin que acertase á coordinar nada claro, hasta que al crepúsculo de la mañana, rendido de cansancio, se durmió,

TARDE FELIZ Y NOCHE ACIAGA

Á unos cinco kilómetros escasos, subiendo por la primitiva estrecha y pendiente carretera, hoy en desuso, que conducía de Ibarra á Villarreal, se encuentra ya á mucha altura el pueblecillo de Guraya, enclavado en muy ameno sitio. Las pocas casas que lo forman, esparcidas en agradable desorden, se ocultan entre los corpulentos castaños que visten toda aquella zona, y cuyo fruto forma en el invierno la base de la alimentación de casi todos los labriegos del país. Entre las fiestas que los sencillos moradores de Guraya celebran con más solemnidad es la de Santiago, en cuyo honor hay en el pueblo una concurrida romería. El día de Santiago, Guraya se transforma por completo. Sus moradores, católicos viejos, visten de gala, sustituyendo los hombres la burda chaqueta de estambre por otra de paño que resalta sobre su limpia camisa, pantalón de pana, abarcas nuevas y faja y boina de rojo de fuego; y las mujeres su oscuro traje de faena por saya corta de floreado percal, zapato bajo sobre blanca media, pañuelo corto que cubre la espalda y en la parte posterior de la cabeza blanquísima toca, por la que sale hermosa trenza de pelo, que en muchas llega hasta los mismos talones. De tal modo asisten todos á la iglesia por la mañana á misa mayor, y por la tarde á vísperas, después de lo cual los viejos se reúnen en una casa á disputar sobre cuál pareja de bueyes tiene más fuerza ó qué castañar ha de producir más

aquel año, y los jóvenes, haciendo piruetas en el aurescu al son del clásico tamboril, procuran conquistar el corazón de las bellas hijas del valle.

La tarde del día de Santiago á que me refiero, era espléndida por demás. El sol brillaba en el purísimo azul del cielo sobre un ambiente ligeramente agitado por la leve brisa que embalsamaba la pradera del castañar en que se celebraba la romería. Á la fresca sombra de sus árboles, y sentados sobre la hierba, merendaban alegremente multitud de grupos de campesinos, formando bulliciosos corros en los que la expansión y la algazara no se daban momento de reposo. Únicamente se permitía el lujo de utilizar como mesa un tosco banco de piedra enclavado en el centro de la pradera, el indispensable en todas las romerías de Vasconia; el tamborilero, que á la sazón lo era Paulo-chistu. Paulo, en aquel entonces, era el tipo gráfico de su tradicional clase. Nacido en el valle, de elevada estatura y fornida complexión, le llevaron sus aficiones musicales desde muy joven al estudio del clásico silbo y tamboril con tal aprovechamiento, que no tardó en obtener de aquel municipio la plaza de tamborilero del valle; después de lo cual se dedicó con toda asiduidad al estudio del manicordio.

En la época en que yo le conocí, era una especie de historia viva de todo el contorno. Contaba á la sazón 65 años y conocía al detalle la historia de todas las familias de la comarca.

Él, lanzando al viento las penetrantes melodías del silbo, había sorprendido las primeras miradas que sus contemporáneos dirigieron á sus novias;

él, con su tamboril, había alegrado las bodas de todos, acelerando ó retrasando picarescamente el compás cuando lo creía oportuno; y él, sentado á su manicordio, á los tristes tañidos de sus gangosas cuerdas, les había dado en los funerales el último adiós. He aquí por qué, hallándose en todo y á merced de su carácter observador y francote, nada desconocía en el valle.

Estaba, pues, Paulo-chistu con sus compañeros de mesa dando buena cuenta de unos pollos asados, á los que, sin duda porque no imitasen á la gallina de Santo Domingo de la Calzada y le hiciesen la competencia, trataba de ahogar en mosto de la Rioja, que, encendiendo sus colores y aumentando su locuacidad, hacía que mirase en derredor con cierto desdén, como diciendo: *«A todos estos los nuevo yo cuando quiera.»*

En uno de los rincones de la pradera se hallaba también merendando D. Pedro y su familia en compañía del abogado y algunos otros, y en el extremo opuesto, al abrigo de un zarzal, merendaba á la vez Pachi con otros amigos, lo cual hacía singular contraste, pues mientras D. Pedro, de ordinario áspero y ceñudo, aparecía jovial y expansivo, Pachi, de ordinario alegre y decidor, estaba mustio y preocupado; lo cual no quitaba para que de cuando en cuando sonriese, cuando á hurtadillas se encontraba su mirada con la de Paula, que muy pronto se apercibió de la presencia de su amado, en tanto que la familia de la joven no se daba cuenta de que Pachi estaba no lejos de ella.

Realmente tenía motivos Pachi para estar preo-

cupado. Desde la noche en que oyó la conversación de los bandidos cerca de Echagüen, su fogosa imaginación forjaba en su cerebro las más descabelladas suposiciones. Culpábase á sí mismo de la indecisión que tuvo entonces, juzgando que debió haber cerrado el paso á uno de ellos, y haberle obligado á declarar el misterioso crimen proyectado; y no viendo que en modo alguno tuviera relación con Paula el proyecto de aquellos hombres, de incoherencia en incoherencia había llegado á convencerse de que la mujer á quien trataban de sujetar y vendarle los ojos era Paula, y el otro á quien se habían referido era su padre, y otra porción de análogos supuestos; y á tal punto se llegó á convencer de ello, que confiando el secreto á los tres amigos que entonces estaban con él, les había comprometido á que le acompañasen aquella noche. En los dos días, pues, que transcurrieron desde su entrevista con Paula, había sufrido mucho.

El mosto de la Rioja no había hecho ver visiones á Paulo-chistu. Éste, á quien ni aun los festines campestres hacían olvidar sus deberes, concluído que hubo de merendar, metió la bota á prevención debajo del asiento de piedra para mojar la boca de cuando en cuando, y subiéndose al banco, y colgando su tamboril del brazo izquierdo, lanzó á los aires un estridente garabato de su silbo, que cual eléctrico resorte puso en movimiento á todos los corros de la pradera. Instantáneamente el cuadro cambió por completo. Los grupos desaparecieron, mezclándose todos en bullicioso montón, que se agitaba alrededor del

banco de Paulo-chistu, al compás de los vivos golpes de su tamboril y enmarañadas melodías de su silbo.

Sólo D. Pedro y su mujer Blasa habían desaparecido de la pradera, retirándose en compañía del abogado á una casa próxima á tratar del asunto del pleito, dejando entre tanto á Paula con sus amigas en el baile, y ¡cosa rara! sin que á su padre le ocurriese advertirla, como de costumbre, que tuviera mucho cuidado con lo que hacía; olvido sólo explicable porque las nuevas haciendas del pleito, que veía ya el avaro en sus manos, le embargaban en aquellos instantes el alma por completo.

Pachi, que no perdía de vista á Paula ni un momento, á medida que veía alejarse á los padres de ésta, cambiaba sin darse cuenta de aspecto, y en su alegría hasta se olvidó de los bandidos de Echagüen. La ocasión le brindaba tentadora; Paula allí, hermosa como nunca, libre de las tiránicas órdenes de su padre, las brisas de la tarde, las alegres notas del tamboril, el regocijo de las gentes, todo, todo en subyugador concierto fascinaba su cerebro, impeliéndole á aprovechar aquellos momentos, que pasaban rápidos como las brisas de la montaña. Loco, pues, de alegría, se dirigió á donde estaba la joven, y después de un ligero saludo á sus compañeras, se colocó á su lado. Ésta dijo á su amado el por qué sus padres se habían retirado en aquellos instantes á la casa para volver después; y Pachi, aunque pensó en ello, nada quiso decirle á ella de la escena de los bandidos por no intimidarla. Entre protes-

tas de amor y ardientes promesas, ninguno de los dos había notado que las compañeras de Paula se habían puesto á bailar cerca de ellos; al apercibirse de lo cual, Pachi miró de muy suplicante modo á Paula, y ésta, después de vacilar un momento y encendida como una amapola, dió la mano al joven y se pusieron también á bailar.

Paulo-chistu, á cuya vista de lince nada se ocultaba, atisbó al instante á la feliz pareja, y como enterado de todo, queriendo ayudarles con su melódico esfuerzo, dió á los tonos de su silbo un matiz apasionado y dulce como nunca; pero á muy poco, con aires precipitados y fuertes, cual si tocase á rebato, quiso indicarles el peligro que corrían, pues el buen tamborilero distinguió á lo lejos á D. Pedro y su mujer que se dirigían á la pradera; mas los chicos no estaban en aquellos momentos para apreciar las aplicaciones de la melodía al lenguaje, y danzando entre aquel torbellino fueron á dar con los padres de Paula en el momento en que éstos entraban en la pradera.

Como herida de un rayo, la pareja quedó inmóvil á la vista de D. Pedro. Éste midió con una mirada de alto á bajo á su hija, haciéndola una seña; Pachi, sin darse cuenta, se desprendió de los brazos de Paula mirando á otro lado, y ésta, obedeciendo á una muda indicación de su padre, tomó el camino de X, marchando tras ella sus progenitores, en tanto que Pachi, abismado, salía de la pradera hacia un apartado rincón del castañar, en medio de la estupefacción de cuantos habían presenciado tan violenta escena.

El infortunado joven tendió maquinalmente la

vista hacia la hondonada y vió á la joven que, seguida de sus padres, se alejaba por momentos para perderse en la espesura, á lo cual, entre un cúmulo de ideas que se agolpaban en su cabeza, sus piernas desfallecieron y se sentó en la roca apoyando su frente sobre la mano. Desde allí, á la vez que veía alejarse su esperanza con la dueña de sus amores, percibía entre el sordo murmullo de la muchedumbre los lejanos ecos del tamboril que se perdían en la montaña, todo lo cual oprimía su corazón de un modo horrible. De pronto el toque de oración sonó en la campana del templo vecino. Á sus ecos, Pachi, como regenerado de súbito, se levantó, descubrió su cabeza, y mirando al cielo murmuró una oración; y acto continuo, sin vacilar, tomó el camino de Ibarra, sintiendo á sus espaldas el alegre ¡¡ujujú!! de los campesinos y campesinas que en grupos descendían á sus hogares.

Dos horas habían pasado cuando Pachi y sus tres compañeros, armados de escopetas y sigilosamente, salían de Ibarra por la ermita de Santa Ana en dirección á X. Á poco de la ermita tomaron la derecha, y por la orilla del río pasaron por el caserío de Errotabarri y se dirigieron por un estrecho sendero. Á poco se hallaban en los alrededores de la casa de D. Pedro. Allí se ocultaron entre la maléza.

Pachi, como he dicho, obcecado en sus quiméricos temores, llegó á convencer á sus amigos de que el asalto de los bandidos se dirigía á la casa de Paula, y en medio de sus inquietudes hasta se había alegrado grandemente de ello, pues pen-

saba que aquella noche, librando por su propio brazo á la casa del golpe que le amenazaba, adquiriría la benevolencia y afecto de D. Pedro, siquiera no fuese más que en atención de haberle librado sus talegas de la rapiña.

Por otra parte, los amigos de Pachi, á quienes él trataba con subyugante cariño y merced al claro talento de éste, que había sabido sobreponerse á ellos, le profesaban un afecto tan tierno como respetuoso, y obedecían de muy buen grado las indicaciones de él, por lo que se disputaban el placer de complacerle. Los cuatro, pues, jóvenes, robustos y decididos, anhelaban hacer con los bandidos aquella noche algo que fuera sonado en el valle.

Pero he aquí que el famoso Temiño no debía de opinar del mismo modo, porque los jóvenes apostados en su acecho oyeron dar las once, las doce y la una, y ni el más leve ruido turbó un instante el silencio de los alrededores de la casa de D. Pedro; por lo cual, á las dos de la madrugada, Pachi y sus amigos, haciendo los más diversos comentarios acerca del caso, se retiraron á descansar.

En pago, á la mañana siguiente el terror y el espanto cundían por el valle. Aquella misma noche, Temiño con su partida, guiados por un criado del Sr. Echevarría, había asaltado á media noche la casa de éste en Guraya (que no era otra que aquella en que estuvieron los padres de Paula en la tarde anterior tratando del pleito) cometiendo las más abominables atrocidades en ella. Conforme había oído Pachi á los misteriosos

hombres cerca de Eçhagüen, vendaron y sujetaron á la mujer del dueño; robaron cuantas alhajas y dinero había en la casa; y sentando y sujetando al dueño en una silla de paja, le pegaron fuego al asiento de la misma, huyendo después, mientras las llamas carbonizaban los miembros del desgraciado Echevarría.

EL ASALTO

Seis meses habían transcurrido desde la aciaga noche del robo de Guraya, y durante todo ese tiempo Pachi había vivido en el más horroroso suplicio.

Desde el día siguiente á la romería de Santiago, nadie sabía en todo el contorno el paradero de Paula. Los vecinos del valle al principio preguntaban frecuentemente por ella, sin haber obtenido otra contestación de su padre más que la había mandado á casa de unos parientes de Andalucía; y como llegaran á comprender que sus preguntas molestaban á D. Pedro, se guardaron muy mucho de volverle é interpelar, en términos de que á la sazón nadie se ocupase de Paula.

No así Pachi. Éste, desde los primeros momentos de la ausencia de su amada, no descansó un solo instante por inquirir su paradero, pero todo en vano. Él había preguntado á cuantos creía que podían tener algún indicio; había averiguado toda la parentela de la familia de Paula, y escudriñándolo todo se había convencido de que ningún pariente suyo estaba al tanto de su misteriosa desaparición; había relacionado el robo

de Guraya, ocurrido precisamente en la casa donde aquella misma tarde estuvieron los padres de Paula, y en sus disparatados cálculos hasta la suponía robada por los bandidos; pero como esto se avenía muy mal con la tranquilidad de don Pedro y Blasa, rechazaba ese supuesto; y en fin, á fuerza de torturar su entendimiento en balde, bullía en su cerebro un cúmulo de ideas contradictorias, que torturaban su alma, aniquilaron su robusta complexión y engendraron en él un carácter tétrico y meditabundo; lo cual hacía que todos los del valle le compadecieran grandemente.

Una tarde, Pachi se encontraba sentado en una piedra, mirando maquinalmente el chorro de clarísima agua de hierro que brotaba en la fuente de Goicoerota. Á sus pies corría bullicioso el río de Echagüen, y desde su orilla se alzaba frente á él el pendiente cerro de Andra María, cuya cima coronaba la vetusta ermita de su nombre. El sol marchito no podía contrarrestar el frío soplo del fuerte viento de Enero que, sacudiendo el escueto ramaje, engendraba un ambiente duro y desagradable, sin que, á pesar de esto, molestase en lo más mínimo al ensimismado Pachi. Al cabo de un rato, una gitana de oscura piel y desgreñados cabellos apareció en la plazoleta de la fuente. La mujer clavó sus ojos por algún tiempo en Pachi, sin que éste se apercibiese de su presencia, y sonriendo miró maliciosamente al manantial diciendo:

—«Buenas tardes.»

—«Muy buenas»—contestó el aludido sin alzar siquiera la vista.

—«Mejores las podías tener si te fiaras de mí»
—repuso la gitana.

Entonces Pachi levantó rápidamente la cabeza y mirando á la mujer de arriba abajo, con cara fosca contestó:

—«¿Qué quieres decir con eso?»

—«No te irrites»—añadió la gitana.—«Conozco la causa de tus pesares, y yo podía poner remedio á tu mal, revelándote.....»

Pachi clavó la vista con insistencia en aquella mujer á quien veía por la primera vez en su vida, y agitado le dijo:

—«¿Qué dices? ¿qué dices?»

La mujer, viendo la sorpresa é inquietud del joven, con aire de triunfo le contestó:

—«Que puedo revelarte un secreto que remediaría todos tus males. Tú amas á Paula; ella te ama á ti. Paula ha desaparecido del valle, y yo...»

—«¡Vive Dios!»—interrumpió el joven.—«Dime quién eres y qué es lo que sabes, ó te arranco la lengua.»

—«Te he dicho ya que no te irrites, que sería funesto para ti»—continuó la mujer.—«Soy una hija de la desgracia; pero la casualidad me ha deparado la suerte de saber dónde se encuentra la mujer á quien amas. Si me entregas la cantidad que necesito para rescatar á un hijo mío de la prisión, te enseñaré dónde se halla la hija de D. Pedro.»

—«¡Infame!»—repuso Pachi.—«¿Crees engañarme con tus embustes? Yo te juro.....»

—«Te ruego por última vez que no te irrites. Para que no dudes de mis palabras, tú no me entregarás los cien duros que necesito hasta que estemos en presencia de Paula. Conque piensa y decide.»

Pachi volvió á mirar á la mujer estupefacto. La imagen de su amada, la entereza de las palabras de la gitana; la proposición de no recibir el dinero hasta estar en presencia de Paula; cien duros que para él eran un capital que no tenía; todo se agolpó á su excitado cerebro, y después de vacilar un momento dijo á la mujer:

—«Corriente. Mañana.....»

—«Á las dos de la tarde te espero en aquella vereda»—prosiguió la gitana señalando á un sendero que desde la parte de Echagüen se dirigía á los montes de Albina, y tomando la orilla del río desapareció entre los árboles; mientras Pachi, que en los primeros momentos le había seguido con su mirada, echó á andar en dirección á Ibarra.

Al siguiente día, á la primera hora de la tarde, Pachi cruzaba el caserío de Goicoerota en dirección al punto que había convenido con la gitana. Marchaba con aire resuelto, pero apesadumbrado, como hacía mucho tiempo que lo estaba. En su desesperada situación no vaciló en pedir prestada una cantidad sobrado grande para él, pero que tal vez iba á abrirle las puertas de la felicidad, y sobre todo le confortaba el pensamiento de que á nada malo se exponía, una vez que él no había de entregar el dinero sino en presencia de Paula. Siguió, pues, el camino de

la vereda, y luego que hubo llegado á ella se sentó sobre una pequeña eminencia y esperó.

Las dos sonaban en el reloj de Ibarra, cuando la gitana apareció á su vista. Ésta, al ver al joven, no pudo reprimir un gesto de alegría, y diciendo: «Sígueme», tomó la subida de la cuesta en dirección á Albina. En sepulcral silencio marcharon largo rato uno tras otra. Á poco habían perdido de vista á Ibarra, trasponiendo un cerro. El monte por donde marchaban era muy espeso de maleza.

De pronto Pachi se sintió sujeto por derecha é izquierda; cuatro hombres se habían echado sobre él, y antes de que pudiera defenderse le habían amarrado las manos con fuerte cordel. Entonces comprendió de lleno su insensata é imprudente credulidad, y ebrio de cólera iba á increpar á la gitana, pero ésta había desaparecido. Los bandidos registraron escrupulosamente al joven, robándole ciegos duros que en monedas de oro llevaba en un pequeño paquete.

Pachi, que en la voz reconoció á los dos misteriosos hombres cuya conversación había sorprendido seis meses antes cerca de Echagüen, prorrumpió en denuestos é insultos contra ellos; mas éstos, sin darse por agraviados, lo acabaron de registrar, lo echaron en tierra maniatado como estaba, y dirigiéndose á otro que se había separado un poquito, dijo uno de ellos:

—«Temiño, hemos acabado.»

—«Pues en marcha»—contestó el aludido, y los cuatro desaparecieron por la vertiente.

La situación de Pachi no podía ser más deses-

perada. Loco de coraje al verse sujeto de aquel modo, y pensando que de nada le había valido su esforzado corazón para defenderse de los malhechores, no se perdonaba á sí mismo la temeraria inocencia con que había dado crédito á las palabras de la gitana, causa de su mal. Forcejeando y nervioso logró al cabo de un rato desligar la cuerda que ceñía sus manos, y después de calcular de una ojeada el camino que podían haber tomado los salteadores, se dirigió á Gánzaga, dudando la resolución que debía tomar. ¿Convenría dar parte á la autoridad de lo ocurrido? Esto era pregonar que le habían robado cien duros, y en este caso, ¿no podía quizás sospechar la generosa mano que sin más garantía que su palabra se los había prestado, que el robo era un mito para evadir su devolución? Por otra parte, nada adelantaba con delatar á los bandidos para evitar sus rapiñas, pues éstos cometían con frecuencia en aquella temporada hechos análogos en distintos puntos del país, y las autoridades, sabedoras de ello, los perseguían incesantemente; pero hasta la fecha no habían podido darles alcance. Optó, pues, por callar y trabajar sin descanso, á fin de proporcionarse los cien duros que debía devolver antes del año, pues á eso se había comprometido.

Por otro lado, como en el valle sólo hallaba amarguras y desengaños y no le era posible en él proporcionarse lo que necesitaba, decidió abandonarlo por el pronto, mas con el firme propósito de volver á él en época no lejana. Con tales pensamientos, Pachi dejó el valle ocho días des-

pués, y no tardó en saberse con júbilo de parte de todos en Aramayona que estaba colocado al frente del escritorio de un acreditado comercio de Sevilla.

Á los dos meses de haber salido Páchi del valle en que nació, corría en Aramayona de boca en boca el siguiente relato: En la vertiente S. E. de los montes altos de Vitoria, cerca de Oquina, dos aldeanos cruzaban la espesura de la montaña, cuando oyeron cerca de sí una lastimera voz que les suplicaba se acercasen. Cuando así lo hicieron los campesinos, contemplaron á sus pies con terrorífica sorpresa á un hombre que, tendido entre las zarzas, arrojando abundante sangre por una herida y moribundo, les rogó en entrecortada frase que entregaran un reloj y una cantidad que les daba, al señor cura de Betoño, á quien el moribundo se lo había robado. Aquel desgraciado era Temiño, azote y terror de aquellas comarcas, á quien una bala de sus perseguidores había alcanzado una hora antes, y herido y huyendo de ellos, pudo llegar jadeante á ocultarse allí. Media hora después el bandido era cadáver, y su cuerpo insepulto y fétido ofreció por más de quince días repugnante pasto á la voracidad de los buitres, pues los aldeanos se contentaron con entregar al señor cura, tiempo después, lo que de Temiño recibieran, sin dar parte al juzgado; mas lo dió á los quince días un pastor que encontró el cadáver ya descompuesto.

SIETE AÑOS DESPUÉS

Siete años habían transcurrido desde los sucesos que acabamos de relatar. Contra la creencia de todos, Pachi, lejos de volver al valle, se había separado más y más de él. Á los tres años de estar en Sevilla, y ya perfectamente impuesto en los negocios comerciales, se embarcó con rumbo á las repúblicas de la América del Sur. Así lo contó su padre en el pueblo cuando Pachi había salido de Sevilla; y como la callada mano del tiempo todo lo va borrando con pertinaz insistencia, la historia de los desgraciados amores de Paula y Pachi fué olvidándose poco á poco, al extremo de que á la sazón, sólo cuando la casualidad así lo deparaba, salía á plato para enterarle de ella á algún forastero que la ignoraba.

Pachi parecía haber olvidado el escondido rincón que le dió cuna. En tiempo oportuno satisfizo los cien duros que había pedido, después de lo cual á nadie volvió ya á escribir, como no fuera á su padre, al que lo hacía de cuando en cuando. Á pesar de esto, bastante tiempo después de su salida del valle comentaba la chismosa curiosidad de las viejas de Aramayona el hecho de que Paico, popular ordinario que entonces era el encargado de llevar á Vitoria la correspondencia del valle, llevase todas las semanas, sin faltar ni una sola, una carta para Pachi dirigida á Sevilla, y que el ordinario depositaba en el buzón de Vitoria. Por una indiscreción de la mujer de éste, llegaron las otras á saber lo de la carta; pero ni su mujer

ni las otras pudieron arrancar jamás al ordinario el secreto de quién le entregaba la misteriosa epístola; lo cual tenía muy malhumorada á la valetudinaria grey femenil contra Paico, quien se vengaba de sus enemigas cuando por las mañanas emprendía su viaje á Vitoria y encontraba á algunas al paso, sacando con fruición la carta del bolsillo, enseñándosela un poco y volviéndola á guardar.

Desde que Pachi salió para América, Paico sólo llevaba una carta cada dos meses, que iba dirigida á Valparaíso.

Era una huracánada noche de otoño. El ábrego, bramando con coraje, se estrellaba en las pedradas peñas de Amboto, empujando los densos nubarrones que cruzaban el valle, cuyas inquietas arboledas crujían al furor del viento. Un silencio sepulcral reinaba en el pueblo de Ibarra, en que sus honrados habitantes dormían el tranquilo sueño que proporciona el trabajo de todo el día. Ni una sola luz brillaba en ninguna de sus viviendas.

Se deslizaba ya la media noche cuando por el alto de Albina, un jinete bajaba en dirección á Ibarra. Á la luz de la luna, que oculta entre nubecillas aparecía de cuando en cuando, podía verse en él á un hombre de robusta complexión y blanca barba, y cuyo porte y traje revelaban ser el viajero algún labrador rico del país.

El jinete caminaba en dirección á X, como quien conoce perfectamente el terreno, y cuando hubo llegado al pueblo y pasaba por debajo de la casa de D. Pedro hirió sus oídos el eco pene-

trante y confuso de un alarido, á lo cual refrenó instintivamente á su caballo, quedándose parado para escuchar, pero nada volvió á turbar el silencio, y atribuyendo el hecho á su fantasía, iba á romper la marcha de nuevo, cuando otro segundo grito y luego otro y otro, más claros y perceptibles que el primero, resonaron en los aires. Entonces el caballero, aterrado ante lo que sus oídos percibían, saltó del caballo, sujetando las bridas á una zarza, y subiendo la pequeña pendiente que le separaba de la casa, llegó hasta el muro de la misma. Poco tuvo que esperar. El grito más perceptible, más fuerte, más aterrador, volvió á sonar una y otra vez. ¿Qué podía ser aquello? El hecho no daba lugar á duda. Dentro de aquella casa pasaba algo, y algo grave. Y en tan crítica situación, ¿qué hacer? En la casa el silencio era absoluto. ¿Llamar? Nada adelantaría con eso, pues si se trataba de un crimen no había de lograr que le abriesen.

El hombre vaciló un instante, al cabo del cual bajó la pendiente, desató las bridas del caballo, y montando salió á escape para Ibarra.

Á la entrada del pueblo se apeó en una casa frente á la iglesia, y llamó. Á muy poco una mujer abrió la puerta, y el viajero preguntó por el sargento de la guardia civil. Éste no se hizo esperar, y el recién venido, en breve relato, le puso al tanto de lo que había observado, y las sospechas que su buen juicio ó quizás su exagerada fantasía le habían hecho concebir. El sargento dispuso en el acto personarse con dos guardias

en la casa de X, y á muy poco, él con la pareja, salía en dirección á dicho punto.

Cuando hubieron llegado á la casa el silencio era absoluto; ni el más leve rumor turbaba la calma de la noche. Rodeada la casa, estuvieron un breve rato al acecho, pero nada pudieron percibir. Entonces el sargento llamó en la puerta. Á la tercera vez una mujer asomó á la ventana preguntando quién llamaba, y el sargento dió orden de abrir inmediatamente. Ésta no tardó en cumplirse. Después de los ruidos consiguientes á quitar una y otra tranca que sujetaban la puerta por dentro, ésta se franqueó de par en par. La guardia civil penetró en la casa, y el sargento, recluyendo en una habitación á todos menos al dueño y la criada para que alumbrase, ordenó á éste que les abriese todos los departamentos de la vivienda. El dueño, algo turbado (lo cual no escapó á la penetración del sargento) franqueó á la autoridad cuantas puertas se presentaban á la vista sin que nada de particular encontraran, é iba ya el sargento á interrogar á los encerrados, cuando un penetrante alarido, cual si saliese de los antros, llegó á sus oídos.

El manajo de llaves tembló en las manos del dueño, que turbado y convulso apartó la vista hacia la pared; el guardia clavó sus ojos en él, y antes de dejarle reponerse, le dijo:

—«Las llaves de ese departamento en donde se quejan; á escape.»

El viejo vaciló, pero el sargento, señalando en la dirección que le pareció haberse percibido el grito, le obligó á marchar delante. Atravesaron,

pues, los tres tras de la criada un estrecho y oscuro pasadizo, cuyo final cerraba un mal tabique de vieja tabla, en cuyo centro había un ventanuco. Al llegar á él, el viejo quedó como clavado en el pavimento, mirando con horror á aquella parte. El sargento avanzó, y dando un brioso golpe á la ventana la franqueó de par en par.

El cuadro que se ofreció á sus ojos fué horrible. Á la oscilante luz del negro candil que la criada sostenía en su temblorosa mano, pudieron ver un lóbrego y reducido aposento en cuyo terroso suelo aparecía inerte un cuerpo humano. El vigoroso guardia hizo tirar inmediatamente gran parte de las tablas que cerraban el aposento y penetraron en la estancia. Allí, en hediondo tabuco, iluminado malamente por una reducida y alta ventana, sobre húmedo y desigual pavimento de tierra, estaba tendida una mujer cuyo demacrado rostro de estúpida fisonomía apenas daba señales de apercibirse de lo que le rodeaba, yaciendo inmóvil con la cabeza apoyada en el suelo, y su larga cabellera asida por su extremo inferior al pavimento. ¡Aquella desgraciada era Paula! El dolor, que se había cebado con implacable saña en la hermosa joven del valle, transformó su blanquísimo rostro en rugosa, amarillenta y descarnada faz, apagando el fuego de sus ojos con estúpida mirada y trocando las contorneadas formas de su cuerpo por enjutos y pronunciados salientes de sus huesos. ¡Cuánta amargura fué necesaria para cambio tan radical!

Á las primeras preguntas que hubo de dirigir-la comprendió el sargento que aquella mártir de

sus soñadas venturas no sólo había perdido la razón, sino que también el uso de la palabra.

Inmediatamente se dió parte del caso al Juzgado, que con toda urgencia se personó en el lugar del suceso, teniendo necesidad de cortar el cabello á la infeliz Paula, para poder levantarla del suelo.

Instruídas las primeras diligencias, fueron recluídos sus padres en la cárcel de Vitoria, á cuya ciudad también fué conducida Paula, instalándola en una alegre y espaciosa vivienda rodeada de jardines y prodigándole todo género de cuidados y atenciones para atender á su curación.

Depurados los hechos, llegó á saber el valle todo lo horrible de las desgracias que habían pasado sobre la más hermosa joven del contorno. Entonces se supo que la noche misma de la romería había sido encerrada Paula en su severa prisión donde con áspero trato y dura pertinacia recibía en medio de glacial silencio el alimento necesario para la vida por un mezquino ventanuco; que había permanecido en su cárcel siete años consecutivos, sin que pudiera abrir ni un solo día sus ojos á los claros rayos del sol, ni su atribulado corazón á las halagadoras brisas de la campiña; que rendida de luchar y luchar con los horrores de su soledad, su espíritu, debilitado al principio y fascinado después, concluyó por embotarse paulatinamente hasta llegar al idiotismo, á la vez que las energías de su organismo, apagándose gradualmente, atrofiaron poco á poco sus miembros hasta la decrepitud en que se hallaba; y todo, todo para arrancar de su alma aquel in-

fortunado amor que hubo de inspirarle un día la cariñosa solicitud de Pachi, á quien sus ojos no volvieron á ver desde la malhadada tarde de la romería de Guraya.

Por fin la ciencia, cansada de luchar en vano para hacer recobrar la salud á la desgraciada Paula, aconsejó la instalación de la enferma en el manicomio de Valladolid, á cuyo punto fué conducida y en cuyo establecimiento quedó rodeada de cuantos cuidados y esmero podían apeteecerse.

¡Pobre virgen, á quien ni aun cupo el consuelo de llorar sus penas en el regazo de una madre, ni aun siquiera el de relatar sus amarguras en los cariñosos brazos de una amiga!

El crimen, pues, estaba descubierto, pero las huellas que había dejado eran sobrado hondas para que pudieran cicatrizar, y nueve meses después de estos sucesos una fúnebre comitiva que marchaba silenciosa tras elegante féretro tapizado de raso blanco y cubierto de coronas de pensamientos, lilas y jazmines, salía por la puerta del Carmen de Valladolid dirigiéndose al cementerio. Dentro de aquel ataúd iban los restos de la infortunada joven de X, mientras que su alma, purificada en el crisol de la amargura, había volado al cielo para ceñir la corona de las vírgenes.

Un año más tarde, cuando el sol de Mayo se alzaba sobre los montes de Cabezón, un carruaje se detenía en la puerta del cementerio. El cochero abrió la portezuela, y un enlutado de gallarda figura y negros ojos bajó del coche, cuando ya

habían salido á recibirlo el capellán y el conserje de la fúnebre mansión. Los tres se dirigieron á la capilla de ésta, donde el sacerdote celebró el santo sacrificio de la misa, que el caballero oyó con ejemplar recogimiento. Acto continuo, el conserje recogió en el coche una blanquísima corona de azucenas, y seguido del cura y el recién llegado penetraron en el campo santo, dirigiéndose á un panteón situado cerca de la tapia de la izquierda. Allí, el caballero hincó su rodilla en tierra; dos gruesas lágrimas asomaron á sus ojos, y su voz se ahogó en su garganta al contestar al responso que el sacerdote oficiaba, y al que entre sollozos respondió hasta el final. Terminado éste, el enlutado estampó un ardiente beso en la corona, y por su propia mano la depositó á la cabecera del panteón. El enlutado no era otro que Pachi.

Un momento después se dirigieron á la puerta. El desconocido, al hallarse bajo el dintel de la misma, clavó sus ojos en la tapia de la izquierda, lanzó un hondo suspiro, abrazó al sacerdote, y montando en el coche tomó la carretera partiendo á escape en dirección á Burgos, mientras el cura, mirando cómo se alejaba, exclamó:

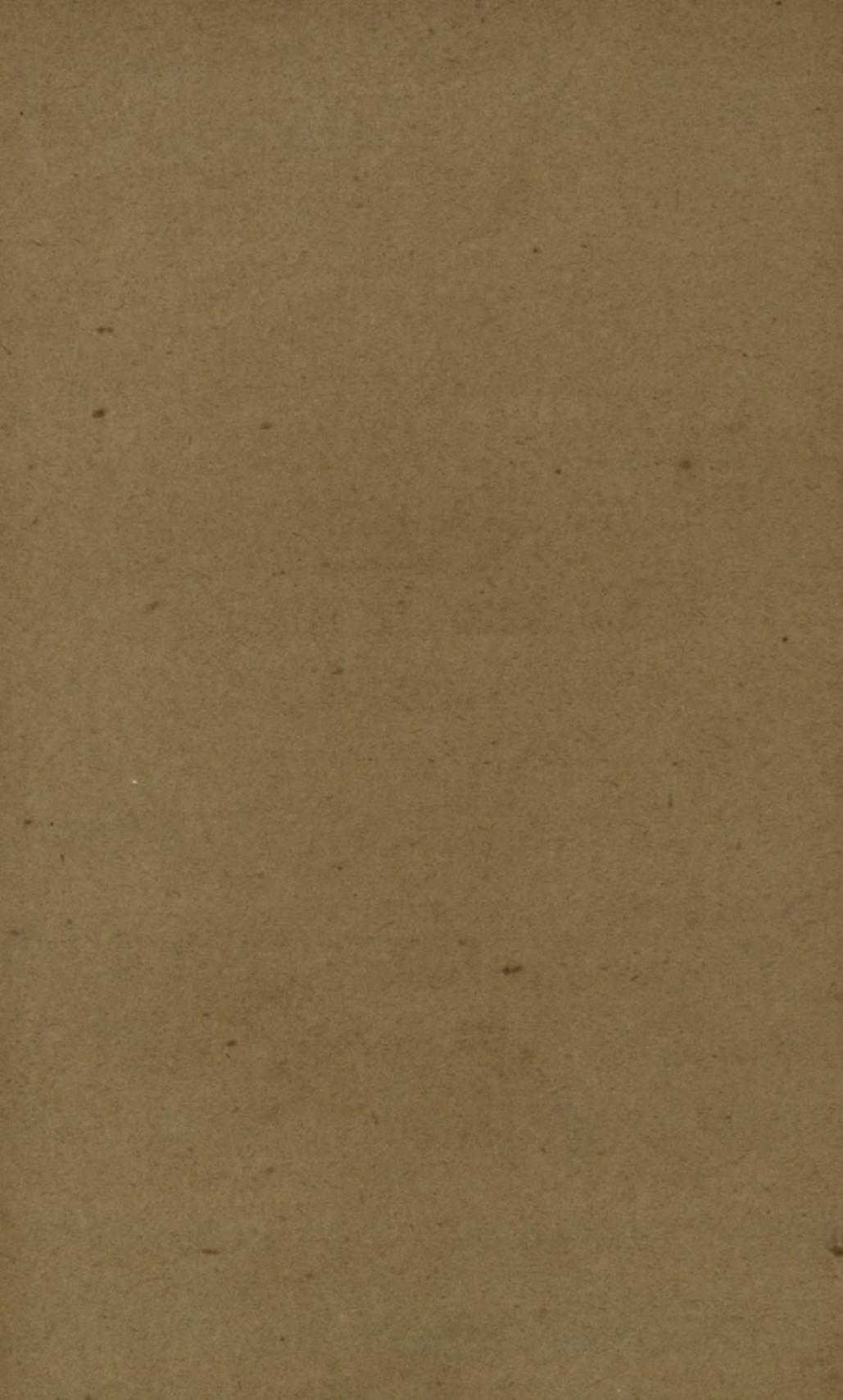
— «¡Pobre Pachi! ¡Dios te proteja!»

Efectivamente, ¡bien había menester de la protección del cielo! El, al alejarse del valle, había dejado á un amigo del alma el encargo de tenerle al corriente de cuanto en Aramayona pudiese vislumbrarse relativo á Paula, aunque después de las innumerables pesquisas que había hecho, siempre infructuosas, había perdido por comple-

to la esperanza. Por el amigo (que era el que daba las cartas á Paico) supo hacía pocos meses lo ocurrido, y realizando inmediatamente cuanto en América poseía, voló al lado de su amada. ¡Era ya tarde! Al desembarcar en Cádiz supo la infausta nueva de la muerte de Paula. En aquel momento se apagaron todas sus ambiciones, y después de ofrecer en Valladolid una lágrima á su desventurada Paula, marchaba á Gánzaga á consagrar su vida á sus padres, proporcionándoles descanso y bienestar en su vejez.

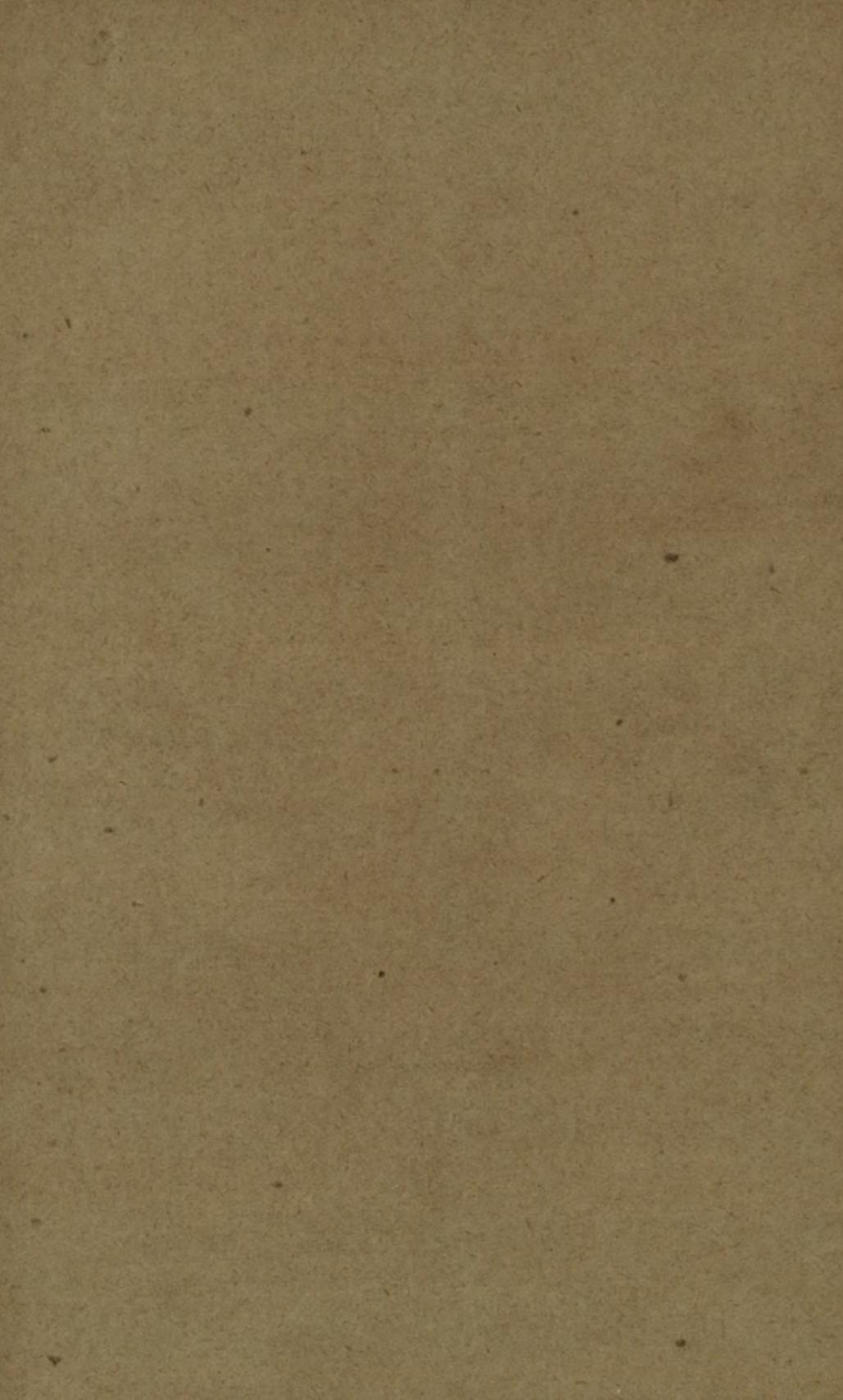
Cuando el coche que lo conducía pasó días después por frente de X, sintió un peso horrible sobre su corazón, y separó horrorizado la vista de aquel punto, en el que todos los campesinos aseguran que vaga, dando lamentos, la sombra de *La desaparecida del valle*.





La sima de Oquina

(SIGLO XIV)



LA SIMA DE OQUINA

(SIGLO XIV)

VISTAZO HISTÓRICO

Es sobradamente conocida la implacable guerra civil que los hijos del Vencedor del Salado D. Pedro el Cruel y D. Enrique el Bastardo sostuvieron para apoderarse de la corona de su padre, cuando la peste cortó la vida de Alfonso XI en el cerco de Gibraltar. Conocidas son también las distintas alternativas porque uno y otro contendiente pasaron, siendo notabilísimos dos sucesos de esta fratricida lucha: el uno la célebre batalla de Nájera, dada en 3 de Abril de 1367, en que D. Enrique, completamente derrotado, se vió muy mal para salvar su vida y huir á Francia; el otro el tristemente memorable asesinato de Montiel, acaecido en 23 de Marzo de 1369, en que Enrique el Bastardo, merced á la traición de Beltrán Claquin, pudo clavar su daga homicida en el pecho de su hermano, qui-

tándole la vida y quedando ya de asiento como rey de los castellanos.

Es asimismo perfectamente histórico que á la muerte de Enrique II, que tuvo lugar el 29 de Mayo de 1379 en Santo Domingo de la Calzada, ocupó el trono de Castilla su hijo D. Juan I, que casó en primeras nupcias con D.^a Leonor hija de Pedro IV de Aragón, y en segundas con D.^a Beatriz, hija del rey D. Fernando de Portugal y de D.^a Leonor de Meneses, dama de singular hermosura arrebatada por el monarca portugués á su marido el noble Lorenzo de Acuña.

Cuando, muerta D.^a Leonor, primera mujer de D. Juan, se concertó el matrimonio de éste con D.^a Beatriz, se estipuló entre los monarcas castellano y portugués, que á la muerte de éste gobernase á Portugal la reina viuda, hasta tanto que D.^a Beatriz tuviese hijo en edad de ceñir la corona.

Muerto el rey de Portugal en 20 de Octubre de 1383 brotaron por todas partes serias alteraciones en este reino. El antagonismo que tenía con Castilla hizo que, olvidando lo estipulado en las bodas del castellano, pensase gran parte de Portugal alborotada en nombrarse su rey. Para sujetar á los alborotadores se acordó que la reina viuda D.^a Leonor renunciase en su yerno el rey de Castilla la gobernación del Estado. Portugal se excitó más con ésto, y eligiendo por caudillo al Maestre de Avis, hermano bastardo del difunto rey Fernando, se declaró contra Castilla. Entonces los castellanos pusieron cerco á Lis-

boa; mas la inclemencia del tiempo y las enfermedades les obligaron á levantarle; pero con ánimo de volver sobre ella con más ahinco cuando el tiempo mejorara.

Por fin en Agosto de 1385 los ejércitos de Castilla entraron por la parte de Ciudad Rodrigo en Portugal, para dirigirse á Lisboa, yendo á su cabeza el rey D. Juan, en tan mal estado de salud, que repetidas veces hubo necesidad de conducirlo en una camilla.

Los castellanos se pasearon triunfantes por el reino lusitano, rindiendo á su paso á Celorico; y talando é incendiando cuanto se oponia á su marcha, llegaron hasta cerca de Aljubarrota, donde en ventajosísimas posiciones les aguardaba el ejército portugués para cortarles la marcha. Este se había situado en un paso muy angosto, cuyos flancos guardaban dos profundísimos derrumbaderos.

Los jefes de Castilla, al ver la situación del enemigo, tuvieron consejo acerca del partido que debían de tomar, opinando los más experimentados que en modo alguno debían de empeñar batalla con un enemigo, al que sólo podían atacar de frente; pero el fogoso ardor bélico de los capitanes noveles, haciendo caso omiso de la junta de sus jefes, trabó batalla por un lado. En tal apuro, dejando todo razonamiento, los castellanos se lanzaron al combate, que fué tan desastroso para ellos, que sucumbieron en él más de diez mil, pereciendo entre ellos toda la flor y nata de los capitanes de Castilla, entre los que rayaron hasta el heroísmo los dos ilustres

alaveses D. Pedro González de Mendoza y don Pedro López de Ayala, capaces por sí sólos de perpetuar la fecha tan tristemente célebre para España del 14 de Agosto de 1385, en que tuvo lugar aquella maldita batalla.

Es perfectamente histórico, que en la batalla de Nájera, tan aciaga para Enrique II el Bastardo, el ilustre caballero alavés D. Juan Ruiz de Gauna, viendo al rey desmontado y en peligro de caer en manos de sus enemigos, saltando de su caballo, se lo ofreció al vencido monarca para que huyese, debiendo á esto su salvación D. Enrique, que en el corcel de Gauna pudo ganar la frontera de Aragón y meterse en Francia: por lo cual, dos años después, al volver á España, expidió en Alcalá de Henares, con fecha 2 de Mayo de 1369, un Real Privilegio, por el que hacía merced del *Señorío del Valle de Arroya* á Gauna, para él y sus sucesores, con la condición de que si alguno de éstos moría sin sucesión, volviese el Señorío á la corona real.

Es también histórico que, cuando en la batalla de Aljubarrota derrotaron á los castellanos, herido el caballo del rey D. Juan I de Castilla, hubiera éste sido presa de los portugueses, si el prócer alavés; D. Pedro González de Mendoza, apeándose del que montaba, no hubiese obligado al monarca castellano á que huyese en el caballo que le ofrecía, mientras volviendo él á lo más rudo del combate, dió su vida por España, escribiendo otra página gloriosa en la historia de la tierra alavesa.

Es así mismo histórico que en la propia bata-

lla, después de pelear denodadamente, y desangrado por las cien heridas que le causaran, cayó exánime otro prócer alavés: el célebre cronista y alférez de la Orden de Caballería de la Banda, D. Pedro López de Ayala, quien prisionero de sus enemigos, y encerrado en una jaula de hierro, fué enseñado á las gentes como objeto de befa en los pueblos de Portugal; hasta que rescatado después por su mujer, rigió más tarde la menor edad de Enrique III de Castilla, donde fué su Canciller.

Y por fin, no es histórico, pero sí tradición que constantemente ha corrido de boca en boca, pasando de unas generaciones á otras, la narración que con referencia al señor feudal del valle de Arraya, valle situado al sudeste de la capital alavesa, cuentan los campesinos de aquella comarca, quienes suelen mortificar muy oportunamente á los ambiciosos con el cuento del becerro de oro de la Sima de Oquina, y cuyo cuento es el motivo de la presente leyenda.

EL CASTILLO DE ARRAYA

En la cordillera que corriendo de E. á O. el límite meridional de la llanada de Vitoria, separa este llano del Condado de Treviño, se alza á la parte SE. de la capital alavesa el puerto de Erenchun, como barrera que divide la hermandad de Iruraiz de las de Arraya y Laminoria; y en lo más escarpado de este puerto se eleva arrogante y majestuoso el alto de Gararza, que do-

minando todo el valle de Arraya, parece ser su perpetuo é inmóvil guardián.

Allá, en el último tercio del siglo XIV, erugiáse sobre la cima de Gararza un enhiesto castillo, que aunque de muy reciente fábrica, era por su grandeza la vanagloria de la comarca, cuyos habitantes contaban con orgullo la historia de su fundación, que según ellos decían, y realmente así aconteció, fué la siguiente.

Vivía por aquel entonces en el valle un acaudalado noble llamado D. Joaquín Gauna, hijo de Juan Ruiz de Gauna, quien al frente de sus mesnadas, formó siempre parte de los ejércitos de Castilla para combatir á la morisma.

Al surgir la fratricida lucha civil entre D. Pedro el Cruel, y su hermano D. Enrique el Bastardo, el padre de Joaquín, partidario decidido de este último, siempre peleó á su lado, para defender los derechos de Enrique II á la corona de Castilla.

Cuando diecisiete años antes tuvo lugar entre ambos hermanos la célebre batalla de Nájera, tan desastrosa para D. Enrique, el noble D. Juan Ruiz, que combatió al lado de dicho monarca hasta el último momento, viendo herido el caballo de su rey y á éste en inminente peligro de caer prisionero, saltando de su corcel se lo cedió al monarca para que huyera, merced á lo cual Enrique II pudo ganar la frontera de Aragón y pasar á Francia. Tan agradecido quedó el Bastardo á esta fineza del noble de Arraya, que cuando, dos años después, volvió á España, su primer cuidado fué conceder á D. Juan Ruiz

de Gauna y sus sucesores el Señorío de Arraya, á condición de que *sus poseedores fincasen por título de Mayorazgo* en dicha tierra, imponiéndoles la honrosa obligación de *hospedar á los señores Reyes de Castilla, siempre que hiciesen tránsito por aquel valle, y de hacer guerra y paz siempre que se les mandase á él y á los de su linaje.*

El afortunado Juan Ruiz, para dar cumplimiento á las mercedes de su rey, comenzó inmediatamente la construcción de su castillo con ahinco tal, que cuatro años más tarde, la hasta entonces solitaria cumbre del Gararza, atraía las absortas miradas de propios y extraños hacia la formidable fortaleza que sobre ella se alzaba; y razón había para ello, pues en el castillo no faltaba ni erguida torre coronada por salientes cubos; ni espaciosos adarves defendidos por multitud de almenas; ni anchurosos patios, ocultas poternas, puentes levadizos, férreos rastrillos, profundo foso y amplias y cómodas habitaciones para el prócer que en él se guareciera. A poco de levantar el castillo había muerto Juan Ruiz de Gauna, y á la sazón lo habitaba su hijo D. Joaquín Gauna en compañía de sus hijos Rosmunda y el pequeño Hernán, y la numerosa servidumbre y gentes de armas que guarnecían la fortaleza.

Era una tarde de Junio de 1384. En una lujosa habitación del castillo, cuya caprichosa ventana miraba al mediodía, y arrellanada en un sillón, estaba una mujer de singular belleza. Era Rosmunda, hija del segundo señor de Arraya, pró-

cer que, en buena edad aún, dejaba deslizar sus días consagrado al cuidado de sus mesnadas en servicio del rey y al cariño de sus hijos.

Rosmunda contaba entonces dieciocho años y era el encanto del valle. Su blanca y sonrosada tez, sobre la que brillaban con irresistible fuego las ardientes pupilas de sus ojos; los sedosos manojos de su negra cabellera, que en colgantes rizos aprisionaban su velado rostro; la gentil apostura de su esbelto talle; y la inocente sonrisa que levemente se dibujaba en su faz: todo ello hacía de Rosmunda uno de esos seres á quien no es posible contemplar sin admiración, ni tratar sin cariñoso respeto.

La tarde á que nos referimos, envuelta en ligera y ceñida túnica, reclinando su cabeza sobre la mano derecha, y con los ojos entreabiertos, permaneció ensimismada largo rato, al cabo del cual se levantó dirigiéndose á la ventana, y apoyándose sobre el alfeizar, contempló el paisaje que se ofrecía ante sus ojos. Bajo el Gararza el frondoso valle de Arraya, salpicado de cerros y repleto de bosques, sobre cuya espesura destacaban las espadañas de las torres de Izarza, Berroci, Oquina y Azáceta; á la derecha los encrespados montes de Vitoria; á la izquierda los empinados picos de Iturrieta; de frente, allá á lo lejos y limitando el horizonte, la cordillera de Cantabria; y á sus piés en primer término el cerro de Oquina con su fatídica boca, y tras él, más alejado, el verde otero coronado por la ermita de la Virgen de Veolarra.

La hija de Gauna, contemplaba con deleite el

bullicioso curso de los arroyos, que, despeñándose por la montaña, corrían en dirección al valle, cuando un ruido, que se dejó sentir en la estancia en que se hallaba, le hizo volver de pronto la cabeza, y dibujándose en su rostro una dulcísima sonrisa, avanzó á recibir á su padre, que en aquel momento había penetrado en el departamento.

El señor de Arraya recibió á su hija entre sus brazos, y estampando un beso de cariño en las rosadas mejillas de la joven, la dijo:

—«¿Qué hacías, Rosmunda, tan sola?»

—«Padre mío»—contestó la joven, haciendo una caricia á su padre que la miraba embelesado,—«contemplaba lo hermosa que está la campiña en tan apacible tarde; y como hoy apenas os he visto en todo el día, me acordaba.....»

—«¡Ah, hija mía, qué buena eres! Ven, ven. Sentémonos aquí, al lado de la ventana: que tengo que hablarte.» — repuso Gauna aproximando dos sillones al ajimez, mientras su hija trató en vano de leer con una mirada en el rostro de su padre el asunto de que quería ocuparse. Éste hizo sentar á la joven en un sillón, y haciendo él lo propio en el otro, prosiguió:

—«Tienes razón para acusarme de que hoy no te haya consagrado, como acostumbro, un rato por la mañana; pero es que tú ignoras las gravísimas circunstancias porque atravesamos.»—A estas palabras el rostro de Rosmunda se tiñó de carmín, á la vez que desvió maquinalmente su mirada de la de su padre, cuando éste continuó:

—«No te aflijan mis palabras; escucha. Tú sa-

bes cómo á la muerte del rey Fernando de Portugal, acaecida hace un año, fué proclamada en aquel reino D.^a Beatriz, que comparte el trono de Castilla con nuestro magnánimo rey D. Juan I. Tú sabes también que los descontentos del reino portugués se amotinaron en contra de D.^a Beatriz, proclamando por Regente de su reino al ambicioso Maestre de Avis, hermano bastardo del muerto. Sabes que D. Juan I de Castilla, para defender los derechos de su esposa, penetró en Portugal, poniendo cerco á Lisboa, á fin de reducir á los amotinados; mas la peste que invadió el campamento sitiador obligó al castellano á levantar el sitio y replegarse á Castilla.»

—«Sí, sí, lo sé todo eso,» — interrumpió Rosmunda, que había recobrado su habitual serenidad, cuando su padre prosiguió:

—«Pues bien: el rey de Castilla no puede permitir que se atropellen los derechos de su esposa, y prepara sus ejércitos para invadir el reino portugués, y obligar á los descontentos á que reconozcan por soberana á la reina de Castilla.»

—«Y en tal caso Vos.....» — añadió Rosmunda cuando su padre, interrumpiéndola, continuó:

—«El dadivoso Enrique II, padre del rey, donó al mío el señorío de Araya por haberle salvado de la muerte en Nájera; su hijo D. Juan I me ha colmado á mí de mercedes. Yo, pues, á fuer de noble y leal, estoy en el deber de organizar mis mesnadas para ayudar al rey en la guerra con Portugal.»

—«¡Ah! decís bien, padre mío; vuestra noble-

za y vuestra gratitud os obligan á tal»—repuso Rosmunda, á lo que su padre añadió:

—«Así es; mas al cumplir este deber me atormenta una idea.»

—«¿Qué puede afligiros, señor?» — contestó Rosmunda.

—«Al alejarme del castillo»—continuó su padre—«he de dejarte sola. Tu hermano Hernán aún es niño. Por otro lado, si un dardo traidor me arrebatase la vida.....»

—«¡Ah! callad, callad»—interrumpió la joven. —«No torturéis mi alma con esa idea, cuyo sólo recuerdo me desgarrá el corazón.»

El noble procer estrechó á su hija contra su pecho, y con apasionado acento continuó:

—«Sí, hija mía; tú necesitas cariño, y como los años comienzan á apagar mi energía, había pensado en darte un esposo digno de tí.»

Rosmunda palideció á las últimas palabras de su padre. Éste, al notar la turbación de su hija, le asió la mano, que estrechó entre las suyas, diciendo:

—«Mas el cielo se ha anticipado á mis deseos. Cuando ayer llegó á este castillo el noble navarro D. Rodrigo Uriz, me propuso tu casamiento con su hijo Arnaldo, quien dice te ha significado ya su amor. Rodrigo Uriz es de los primeros caballeros de Navarra y el valeroso noble que, disfrazado de carbonero, salvó al rey D. Carlos de su prisión de Alotz, en donde el rey de Francia, su suegro, le tenía encerrado; por lo cual su rey le ha honrado con el gobierno del

castillo de Bernedo, que es la fortaleza más importante del territorio; y Arnaldo.....»

—«Padre mío»—contestó con resuelto tono la joven—«es verdad. Arnaldo me ha significado su cariño, mas yo no puedo, no debo entregar mi corazón á un hombre por el cual no he sentido el más mínimo afecto. Reconozco su nobleza; admiro sus cualidades; le creo digno de una mujer más noble que yo.....»

—«Eso no: ¡Vive Dios!»—interrumpió Gauna. —«Tu abuelo salvó la vida al rey Enrique en la batalla de Nájera.»

—«Y el padre de Arnaldo—repuso Rosmunda—salvó la vida al rey D. Carlos en la fortaleza de Alotz. Mas, repito, padre mio, Arnaldo no labrará la felicidad de vuestra hija.»

Y rompiendo á llorar la joven se dejó caer en los brazos de su padre.

Gauna, que había concentrado todas las expansiones de su cariño en Rosmunda, contempló con el corazón apenado el llanto de su hija, que hizo asomar una lágrima á sus ojos. El noble prócer había amado con delirio á la madre de Rosmunda; mas fué su dicha hartamente efímera. Al nacer Hernán la muerte arrebató á su madre el cariño de su esposo, dejando á éste en su hija Rosmunda la imagen fiel de su belleza y sus virtudes. He aquí por qué el noble Gauna, quizás sin darse cuenta, anteponía el cariño de su hija, hasta al de su pequeño Hernán, que á la sazón sólo contaba cuatro años. Gauna, pues, estrechó con paternal ternura á su hija contra su pecho, prodigándola frases de consuelo, y cuando ya la

vió más calmada, estampando un beso en su frente, abandonó la estancia, con ánimo de meditar detenidamente y resolver lo más oportuno en el asunto. Rosmunda, reclinada en el sillón, quedó abstraída en los encontrados pensamientos que á su mente se agolpaban.

Momentos después, el vibrante sonido de las campanas de Izarza anunciaba la oración de la tarde. Entonces la joven, hincando su rodilla en tierra, y clavando sus ojos en el limpio celaje, que se oscurecía por momentos, murmuró una plegaria.

De pronto, los lejanos sonidos de las esquilas de un rebaño alegraron el ambiente. Rosmunda, como movida por un resorte, se incorporó, y asomándose á la ventana, devoró con sus ojos el paisaje, hasta percibir confusamente á la vaga luz del crepúsculo una mancha blanquecina, que escalando la montaña de enfrente, doblaba su cúspide, tomando la bajada hacia Berroci. La joven, dejando reflejar en su rostro una dulce sonrisa, fijó sus ojos en aquella mancha, que desaparecía por momentos á las dulces melodías de una flauta, cuyos ecos se apagaban más y más. Un instante después la noche había cerrado; y Rosmunda, reanimada por completo, abandonaba aquella estancia.

Rosmunda aquella noche no pudo conciliar el sueño. Los proyectos de su padre; la imagen de Arnaldo rendido á sus pies; el sonido de las esquilas del rebaño; la incertidumbre del mañana; todo, cual gigantesco fantasma, se alzaba en su camino robándola el reposo, hasta que el can-

sancio, rindiendo sus energías, cerró sus párpados á los primeros rayos del nuevo sol.

El Señor de Arraya, á su vez, en vano buscó en el sueño un lenitivo á las dudas que tanto mortificaban su alma. Él, que creyendo labrar la ventura de su hija, á quien tanto adoraba, la había brindado un matrimonio con el hijo del primer prócer de Navarra, no podía comprender la resuelta negativa de su hija á tal proyecto, obcecándole más y más el que ésta jamás se había opuesto á ningún capricho de su padre. Así, pues, pasó una y otra hora, hasta que al fin una terrible sospecha vino á darle la solución de la negativa de Rosmunda. ¿Tendría la joven entregado su corazón á algún hombre? ¡Imposible! Rosmunda, acompañada de una sirvienta, sólo recorría los bosques del valle, por donde nadie de su clase transitaba, ni nadie osaba acercarse á ella. Mas por otro lado, ¿qué otra cosa podía motivar su enérgica oposición? Ninguna. Optó, pues, por espiar de cerca los pasos de su hija, y dejar en cualquier caso al tiempo la realización de sus planes.

LA SORPRESA

Tres días habían transcurrido desde la enojosa conversación de Gauna con su hija. Durante ellos para nada había hecho ya referencia alguna el Señor de Arraya del asunto que les ocupara en aquella malhadada tarde, y padre é hija parecían seguir tan alegres y satisfechos, prodi-

gándose mutuamente las más expresivas pruebas de cariño.

Era la víspera de la festividad de San Juan Bautista: El día había aparecido limpio y espléndido. Ni la más ligera nubecilla entoldaba el purísimo azul del cielo, ni el más ténue vapor empañaba la limpidez de la atmósfera. Las juguetonas brisas de la Sierra de Elguea refrescaban el ambiente, balanceando en las ramas de los árboles á los ruisseños, que orgullosos cantaban sus sentidas endechas al acompasado susurro del arroyo de la montaña.

Rosmunda había significado á su padre su deseo de recorrer la enramada aquella tarde, en que los apuestos mancebos acudíau al bosque para arrancar los más jóvenes y esbeltos árboles y cuajarlos de flores, á fin de adornar con ellos en aquella noche las puertas de las casas en que vivían las dueñas de su albedrío; y el Señor de Arraya había accedido á los deseos de su hija, encargándola fuese acompañada de María, que era la dueña de confianza al servicio de la joven.

He aquí porqué cuando el sol, que había tocado al zénit, comenzaba á declinar, Rosmunda y su aya atravesaban el puente levadizo de la fortaleza, tomando por la cresta de la montaña en dirección á poniente, ínterin Gauna quedaba en el castillo, arreglando un asunto que quería dejar terminado, antes de partir á la guerra de Portugal.

La candorosa joven y su dueña avanzaron por lo alto de la espesa sierra que se alza sobre la torre de Izarza, hasta la garganta que corta la

cordillera por aquel lado, separando los montes de Vitoria del puerto de Erenchun; y allí, sobre el mullido césped, que alfombra la pequeña meseta de la cumbre, tomaron asiento.

El panorama que se ofrecía á su vista era por demás risueño y halagador. Al N. y al mismo pie de la montaña se tendía la pintoresca llanada de Alava, repleta de bosques y praderas y sembrada de pueblecillos, cuyos gallardos campanarios se erguían orgullosos pregonando la fiesta del Bautista; al S. la hondonada de Oquina, aprisionada por montes que, cortados en el extremo opuesto, formaban un boquete custodiado por la ermita de la Virgen de Veolarra, y por el que corrían á engrosar el cauce del Ayuda los arroyos de la montaña.

Rosmunda y su compañera permanecieron buen rato recorriendo con su mirada el paisaje, al dulce halago de los perfumados céfiros de la tarde y del tierno diálogo que sostenían. De pronto llegó á sus oídos el eco apagado de una melodía que se perdía en el ambiente. Era el lejano sonido de la flauta de un pastor. Rosmunda, como impelida por una corriente secreta, se incorporó, devorando con su vista las ondulaciones de la montaña, mas la espesura del bosque le impedía distinguir nada, á la par que el melodioso sonido se percibía cada vez con más claridad, hasta que el alegre bullicio de las esquilas y balidos de un rebaño se dejó sentir en lo profundo de la cañada. Entonces las dos damas tomaron la bajada de la montaña en dirección á Oquina, siguiendo la orilla de un arroyo que, saltando de peña en

peña, corría hacia el valle. Aún no habían bajado la mitad de la pendiente, cuando un robusto mastín que venía en sentido opuesto, interrumpió el paso de Rosmunda, prodigándole mil caricias. La joven continuó bajando, y un momento después distinguió á muy pocos pasos la esbelta figura de un joven pastor, que, en actitud de esperar, se hallaba junto á un claro manantial que se abría en la ladera.

El gallardo campesino, al ver á Rosmunda, la recibió con muy tierna sonrisa, y llegándose á ella con cariñoso respeto y entregándola un ramo de flores que traía en su mano, la dijo:

—«Dios os guarde, señora, y tomad estas flores que han criado los oteros para la reina del valle.»

Á lo que la joven, mirando con alegría el manojo de flores que aprisionaba su mano, contestó sonriente:

—«No sabes, Iván, cuánto te agradezco este obsequio, porque él me prueba que te has acordado de mí; pero, ya te lo he dicho mil veces, me disgusta mucho que me llames señora.»

—«¡Ah! gracias, gracias»—repuso Iván, mirando con deleitosa complacencia á Rosmunda, —«mas ¡hay tanta distancia del pechero al señor! que no debéis extrañar.....»

—«No prosigas. Te prohibo terminantemente que me llames así. Yo lo quiero; lo necesito.»

—«Perdonad»—contestó Iván.—«Cumpliré como mandais.»

—«Sí, sí»—interrumpió Rosmunda—«y ahora

ven aquí; siéntate á mi lado, que necesito hablarte.»

Y sentándose sobre el césped á orilla del arroyo, y entregando á María el ramo que Iván le había dado, hizo que Iván se sentara también, al propio tiempo que María, ganando la altura de un ribazo que estaba á sus espaldas, quedó en pié vigilando la avenida del sendero.

Iván era un tipo verdaderamente interesante. Alto, de gentil apostura, tez morena, negro y rizado cabello y viva mirada, había en la fisonomía de aquel pastor un algo que revelaba una delicadeza de sentimientos y una cultura muy superior á la de su clase. Por otro lado el origen de Iván estaba envuelto en las sombras del misterio. Huérfano de padres, una pobre campesina le había llevado al valle cuando el joven contaba un año, y nadie en la comarca había conocido los padres de aquel niño, que desde muy pequeño se dedicó al oficio de pastor para alimentar á su protectora, á cuyo lado vivía.

Cuando él y Rosmunda se sentaron sobre el césped, se miraron mutuamente con singular insistencia. Iván dejó dibujarse en su rostro una dulce sonrisa de súplica, y Rosmunda, después de contestar con una tierna mirada al ruego del pastor, le dijo:

—«Iván, aunque sabes cuán dichosa soy siempre á tu lado, hoy tiemblo al verme junto á tí.»

—«¿Y porqué? ¿Qué puede atormentaros si sabeis cuánto os amo, si sabeis que mi único pensamiento sois Vos?»

—«Escucha. Al día siguiente de nuestra últi-

ma entrevista estaba yo asomada al ajimez de mi estancia contemplando la campiña y esperando percibir el alegre sonido de las esquilas de tu rebaño á su vuelta al aprisco, cuando mi padre penetró en la estancia. En alas de su cariño me estrechó entre sus brazos, y sentándose junto á mí, después de hablarme de las incertidumbres del porvenir, me dijo..... Yo no me atrevo á decírtelo.»

—«¡Ah! sí, sí; por Dios, decidlo, decidlo»—interrumpió Iván.

—«Pues bien; me dijo que Arnaldo, el hijo del noble Gobernador del castillo de Bernedo.....»

—«Entiendo, entiendo»—repuso Iván.—«¡Ah! mil veces os he dicho cuánto me atormentaban las visitas de ese hombre funesto al castillo de Arraya.»

—«Cuida de reportar tu lengua, Iván.»—interrumpió Rosmunda.—«El noble Arnaldo tiene sobrados títulos para visitar mi castillo cuando le plazca; pero eso no te da derecho para sospechar.....»

—«Perdonad, Rosmunda, perdonad. Es tan ciego el cariño que siento por Vos, que.....»

—«Sea en buen hora, y sólo eso sirva de disculpa á tus sospechas. Iba á decirte que el padre de Arnaldo solicitó ha cuatro días mi mano para su hijo.»

—«¿Y vos.....?»

—«Yo, al verme interrogada sobre el caso por mi padre, á quien quiero con toda mi alma, dirigí una mirada de súplica á la Virgen de Veolarra, cuyo santuario se alzaba ante mis ojos, y

acordándome de tí, me negué resueltamente á los deseos del prócer de Navarra.»

—«¡Ah! ¡Qué buena sois!—exclamó Iván profundamente afectado.—«Creedme, Rosmunda: la humilde condición de mi destino me mortifica sólo por Vos; sólo porque me separa con inmensa distancia de vuestra clase. Mas confiad en mí. Yo sabré hacerme digno de Vos; yo sabré conquistarme lauros para rendirlos á vuestros pies; yo sabré, si es preciso, arrancar el becerro de oro de la sima á sus guardianes, y entonces.....»

El pastor había pronunciado estas frases con tal calor, que Rosmunda, involuntariamente, y asiéndole una mano, no pudo menos de exclamar:

—«¡Iván, Iván, te amo con toda mi alma!»

—«¿Y me juráis que.....»—añadió el pastor.

—«Te juro»—repuso la joven—«que nadie en el mundo será capaz de.....»

—«¡Ira de Dios!»—interrumpió la enérgica voz de un hombre que saliendo en aquel instante de la espesura apareció ante ellos. Era D. Joaquín Gauna. A su presencia, María, aterrada, dejando caer el ramo de flores, quedó con los pies clavados al suelo, en tanto que Iván y Rosmunda, que se habían incorporado, no se atrevían á levantar su vista.

Gauna contempló con centelleantes ojos aquella escena por un momento, al cabo del cual, dirigiéndose á Iván, repuso:

—«¡Miserable! ¿Cómo te has atrevido á ultrajar el sagrado de mi linaje con tu insensata pro- cadidad? ¿No sabes que soy tu señor? ¿No sabes

que desde tu choza á mi castillo hay un abismo? Tiembla, tiembla; porque ahora mismo he de matarte como á un perro.»

Y desenvainando el acero se lanzó hacia Iván; mas Rosmunda de un salto, interponiéndose entre ambos y abriendo sus brazos, dijo con actitud resuelta:

—«Herid, señor, heridme á mí que soy la única causante de vuestro enojo. No es ese pobre pechero quien ha osado llegar hasta Vos, sino Rosmunda la que ha llegado hasta él, porque le ama; y pues este amor es un baldón para Vos, herid, señor, herid, y la sangre de vuestra hija lavará vuestros tímbrs.»

Y clavando su rodilla en tierra quedó prosterada ante su padre, que inmóvil la contemplaba con espantado rostro.

Rosmunda, merced á su acrisolada virtud, la dulzura de su frase y su claro talento, se había apoderado en modo tal del corazón de su padre, que éste había cifrado todas las venturas de su existencia en la felicidad de Rosmunda. He aquí el porqué, cuando al desnudar el acero se encontró con el pecho de su hija, su trémula mano dejó caer el arma á sus pies, y quedó inmóvil ante la suplicante figura de aquella mujer que atenazaba sus bríos y subyugaba su coraje.

Por fin Gauna, como saliendo de un éxtasis, envainó su acero, dió la mano á Rosmunda para que se incorporase, y abrazándola con ternura dijo:

—«Huye, hija mía, huye de este lugar, á donde te han traído las engañosas palabras de ese vi-

llano, y desecha para siempre la loca idea de esa pasión que te degrada.»

Y cogiendo á su hija y lanzando á Iván una mirada de terrible amenaza, tomó la vereda en dirección al castillo. María, aterrada y convulsa, siguió á sus amos. En tanto el pastor, sin atreverse á articular una palabra, absorto é inmóvil, les siguió con la vista hasta verlos desaparecer en la espesura; y entonces, después de tender su vista en torno como para darse cuenta de la realidad de lo que acababa de presenciar, y mirando al castillo que se erguía altivo sobre el Garraza, exclamó:

—«¡Ah, orgulloso señor, que me has despreciado y humillado! ¡Tal vez un día se alcen sobre la choza del pastor las almenas de tus adarves!»

Y corriendo por el monte tomó el camino de la choza en busca de aquella mujer, anciana ya, que lo había recogido de niño, pues como Iván no había conocido á sus padres, aquella mujer era para él todo su amparo y su consuelo. A muy poco Iván había desaparecido en la hondonada.

Cuando más tarde cerró la noche, ni en el castillo ni en la choza pudieron entregarse al descanso. En el primero, el señor de Arraya, conversando con su hija, escudriñaba cautelosamente el origen y raíces de aquella malhadada pasión que tanto atormentaba á la joven, llegando á convencerse á la postre de que la gravedad del caso haría inútiles todos los medios violentos de resistencia, que por otro lado labrarián á no dudar la desdicha de Rosmunda. Por esto Gauna, después de reflexionar maduramente sobre el ca-

so, y teniendo siempre por objetivo la ventura de su hija, á la que tanto amaba, optó por seguir una conducta de simulada transigencia, imponiendo en pago á Iván para el logro de sus deseos condiciones sobrado difíciles de cumplir para alejarlo de la comarca, á fin de que la ausencia y el tiempo entibiaran la pasión de Rosmunda, en tanto que la reflexión y el consejo pudiesen desviarla hacia otro hombre más digno de su alcurnia.

Por lo que hace á Iván, cuando llegó á la choza aquella noche no pudo disimular su amargura. Su anciana compañera leyó en el rostro del joven que algo extraordinario le había acontecido, y con artificioso cariño le hizo confesar toda la verdad del caso; lo cual vino muy bien al pastor; pues ella le prodigó cuantos consuelos le sugería su buen deseo, dándole á la vez atinados consejos respecto á la conducta que debía de seguir para dar al olvido un amor que, imposible de satisfacer, sólo labraría su desdicha.

A la mañana del siguiente día, con inesperada sorpresa para Iván, un criado del castillo había venido en su busca para que se presentase en la fortaleza del señor de Arraya, y antes del mediodía el joven pastor penetraba por el puente levadizo del castillo, receloso de ser víctima de alguna celada, pero dispuesto á sacrificarlo todo en aras de su inquebrantable amor á Rosmunda.

Las temerosas sospechas de Iván no tardaron en desvanecerse con inefable gozo del mismo. Una vez dentro del castillo fué conducido á una lujosa estancia, en que se hallaban el señor del

valle y su hija, donde fué recibido con tan señaladas muestras de atención por parte del prócer, que hasta le obligó á tomar asiento en su presencia, diciéndole después en muy afable tono.

—«No puedes dudar de la razón de mi encono al descubrir tu osado propósito de llegar hasta mí, sin haber medido la distancia que separa al señor de Arraya de un olvidado pastor.»

—«Perdonad, señor, si acaso.....»—se atrevió á interrumpir Iván, á lo que Gauna, sin dejarle continuar, prosiguió:

—«Escusa disculpas, que no he menester, pues estoy al tanto de todo. Te decía que tu ambición no ha medido la distancia que nos separa. Mas como quiera que el que mucho pretende á mucho se obliga, y el sino de mi hija te sea propicio, yo he de decirte que el que aspire á llamarse su esposo ha de tener *honor*es y *riquezas* que no hagan mengua á mi linaje. Yo jamás consentiré que mi hija pertenezca á quien no sea digno de ella. Ya lo sabes pues; conquista blasones y tesoros y entonces puedes llegar á lo que ahora, con loca osadía, te has atrevido á pretender.»

A las últimas palabras de Gauna el corazón de Iván latió con vertiginosa violencia; en un instante cruzaron por su cerebro mil titánicas empresas; su mente descubrió un dilatado horizonte cercado de venturas; y excitado y balbuciente no pudo menos de incorporarse, y prosternándose ante el señor del valle, exclamar:

—«¡Gracias, noble señor, gracias! Habeis razón en todo. Yo no soy digno de vuestra hija. Yo he debido presentarme á Vos como vuestro

linaje reclama; mas perded cuidado; yo sabré hacerme digno del amor de ella. Y pues vuestras mesnadas han de marchar en breve á Portugal á combatir por el rey de Castilla, yo, si Vos de tal me haceis merced, el último combatiente de ellas, sabré conquistar los honores y riquezas que tan en razón me pedís.»

Gauna, que había escuchado con imperturbable calma los propósitos del pastor, haciendo á éste levantarse, contestó:

—«Plácenme muy mucho tus buenos desig-
nios. Desde hoy formarás parte de mis mesna-
das, y yo te juro que no ha de faltarte ocasión
de conquistar los lauros que has menester.»

Rosmunda, que durante este coloquio no había desplegado sus labios, dirigió á su padre una sonrisa de inefable gratitud, cruzando con Iván una mirada expresiva del gozo que la embargaba; lo cual apercibido por su padre hizo que éste pusiera término á aquella escena, despidiendo con no acostumbrada cortesía al pobre campesino, que embriagado en sus sueños de amor, voló á su miserable albergue á hacer partícipe de su ventura á la anciana de la choza.

EN MENDOZA

Al clarear una de las mañanas del mes de Noviembre de 1384 cabalgaba un caballero, que atravesando el boquete del puerto de Erenchun, no tardó en hallarse en la estribación de la montaña por la parte de la llanada alavesa, y tomando por el pueblo de Monasterioguren se dirigió

hacia la sierra de Badaya. En la fina malla de su cota, cubierta por sus costados y trasera por lujosa sobrevesta; en su cincelado yelmo, de cuya cimera se desprendían flotantes plumas; y en el vistoso paramento de su corcel, cualquiera hubiese reconocido en el jinete á un linajudo guerrero; y si se hubiese fijado en el blasonado escudo de su cota hubiese desde luego distinguido las armas del señor de Arraya. Efectivamente era él.

Gauna caminaba asiendo maquinalmente las riendas de su caballo, abstraído completamente en un pensamiento que embargaba su cerebro. Sólo de rato en rato, cuando el noble animal se paraba al bifurcarse el sendero, le indicaba el jinete, á merced del acicate y la rienda, el camino que debía seguir. ¿Qué podía preocupar tanto al prócer de Arraya? A los que conocían su modo de ser no era difícil adivinarlo.

Gauna, hombre de ambición desmedida, había concebido el plan de casar á su hija con el magnate navarro que más pudiera favorecer en un caso dado su omnímodo imperio en el señorío de Arraya, y á este fin nadie le había parecido tan al caso como Arnaldo, hijo de la noble estirpe de los Uriz, y cuyo padre Rodrigo ejercía en nombre del rey Carlos de Navarra el gobierno de la inexpugnable fortaleza de Bernedo, cuyo valle estaba contiguo al de Arraya.

Para llevar á cabo su plan había conseguido con cautelosa astucia que el hijo de Rodrigo fijase sus ojos en Rosmunda, y que como era de presumir, quedara prendado de su excepcional hermosura hasta tal punto, que sin demora algu-

na pretendiese casarse con ella. Mas he aquí que, como ya hemos visto, al proponer á su noble hija las aspiraciones de Arnaldo, ésta se negó resueltamente á aceptarlas, haciendo entender á su padre que las atenciones que había tenido para con el hijo del gobernador del castillo de Berredo, eran tan sólo de pura cortesía y de buena amistad.

Por otra parte, Gauna había descubierto los secretos de su hija con el pastor Iván; y esto, de seguro hubiera provocado en Araya una sangüinaria escena de terrible venganza á no tratarse de Rosmunda, quien, por uno de esos inescrutables secretos del destino, ejercía una influencia tan absoluta sobre su padre, que á éste le horroizaba con fatídico espanto la sola idea de pensar que un día pudiese perderla.

Mas como las pasiones por más que se oculten no se agostan jamás, cuando han anidado en el fondo del alma, Gauna, no menos astuto que ambicioso, fingió por el momento mentida transigencia con los deseos de su hija, á la vez que fraguaba su plan para deshacerse del pastor de un modo tal, que nadie, y menos Rosmunda, pudiesen sospechar lo más mínimo. Por eso había alistado á Iván en sus mesnadas, alejándolo en breve á Portugal, donde á fuerza de lanzarlo una vez y otra á los puestos de mayor peligro, encontraría la muerte, y entonces no le sería difícil inclinar á su hija al matrimonio con Arnaldo.

Tales pensamientos embebían la atención del magnate en aquella mañana, en que cabalgaba

hacia Badaya á solicitar de un noble amigo suyo la cooperación que había menester para la consecución de sus fines.

La espesa niebla que al rayar el día coronaba las crestas de la sierra descendió á la llanura velando las torres y arboledas; mas Gauna, conocedor del camino cual otro alguno, atravesó la hondonada de Castillo, cruzó por Lasarte, y pasando por entre Armentia y Gomecha, tomó la orilla del riachuelo que baja de Zaldiaran, y cruzando el Zadorra por Trespuentes se dirigió derecho á la villa de Mendoza. Al llegar á ésta, pasó el rústico puentecillo sobre el Laña, y á muy poco se hallaba á la puerta del soberbio torreón que se alzaba sobre el palacio de los Mendozas.

Reconocido el recién llegado, no tardaron en franquearle las puertas de la fortaleza, á las que en aquel momento llegaban los dueños del castillo para recibirle cual á su estirpe correspondía. Después de los saludos y agasajos dignos del ilustre huésped, Gauna demostró deseos de tratar con los dueños de un asunto de especial interés para él, y accediendo á sus indicaciones, una hora más tarde se hallaba éste en un apartado departamento del castillo en compañía de dos damas y dos caballeros.

Eran ellas Aldonza y Leonor, mujer la primera del linajudo alavés D. Pedro González de Mendoza, señor de Mendoza, Hita y Buitrago, y Mayordomo del rey D. Juan I de Castilla, y esposa la segunda del esclarecido Cronista y distinguido poeta D. Pedro López de Ayala, Copero y Camarero del propio monarca, Conde de Ayala

y señor de Salvatierra. Ellos eran los esposos de ambas. Todos se habían sentado en torno de Gauna, quien después de corteses frases de gratitud por la acogida que le habían dispensado, les dijo de esta manera:

—«Bien sabeis, mis buenos amigos, que en todos los negocios importantes de mi palacio os pedí vuestro leal consejo, que siempre fué el más acertado. Hoy he menester más que nunca de vosotros porque el asunto á que atañe es grave para mí cual otro alguno. Vosotros sabeis cuánto amo á mi hija Rosmunda, y cuán dispuesto estoy á sacrificarlo todo, absolutamente todo por ella. Desde hace tiempo me preocupaba grandemente su porvenir, mas he aquí que poco tiempo ha, Arnaldo, el hijo del noble magnate navarro Rodrigo de Uriz, ha solicitado unirse con ella en matrimonio, cual cumple á un caballero de su estirpe.»

—«¿Y ella?»—interrumpió Aldonza con viveza.

—«Ella»—continuó Gauna—«ha rehusado terminantemente tal matrimonio.»

—«La casa de Uriz puede llevar sobrada honra á cualquier linaje»—repuso Leonor con extrañeza.

—«Decís bien»—añadió el de Arraya—«y por eso ha de extrañaros más la negativa de mi hija. Mas haced merced de escucharme, y sabreis la desdichada causa del proceder de Rosmunda.»

Un miserable pastor de la comarca se ha atrevido á poner los ojos en mi castillo, y aprovechándose de la inocencia de mi hija, en las tardes en que ésta paseaba por el bosque, ha salido una y

otra vez á su encuentro y le ha significado su cariño, y.....»

—«Pero ella.....» —volvió á interrumpir Aldonza.

—«Ella»—continuó Gauna—«olvidando su estirpe, comenzó á dar oídos á las mentidas protestas del villano, concluyendo por entregarle su corazón y su ventura.»

Leonor y Aldonza se miraron con estupefacción, á la vez que Mendoza, dirigiéndose á Gauna, dijo:

—«Tranquilizaos. Esas primeras impresiones del alma son ligeras como las nubes que el ábrego deshace, y Rosmunda.....»

—«No lo creais»—replicó el de Arraya.—«La conozco bien, y nada le hará cejar en sus propósitos.»

—«De cualquier modo.....»—volvió á decir Mendoza.

—«¡Ah! no, no»—interpuso Gauna.—«Esos amores son el oprobio de mi linaje; y juro á Dios que de buen grado hubiera concluído con ese malandrín, á no haberse interpuesto Rosmunda en mi camino; mas ello ha de llegar. La guerra con Portugal, en que mis mesnadas no serán las últimas en ayuda del rey, han de darme sobrada ocasión para tal. En ellas formará ese orgulloso villano que pretende conquistar lauros para medirlos con los míos, y yo le juro que no han de faltarle ocasiones en que probar su insensata arrogancia.»

—«Haced cuidado en ello»—interpuso entonces Ayala, que hasta aquel momento había escu-

chado á Gauna con inalterable mutismo.—«La juventud y el amor son buenos acicates para buscar glorias. Mas decidme: ¿y Arnaldo sabe.....?»

—«Arnaldo ignora los devaneos del pastor, que para todos, menos vosotros, son un secreto; y convencido por mí de que Rosmunda no le rechaza, pues si bien esquivo sus galanterías, es porque hasta ahora mi hija no se ha fijado en hombre alguno, el joven navarro pretende interesar el corazón de Rosmunda peleando al lado de su rey D. Carlos en la expedición que éste debe de hacer á Portugal en ayuda del castellano» —contestó Gauna.

—«¡Vive Dios! que urge castigar al bastardo Maestre de Avis, que se ha atrevido á robar la corona portuguesa á la reina de Castilla» —interpuso Mendoza.

—«Pronto pagará su villanía» —repuso Ayala. —«Cuando el rey nos ha llamado y dentro de tres días hemos de partir para Toledo, es porque D. Juan I quiere doblegar á los traidores sin tregua alguna.»

—«¿Dentro de tres días?» —añadió Gauna algo intranquilo.

—«Dentro de tres días, sí» —siguió Aldonza vivamente al apercibirse del disgusto de Gauna; —«dentro de tres días. Mas estad tranquilo, que mientras Vos peleéis en Portugal, Aldonza será la madre de vuestra hija; á cuyo fin, antes de que hayais partido con vuestras mesnadas, yo me trasladaré á vuestro castillo, si Vos en ello no habeis reparo.»

—«¡Señora! ¿Qué reparo he de poner á merced

tan singular? Vos sois desde ahora la árbitra de mi castillo, y á mucho ha de obligarme para con la casa de Mendoza la honra que me acabais de dispensar»—contestó Gauna enternecido.

Efectivamente, Aldonza, con esa penetración peculiar de las mujeres de talento, se había anticipado á los deseos de Gauna. Inquietaba á éste sobremanera la idea de tener que dejar á su hija en el castillo de Arraya, sólo al cuidado de la servidumbre, mientras él peleaba en Portugal, y esta idea le atormentaba mucho más desde que Rosmunda se había colocado en las difíciles circunstancias que los lectores conocen ya. Por eso, al aproximarse su marcha, Gauna se dirigió al castillo de Mendoza con ánimo de suplicar á la mujer de su dueño se dignase estar al cuidado de Rosmunda; mas Aldonza que adivinó el pensamiento de Gauna, le evitó la súplica, anticipándose á ofrecerle, no sólo el cuidado de la joven, sino que también trasladarse ella misma al valle de Arraya, á fin de que Gauna pudiese marchar completamente tranquilo.

El señor de Arraya, pues, después de expresivas muestras de reconocimiento y de quedar convenidos todos en lo que habían de hacer á tal fin, se disponía á regresar á su valle; mas los dueños de Mendoza en modo alguno lo consintieron, obligándole á tomar un asiento en su mesa, pues precisamente á la sazón se hallaban con ellos sus hermanos D. Pedro López de Ayala y su mujer D.^a Leonor de Guzmán, condes de Ayala, con objeto de comer en buena concordia

juntos, antes de que Mendoza y Ayala partiesen para la guerra.

Gauna no pudo menos de acceder á tan galante invitación, y aunque había quedado con Rosmunda en volver al castillo aquella misma noche, tuvo que renunciar á su propósito; lo cual en verdad no le sirvió de disgusto, pues entre la cordial expansión de la mesa se puso al tanto muy en detalle del estado de los asuntos de Portugal, de los planes del rey de Castilla, de las consecuencias de la guerra y de otra porción de cosas de que Ayala y Mendoza, como tan allegados al rey, estaban enterados; cosas que por otro lado á él interesaban sobremanera.

Pasó, pues, el resto de aquel día y la noche en Mendoza, y á la siguiente mañana partía para Araya, á la vez que D. Pedro López de Ayala y su mujer lo hacían para Quejana.

DE REGRESO

El día que tan feliz se había deslizado para Gauna en el castillo de Mendoza, no lo había sido tanto para su hija. Ésta, encomendada á la custodia del más fiel servidor de su padre, había dejado transcurrir las horas soñando las más dulces venturas para su porvenir; mas cuando el sol de aquella serena tarde hubo traspuesto la sierra de Badaya, y poco más tarde el vago claror del crepúsculo fenecía entre los negros pliegues de la noche, Rosmunda, á quien su padre había comunicado su viaje á Mendoza, prometiéndole que á la caída de la tarde estaría de regreso en el

castillo, comenzó á inquietarse con la tardanza del autor de sus días, con tanto más motivo cuanto que menudeaban por entonces por los caminos aventureros osados, que vivían del robo y del pillaje.

Á medida que la noche cerraba crecían más y más las inquietudes de la joven, que desde la ventana más alta de la fortaleza, atisbaba todavía el camino de Monasterioguren, cuando la luna, que escalaba el aterciopelado cielo, iluminaba con misteriosa claridad, camino por el cual buscaban sus ávidos ojos en vano al señor de Araya.

De pronto, una sonrisa de victoria se dibujó en el rostro de la joven. Su perspicaz mirada se había fijado en un bulto que se deslizaba por los alrededores del castillo. Rosmunda no tardó en reconocer en aquella sombra al pastor Iván. Entonces, un rayo de luz iluminó la mente de la joven dama, quien haciéndose notar de Iván, pudo á merced de una seña darle á entender que acudiese á una ventana baja de la fortaleza, que se abría al lado opuesto; y cuando el mancebo hubo de dirigirse hacia aquella parte, Rosmunda se lanzó precipitadamente por la escalera. A muy poco la aristocrática hija de Gauna conversaba con Iván desde la ventana que ella le había indicado.

Iván renovó una vez más á su amada sus protestas de amor hasta el sacrificio, haciéndolo en voz muy baja, á fin de que la vigilancia del castillo no se diese cuenta de tal. Rosmunda juró á su vez á Iván su inquebrantable constancia, é inmediatamente le expuso los temores que la in-

quietaban por la tardanza de su padre, rogando al pastor que para tranquilidad de ella, tratase de averiguar si había ocurrido algo á Gauna en el camino de Mendoza. Iván reflexionó un instante, sus ojos brillaron con alegre viveza, y contestó:

—«Tranquilizaos, mi adorada Rosmunda, que nada ha debido ocurrir á vuestro padre; pero por si algo pudiese acontecerle, yo recorreré sin tardanza las veredas, por si hubiese menester de mí. Mas me habeis de prometer una cosa.»

—«Habla, habla»—repuso Rosmunda.

—«Que si vuestro padre necesitare de mi ayuda, exijo que nunca sepa el señor de Araya que fué el pastor Iván quien se la prestó.»

—«Mas ¿qué te propones.....?»—volvió á decir Rosmunda.

—«Os ruego»—prosiguió Iván—«me dispenseis no os conteste: mas tened por cierto que ese capricho, como todos los míos, son en gracia de vuestro amor. ¿Me prometeis, pues, que nada sabrá?»

—«Te lo juro»—añadió la joven.

—«¡Ah! ¡Bendita seais!»—repuso el pastor.—«Ahora descansad, y no olvidéis que ni un sólo momento os separais de mi mente. ¡Adios!»

—«¡Adios!, y sabe una vez más cuánto te amo»—concluyó Rosmunda, mirando con deleitoso cariño al pastor, que á muy poco desapareció por la pendiente. Entonces ella se dirigió otra vez á la ventana alta de la fortaleza en que primero se hallara, y reclinándose sobre su alfeizar, volvió á tender su vista por el paisaje, al que

daba la luna el más fantástico aspecto, pensando en lo que acababa de hacer. Ella tenía la casi seguridad de que á su padre nada había acontecido á pesar de su extraña tardanza; pero á pesar de todo el aguijón de la duda no dejaba de mortificarla. Para calmar su ansiedad bien podía haber mandado en su busca gente del castillo; mas dominada siempre por el afán de hacer aceptable á Iván á los ojos de su padre, concibió la idea de que el joven pastor escudriñase el camino, en la seguridad de que si por acaso Gauna necesitase ayuda, nadie como Iván se la proporcionaría. Este pensamiento la tranquilizó poco á poco y quedó satisfecha de su conducta. Mas ¿qué se proponía Iván al exigir que de ningún modo supiese el señor de Arraya que el pastor había velado por su seguridad? Rosmunda hizo mil cábalas acerca de ésto, hasta que al fin, considerando que del cariño de su amado nada malo podía esperar, se confortó su espíritu, y halagada por esta idea, se retiró á su estancia á esperar tranquila la llegada de su padre.

Mas trasladémonos á Mendoza en el momento en que, á la mañana siguiente á esta noche, abandonaba la villa el noble señor D. Joaquín de Gauna.

Era en los momentos en que el sol, que asomaba tras los picos de Urbasa, luchando en vano por romper la densa neblina que se tendía por el horizonte, iluminaba la campiña con turbia claridad. Gauna, tomando el mismo camino que á su venida á Mendoza, se dirigió á Trespuentes, y cruzando el Zadorra, tomó la orilla del arroyo

de Zaldiaran, abandonándola al pie del cerro de su nombre, para dirigirse á la hondonada de Castillo. Abstraído en sus pensamientos de ventura caminaba el señor de Arraya, bien lejos de creer que en aquel oculto paisaje alguien atisbaba sus pasos.

Efectivamente, entre la espesa arboleda que tapizaba las encrespadas crestas de los montes de Vitoria, tres hombres miraban con singular interés al cerro de Jundiz, situado cerca de Arriñez, á orilla del arroyo de Zaldiaran.

Vestían todos tres tosco colete de cuero, raídas calzas y gorro de piel, y llevaban puñal de grandes dimensiones al costado en la correa que ceñía su cintura. Estaban cobijados en el hueco que formaba un espeso matorral. Los tres estuvieron callados por largo rato, hasta que el más viejo, que frisaría en los cuarenta años, dijo á los otros dos:

—«Os juro por el mismo Satanás que me huele mal la tardanza de ese hombre.»

—«No debes inquietarte, Caparra, que aún no es hora»—contestó uno de éstos.

—«¡Ira de Dios! ¿Cómo que no, si yo mismo le he visto salir al rayar el alba del castillo de Mendoza, y casi va mediando la mañana? Á fe que tú, Tuerto, no hubieses tardado tanto en ese camino»—contestó Caparra.

—«Es verdad»—repuso el Tuerto—«pero yo tengo veinticuatro años y el señor de Arraya va siendo viejo. Lo que importa es que traiga la bolsa llena.»

—«Y la trae el maldito»—añadió el tercero

que hasta entonces no había hablado.—«Cuentan de buena tinta que el de Mendoza le entregó ayer dinero para que prepare sus mesnadas para la guerra de Portugal.»

—«El diablo te oiga, Guchi»—contestó Caparra—«y si Satanás no lo estorba, no tardaremos en saberlo.»

Y los tres continuaron acechando el camino y comentando la tardanza de Gauna, sin cuidarse á su vez de lo que pasaba en su derredor, que no dejaba de interesarles.

Y en verdad así era. En la misma ladera del monte y algo por encima de donde ellos se hallaban, había dos hombres que, sentados sobre una piedra y cubiertos también por la espesura, hablaban en voz baja. El uno, que tendría veinticinco años, era de tez morena y viva mirada; y el otro, de poca más edad, alto y fornido. Ambos vestían ceñida cota con ligera sobrevesta y casco con lambrequín flotante por detrás, y aprisionaba su cintura caprichoso talabarte, del que pendían la espada y daga.

El uno de ellos, aplicando el oído para escuchar, dijo:

—«Nada se oye. ¿Si habrán cambiado de opinión esos bellacos?»

—«No lo creas, Iván»—replicó el otro.—«Los conozco bien, y te aseguro que no tienen otro modo de vivir. Ellos estarán cerca de nosotros; pero, como salteadores de profesión, saben guarecerse.»

—«Dices bien. Mas oye, Pero: ¿cómo te has arreglado para saber.....?»—repuso Iván.

—«Muy sencillo»—contestó Pero.—«Poco antes de venir tú anoche á mi casa para que te proporcionase la armadura, había llegado á ella un deudo mío, que regresaba de la parte de Mendoza; y él fué el que me dijo que el señor de Arraya saldría hoy al alba para su valle; y él el que me contó que había visto cerca del camino en acecho á Caparra y los suyos. No cabe, pues, duda; ellos saben que Gauna pasa hoy por aquí, y es palmario que no le dejarán pasar sin dar un avance para desplumarlo.»

—«Me alegraré que así sea, porque eso me dará ocasión para concluir con esos belitres»—repuso Iván.»

—«No ha de faltarnos motivo para ello»—concluyó Pero.

En esto, un confuso ruido producido por el ramaje y algunas palabras sueltas, llegaron á sus oídos. Pero, como movido por un resorte, se incorporó, y tendiendo la vista por lo profundo del valle, dijo:

—«¡Iván, Iván!, los bandidos están cerca de nosotros, y se han puesto en conmoción porque el Señor de Arraya entra en la hondonada. Mira, mira.»

Iván se incorporó en el acto, y efectivamente distinguió con toda claridad á Gauna que se metía en la profundidad del valle, caminando á pie, y llevando á su caballo del diestro; á la par que percibía con palmaria evidencia un ruido en el ramaje que se alejaba por momentos; por lo cual, vivamente excitado, exclamó:

—«Sí, sí. No hay que perder momento. Los

bandidos quieren cortarle el paso. ¡Á escape, á escape!»

Y los dos se lanzaron pendiente abajo.

Entretanto Caparra y los suyos habían ganado con pasmosa agilidad la delantera del sendero por el que Gauna caminaba, ocultándose á su orilla; y un momento después, al pasar éste, se habían lanzado sobre él, sujetándole entre dos, uno de cada brazo, y desarmándolo el tercero. El de Arraya colérico, luchaba en vano por desasirse de ellos, cuando Caparra, harto de bregar, gritó:

—«¡Mátalo, mátalo!»

Guchi echó mano de su puñal para complimentar la orden de su jefe, cuando una voz de «¡Miserable!» sonó en el espacio y Guchi caía atravesado por el acero de Iván. Caparra y el Tuerto soltaron la presa para defenderse; mas Pero se había lanzado con tal furia sobre Caparra, que fué á éste muy difícil evitar el golpe, declarándose con el Tuerto en precipitada fuga, en tanto que Iván, volviéndose al señor de Arraya, le decía:

—«¡Vive Dios, que sois valiente!»

—«De poco me hubiera servido sin vuestra ayuda»—contestó Gauna queriendo en vano reconocer á su salvador, pues éste y su compañero tenían echada la visera de su casco, por lo cual el de Arraya continuó:

—«Decidme á quién debe la vida el señor de Arraya. ¿Quién sois vos, que velais vuestro rostro?»

—«Poco debe importaros conocerme. Sabeis

que velo por vos, y esto os basta»—contestó Iván.

—«Respeto vuestro capricho»—replicó el de Arraya.—«Mas para que siempre conste la deuda que para con vos he contraído, tomad este anillo que os dará derecho á disponer de mí como gustéis.»

Y quitándose uno que llevaba en el anular izquierdo, y en que iban grabadas las armas del señorío de Arraya, se lo entregó á Iván, que cogiéndolo lo ciñó á su dedo. Éste, á quien en su deseo de conservar el incógnito violentaba la continuación de aquella escena, contestó:

—«Gracias, noble señor. Cabalgad, cabalgad ahora, que bien habeis menester de reposo»

Y cogiendo el caballo del de Arraya se lo presentó para que montase. Gauna les dijo entonces cómo su corcel había tenido en el camino un traspíe, causa que le obligó á caminar desmontado; mas como examinado el caballo nada ofreciese de particular, Gauna montó en él, para continuar su marcha, en la que, á pesar de su oposición á ello, le acompañaron Iván y Pero hasta la subida de Gararza, en cuyo punto, saludándole cortesmente, desaparecieron.

El señor de Arraya, al llegar al castillo, encontró á su hija que llorosa é impaciente se echó en sus brazos; pues cuando llegada la media noche anterior, ni su padre volvió al castillo ni tuvo noticia de él, se afligió sobremanera. Éste contó con asombrada extrañeza á su hija todo lo acontecido. Rosmunda oyó con inefable gozo el relato de su padre; relato que le hizo olvidar todas

sus penas, al extremo de que en su alegría hasta dió por bien empleado lo acontecido. Rosmunda lo había adivinado todo; mas cuidó muy mucho de no darse por entendida, obedeciendo las indicaciones de Iván.

DIEZ MESES DESPUÉS

Habían transcurrido diez meses desde la entrevista que el señor de Arraya tuvo con Aldonza y Leonor, Mendoza y Ayala en el castillo de Mendoza, y durante este tiempo las fortalezas de estos próceres habían presentado muy distinto aspecto al que ordinariamente tenían.

Á los pocos días de la referida entrevista, don Pedro González de Mendoza y D. Pedro López de Ayala, con las gentes de armas de que cada uno podía disponer, habían tomado la dirección de la corte, á donde les llamara el rey de Castilla que se preparaba para la guerra de Portugal, á fin de hacer valer los derechos de su esposa Beatriz á la corona del reino lusitano. Poco tiempo después las mesnadas de Arraya, en las que formaba Iván entre los primeros combatientes, mandadas por su señor D. Joaquín de Gauna, tomaban también el camino de Castilla en ayuda del rey.

Con tal motivo, los palacios señoriales de Quejana, Mendoza y Arraya quedaron tristes y solitarios. La falta de su gente de guerra y la ausencia de sus dueños imprimían en ellos silenciosa severidad. En el de Quejana, D.^a Leonor de Guzmán esperaba con impaciencia nuevas de su ma-

rido D. Pedro López de Ayala, que militaba como Alférez de la Orden de Caballería de la Banda; y en el de Gararza hablaban con frecuencia de González de Mendoza y de Gauna, Rosmunda y Aldonza; pues ésta, cumpliendo la palabra que diera al padre de Rosmunda, se había trasladado al castillo de Arraya para cuidar de la joven hija de aquél.

Desde muy poco tiempo después de estar instalada Aldonza en el castillo de Arraya, y aprovechando las más favorables ocasiones, trató de infiltrar en el corazón de Rosmunda la idea de la conveniencia de su matrimonio con Arnaldo; mas la ilustre mujer de González de Mendoza tuvo que convencerse á la postre que lo que había logrado era que Rosmunda viese en ella una segunda madre, amándola como si fuese la suya propia; pero no en modo alguno que desviase su cariño de Iván. Antes al contrario, con tan vivos colores había pintado Rosmunda á Aldonza el carácter y condiciones de Iván, que ésta concluyó porque le fuera simpático, sin conocerlo, el pastor del valle.

¡Cuántas veces en los plácidos días de la primavera de 1385, cuando, corriendo las dos damas la montaña hacia el mediodía, buscaban consuelo á sus penas en la ermita de la Virgen de Veolarra, ¡cuántas veces se habían ocupado de Iván, y cuántas veces Rosmunda, cuando al mirar hacia el Sur desde el cerro de la ermita se encontraban sus ojos con el castillo de Bernedo que se erguía en la cordillera de Cantabria, ¡cuántas veces había separado la vista de aquella apar-

tada fortaleza que instintivamente tenía para ella algo de fatídico y misterioso!

Declinaba el primer sol de Setiembre de 1385. La tarde estaba pálida y serena, y el airecillo mecía con dulce arrullo las tiernas ramas de los árboles, en que los pájaros vocingleros cantaban á porfía. En la cumbre del Gararza, muy cerca del castillo, y á la parte que miraba á la llanada de Vitoria, Aldonza y Rosmunda, sentadas sobre el césped, discurrían respecto á la suerte de los guerreros de Portugal. De pronto percibieron en la llanura tres jinetes que, atravesando al galope por Ullivarri de los Olleros, se dirigían al cerro de Gararza. Por un movimiento involuntario los corazones de las damas comenzaron á latir con medrosa celeridad. Poco más tarde Aldonza reconoció en los jinetes á los ballesteros de su castillo.

Las damas se miraron con temor sin articular una palabra, incorporándose para seguir con la vista á los jinetes, cuando éstos tomaban ya el sendero de la pendiente. Á muy poco habían ganado la cima. Entonces Aldonza les salió al encuentro. Al verla el que primero cabalgaba, se apeó de su caballo, y llegándose á ella respetuoso la dijo:

—«Señora, el jefe de armas de vuestro castillo me manda venga hasta Vos á deciros que es preciso torneis sin pérdida de tiempo á Mendoza.»

—«¡Ah!»—exclamó Aldonza al oírle.—«¿Acaso las mesnadas de Portugal.....?»

—«Han regresado al castillo»—contestó el ballestero.

—«¿Y D. Pedro González.....?»—interrumpió vivamente Aldonza.

—«El señor..... no lo sé. Creo que ha quedado en la corte de D. Juan»—contestó el jinete.

—«¿¡Cómo!? ¿¡Abandonando á los suyos!?»—interrumpió la dama.

—«¡Señora!»—contestó turbado el balletero —«la suerte.....»

—«¡Dios mío! Acaso una derrota..... Sí. Pronto, pronto. Disponedme un corcel»—replicó Aldonza.

—«Dispuesto lo tenéis»—contestó el jinete, señalando uno que conducía del cabestro uno de los jinetes de atrás; y después, volviéndose á Rosmunda, prosiguió:

—«Por lo que hace al señor de Arraya, vuestro noble padre, al cerrar la noche estará aquí, pues cabalga ya por Aríñez al frente de sus mesnadas.»

Una explosión de alegría inundó el alma de Rosmunda; pero consagrando aquellos momentos á su bienhechora y olvidándose de sí misma, se abrazó á Aldonza para inspirarla tranquilidad y rogarle se quedase en el castillo hasta el siguiente día; mas todo fué en vano. La mujer de Pedro González, presagiando una catástrofe, se obstinó en marchar inmediatamente á Mendoza, y momentos después, entre sollozos y abrazos, tomaba el sendero para bajar á la llanura, escoltada por los tres jinetes.

Rosmunda siguió al grupo con la vista hasta que se perdió en la espesura, y después se retiró al castillo á fin de dar las órdenes oportunas pa-

ra que hiciesen saber en el acto á los del valle la llegada de las mesnadas, y volviendo á salir de la fortaleza se sentó sobre el césped, observando si alguien cruzaba la campiña.

En breve su pensamiento, como arrastrado por secreta fuerza, se fué á Iván. En su venturoso sueño pareciale verle asomar por la verde cañada al frente de los peones y coronado de lauros; y su espíritu, abrasado en el castísimo amor de la llama que ardía dentro de su alma, se alzaba sobre la hediondez de la carne, sublimándose y agigantándose en más altas regiones, cuyo ambiente la confortaba para llegar hasta los más heroicos sacrificios en pro del objeto amado.

Así pasó un buen rato, hasta que el sol, al ocultarse tras la sierra de Badaya, vino á sacarla de su éxtasis. Entonces, entrando en el castillo y haciéndose acompañar de dos servidores, volvió á salir, tomando la bajada del monte hacia Izarza, para esperar á las gentes de armas, que no debían de tardar en llegar al valle. Rosmunda bajaba la pendiente, devorando inútilmente con su vista la cañada, pues la noche había cerrado, y el cielo, sembrado de estrellas pero sin luna, difundía tan sólo una tenue claridad que se perdía entre las sombras.

Al llegar á Izarza pudo percibir que grupos de gentes que venían de un lado y otro corrían al valle á recibir á sus deudos. La noticia de que las mesnadas debían de llegar de un momento á otro, corrió con la celeridad del rayo, y las madres y parientes volaban á recibir á los suyos. La joven continuó caminando. Poco

antes de entrar en Oquina aparecieron ante su vista unas luces que, asomando por el boquete de los montes de Vitoria, bajaban al valle. Á su aparición, las gentes que en apiñada multitud llenaban las afueras de la villa por aquel costado, lanzaron una exclamación de alegría. No había duda. Eran ellos. Eran los valientes hijos de Araya, que al mando de su señor habían volado á Portugal en defensa de su rey. Un grupo de ellos con teas encendidas, venía á la cabeza alumbrando el camino por donde cabalgaba su señor. Rosmunda, al verlos aproximarse, sintió una sacudida interior y que el corazón con precipitados golpes, parecía querer saltarle del pecho.

Al entrar en Oquina los expedicionarios, una explosión de júbilo brotó de todas partes, y las madres se lanzaron á las filas á estrechar á sus hijos entre sus brazos. Á la hija de Gauna le fué difícil mantenerse en pie sin ser presa de un vértigo; Iván, á la cabeza de todos, ocupaba el envidiable puesto de capitán de la mesnada. Rosmunda, ebria de gozo, se lanzó á su padre, que al verla, saltando de su corcel se abrazó á su hija. En esto Iván, con orgullosa alegría, se acercó á la dama, y después de saludarla con cariñoso respeto, recibió las órdenes de su señor, mandándole que peones y jinetes todos se retirasen con sus deudos en busca del reposo que tanto habían menester; y encargando al joven capitán que al día siguiente antes de mediar el sol estuviese en su castillo, le despidió, tomando Gauna con su hija y la servidumbre el camino de la for-

taleza de Gararza. Dos horas más tarde, Gauna, al alegre calor de la cena, relataba á su hija los gravísimos sucesos de Portugal.

Allí supo Rosmunda cómo después de reunidos los ejércitos castellanos en Ciudad-Rodrigo, sin esperar al rey D. Carlos de Navarra, que con los suyos debía de llegar en auxilio del de Castilla, penetraron en Portugal, y sitiando y rindiendo á Celorico, pasaron triunfantes por los arrabales de Coimbra, talando é incendiando cuanto hallaban á su paso. Que de allí, tomando camino por Leiria se dirigieron á Lisboa, mas el ejército portugués que se hallaba en Thomar les salió al encuentro, avistándose los combatientes frente á Aljubarrota, donde los portugueses que llegaron primero se habían fortificado en un paso muy estrecho, cuyos costados defendían hondísimos barrancos; que contra el sesudo parecer de los ancianos de Castilla que juzgaban inexpugnable la posición del enemigo, los juveniles capitanes trabaron la batalla; y por fin que después de una encarnizada pelea el ejército de Portugal había derrotado completamente al de Castilla, matando á sus capitanes y acuchillando á sus huestes. Allí supo Rosmunda cómo el insigne alavés, Mayordomo del rey y señor de Mendoza D. Pedro González de Mendoza, al ver herido el caballo del monarca y á éste en peligro de caer prisionero, saltando de su corcel y llegando á D. Juan I de Castilla, le dijo: *«Señor, pues Vos me hicisteis la inestimable merced de vuestra confianza en vuestro palacio, justo es que yo ahora compre vuestra vida con la mía. Cabal-*

gad en mi corcel y salvaos, que mi puesto en la pelea está vacío;» y haciendo montar al rey y alejarse del peligro, se lanzó él á lo más rudo del combate, encontrando gloriosa muerte que habían de anunciar á la comarca negros crespones en el castillo de Mendoza.

Allí supo Rosmunda cómo otro alavés ilustre D. Pedro López de Ayala, el gran poeta y cronista, camarero del rey, alférez de la Banda, Conde de Ayala y señor de Salvatierra, abalanzándose á arrollar á la cabeza de los suyos la formidable posición del enemigo entre saetas, jaras, venablos y lanzas, cuajado de heridas y desangrándose dió al fin en tierra, y prisionero de sus adversarios y encerrado en una jaula de hierro era á la sazón enseñado á las gentes de Portugal como objeto de ludibrio.

Y allí finalmente supo Rosmunda cómo el joven Iván, batiendo su acero con osado arrojo en todas partes, fué el primero que pisó el adarve de la muralla de Celorico, izando sobre sus almenas la bandera de Castilla, por cuyo hecho el rey le había nombrado capitán de milicias.

Rosmunda, al oír el último relato de su padre, no pudo contener la alegría que rebosaba en su pecho y exclamó:

—«¿Con que Iván ha cumplido fielmente lo que Vos le exigíais?»

—«Á medias, hija mía, á medias»—contestó Gauna haciendo un gesto de disgusto que fué un dardo para el corazón de su hija.—«Es verdad que sus hechos, envidiados por los más valerosos, le han conquistado un distinguido puesto;

pero..... En fin, dejémonos ahora de tal asunto, que ya sabes que le he citado para mañana por la mañana al castillo y entonces habremos de ocuparnos de esto.»

Gauna volvió á recordar la triste suerte de los maridos de Aldonza y Leonor, á quienes consagró Rosmunda en aquel rato muchas lágrimas y suspiros, y ya muy avanzada la noche, el señor de Arraya y su hija se retiraron á descansar.

Rosmunda no pudo conciliar el sueño. Mil ideas se agolpaban á su cerebro en volcánico torbellino. El gesto que su padre hiciera aquella noche al hablarle ella de Iván, había quedado grabado en su alma con siniestra huella. ¿No le habían exigido al joven pastor honores y los había adquirido con creces? ¿No era nada menos que capitán de milicias, puésto que él conquistó con la punta de su acero? ¿Porqué, pues, rechazarlo? Pero si de esto trataba su padre, ¿á qué citarlo á su castillo? Todas estas ideas cruzaban una y otra vez por la mente de Rosmunda, dando por resultado que al fin abrumara su alma un pensamiento terrible, que ella en vano quería desechar: el pensamiento de que su padre buscaba una forma ú otra de deshacerse de Iván.

El señor del valle no pasó la noche más tranquilo que su hija. Fascinado por las riquezas de Arnaldo de Uriz, en su deseo de desprenderse del importuno pastor sin que su hija se apercibiese de tal, le había exigido lo que á su juicio Iván jamás podría conseguir: *honores y riquezas*; mas el audaz campesino, con estupefacción de todos, se había colmado de los primeros. ¿Qué

hacer, pues? ¡Ah! ¡La avaricia es muy ingeniosa! Faltaba aún llenar la segunda condición. Iván tenía honores, pero estaba exhausto de riquezas! Gauna sonrió maliciosamente en la oscuridad de su lecho. Le había ocurrido una idea feliz. Él exigiría al novel capitán tesoros, indicándole una empresa imposible de realizar para conseguirlos, y el osado Iván acometería la empresa pereciendo en la demanda. De este modo el de Arraya cumpliría lo prometido á su amigo el Alcaide del castillo de Bernedo D. Rodrigo Uriz, quien una vez enterado de los amores del pastor, en las diversas entrevistas que para concertar el matrimonio de Arnaldo con Rosmunda había tenido con Gauna, había exigido á éste como primera condición la de que hiciese desaparecer para siempre al pastor Iván, sin cuyo requisito no podía en modo alguno concertar el matrimonio que tanto convenía á ambos próceres.

Gauna, pues, había resuelto el problema. Por eso, satisfecha su avara conciencia con su maquiavélico plan, sintió un consuelo en su alma y á poco quedó dormido.

Á la mañana siguiente, Rosmunda, disimulando su impaciencia, conversó como de ordinario un largo rato con su padre, hasta que un servidor anunció la llegada de Iván al castillo. Entonces el señor de Arraya ordenó que pasaran al recién llegado á un apartado departamento de la fortaleza, é invitando á su hija á que le acompañase se dirigió él á la propia estancia. Una vez que Iván se halló en ella, saludó afectuosamente á Rosmunda y su padre, quien á su vez le dis-

pensó más cordial recibimiento del que podía esperar. Gauna le invitó á sentarse, y cuando los tres lo hubieron hecho, el de Arraya, dirigiéndose al joven, le dijo:

—«Hace ya un año, cuando sin título alguno para ello trataste de llegar á mi familia, te dije que el que aspirase á la mano de la hija del señor de Arraya, había de ofrecerle *honoros* cual ella tiene, y *tesoros* como ella posee, para que de este modo no padeciera el rango de mi linaje. Tú prometiste conquistar unos y otros. Á la cabeza de mis mesnadas te has batido con coraje, coronando el primero los muros de Celorico, y esto te ha dado honores. Te faltan riquezas, y ¡vive Dios! que á la mano tienes seguro camino para alcanzarlas.»

—«Decid, señor, decid»—interrumpió Iván impaciente.

—«Pues bien»—continuó Gauna.—«En lo profundo de la cima del alto se oculta un *becerro de oro* de inestimable precio.....»

Al oír tal, Iván sorprendido un instante, irguió altivo su cabeza; Rosmunda palideció aterrada é iba á interrumpir á su padre; mas le impuso silencio una enérgica mirada de su amante, que dirigiéndose á Gauna le dijo:

—«¿Y vos deseáis.....?»

—«Deseo»—contestó el de Arraya—que si tienes corazón para ello, desciendas al abismo y te apoderes del becerro. Entonces tendrás tesoros y la mano de Rosmunda es tuya.»

—«¡Basta, basta!»—interrumpió Iván con altivez.—«Es sobrado el galardón para tan pequeño

sacrificio: y ¡vive Dios! que mi acero que jamás vaciló ante las huestes de Portugal, no ha de temblar ante los trasgos y endriagos que defienden ese tesoro.»

—«¿Con que aceptas....?»—repuso el viejo.

—«Sí, sí: acepto»—contestó el Capitán.—«Señalad día y hora. Disponed el modo para que baje, y.....»

—«Eres un valiente.»—añadió Gauna con simulada admiración.—«Dentro de tres días, al mediar el sol, á la cumbre del alto. Allí tendrás cuanto necesites.»

—«No faltaré; y ¿cuando haya subido...?» repuso Iván.

—«Rosmunda es tuya»—concluyó el de Arroya, haciendo á Iván una seña para que se retirase.

Este saludando respetuosamente á Gauna, se acercó emocionado á Rosmunda y diciéndola:

—«Nada temáis, bella Rosmunda, y preparaos á hacer la dicha de quien tanto os ama,» abandonó la estancia.

El viejo entonces, abrazando cariñosamente á su hija, trató de hacerla ver que la conquista de aquel tesoro era el único medio de que Iván pudiese unirse á ella, sin menoscabar su alcurnia. Rosmunda, trémula y ahogada, en su terror por la indecisa suerte de Iván, estuvo á punto de revelar al autor de sus días, que el joven Capitán fué el que le había salvado la vida en la hondonada de Castillo, al regresar de Mendoza, por ver si esto podía relevar á Iván de la terrible prueba á que el señor de Arroya le sujetaba; mas, al intentar

romper su silencio, recordaba la imperativa mirada con que Iván había sellado sus labios, y se decidió por respetar los proyectos que su amante pudiera tener y no desplegó sus labios.

Así pasó un rato, al cabo del cual, cuando el padre de Rosmunda dijo á ésta cuanto creyó pertinente al caso, se retiró á sus habitaciones, á la vez que su hija lo hacía á las suyas.

EL BECERRO DE ORO

Al pie de la vertiente sudoeste del alto de Garraza hay un escondido barranco que limitan al N. el puerto de Erenchun, al E. los altos de Oquina, al O. los montes de Vitoria, y al Sur un boquete que se continúa con el llano cortado á lo lejos por la cordillera de Cantabria, y por cuyo boquete sale al llano, á pagar tributo al Ayuda, el riachuelo que engendra la cuenca hidrográfica de la hondonada. Empotrada en este barranco y como aislada del contacto de los demás pueblos se hallaba ya por entonces, cual hoy se halla, la antigua villa de Oquina, á la que parecen dar guardia tres promontorios, que se alzan al Oriente de ella en el alto de su nombre. De estos promontorios, el que está situado más al N. y como á un tiro de bala de la villa presenta en su cúspide una reducida esplanada, en el centro de la cual se abre una oscura boca circular, como de doce metros de diámetro, cuya boca da entrada á una informe, lóbrega y profundísima concavidad de desconocido fondo, llamada la sima de Oquina, en cuyo interior se engendra un

sordo, imponente y monótono ruido, y de la cual contábanse ya por entonces fatídicos y misteriosos detalles.

Decíase que en los antros de la sima se ocultaba un becerro de oro macizo, de inapreciable valor, y defendido de la codicia de los hombres por una cohorte de seres diabólicos, formada por trasgos, brujas, duendes y endriagos, cuyo malféfico poder torturaba con terribles tormentos al osado ambicioso que intentase penetrar en la sima.

Y esta creencia estaba tan arraigada en la comarca, que ninguno de sus habitantes se atrevió jamás á acercarse á la sima de crepúsculo á crepúsculo, y no faltaban entre ellos algunos que aseguraban haber visto asomarse á la boca de la cueva monstruosos endriagos con sus formas de terribles fieras, sutiles duendes envueltos en blanquísimos mantos, y aun al basajaun que cubierto por su espeso vello y enseñando sus gigantesca y aceradas uñas, visitaba como señor de los bosques á los guardianes del tesoro, para saber si éstos cumplían con su cometido.

Tres días habían pasado desde la última entrevista de Iván con Gauna y su hija en el castillo de Gararza; días tan interminables como amargos para Rosmunda que tuvo que sostener una lucha titánica consigo misma. ¿Cómo Iván podría salir ileso en su espantable empresa de bajar á la tétrica cueva de Oquina? ¿Qué se proponía su padre al exigir al joven capitán un sacrificio cuyos resultados podía obtener por medios más asequibles? Estas consideraciones despertaron al fin en

su alma una idea terrible, que, como por otro lado era altamente ofensiva para su padre, la infeliz joven trataba de desechar. Surgió en su mente la idea de que Gauna quería á todo trance deshacerse de Iván; y este cruel recelo se agigantaba por instantes en su pecho á pesar suyo.

Gauna por su parte no había perdido el tiempo. En su tenaz ambición comunicó á su amigo D. Rodrigo de Uriz el medio que había elegido para deshacerse de Iván, cuidando de señalarle el día y hora en que éste debía de bajar á la sima. Además, entendiéndose con toda reserva con cuatro servidores suyos de su absoluta confianza, hizo disponer como á él le plugo los medios necesarios para el descenso.

Por lo demás el valle ofrecía particular aspecto. La noticia de que Iván iba á penetrar en la sima en busca del becerro de oro se propagó por todas partes con la velocidad del rayo, y en el llano y los oteros y en las villas y caseríos no se hablaba de otra cosa. Por más que los hechos del pastor le habían creado la fama de ser el primer adalid de la comarca, nadie comprendía su atrevimiento para luchar contra el invencible poder de los trasgos y endriagos, tanto menos cuanto que iba á pelear en diabólicos antros desconocidos para todos. Menudeaban pues en el pueblo con tal motivo las más inverosímiles historias y más estupendos comentarios relativos al suceso.

Cuando el día 6 de Setiembre el sol se alzaba sobre la Sierra de Urbasa, el valle presentaba desusado movimiento. Por los tortuosos senderos de las montañas y estrechas cañadas de los ba-

rrancos muchos grupos de campesinos se dirigían á Oquina. El asunto que á todos preocupaba era el mismo: todos con misterioso recato hacían augurios acerca de lo que debía de ocurrir en los antros al atrevido capitán, de todo lo cual los más culpaban al señor del valle, muy pocos á la arrogancia de Iván, no faltando impenitentes solteronas que hacían responsable de todo á la ambición de Rosmunda, la que, según ellos, había de quedar soltera en pago de su codicia.

Las gentes, al llegar cerca de Oquina, tomaban la dirección del alto de su nombre, y por la vertiente de éste opuesta á la cortada falda que mira á la villa, escalaban la montaña, desapareciendo bajo el espeso manto de hayedos y robledales que vestía el monte, para reunirse más tarde en torno de la terrible boca de la cúspide.

El aspecto de la planicie de ésta era imponente por demás. Al borde de la sima y á un lado del mismo, un cilindro de madera, á guisa de torno, montado horizontalmente por sus extremos sobre dos horquillas, al que había arrollada una larguísima cuerda, de cuya punta salían otras cuatro, cada una de las cuales se unían, mediante anillos de hierro, á un grueso cinturón de cuero; cuyo aparato estaba custodiado por cuatro servidores del castillo de Gararza: á unos treinta pasos detras de este armatoste, sentado sobre rústico banco de madera, D. Joaquín de Gouna, que, fosco y pensativo, parecía separar intuitivamente su mirada de la cueva fatal; en torno de ésta la muchedumbre que en espeso anillo de carne humana se echaba hacia atrás con re-

pulsivo pavor, cual si temiese ver aparecer por aquella lóbrega garganta al basajaun de los bosques; y al lado del torno, de pies, con los brazos cruzados, y sin fijarse siquiera en el tosco aparato que había de servir para el descenso á los antros, la arrogante figura de Iván, que, vestido con su traje de pelea, al par que cautivaba los sentimientos de la multitud por su modesta apostura, parecía desafiar las iras de los trasgos y endriagos por su imperturbable impassibilidad. Á su lado estaba Pero, su mejor amigo, el que batió con él á los bandidos en la hondonada de Castillo.

Sólo la enamorada figura de Rosmunda se echaba de menos en la planicie en aquel imponente momento. La apasionada joven manifestó á su padre vivísimos deseos de no abandonar el castillo durante la arriesgada empresa y su padre accedió gustoso á sus deseos, por lo que Rosmunda no había abandonado la fortaleza.

En medio de tanta muchedumbre el silencio era absoluto y aterrador. De pronto apareció en la planicie D. Rodrigo Uriz. Al verlo Gauna salió á su encuentro y ambos fueron á sentarse al rústico banco que ocupaba el de Arrada.

Entonces Gauna mandó un recado á Iván, y éste, haciéndose ceñir el cinturón de cuero, se dispuso á bajar al abismo. Al sentarse al borde del precipicio, quitándose un anillo que llevaba en uno de sus dedos y dándosele á Pero para que se lo entregara al señor de Arraya, gritó á los del torno:

—«¡Cuerda! ¡Cuerda!»

Y se lanzó á lo profundo.

El torno comenzó á dar fatídicas vueltas entre un murmullo de espanto de la multitud, y el joven Capitán se hundió en la oscuridad de los antros.

En el ínterin, Pero corrió á entregar el anillo al padre de Rosmunda. Éste al reconocerlo, pálido y desencajado, saltó de su asiento, y gritando:

—«¡Era él! ¡Era él el que me salvó la vida!»

Abalanzándose á los del torno, exclamó:

—«¡Basta! ¡Basta! ¡Arriba! ¡Arriba!»

Sus servidores, lanzándose á la cuerda, dieron á ésta una briosa sacudida para contenerla; pero en aquel instante la cuerda, rechinando cual si lo hiciera de coraje, saltó en dos pedazos, arrancando una exclamación de terror á la multitud, y un momento después un ruido sordo y lóbrego sembró el pavor en todas partes; Iván se había estrellado en el abismo. Gauna, atenzados sus pies á la tierra, miraba con espantados ojos aquella boca fatal, mientras una mujer, envuelta en blanca túnica, rompiendo con exaltado coraje el anillo que formaba la muchedumbre, se abrió paso á la sima, y dando un titánico salto se precipitó en el abismo, cuando Gauna, como herido por un rayo, cayó rodando por el pavimento. Aquella mujer era Rosmunda, y su padre la había reconocido. Era Rosmunda que, recelosa del autor de sus días, fingió quedarse en el castillo, saliendo luego sola para confundirse entre la multitud, y observar desde allí á su padre para poder juzgar de sus propósitos. Era Rosmunda que,

al fatal chasquido de la cuerda al romperse, atacada de un vértigo que arrolló sus facultades, loca y frenética, atropellando cuanto se le opuso, se había lanzado á los antros tras el ídolo de sus amores.

Á la terrible desaparición de Rosmunda, el pueblo aterrado huyó por la vertiente de la montaña, mientras Uriz, con la servidumbre del castillo, conducía al señor de Araya á su fortaleza, y un momento después, una soledad glacial y un imponente silencio reinaban tan sólo en derredor de la espantosa boca de la sima.

EPÍLOGO

Un año más tarde, mientras negros crespones cubrían los timbres del castillo de Mendoza y su egregia dueña D.^a Aldonza lloraba dentro de sus vetustos muros su amarga soledad, los poetas castellanos cantaban las glorias de su marido el noble hijo de Álava D. Pedro González de Mendoza, héroe el más saliente de la infortunada batalla de Aljubarrota.

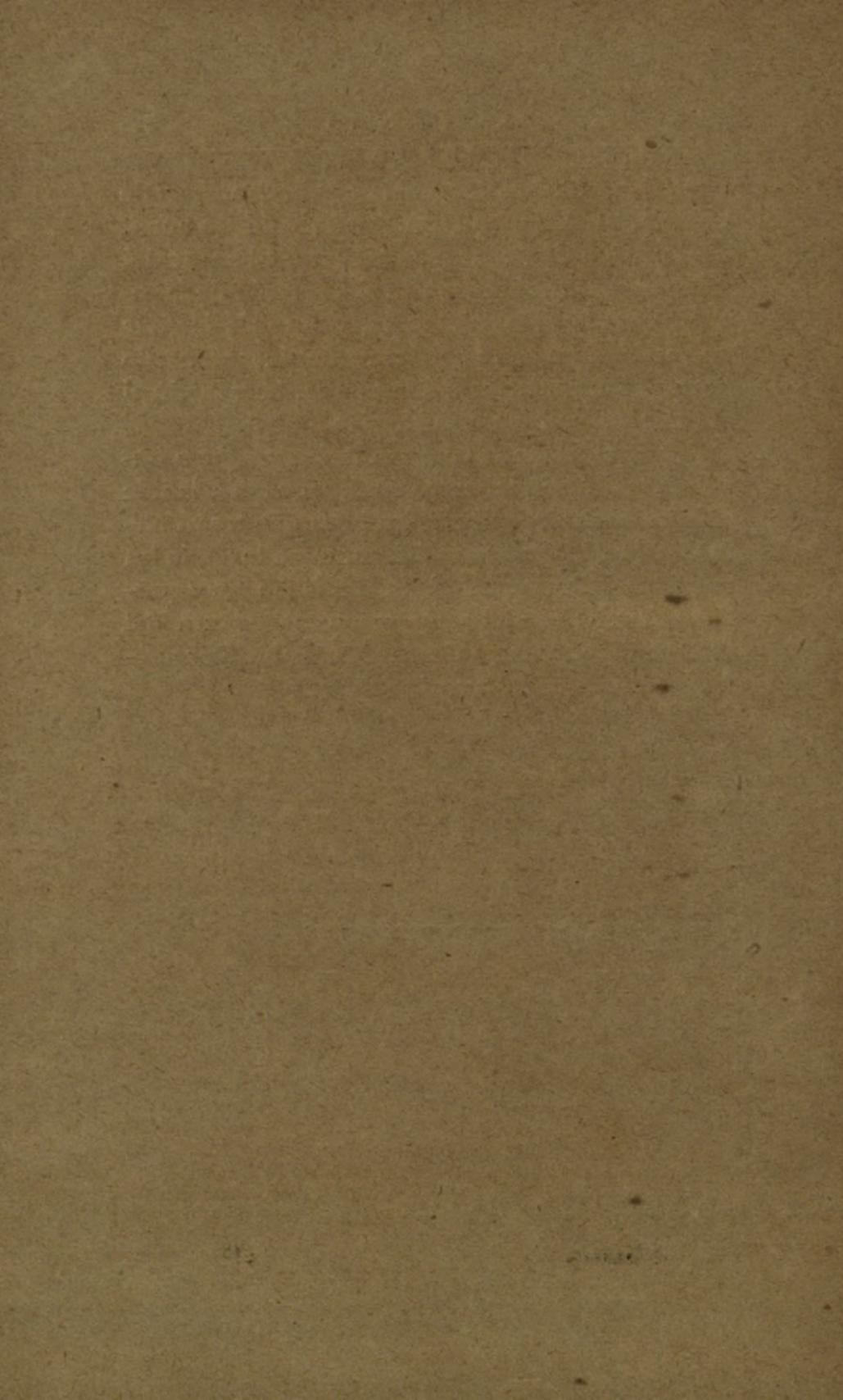
Á la par, la aristocrática dama D.^a Leonor de Guzmán, recibía loca de contento en sus brazos en su palacio de Quejana á su marido, el otro noble alavés D. Pedro López de Ayala, cronista de cuatro reyes, el primer poeta de su tiempo, y como Alférez de la Banda, héroe también de Aljubarrota, y á quien su mujer había rescatado á fuerza de oro de sus prisiones de Portugal, arrancándolo al fiero ludibrio de sus enemigos para

que más tarde brillase como gran Canciller de Castilla, para honra de su patria y de su cuna.

El castillo de Gararza vestía luto. El señor del valle no pudo sobreponerse al recuerdo de la catástrofe de la sima de Oquina, y después de vivir un año atormentado por los recuerdos y acusado por su conciencia, bajó á la tumba, heredando el señorío del valle su hijo Hernán.

Y las gentes de la comarca huían y siguen huyendo aún de aquel cerro fatal, en cuya cúspide se abre la oscura y diabólica boca que tragó para siempre á Rosmunda é Iván, cuya leyenda les recuerda á la par el afecto castísimo de aquellos dos mártires del amor, y la cruel tortura del insensato padre cuya desmedida ambición sacrificó á su hija en la *cueva del becerro de oro*.





ÍNDICE

	Páginas
Los Desagravios en Estíbaliz.	7
El Pacto de Arriaga.	49
La Torre de la Encontrada.	89
El Castillo de Turrión.	123
Los Dos Comuneros.	177
Amor y Caridad.	235
La Desaparecida del Valle.	285
La Sima de Oquina.	323

NOTA

Esta segunda serie de *Leyendas Alavesas* está inspirada en el mismo pensamiento y vaciada en el propio molde que la primera, no siendo más que una continuación de la misma, por lo cual muy poco he de añadir á lo que dije en el prólogo *Una declaración*, que encabeza la primera.

Esclavo al orden cronológico á que obedece la colocación respectiva de estas leyendas, ocupa el primer lugar la referente á *Los Desagravios en Estíbaliz*, el antiguo y románico santuario, que encarna toda la historia de la tierra alavesa, y del cual se ocupa con notorio empeño el historiador Landázuri en sus *Historias eclesiástica y civil de la M. N. y M. L. provincia de Álava*, como asimismo D. Juan de Lazárraga, en su obra *Gobierno Antiguo de Álava*.

Por lo que hace á *El Pacto de Arriaga*, fué un hecho sobrado transcendental en la vida de Álava, para pasarlo en silencio. Los datos de este trabajo están entresacados de la Historia general de España, de la Escritura original de la *Voluntaria entrega de la provincia de Álava al rey Alfonso XI*, de la *Crónica de este monarca* y de los trabajos de Becerro de Bengoa y otros autores contemporáneos.

Para la leyenda *La Torre de la Encontrada*, me han servido de fundamento la Historia de Navarra, la *tradición del país* y los datos que me ha suministrado el archivo de la casa de los Iturrates en el valle de Zaya.

En la propia Historia de España, y en los diversos trabajos que se han hecho sobre la incorporación del valle

de Aramayona á la provincia de Alava, he fundamentado el desarrollo de *El Castillo de Turrion*.

Sobrada materia, aunque algo exhausta de detalles, me ha proporcionado la Historia general de España y la de Álava para la confección de *Los Dos Comuneros*, asunto de grandísima importancia en la historia de *Las Comunidades*.

El papel importantísimo que Vitoria desempeñó en la guerra de la independencia; el heroico arrojo del pueblo, cortando los tirantes del coche de Fernando VII á su paso para Francia, y el tan ignorado como ingenioso medio, por el que algunos vitorianos arrancaron de las manos de sus verdugos á sus compatriotas, hecho que he tenido la satisfacción de oír de labios de los mismos que lo llevaron á cabo, me han impulsado á escribir la leyenda *Amor y Caridad*, en la que sólo me he propuesto evitar que caigan en la sima del olvido los gigantescos esfuerzos de mis paisanos en pro de la patria en tan titánica lucha.

En contraposición á esto, aunque con repugnancia, no he querido pasar en silencio el crimen excepcional en el país vasco que sirve de núcleo á *La Desaparecida del Valle*. Testigo presencial de tan abominable aborto, ningún dato he necesitado para esta leyenda, asunto en el que, por ser de tan reciente origen, he cuidado de no señalar con su nombre ni el pueblo en que aconteció, ni los personajes que en él intervinieron.

Y para terminar; la antiquísima conseja del *becerro de oro*, tan popular en el valle de Araya, forma la base de *La Sima de Oquina*, cuyos datos he recogido en la tradición del valle y en los archivos de Maestu y Contrasta. Para complementar este trabajo he utilizado además datos del nobiliario de la antigua casa de los condes de Ayala.

Réstame sólo añadir que, por causas ajenas á mi voluntad, *La Sima de Oquina*, rompiendo el orden cronológico que preside á las restantes leyendas, va colocada al final, en vez de ocupar el lugar correspondiente á la época en que su asunto se desarrolla.

FUNDACION UNIVERSITARIA SAN PABLO CEU

CEU



15007202

AGOSTO

229—1960—137

Sol: 5,25 a 19,13.—Luna: 0,27 a 14,56

Luna nueva el 22

16

Un minuto de Filosofía.—En algunas puertas de algunas oficinas se puede escribir algo parecido a lo que se lee en las puertas de algunos cementerios: «Aquí reposa don Fulano de Tal».

MARTES

Ss. Joaquín, padre de la Virgen María, Roque, Arsacio, cfs.; Tito, dc., Diómedes, médico, Ambrosio, mrs.; Simpliciano, Eleuterio, obs.; Serena.

Misa: S. Joaquín.—Blanco.—D. 2.ª cl.

EL MENSAJERO DEL CORAZÓN DE JESÚS

MI JACULATORIA PREDILECTA

Llena de tierna emoción
sin cesar, en noche y día
quiero repetirte siempre
aun después de mi agonía;
mírame con compasión
no me dejes Madre mía.

SACRIFICIO IGNORADO

Si supiera la rosa, si supiera la flor
que por dejarle sitio, otra se deshojó.

Si supiera la rosa, si supiera la flor
que porque fuera hermosa, otra flor la
[abonó.

Si supiera la rosa, si supiera la flor...
Sacrificio ignorado, que dió vida y color
y no sabrá la rosa, no lo sabrá la flor.

MARENRI

REGALO DE BODA (5.^a edición), por el
P. Remigio Vilariño, S. J. 286 páginas. En rús-
tica, 34 pesetas; en tela, 44 pesetas; en piel,
80 pesetas. Documentos e instrucciones acerca
del matrimonio cristiano y la familia.
APARTADO 73.—BILBAO

